



SEGUNDO EPISODIO EL ARCO DE ARTEMISA LOS DOCE MISTERIOS



GABURAH LYCANON MICHEL

PARENTAL
ADVISORY
EXPLICIT CONTENT

Título: El Arco de Artemisa – Segundo Episodio, Los Doce Misterios

Autor: Gaburah Lycanon Michel.

Edición y corrección: Daniel Averanga & Lic. Ma. Eugenia Torrico.

Producción General: Pablo Santa Cruz de la Vega

Primera Edición de esta obra se terminó de imprimir en La Paz en Octubre del 2014.

La Edición Digital de esta obra se terminó de producir en La Paz en Enero del 2015.

Diseño de cubierta: G. Lycanon Michel y Vairon.

© por los dibujos, gráficos y diseños artísticos, Amethyst Circle 2008

© por la música original de la banda sonora, Amethyst Circle 2008

Depósito Legal: 4-1-2482-11

ISBN: 978-99954-2-210-3

2011 Circulo de Amatista Bolivia.

2014 Editorial de la Casa de Tharsis.

2014 Editorial de la Casa de Tharsis

Impresión: Editorial de la Casa de Tharsis

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constituida como delito contra la propiedad intelectual.

VISIONES DE UN SUEÑO DE AMATISTA



es una franquicia de *Amethyst Circle*.

Consultas, sugerencias y comentarios para el autor: gaburah@gmail.com



<https://editorialdelacasadetharsis.blogspot.com>

<https://amethyst-circle.blogspot.com>



<https://www.facebook.com/EditorialDeLaCasaDeTharsisPaginaOficial>



Prólogo

Sombrío. No se me ocurre otro adjetivo adecuado para calificar a Gaburah Lycanon Michel. Incluso su aspecto puede parecer poco amistoso a primera vista, y cuando habla lo hace con hostilidad, él mismo lo acepta; pero sus textos reflejan algo distinto y ese es el tenor de toda su obra.

Cuando se me dio la oportunidad de leer el Primer Episodio de esta trilogía novelada tuve la impresión de estar saltando a un pasado remoto y añorado, una infancia casi de ensueño que me dejó, por unos minutos, meditando en mi sala. Aún ahora, cuando recuerdo lo que experimenté con la primera parte no puedo evitar dibujar una sonrisa. En este Segundo Episodio la sensación se convirtió en un pensamiento racional, lo emotivo se transformó en empirismo y el idilio mutó en una épica elegía. No podía esperar menos de Gaburah, pero me llevé una extraordinaria sorpresa al leer esta segunda entrega de “El Arco de Artemisa”.

Los pilares de la narración, que durante el Primer Episodio los habían detentado los principales personajes de la novela, estriban en este texto en un narrador todopoderoso que nos lleva por los fantásticos parajes de otros mundos, pero desde una perspectiva total en tercera persona. Incluso el hilo conductor del relato deja de ser la angustia del crecimiento, el despertar de la sexualidad, los primeros amores y el encuentro con lo fantástico y oscuro, para dar paso a un profundo revisionismo histórico que hace dudar al lector de sus propios conocimientos de la Historia Universal. El personaje principal de este Segundo Episodio es, sin duda alguna, el propio Arco de Artemisa; una reliquia que, según el autor, ha influenciado el devenir del desarrollo del hombre desde un inicio.

La estructura narrativa de “El Arco de Artemisa – Segundo Episodio, Los Doce Misterios” está conformada por la historia de los personajes de la novela durante sus viajes y posterior encuentro con la desolación de la guerra, el relato histórico y revisionista que nos habla de la procedencia y propósito del Arco de Artemisa, y el desarrollo gnóstico de

doce estrategias que resumen los principales preceptos de la Sabiduría Hiperbórea (más ampliamente expuesta por Felipe Moyano).

El desarrollo de la historia parte desde los más terrenales escenarios sacados de un realismo crudo, mágico y experimental, pasando por el territorio de una fantasía épica llena de dragones, castillos y espadas, hasta desembocar en la más cientificista ciencia ficción con detalladas explicaciones lógicas, físicas y químicas de las circunstancias que envuelven a los personajes. Esta particular mezcla de realismo mágico, fantasía épica y ciencia ficción le da al relato una especial coloración que lleva al lector desde lo terrorífico y sobrenatural hasta lo romántico y sexual. Dicho de otro modo, este Segundo Episodio es digno de llamarse: "Popurrí de géneros".

El clímax de la obra, repartido en dos cómodas cuotas, gravita un acontecimiento bélico puntual que, hacia el final del relato, impregna las páginas de sangre, pólvora y muerte. En una segunda instancia el clímax se ve inmerso en la tragedia de la lucha entre hermanos gemelos que, como corolario, nos abre las puertas a una sensación de abandono, como si todo lo que hubiéramos conocido y vivido a lo largo de la obra hubiese llegado a un dramático fin.

Esta entrega puede ser considerada como uno de los referentes más precisos que existen sobre esa cara oculta del autor, la que jamás aflora en presencia de ajenos. Gaburah es un escritor (o aprendiz de escritor, cómo él se ha autoproclamado) que comparte un grandioso conocimiento de la Gnosis Prohibida únicamente mediante una narrativa bien lograda. Y es que si debo señalar algo que convierte a esta obra en genial es el profundo tratamiento que hace de la Sabiduría Hiperbórea con un tacto tan doméstico. Una gran obra para un oscuro autor.

Mauricio Gámez, Co-editor de la Editorial de la Casa de Tharsis

*“Para los Guerreros Sabios, toda guerra perdida
en la Tierra es una guerra ganada en otros
Cielos”...*

Nimrod del Rosario, **Quincuagesimosegundo Día**
– **“El Misterio de Belicena Villca”.**

*“Esta chispa será la última escena que veas,
porque mi espada traerá a ti el final de tu vida; y
tu sangre esparcida por el suelo es como una
Revelación Silenciosa”*

Galneryus, Silent Revelation.

*“Llegó la noche en que ella le enseñó a besar. Se
recostó desnuda sobre la hierba y le llamó a su
lado. Le envolvió con sus largos miembros y
aproximó sus labios a los del penitente. Fue solo
un roce suave, imperceptible, envuelto en un
perfume de resinas. Al día siguiente, ella partió. Y
él supo que no volvería esa noche. Se reclinó junto
al umbral y se concentró intensamente. Tuvo una
sospecha: Alguien, quizás él mismo, podía estar
pensando, o soñando, todo esto”*

Miguel Serrano, **Él-Ella.**

*“Ciudad de lágrimas, escribió en su diario tu
nombre con tiza, que la lluvia se llevó en un
suspiro”.*

Yulia Savicheva - Sed'moe Nebo.

*Dedicado a mi familia, muy en especial a mi
madre, por haberme dado todo el apoyo para
seguir el camino de las letras, y a los amigos y
camaradas que me ayudaron a llegar “vivo” hasta
aquí...*



¡Mira cómo da vueltas el mundo!, una vez más nos encontramos tú y yo, juntos, en las páginas de este libro. Doy por hecho que a duras penas podrás recordarme, así que refrescaré tu memoria; pero antes, déjame encender un cigarrillo... ah, mucho mejor, ¿quieres uno?, ah, lo siento, quizás no fumas. En fin, como iba diciendo le daré una ayuda a tu memoria. Yo soy Gaburah Lycanon Michel, accidentalmente autor de la novela que tienes ahora en tus manos. En verdad no tengo idea de cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos, seguramente habrás de recordar el Primer Episodio de este libro, me gustaría preguntarte cuándo lo leíste, ¿cómo dices?; ah, sí, sí, ya te oí. Pues en verdad ha pasado mucho, ¿no? Bien, mientras bebo la rica taza de café que tengo al lado y fumo mi cigarrillo, iré aclarando el panorama que conforma todo este enredo que parece virar de la realidad a la fantasía, a una monstruosa velocidad. En realidad no sé por dónde empezar, dame unos segundos...

Bien, lo tengo, creo que empezaré por decirte que tengo una rara concepción sobre la vida y la muerte, y todo lo que escribo trata justamente de eso: la vida y la muerte. Dicen que todos perdemos 21 gramos en el justo momento de morir. Se dice que el absurdo solo existe cuando una realidad sencilla se pone de cabeza para ser notada. Se dice que tenemos párpados en los ojos para que con ellos cerrados, podamos ver la luz, pero no tenemos



“párpados” en los oídos para que con ellos siempre abiertos escuchemos el silencio. Ah, te garantizo que pensar en todo eso me genera jaqueca. Pero... ¿Qué se puede perder en 21 gramos? ¿Qué podemos perder en lo que pesa una moneda o un colibrí? ¿Qué se puede convertir en absurdo al momento de morir? ¿Dónde está la luz y el silencio? ¿En qué momento nos entregamos a una oscuridad tan ruidosa que no logramos ver la verdad? Preguntas, preguntas..., estoy cabreado de las malditas preguntas.

¿Cómo? ¿Qué dices?, ah, ¿preguntabas por el café?; pues estoy tomando torrado yungueño, es mi favorito, ¡pero ya no me distraigas! Lo sé, lo sé, tengo un temperamento asqueroso, pero entiende que fumo y bebo demasiado, y blasfemo aún más. Tiendo irritarme con una facilidad asombrosa y siempre trato de no entablar conversaciones innecesarias, a no ser contigo, y con eso no quiero decir que esta conversación sea innecesaria. Sucede que no me gusta hablar con gente extraña, cuando mi mamá me dijo de niño que no hablase con desconocidos, me lo tomé muy en serio. En fin, basta de estupideces... Vayamos al antecedente de este libro. Ahora sé que lo recuerdas: “El Arco de Artemisa, Primer Episodio - Prefacios de Batalla”. El título te suena, te parece familiar, yo sé que en tu memoria se ha activado un viejo archivo, el de una novela algo abstracta y romántica. Imagino que habrás notado que la presente novela es la continuación de la anterior. ¿Sabes?, por un segundo me imagino tu rostro al leer el “continuará...” que dejé en el libro anterior y me dan tantas ganas de reír... Está bien, está bien, siento ser tan irritante, iré al grano: como bien recordarás, el Primer Episodio habla de la pintoresca y sublime vida de cuatro niños que están migrando hacia la adolescencia; cuatro púberos, para ser precisos. Travesuras, días de colegio, tareas, exámenes, amores, desencuentros y toda clase de situaciones pusilánimes forman parte de las moléculas del aire escolar. Todos lo hemos respirado, pero pocos hemos sentido llegar ese aire a su

fin de forma tan brutal, tan obsesiva, tan sangrienta, apasionada, endemoniada y sexual. En lo personal no fue mi caso, quizá tampoco el tuyo, pero sí fue el caso de cuatro chicos que tuve el infortunio —o fortuna, depende cómo se vea— de conocer.

Recordarás a Rodrigo, un chico como cualquiera, pero solo visto desde afuera. Al conocerlo era fácil notar que no era alguien ordinario. Pianista, nadador, excéntrico, algo solitario, este chico era una excepcionalidad; me caía bastante mal, a pesar de ser mi primo. Y claro, recordarás a la insufrible Diana, una chica muy llamativa, una “calienta-huevos”, diría yo. Demasiada belleza y talento juntos, cosas que quedan en segundo plano al conocerla mejor; con ella solo tenías dos opciones: o amarla u odiarla.

Espero no tener que volver a describir la muerte de Rodrigo, doy por descontado que recuerdas su asesinato, eso te lo conté en el Primer Episodio. ¿Cómo, que no recuerdas bien?, ¡carajo, esperaba no tener que repasar ese evento! En fin, resumiré diciéndote que lo torturaron de una manera inhumana, aunque supe que nadie oyó sus gritos. Rodrigo estaba internado en una clínica mental cuando murió, tenía solo 19 años; pero a causa de la patología que asediaba su cuerpo y su mente el chico estaba más demacrado que un anciano. Poco quedó de ese cuerpo luego de su asesinato; sangre salpicada en el techo, en las paredes y en el piso; entrañas colgadas en el tumbado de la celda con clavos sospechosos de demencia. Ya no existía piel para cubrir ese cuerpo, toda había sido arrancada por alguna clase de brutal instrumento de tortura. La carne llenaba con su olor a muerte todo el pabellón de “locos desahuciados” de la Clínica Psiquiátrica de la Caja Nacional de Salud. Ahora que lo pienso, en mis pesadillas veía todo lo que le hicieron al pobre chico. Sabes, creo que la ejecución de William Wallace sumada a la Pasión de Cristo —según Mel

Gibson— y el descuartizamiento de Túpac Katari quedan cortos al lado de las monstruosas torturas ideadas por los semitas para vengarse de Rodrigo.

¿Vengarse?, sí, una terrible venganza. No tiene caso seguir repasando tal escena grotesca.

Recuerdo que yo fui su última visita. Poco antes de morir me dejó una caja con su diario y muchas otras cosas más; razón de la existencia de esta saga.... Espera, ¿Cómo dices?, ¿que tienes preguntas al respecto?, pues venga, dime qué no te ha quedado claro.

A ver, me preguntas que cómo es que no me enteré con anterioridad de la situación de Rodrigo, si era familiar mío. A decir verdad, nadie de mi familia se enteró. Si bien es cierto que él estuvo recluido unos meses en una clínica mental, también lo es que él había cortado contacto con todos. Debes saber que poco antes de la Noche Buena de 1999, la mamá de Rodrigo, es decir, mi tía, vino a mi casa para informarnos que se mudarían a Francia. Para mi familia, incluso para mí, era algo muy coherente. La rama familiar a la que Rodrigo pertenecía era la más europeizada de toda nuestra genealogía. Esa parte de la familia era vista como la más distante, jamás confraternizamos mucho con ellos. Por eso, cuando dijeron que se irían a Francia nadie ahondó en detalles. Sin embargo, mi primo no se iría a Francia, sino a la Ciudadela de Erks, lugar del que ya hablé... Ten también en cuenta que en Diciembre de 1999 Rodrigo fue borrado del sistema. Jamás existió a los ojos del Estado; y las personas que lo conocimos lo recordaríamos como un fantasma de un pasado lejano.

¿Cómo? ¿Me preguntas que por qué no avisé a mi familia sobre la situación de Rodrigo para que lo ayudaran? Ja, ja, ja... Honestamente, creo que pequé de

escéptico, incluso llegué a pensar que él había exagerado y que su madre estaría cerca. De hecho, estuve a punto de contárselo a mi madre antes de abrir la caja, pero luego, al ver su contenido descubrí que había actuado acertadamente al decidir guardar el secreto. Rodrigo me pedía que no le dijera a nadie de su desgracia, que lo mejor sería que la familia creyera que estaba en Francia. Y así quedaron las cosas hasta que el Primer Episodio de este libro salió publicado, el 14 de noviembre del 2011.

¿Quieres saber qué pasó con la familia de Rodrigo? No, no vayas a pensar que son unos hijos de puta que dejaron a un chico enfermo a su suerte. En efecto, yo también me sorprendí mucho al encontrar a mi primo solo y enfermo. Con toda franqueza, hasta aquel día yo lo creía viviendo una cómoda vida en París o en Marsella; lo último que se me habría pasado por la mente era que estaría al borde de la muerte en una clínica mental. Lo que sucede es que su familia estaba totalmente imposibilitada de cuidar a Rodrigo. Y como en mi hogar nadie se enteró, pues el chico se quedó solo. Ahora, podría decirte qué impidió a la familia de Rodrigo estar con él; pero si lo hiciera te arruinaría toda la lectura.

Después de su muerte hubo muchas dificultades para evitar que la noticia de su asesinato se volviese escándalo nacional. Como Comunicador Social que soy, sé a la perfección que los medios, en especial los televisivos, están al acecho de los hechos más morbosos con el fin de aumentar los ratings de sus noticieros; una niña violada —especialmente una niña violada— o un adolescente torturado hasta la muerte son eventos ideales para sus desleales fines. ¡Y ni qué decir del asunto legal y el médico que envolvieron su muerte! Nada de eso es digno de narrarse, como tampoco lo son las dificultades que pasé para recapitular todos los eventos que mi primo y sus amigos escribieron en sus

diarios. Cuando empecé a leer la fantástica historia de Erks, comprendí que estaba frente al caso de esquizofrenia colectiva más pintoresco de todos los tiempos. Sin embargo, por muy cabeza dura que sea, le di por un momento el beneficio de la duda a Rodrigo y a los demás. Su muerte era el único hecho tangible que no podía negar.

Luego de leer las aventuras de mis casi adolescentes camaradas en Erks, mi mente sufrió una fractura imposible, dividida entre la negación y la aceptación de lo que había leído. Honestamente, antes de escribir el Primer Episodio de esta novela era tan causo-efectual, lógico-formal, nihilista, necio, cojudo y testarudo como cualquier ser humano de la Tierra viviendo los inicios del siglo XXI. Por cordura negaba todo lo que mi mente sugería y, a la vez, mi corazón daba desgarradores gritos de indignación. Cada página significaba trasladarme con la imaginación a la Ciudadela de Erks y ver cómo siete personas que conocí se iban “transformando” en seres “superiores” —como si fueran una mezcla de Super-sayayín y Kryptoniano, por poner un ejemplo burdo de los comics y el manga—. Me levantaba, me servía una taza de café y regresaba a mi habitación para continuar; otras veces me embutía cerveza con ron, vodka y ginebra para digerir los increíbles testimonios de mis amigos. Entonces, frente al espejo, me mandaba a la mierda a mí mismo por creer tantas fantasías. Pero si no creía en lo que leía, la muerte de Rodrigo quedaría sin explicación, y eso era lo que me angustiaba; no necesitaba los peritajes de policías corruptos, lo que realmente necesitaba eran respuestas fidedignas que estén fuera del inútil aparato judicial boliviano —y del Fiscal Sosa, ni hablar—. Tenía tantas preguntas: ¿Por qué lo mataron? ¿Qué fue lo que él hizo? ¿Por qué nos mintió a todos diciendo que se iría a Francia? ¿Dónde estuvo realmente mi primo? Los únicos argumentos de que disponía estaban en esos diarios, que eran como un guión para una película de fantasía romántica y ficción política. Finalmente

entendí que mi pacto con la muerte estaba roto por una premisa tan simple y pelotuda como: “ver para creer”. Me fui al carajo.

Al término de mi lectura, los días de la vida se convirtieron en los días de la muerte. Pensaba en Rodrigo, en su asesinato, y las únicas explicaciones disponibles eran imposibles de creer. Finalmente, quedé entre la espada y la pared, no tuve más remedio que creer lo que leía y convencerme que así había sucedido; pero era más que eso; sí, lo era. Pronto, el relato de Rodrigo y sus amigos empezó a convertirse en una peculiar novela de fantasía épica, de eso me encargué yo mediante mi trabajo de edición.

Este Segundo Episodio es la forma editada con mayor grado de potabilidad que pude destilar luego de arduos cuatro años de trabajo. Es realmente diferente al primero y, como es imposible darle crédito al diario de Rodrigo, decidí novelar lo más posible esta entrega. Siéndote franco no sé qué clase de hechos estás predispuesto a asumir y a reconocer como verdaderos; no sé si creas en fantasmas, OVNIS, “espíritus”, maldiciones o en cosas todavía más fantasiosas y utópicas como el Comunismo o la paz mundial. El hecho es que no soy tan infeliz como para lanzarte las memorias de Rodrigo sin antes ponerme en tus zapatos y comprender que su realidad jamás se va mezclar con la tuya. Puesto de esa forma, ten por seguro que lo que vas a leer es una novela, no es ninguna otra cosa. Cualquier parecido con la realidad es una “mera coincidencia”. Asimismo, quiero que tengas en cuenta que los hados de la muerte tienen designios misteriosos y al final de nuestras vidas siempre se hacen presentes los entes meta-morfos que dirigen nuestras existencias. Si algo te puedo asegurar, con total certeza, es que todos vamos a morir; es más, te juro por Dios, por Odín, por Artemisa o por quien tú quieras, que te vas a morir; no saldrás vivo de este mundo. El hecho de una muerte segura me lleva a

considerar, para y por ti, que la gnosis que se convierte en novela nos brinda una pequeña esperanza para que nuestra muerte no sea en vano. Creo que eso es lo que Rodrigo me quiso decir y es por ello que aún soy constante con la promesa que le hice. Remarco y resalto lo que ya te dije: Esto es una novela, nada más que una novela.

En fin, dejo la interpretación del extraño testimonio de mis camaradas en tus manos. Espero que este regalo hiperbóreo de gnosis te sea de ayuda, o por lo menos de entretenimiento. Yo me despido por ahora, me voy a la tienda de la esquina a comprar una botella de tres litros de Cuba Libre para mi solito; quizás así me cueste menos escribir lo que vendrá. Te dejo con Rodrigo y sus amigos y, pues, damas y caballeros, niñas y niños, ebrios y sobrios, con ustedes: “El Arco de Artemisa – Segundo Episodio, Los Doce Misterios”



*“Apretando las rodillas contra el pecho,
 Impensada arremetida ahogada por las lágrimas,
 Y uno no tiene más que gritar: ¡Un momento!
 Lo siento mucho, debes despertar del sueño.
 Entonces la voz del corazón responde,
 la lealtad es la lealtad,
 estás lejos, pero debes seguir.
 Pasará mucho tiempo antes de reunirse con Él
 Ah, amor secreto,
 vigoriza y estimula la sangre.
 Cuando en silencio,
 uno con el otro, van a cerrar los ojos;
 pero amar no es más que un espectáculo burdo,
 ningún amor posee éxito, solo la nostalgia infinita.”*

Alexsandra Kisterskaya (Сандра) – Junio del 2009

Parecía que todo había terminado. El lugar de la explosión ahora estaba cubierto por un gran cráter, no había quedado rastro alguno de la Iglesia de San Francisco ni de sus calles adyacentes. Una fina capa de polvo turbio cubría el mundo y hacía que fuera difícil distinguir las dimensiones reales del gran agujero.

Luego, poco a poco, el polvo comenzó a disiparse y los estragos empezaron a hacerse visibles. No había quedado piedra sobre piedra. El cráter tenía una profundidad considerable y su extremo más próximo se hallaba donde alguna vez había estado el anfiteatro de San Francisco y concluía donde, cualquier paceño, hubiera podido distinguir la calle Buenos Aires.

Los soldados sobrevivientes observaron con asombro e inquietud aquel agujero negro. Sus expresiones mostraban el infinito asombro ante el poder sobrehumano que había hecho tal prodigio de destrucción.

Entonces, entre el polvillo creado por el conflicto y los silencios de la espera, todos distinguieron una figura aparecer por el límite del gran cráter.

Era un horror imposible de observar y describir sin perder la razón, era una criatura de inframundo, era la maldad representada, era... Sus alas eran tan negras y enormes, que la luz parecía ser absorbida por ellas. Su piel, desgarrada, exhibía su carne resplandeciente como magma. Sus ojos eran dos cuevas vacías en cuyos interiores flotaba un par de lenguas de fuego. Sus brazos estaban cubiertos de corrupción y terminaban en un par de garras de fuego y de pesadilla. Su columna aún tenía esa gran prolongación que la convertía en una cola, rematada con un monstruoso aguijón. Las patas eran una abominable combinación humana y animal. Sus cuernos redondeados, iguales a los de un carnero, terminaban albergando, entre una y otra asta, un fuego que jamás se extinguía: una verdadera aureola demoníaca. Su rostro cadavérico, apenas recubierto de piel, exhibía grotescos colmillos sobresaliendo del hocico. Su tabique, el cual terminaba precipitadamente en medio de la faz, emitía vapores amarillentos de azufre en cada exhalación... Pero lo más abrasador en el aspecto del monstruo era esa estrella de seis picos creada a partir de profundas

excoriaciones, tan rojizas y brillantes como si refugiaran una hemorragia de lava en su interior, preparada para saltar de la carne en cualquier momento.

El monstruo se arrastró pesadamente desde el borde del cráter, los miró e hizo una mueca.

Su sonrisa era horrible.

Los soldados de inmediato levantaron sus temblorosos rifles hacia la criatura. La orden de abrir fuego no tardó en llegar y una tormenta de balas golpeó el cuerpo del demonio, pero no le infundieron daño alguno. Bastó con agitar las alas para que una ráfaga de vientos pestilentes arrojase contra el suelo a todos los soldados, como si fueran muñecos de papel. Entonces la artillería pesada volvió a embestir, disparando su munición antitanque más mortífera; pero una vez más se hizo notoria su inferioridad.

De un salto, la criatura se elevó a enorme altura, expandiendo las alas para poder planear. Los soldados la miraron, ahora sí más horrorizados que al principio. La bestia fijó su mirada sobre una pequeña trinchera. Extendió la mano hacia ella y una serie de grietas empezaron a abrirse bajo los pies de los soldados que allí estaban. En segundos, un horroroso chorro de gases calientes y lava cocinó por completo a los desafortunados. El suelo del cráter empezaba a resquebrajarse y un gran flujo de magma parecía estar a punto de estallar desde su interior. Los soldados que no habían perecido, empezaron a evacuar el área, desesperados. Parecía que el cráter estallaría inminentemente, pero entonces una flecha cayó de la nada, clavándose sobre la tierra agrietada, esta fue cubierta por una gruesa capa de hielo gelatinoso que brillaba tenuemente, como una luz de neón.

El demonio parecía no comprender el significado de aquella flecha; pero no tardó demasiado en *recordar*. Entonces una luz violeta apareció en el cielo.

Todos los hombres se quedaron viendo la luz. Una figura humana descendía desde las alturas, rodeada por un voluminoso halo lumínico que hacía evocar la forma de un oso. Cuando el halo se hizo menos intenso, todos pudieron distinguir a una chica flotando en el aire. Su cuerpo estaba recubierto por una armadura resquebrajada y ensangrentada: un peto desportillado, una hombrera rota, partes agrietadas de grebas, quijotes, rodilleras y escarpes, y los brazaletes apenas eran reconocibles. Tenía una diminuta corona en su cabeza. Su cabellera era bio-luminiscente y emitía un resplandor violeta, y toda ella flotaba como si estuviera sumergida en agua. Sus ojos brillaban con intensidad, como dos faros de luz magenta, aunque estaba herida, también lucía predispuesta.

En su diestra sostenía un gigantesco arco blanco que la exhibía como una temible guerrera, impregnada por un aire de gran coraje.

Los soldados reconocieron su presencia y la vitorearon. ¡Ella era una esperanza de victoria!

—Ya has hecho demasiado daño, Golab —dijo la chica al demonio.

—Solo he representado mi papel —respondió la criatura, cavernosamente.

—Realmente debes ser un demonio demasiado estúpido —retó la chica, sardónicamente—. Me pregunto qué clase de patético ente pelea por la causa de quienes lo han traicionado.

—¡Qué sabes tú de traición, Dianara! —gritó la criatura, enfurecida.

—Lo suficiente para ejecutarte —respondió la chica, elevando el arco hacia el monstruo.



Un rayo violeta se corporizó a lo largo de su muñeca, un rayo con forma de flecha. La chica colocó el rayo en la mira del arco y empezó a combarlo desde un hilo invisible, dejando la flecha de relámpago lista para ser disparada.

—¿Acaso vamos a seguir combatiendo? —cuestionó la criatura, mirando a la muchacha.

—Hasta el final de los tiempos —respondió ésta, y el halo con forma de oso volvió a rodearla.

La tensión en el ambiente había espesado el aire...

El combate santo entre la heredera de Artemisa y el Señor del Foso, aún debía continuar.

KASSITAS



Promediaba el II milenio antes de Cristo. La Historia cuenta que una invasión trajo a las tierras de Asiria, a un pueblo Hiperbóreo conocido como Kassita. Eran oriundos del Cáucaso —actual Rusia, Georgia, Armenia y Azerbaiyán— y portaban una piedra muy especial, conocida como Piedra de Venus. Resultaba, pues, que esta era una esmeralda con un poder sin comparación.

Ellos viajaban llevando un estandarte que tenía plasmada la figura de un águila con cabeza de león y alas desplegadas. Su viaje había sido realizado siguiendo las instrucciones de su Dios Arquero: Kus. Este Dios había hecho un pacto con sus Iniciados a fin de que su pueblo participara en la Guerra Esencial.

Cuando llegaron a la Ciudad de Borsippa, al Norte de Nínive —sobre la actual Turquía—, el Rey Nimrod hizo construir una enorme torre sobre un vórtice de energía telúrica, utilizando la técnica numérica de los Zigurat. Lo que

Nimrod pretendía era atacar Chang Shambalá, conocida como “La Morada de los Demonios Inmortales”.

En la Antigüedad, existían pocos sabios que conservaban los recuerdos de la Atlántida y de la Sabiduría Hiperbórea. Eso significa que recordaban la guerra contra YHVH, rey de Chang Shambalá, y se hicieron a la tarea de fundar pueblos y ciudades con el concurso de Iniciados especialmente dotados. El elemento más importante que se tomaba en cuenta para fundar dichas ciudades era la ubicación de las corrientes de energía telúrica. También podían definir sus coordenadas astrológicas o cualquier otro detalle. Ciudades como Roma o Jerusalén han durado milenios porque están asentadas sobre grandes centros de fuerza, lo que prueba la eficacia del método de elección telúrica del lugar para edificar una ciudad o cualquier otra construcción.

Los Kassitas eran guerreros temibles, perfectamente capaces de vencer a Hombres, Ángeles o Demonios. Ellos vivían en perpetuo estado de Guerra y no conocían sentimientos; ni pensamientos de ninguna naturaleza. Eran purasangre y estaban conscientes de su Misión Racial. Peregrinaron durante años hasta que los más Sabios notaron que el vórtice de energía telúrica más fuerte se hallaba dentro de los límites de la ciudad de Borsippa. Esta ciudad estaba habitada por una tribu de pastores “habiros”. Ello no representó ninguna dificultad para un pueblo decidido a librar combate. En breve tiempo los Kassitas dominaron la ciudad y los sabios empezaron a desarrollar el plan de ataque.

Pusieron en práctica una estrategia adecuada para la ofensiva. Primero, los más sabios entrenaron a una élite capaz de resistir a la poderosa magia que los Ángeles y Demonios usarían contra ellos al ingresar en Chang Shambalá. Esta

élite Hiperbórea tendría la sagrada misión de exterminar a los Guardianes Alados, misión en la que, seguramente, perderían la vida o la razón. Segundo, los sabios empezaron a construir una “Torre mágica” para canalizar la energía telúrica y usarla para abrir una brecha en la umbra y en la Realidad Realmente Material; de ese modo pretendían acceder a Chang Shambalá. En la arquitectura de Templos lo más importante es la forma de la base, en la arquitectura hiperbórea de guerra suelen construirse edificios semejantes a fortalezas cuya base casi siempre es un “laberinto”. Debe utilizarse esta figura debido a las exigencias técnicas de la canalización de energías telúricas.

El plan de ataque de Nimrod era simple y solo tenía tres pasos: abrir la puerta al plano de Chang Shambalá; acceder al corazón del templo; y, por último, jatacar, atacar y atacar!... Para lograr semejante misión debían tomarse en cuenta todos los detalles. Las armas que decidieron utilizar fueron arcos y flechas. Las flechas serían construidas según una antigua técnica: se usarían plumas de ibis, varas de acacia del Cáucaso y puntas de piedra como pequeñas estalactitas cónicas las cuales debían recogerse de unas cavernas profundas y misteriosas. El arco del Rey Nimrod era una reliquia heredada de los antiguos atlantes y cuyo recuerdo se remontaba hacia muchos eones; dicho arco hacía de Nimrod uno de los más poderosos guerreros del ejército. La armadura que se decidió vestir fue aquella que los antiguos atlantes usaban durante las guerras: las corazas mágicas. Es fácil imaginar hoy, que esta coraza mágica sería como un “campo electrostático de precipitación de materia”, o en palabras simples: un “campo de fuerza”. Sin embargo, estas “corazas electrónicas”, llamadas mágicas en la época de Nimrod, solo podrían ser usadas por los soldados más orientados de su ejército; escogidos por los mismos sabios. El Rey Nimrod y su General Ninurta estaban entre ellos.

De acuerdo a las crónicas, se cuenta que los Guardianes del Umbral en Chang Shambalá contaban también con corazas y armas singulares. Entre ellas había una conocida con el nombre de “Rayo Om”, un arma atlante con la que los “Maestros de Sabiduría” de Chang Shambalá solían —y aún lo hacen— desintegrar a los discípulos que se mostraban “díscolos”.

La leyenda cuenta que cuando la Torre estuvo lista, se puso una columna metálica de hierro, cobre, plata y oro, rematada con una gigantesca Esmeralda con forma de vulva en medio de la estructura. Esta Piedra había sido entregada a los Kassitas por el Dios Kus cuando los comprometió en la lucha contra YHVH. Según contaban los Iniciados, la Piedra Sagrada había sido traída de Venus por los Dioses que acompañaban a Kus cuando llegaron a la Tierra, antes que el hombre existiera. Hoy, los más osados paleontólogos no se ponen de acuerdo si las Piedras de Venus aparecieron durante el Paleozoico o el Mesozoico, pero es evidente que la existencia de éstas es anterior a la aparición de los mamíferos sobre la Tierra.

Durante el tiempo que duró la travesía de los Kassitas, desde la ladera del monte Elbruz en el Cáucaso, la posesión de este “Presente de los Dioses” fue el estímulo que permitió afrontar todo tipo de penalidades. Era el Centro en torno al cual se formaba la Raza; era el Oráculo que posibilitaba oír la Voz de Dios y era la Tabula Regia donde se podían leer los Nombres de los Reyes. Era también el Signo del Origen ante el cual los Demonios retrocederían aterrados y contra el cual ninguna potencia infernal o celestial tendría poder. Y por el mismo poder se abriría la Puerta en el Cielo para invadir el Infierno y podría entablarse el combate sin tregua contra los servidores de quien encadenó el Espíritu Eterno a la Materia. Muchos pueblos han sido llamados “bárbaros” por otros pueblos más “civilizados”, culpando a los supuestos “bárbaros” de ser “salvajes” e

“inconscientes”; pero se necesita ser “bárbaro” para pactar con los Dioses y tomar parte en la Guerra Esencial por la Verdadera Libertad.

Finalizada la construcción de la torre, se enviaron mensajeros a las restantes aldeas Kassitas, pues su Reino incluía a Nínive y otras poblaciones menores. También habían numerosos campamentos que llegaban hasta el lago Van e incluso alcanzaban las laderas del Ararat.

Miles de Embajadores fueron llegando a Borsippa para apreciar la Torre de Nimrod y rendir homenaje a Ishtar, la Diosa de Venus y Ama; así como también a Kus, su Dios racial y esposo de Ishtar. También llegó del Sur un pequeño grupo de Hititas, sus “primos”, con quienes los Kassitas partieron juntos muchas décadas atrás, desde el Cáucaso.

Todo se preparó para el Solsticio de verano, día en que Chang Shambalá está “más cerca” de nuestro plano físico. Ese día, el pueblo de Borsippa se reunió junto al gran Zigurat y empezó la espera final. Los invasores Kassitas, cazadores y agricultores, llamados Hijos de Kaín, demostraban abiertamente su salvaje alegría por culminar una tarea que les había absorbido varias generaciones, y en esa alegría latía el anhelo del próximo combate. Dice un antiguo proverbio hiperbóreo: “El furor del guerrero es sagrado, cuando su causa es justa”. Pero si esa sed de justicia lleva al Guerrero a enfrentar un enemigo mil veces superior, entonces se necesita un milagro. O quizá algo más que un milagro, una mutación de la naturaleza humana que lleve al Guerrero más allá de los límites materiales, fuera del Tiempo y del Espacio. El pueblo de Nimrod, en su furia santa, presentía la próxima mutación colectiva; se sentía elevado y veía disolverse la realidad engañosa de YHVH. Hervían de valor y así purificaban su sangre. Esa sangre pura, que hierve de furia y heroísmo, al llegar a la cabeza y



al corazón, trae el recuerdo del Origen consigo, de la amada Aldea Original, de la más tierna Infancia y del Romance Eterno. En estas circunstancias, no es raro que todo un pueblo gane la inmortalidad del Valhala.

A primera hora de la mañana, cuando el sol recién había despertado, los tambores y las flautas resonaron ya en el aire. En las distintas terrazas de la Torre, las Iniciadas danzaban La Danza de los Pájaros mientras invocaban al Dios de la Raza: Kus. Entre tanto, los hierofantes oficiaban los ritos previos a la batalla dentro del recinto en el cual predominaba el color azul, destacándose, con un intenso brillo, la gran Esmeralda verde con forma de vulva consagrada al Espíritu de Venus, la Diosa que los semitas llamaban Ishtar, los sumerios Imnina, los griegos Atenea o Artemisa, los vikingos Frya, los egipcios Isis o Neftys, los iberos y francos Pyrena, los andinos americanos Pachamama o Virgen Ama de los Andes; y así en cada pueblo sobre la Tierra, en todas las dimensiones del Mundo y en cada momento del tiempo pasado, presente y futuro; a veces, vista como enemiga, otras como aliada y a menudo desconocida en la mente, enigmática en el corazón, pero presente siempre en la sangre.

Los Hierofantes permanecían bajo el techo de la torrecilla superior, afuera, en los pasillos laterales, el Rey Nimrod y sus doscientos arqueros se preparaban para morir. No había temor, solo el frenesí de quien quiere caer en la gloria del combate. Y así, cerca del medio día, empezó a observarse un vapor fantasmagórico, color ceniza, que se colaba por las columnas de la torrecilla superior y giraba lentamente, envolviendo a los imperturbables guerreros. Al principio, pocos percibieron este vapor, pero luego fue visible para todos. La nube adoptaba formas definidas que permanecían un momento para luego disolverse y volver a formarse nuevamente. Los misteriosos relieves de vapor formaban figuras de Dioses-Guerreros; pero también Diosas, niños, niñas, así

como de animales: caballos, halcones, lobos u osos. También se veían carros de guerra que se corporizaron, juntándose a los seres, como un Ejército Celeste que giraba lentamente alrededor de la torrecilla. Al pasar los carros de combate, tirados por corceles alados, los Dioses-Guerreros alentaban claramente a Nimrod. También lo alentaban las bellas mujeres Hiperbóreas, sus ojos de acero podían templar el Espíritu hasta el instante justo del combate, pero luego de la lucha esos mismos ojos podían ser el bálsamo de amor helado que cura toda herida, calma el dolor y resucita al héroe. Fantasmagóricas, eternas, perpetuas, guerreras, ellas se desprendían para abrazar a los Guerreros y acariciarlos, y entonces se podía apreciar su tamaño. Doblaban en altura al Rey Nimrod, el guerrero más alto de Borsippa.

Envueltos en aquel frenesí, los ciudadanos de Borsippa no notaron cuando una de las Iniciadas abandonó la danza y subió corriendo a la torrecilla. Pronto, el vapor tomó la forma de una multitud de niñas y niños alados que revoloteaban en torno a ella, derramando vapores, líquidos en apariencia. Sin detenerse un segundo, ella ingresó a la Torre. Entonces los hierofantes cesaron todo canto, toda invocación, y se voltearon hacia ella para mirarla fijamente. Al fin, la Iniciada detuvo su ligero paso, delante de la entrada al laberinto. La muchacha era tan bella que solo mirarla, quitaba el aliento. Sin titubear, empezó a recorrer el laberinto mostrando gran seguridad, tanta, que parecía conocer muy bien el sendero. Si llegase a equivocar el camino, si diese con una valla, ésto hubiera sido tomado como un mal augurio y se debería suspender la operación hasta el año siguiente. Pero la Iniciada tenía abiertos los Mil Ojos de la Sangre y siguió el curso de la energía telúrica que, también, inundaba el laberinto resonante.

Todos confiaban en Ella, en la terrible misión que había emprendido, que comenzaba allí pero que se prolongaba en otros mundos... Confiaban porque era una Iniciada Maga Nocturna, de sangre tan azul que las venas quedaban dibujadas sobre su blanca piel como si fueran ramas de árboles añejos. Todos pensaban en ella al verla correr el laberinto, cantando el himno de Kus.

Los hierofantes contenían la respiración mientras las esbeltas piernas de la Iniciada recorrían con destreza los últimos tramos del laberinto; pronto llegaría a la “salida”, y lo así hizo. ¡Había triunfado!

Sin embargo, ese triunfo significaba la muerte. Justo al final del laberinto se hallaba la Esmeralda Hiperbórea, la Piedra de Venus. La Iniciada se detuvo frente a ella y subió los peldaños que conducían a la base de la Piedra. Junto con ella, la Serpiente de la Creación había llegado, hipnotizada con la belleza de la muchacha; ella sabía que la Serpiente la seguía por el Laberinto en total silencio, y eso significaba que la Serpiente había caído en la trampa. Entonces, la Iniciada proyectó el Símbolo del Origen sobre la Esmeralda Hiperbórea y esta se encendió mágicamente, bañando de luz verde-azulada el enorme recinto y a todos sus ocupantes. Afuera, el retumbar de tambores y flautas había adquirido un ritmo tan rápido y una intensidad tal, que resultaba imposible pensar o hacer otra cosa que no fuera contemplar el Zigurat rodeado por Nimrod y sus arqueros.

Al medio día y con el Sol en el punto más alto del cielo, las cosas empezaron a tornarse terribles. La bella muchacha retó a la serpiente, anunciando su propio nombre: Isa.

En ese momento la música cesó de golpe, inundando los oídos de silencio; y de una certera mordida, la Serpiente mató a la bella Isa. Los Iniciados sabían que ésto pasaría y sintieron la pérdida, mientras juraban seguir a la princesa hasta la muerte. La sangre de la bella princesa caía a borbotones sobre la brillante Esmeralda que tragaba el rojo líquido santo. Entonces, comenzaron a ocurrir las cosas más increíbles que ojos humanos hubieran contemplado desde muchos siglos atrás.

Quienes se hallaban dentro la torre, pudieron contemplar una escena terrorífica, pues al caer la sangre se apagó por un instante la luz que emanaba de la Esmeralda; pero luego una columna de fuego se elevó del piso, envolviendo, furiosa, el pedestal y la gema. El cuerpo de la princesa estaba tirado en el suelo; no obstante, una imagen espectral y fantasmagórica, desnuda y bella, se levantó del cuerpo y se posó junto a la columna de fuego: se lanzó sobre ella y empezó una especie de forcejeo. El fuego que, en un primer momento era delgado, en aquel momento era tan ancho como un círculo formado por seis hombres. Inicialmente se había deslizado como una serpiente; pero al expandirse fue adoptando la inconfundible figura de un dragón. Era un dragón de fuego cuya espantosa imagen se hacía nítida a cada segundo. En la medida en que aumentaba el forcejeo con el fantasma de la Princesa Isa, el Dragón se tornaba más furioso.

De pronto, las fauces de aquel primitivo demonio exhalaban un rugido terrible. Una enorme llamarada barrió la estancia y carbonizó a numerosos hierofantes. Solo los sobrevivientes pudieron observar el increíble espectáculo de aquella bestia de fuego jineteada por el fantasma de la difunta Isa, quien había trepado a la cabeza del monstruo sentándose entre sus aletas de fuego. Esa audaz acción hizo que el monstruo emitiera el rugido y la mortífera flama

que mató a los hierofantes. No obstante, el espectro de la Princesa luchaba, cual valquiria.

Al ver que el Dragón no cedía al forcejeo, la Princesa Isa dibujó el Símbolo de su Origen en su frente, y la horrible criatura de fuego se disparó hacia arriba, como un resorte, atravesando el techo de la Torre y llevando en su cabeza a la bella jinete. En el momento que el Dragón se elevó, un grito de espanto brotó de todas las bocas presentes, pues justo sobre la Torre, a no mucha distancia del techo, el Cielo se descorrió como si se hubiera rasgado un tejido de satén.

Todos contemplaron la negra abertura que escondía totalmente al Sol, a pesar de que éste, por hallarse mucho más alto, debería verse desde algún ángulo lejano. Sin embargo, nadie vio más al Sol. El espectáculo era impresionante y justificaba cualquier distracción. El monstruo de fuego, luego que la Puerta del Cielo se abrió, se fue transformando totalmente. Si bien en un principio pareció como si la espantosa cabeza se hubiese introducido en la tenebrosa abertura, pronto el dragón de fuego se convirtió en un cuerpo lleno de protuberancias a tiempo que cambiaba de color y se teñía de marrón, transformando a su vez las protuberancias en afiladas ramas cubiertas de agudas púas y algunas hojas verdes. Apenas unos segundos después, era un gigantesco árbol de espino que se erguía sobre el Zigurat del Rey Nimrod.

Desde la base de la Torre solo se vio parte del tronco y del follaje superior, pues la copa parecía perderse adentro de la Puerta del Cielo mientras que la raíz permanecía oculta a la vista, en el interior de la Torre. Ni bien se completó la metamorfosis, desapareció todo vestigio de fuego y el fenómeno se estabilizó sin producirse más cambios. Parecía como si el árbol de espino hubiese estado

siempre allí. Si no fuera por la siniestra rasgadura del Cielo, todos hubieran pensado que allí nada había sucedido.

Nadie tuvo tiempo para horrorizarse. Ni bien se abrió el cielo, dos hombres corrieron velozmente hasta la cima de la Torre: eran Nimrod y el bravo General Ninurta, quienes se detuvieron frente al hueco del cielo y tensaron sus arcos apuntando hacia el Umbral. El arco de Nimrod era conocido por su mortal puntería, era un arco Hiperbóreo hecho del hueso blanco de un animal atlante, digno de una élite de arqueros. El rey y el general apuntaron sus arcos hacia las tinieblas de la abertura, tratando de distinguir un blanco cuando, de repente, dos figuras emergieron blandiendo sus espadas. Los Demonios tenían el aspecto de enormes hombres blancos que poseían diminutas alas. Flotaban pesadamente en el aire y de alguna manera lograron descargar sus espadas sobre los heroicos arqueros. Las hojas relampaguearon al surcar el espacio, pero rebotaron sin penetrar en las corazas de Nimrod y Ninurta. Una lluvia de flechas cayó sobre los “Demonios-Ángeles”, acribillándolos. Cayeron malheridos, y el Rey Nimrod los decapitó con rapidez, y levantó sus cabezas ante la furibunda muchedumbre. En aquel momento el General Ninurta, acompañado por parte de la élite guerrera, comenzó a trepar por el árbol de Espino que unía el Cielo con la Tierra. ¡Por primera vez en miles de años, un grupo de Guerreros Sabios estaba por tomar por asalto a Chang Shambalá, El Cielo y el Castillo de Jehovah-Satanás que está entre las nubes!

El árbol de Espino poseía ramas espaciadas y rectas, de modo que se podía trepar por ellas como si se tratase de una gigantesca escalera. Esto fue justamente lo que hicieron los valientes Kassitas y ascendieron por el árbol para sitiar la “Puerta del Cielo”. Ni bien el General Ninurta y sus guerreros treparon lo suficiente, comprobaron que se hallaban frente a la entrada de una caverna.

Saltaron audazmente del árbol, sin saber aún si podían pararse sobre el misterioso mundo al que entraban. El suelo era rocoso.

Una suave penumbra reinaba en aquel sitio, sin embargo, había suficiente luz como para distinguir los detalles de la caverna. Se veían siete escalones de piedra y, a partir del último, un pasadizo que se perdía en la distancia. Sobre la entrada estaban clavados siete estandartes triangulares. Cada uno llevaba escrita la misma leyenda en lenguas diferentes. En su propio idioma kassita pudieron leer:

“No oséis poner los pies en este umbral si antes no habéis muerto a las pasiones y a las tentaciones del Mundo. Aquí solo se llega para renacer como Iniciados en la Fraternidad Blanca, pero para obtener tal privilegio es necesario morir primero. ¡Adeptos: si aún estáis vivos, si la llama del deseo primordial aún arde en vuestros corazones, si conserváis el recuerdo y alimentáis el propósito, entonces huid, mientras estéis a tiempo!”

Se trataba de una maniobra estratégica. La leyenda, aparentemente destinada a presuntos adeptos a la iniciación, tenía por objetivo provocar la duda a los intrusos. Sin embargo, lejos de lograr estos fines, el mensaje arrancó instantáneas carcajadas en los guerreros Kassitas. Por el árbol de Espino fueron trepando Nimrod y Ninurta seguidos por otra escuadra de arqueros, quienes, al alcanzarlos, estuvieron dispuestos a entrar en la infernal caverna.

Pronto, un ardor terrible de pasiones y deseos empezó a inflamar los corazones de los guerreros. Nimrod y Ninurta se miraron, vacilantes; ellos esperaban hallar enemigos formados para el combate, ¡pero allí solo había magia! Más adelante hallaron estandartes y en ellos empezaron a mostrarse los placeres más grandes de la carne y el corazón. Ellos sabían perfectamente que el enemigo estaba intentando comprarlos y corromperlos, querían sobornarlos

para que abandonasen la lucha y se rindiesen, sin presentar batalla. ¿Los Kassitas derrotados y desarmados por tentaciones de placeres vulgares? El Rey no lo permitiría: desenvainó su espada y con un rápido movimiento se infligió una herida en la mano izquierda, dando un mensaje que aún retumba en la sangre y corazón de los linajes Kassitas: “Escuchad. Yo, Nimrod, quien os ha guiado victoriosamente en mil batallas, os digo que debemos combatir hasta la muerte a estos viles Demonios que no se atreven a enfrentarnos. Os digo que mienten y que sus promesas solo buscan perdernos. ¡Aquí está mi sangre, que es la más pura del mundo! Con ella trazaré el Signo Kus en este estandarte infernal y luego entraremos a matar a los Demonios. ¡Nuestro Signo es invencible!”. Valientes las palabras del Rey quien trazó el Signo de su Origen con sangre y pareció como si un fuego consumiese los estandartes.

Sin embargo, no alcanzaron a ingresar al túnel. Aún humeaban en el suelo los restos de los estandartes, cuando los Demonios de Shambalá se dispusieron a emplear una de sus terribles armas atlantes: el “cañón OM”. Primero fue un sonido suave, penetrante y agudo, como el cantar de la cigarra; luego comenzó a subir de tono y de volumen hasta volverse inaguantable. Nimrod y Ninurta llamaron a la Mujer, el espectro de Isa, pues, efectivamente, ella estaba a la vista. Isa los miraba y parecía hablar enérgicamente, pero nadie podía oírla. Sin embargo, era impresionante la fe que los Kassitas sentían por la princesa y quizá esa confianza hizo que pronto la oyesen, o creyesen oírla. Ella les ordenó que mirasen el Símbolo del Origen grabado en sus espadas y arcos, y entonces ellos obedecieron de inmediato. Nimrod perdió su mirada en el Símbolo del Origen de su Arco y entonces Isa dio un salto hasta el Rey y el General y puso sus manos en las cabezas de ambos, produciendo la exaltación de un aura en torno a sus cuerpos. Esta operación produjo evidente alivio pues un segundo después



ambos estaban maldiciendo, aunque no lograban aún oír sus propios juramentos.

En aquel momento, Nimrod ordenó a un arquero llamar al resto de las tropas y éste así lo hizo. Este llamado era anhelado por el pueblo Kassita y, un instante después, miles de guerreros se lanzaron al asalto del Cielo. Cuando Nimrod y Ninurta se convencieron de que el rayo OM no podía contra ellos, se aprestaron a invadir el lugar. El pasillo era lo suficientemente ancho como para que pudiesen avanzar de a cinco a la vez, cosa que hicieron a la carrera. Al frente iba la espectral figura de la Princesa Isa, seguida por Nimrod, Ninurta y el resto de los arqueros; una docena de los restantes, se que quedaron como guardias a la entrada.

La vanguardia Kassita llevaba recorrida una larga longitud cuando el túnel concluyó abruptamente. Vieron tres salas, una a continuación de la otra, en cuyas entradas habían grandes letreros que permitían saber en qué lugar se hallaban. Uno era el “Templo de la Ignorancia y del Aprendizaje”, otro el “Templo de la Fraternidad”, y un tercero el “Templo de la Sabiencia”. La primera sala se hallaba vacía, salvo un altar con los odiados símbolos de YHVH. La segunda poseía dos altares y dos enormes columnas de piedra a su entrada. La tercera tenía un suntuoso altar con un ataúd marcado con los símbolos más obscenos y malditos que nadie pudiese concebir sin perder la razón. En todas las salas había ricas alfombras y tapices cubriendo pisos y paredes; y sahumerios aromáticos que impregnaban el espacio, suavemente iluminado por varias lámparas de aceite. Las tres salas constituían un espectáculo insólito para aquellos hombres aguerridos que, minutos antes, se encontrasen en una humilde ciudad del desierto. Inmediatamente la lucha comenzó en la primera sala. Allí, un grupo de los Guardianes de Shambalá, los Hiwa Anakim, les



cerraron el paso. Los Guardianes rodeaban a un anciano calvo, semidesnudo, de raza asiática, que parecía un habitante de las lejanas montañas de Kuen Luen. Tenía en sus manos un Cetro de Poder, una poderosísima arma que manejaba toda la gran maquinaria del Universo material. El Cetro emitió un rayo que golpeó el pecho del General Ninurta, arrojándolo al piso y terminando con su vida. Pero el enemigo no tuvo tiempo de regocijarse con este golpe, pues una certera flecha de Nimrod atravesó el corazón del Demonio amarillo, provocando gran confusión entre los Hiwa Anakim. El choque se hizo inevitable; mientras algunos Demonios arrastraban el cadáver del viejo hasta el “Aula del Aprendizaje”, otros se dirigían, espada en mano, hacia los guerreros Kassitas. Una lluvia de flechas mágicas cayó sobre las criaturas, pero el ambiente era tan reducido, que pronto hubo que pelear cuerpo a cuerpo. Ya habían caído varios Ángeles-Demonios acribillados y algunos más no tardaron en seguirlos por el efecto de las espadas Kassitas. Nimrod abrió un claro entre los atacantes y, seguido de su escuadra, pasó a la siguiente sala. Allí la lucha se tornó encarnizada.

Nimrod estaba furioso pues había distinguido a un personaje resplandeciente que dirigía el ataque. Se asomó por momentos al Templo de la Sapiencia desde una puerta que parecía dar a un amplio patio, para luego gritar órdenes y apartarse para dar paso a otros torpes Hiwa Anakim quienes hallaban una rápida muerte con las flechas y espadas Kassitas. Aquel personaje, resplandeciente, era un Arcángel-Nephilim, uno de los “Dioses Traidores”, pero Nimrod, impresionado por su aspecto Divino y sus grandes alas blancas, pensó que era el mismísimo YHVH. Apuntó cuidadosamente y disparó cuando el Arcángel apareció de nuevo en la puerta. La flecha trazó una suave curva en el espacio y fue a dar directamente a su pecho, rebotando por último, como si hubiese impactado contra una roca.

Aquel Dios Traidor, aquel Arcángel, maldijo a Nimrod de formas impensables para un mortal. Preso de su odio, mandó más tropas de Ángeles-Demonios hacia Nimrod que, horrorizado, observaba cómo muchos Hiwa Anakim se entregaban a devorar ferozmente a los guerreros caídos. Esta visión arrancó un grito de espanto al Rey Kassita y, mientras su espada mantenía a raya a los atacantes, observaba que las bajas eran terribles entre su Elite de arqueros. En aquel momento dio la orden de llamar a los refuerzos. Momentos después, miles de guerreros irrumpían en los malditos Templos de la iniciación sinárquica.

Pronto, los Hiwa Anakim fueron sobrepasados y Nimrod tuvo tiempo de reunir a sus arqueros sobrevivientes. Quedaban menos de la mitad, pero los refuerzos llegados eran impresionantes, al extremo que amenazaban saturar los tres Templos que ya habían sido tomados. Había que intentar una salida hacia el patio exterior.

Nimrod espió por la puerta en que había visto al Arcángel y comprobó que daba al patio de un enorme Palacio, en medio de una ciudad colosal. Era el palacio de Jehovah-Satanás, YHVH.

Ellos estaban en el corazón de Chang Shambalá: el Cielo, muy cerca del Palacio del Rey del Mundo. Pronto, Nimrod miró las salas que tomó y comprendió que la hazaña había sido gigante. Ellos estaban en los lugares de engaño y ablandamiento más grandes del Universo, algo que solo sangre muy pura o mucha nostalgia por el Origen podía resistir. Quienes fueron y van a parar allí, siempre fueron y son personas útiles a la Sinarquía, Jefes de estado, religiosos, reyes, personas ricas e influyentes, presidentes de corporaciones y muchos otros; y a veces son llevados los guerreros para ser tentados, incluso por

los mismos Arcángeles; aquellos que han regresado y han afirmado haber sido “raptados por extraterrestres”, mas no es así. Aquellos que van allá: “retornan completamente hechizados y dispuestos a trabajar de lleno para cumplir su misión con YHVH”. Son los “Iniciados” de la Sinarquía, que han “muerto” y “vuelto a nacer”; pero lo que en realidad ha muerto en ellos es el Espíritu, el Recuerdo de Sangre, que ahora, sumidos en una total confusión estratégica, ya nunca sentirán.

En el patio exterior al Templo de la Sapiencia, donde se habían atrincherado los valientes Kassitas, toda una legión de Hiwa Anakim con espadas en mano y varias escuadras de Sheidim, enanos de piel gris, esperaban inquietos. La vista del patio exterior no podía ser más espeluznante, pero Nimrod deseaba enfrentarse al Arcángel y vengar a sus camaradas. Para ello envió a la infantería en horda, seguidos de una vanguardia de lanceros; atrás quedaría la élite de arqueros, protegiendo la retaguardia y disparando continuamente a los blancos más cercanos. En la confusión, Nimrod intentaría llegar hasta el Arcángel.

El ser alado del que Nimrod quería vengarse era Kokabiel, uno de los Arcángeles Sephiroticos del Tetragrámaton que custodian el mundo, y uno de los doscientos Dioses Traidores que vinieron de Venus y fundaron la Fraternidad Blanca o Jerarquía Oculta de la Tierra. Él se hallaba dirigiendo a sus huestes de pesadilla, escudado tras una fuente de surtidor; su aspecto era deslumbrante...

Nimrod dio la orden de atacar y una horda de guerreros Kassitas se precipitó contra la cerrada formación de los Ángeles-Demonios. Los enanos dispararon sus armas de “cinturón” y produjeron algunos tropiezos entre los primeros guerreros; pero pronto se vio que el ímpetu que llevaban haría imposible

detenerlos. Comenzaron a llover docenas de flechas al tiempo que chocaban ambos frentes. En aquel momento Nimrod cayó de dos saltos sobre Kokabiel intentando degollarlo con un filoso puñal de Jade. Esa arma, procedente de la China, la había recomendado Isa como muy efectiva para abatir a los Ángeles-Demonios y Arcángeles.

Rodando en mortal abrazo, los dos ancestrales enemigos, el blanco Nimrod y el tenebroso Kokabiel, jugaban sus ilusorias vidas tratando de apuñalarse mutuamente. ¡Era algo que no se había visto en 8.000 años! Pero sus cuerpos pertenecían a dos razas distintas: Kokabiel era enorme, casi del doble de tamaño que Nimrod, y esa ventaja física, sumada a su odio que constituía una energía casi palpable, ponía en aprietos al Rey Kassita. Pronto, el Arcángel alcanzó el cuello del Rey, sorprendido en mortal llave de lucha. Crujieron los huesos de Nimrod, y repentinamente el espinazo del hombre produjo un estruendo al partirse. El Arcángel no dejaba de maldecirlo, decía que siempre sería recordado como “Nimrod el Derrotado” pues no había logrado nada con su invasión. El Arcángel conjuraba oraciones a YHVH para el eterno castigo contra Nimrod por sus pecados. Pero Nimrod era puro valor, y pronto recordó a Isa y tuvo fuerzas para lanzar el cuchillo de jade sobre su verdugo: cuando se sintió morir, difundió su conciencia en la Sangre, a la manera Hiperbórea, y dejó que el último esfuerzo de su brazo fuese guiado por sus instintos. Y entonces la mano, temiblemente armada, se disparó directamente a un punto de la cintura del Arcángel, justo sobre el hígado, en un punto débil de la armadura. Kokabiel cayó con el rostro desfigurado por el temor y, finalmente, murió; nunca más viviría en este Universo, tal es el misterio que tratan de ocultar los Demonios-Arcángeles de Chang Shambalá.

Al caer Kokabiel, un súbito desconcierto se generó entre las huestes demoníacas y celestiales; sin embargo, las voces de otros cobardes ángeles los incitaban a luchar sin retroceder. La matanza era terrible y la sangre cubría ya gran parte del patio, regado con cientos de cadáveres. Una escuadra de soldados comenzó a incendiar los corredores cercanos y pronto ardió el palacio que se hallaba evacuado. En medio de la confusión, algunos guerreros incorporaron al Rey Arquero y le vieron sonreír mientras hablaba con el espectro de Isa, su secreto y gran amor. Algunos decían recordar en la Sangre lo que Isa le dijo a Nimrod, palabras de un amor glorioso que aún resuenan en el perpetuo cantar de los pájaros y el imponente caminar de los Osos. Mujeres de esencia plantigrada nacerían del recuerdo de Isa y con su bendición; y hombres guerreros nacerían tras Nimrod. ¡Qué bellas palabras dijo Isa al Rey!: “¡Oh Nimrod, no temas!, ¡Hemos triunfado gracias a ti: Oh, el vencedor de Kokabiel! Ya me hice a la labor de cumplir con la misión de la Raza y hallar el Sendero de Regreso. La Diosa me guió y ahora podemos volver a nuestra Aldea Original, ¡Hemos conquistado la Libertad del Espíritu, valiente Nimrod! La posibilidad de ser nosotros mismos, nuestra propia creación, de ser nosotros la matriz de nuestro propio parto. ¡Es la Voluntad del Incognoscible, Divino Nimrod, que lo podamos todo!, ¡Vámonos, pues, allá donde el amor es amor y el honor es honor! ¡Vamos donde las palabras no existen y donde yo pueda curarte y amarte, y tú a mí con el A-Mort del Origen! ¡Ven, toma mi mano, déjame llevarte más allá, donde todo es Eterno!”. Y así, Isa pronunció las últimas palabras, acompañando el suspiro final del Rey Hiperbóreo.

Aquel “medio día” interminable, permaneció inalterado durante toda la Batalla de Nimrod y se podía considerar su duración aproximada como de doce horas. En el momento en que el Rey Kassita expiraba y se extinguía el combate en Chang Shambalá, el último prodigio sacudía a Borsippa. Habían ya subido al

Cielo todos los guerreros disponibles: más de cuatro mil, incluyendo algunos visitantes, y la ciudad presentaba entonces un extraño aspecto. Con esa muchedumbre compuesta mayormente por mujeres y niños que no cesaba de gritar, superponiéndose sus protestas a un fondo de música guerrera tañida por la Iniciadas Kainitas. Y esa torre imponente, erguida hasta el Cielo en abierto desafío. Y ese árbol espino en su cúspide, ese árbol rosáceo que simboliza la sublimación de la materia por parte de Él y su encaje en las Jerarquías Cósmicas cuyo supremo regente es aquel que se autodenomina “Uno”. En aquel medio día interminable la imagen de Shamash era inexistente, el Sol estaba totalmente oculto a plena luz del día. ¡Verdad que Borsippa presentaba un raro aspecto en ese, su último día!

Ya no había esclavos en Borsippa; el linaje de YHVH, la sangre de Abraham, los pastores Habiros, serían salvados. Pero tampoco había cobardes para huir cuando la lenteja plateada apareció en el cielo. Todos quedaron mudos de asombro a tiempo que el gran ojo de plata emergía de una sospechosa nube. Todos murieron en sus puestos cuando el rayo dio de lleno en la Torre de Nimrod. El extremo calor era tan candente que la arena se fundía y chorreaba como agua. Un huracán mortal, un círculo expansivo de fuego, partió de Borsippa matando a cualquier ser viviente en diez millas a la redonda.

Se empleó otra de las armas tácticas atlantes, dando así cumplimiento al ruego que Enlil y Shamash hicieran al Perro del Cielo: Sirio-Sión, y que la princesa Isa presenciara. Una vez consumado el ataque, la lentícula de plata desapareció de toda vista física para retornar al centro de donde había sido proyectada, en Chang Shambalá.

Al disiparse el humo se sostenía en pie la séptima parte de la Torre de Nimrod; Shamash continuaba su viaje hacia el Occidente y el árbol de Espino y la Puerta del Cielo ya no existían. La pesadilla había terminado: el Umbral estaba a salvo para continuar prestando sus servicios a las iniciaciones sinárquicas y los Hijos del Sol de Medianoche habían fracasado nuevamente.

Solo quedaría el recuerdo racial de la gran hazaña de Nimrod y los restos calcinados de su Torre, tal como pueden verse aún hoy en la Torre de Borsippa, con la arena vitrificada por el calor nuclear adherida todavía, tras los milenios, a sus muros. Y también perdurarían las calumnias inventadas por los pastores Habiros y recogidas por la tradición árabe y judía. En el Talmud y en diversos escritos rabínicos puede leerse, convenientemente alterada, parte de esta historia. Se menciona allí a la Torre de Nimrod “desde la cual sus arqueros disparaban flechas al Cielo”, el “orgullo luciférico” del Rey Kassita, su Torre “confundida” con la de Babel, etc. También se han hallado tablillas de arcilla grabadas en escritura cuneiforme que cuentan más objetivamente los hechos, y numerosos Kudurros, piedras grabadas que solían colocarse en Templos o como límites territoriales, con referencias a la hazaña de Nimrod.

Más, la de Nimrod, no fue una derrota, pues ese mismo día el Rey Kassita, su bravo General Ninurta, sus Iniciados y todo el pueblo que murió en Borsippa, emprendieron el Regreso al Origen, guiados por la indómita y fantasmal Isa. Entre tanto, los Demonios Hiwa Anakim devoraban sus cuerpos en Chang Shambalá y el Rey del Mundo pronunciaba su Oración Vespertina, retrasada doce horas ese día por la hazaña imborrable de Nimrod.

El resto del pueblo Kassita continuó dominando durante un tiempo pero finalmente se fundió con sus primos Hititas pues, como bien se sabe en los

Círculos Hiperbóreos: “una Raza que pierde sus Iniciados Kainitas es una Raza moribunda” y, junto con Nimrod, habían partido para siempre la Élite de Iniciados Kainitas. Sin embargo, antes de que todo quedara perdido, los primos Hititas de los Kassitas retornaron a Borsippa: había algo que debían hallar.

La gran Esmeralda en forma de vulva se había convertido en una pequeña gema verde azulada, incrustada en un arco, el Arco del Rey Nimrod que, sin explicación alguna, había caído desde los cielos hasta la torre. Un joven Hitita lo tomó y, escuchando la voz de su sangre, se convirtió en un transductor entre el arco, la gema y el mundo de los hombres. Él habría de iniciar su odisea para, por voluntad del Arco de Nimrod, llegar a donde los dioses lo guiarán.

Eran las 19 horas del sábado 1º de enero del 2000 en la ciudad de La Paz, en Bolivia. La Iglesia de Santo Domingo se encontraba llena de feligreses celebrando la primera eucaristía del año.

—Así como compartes el pan, permítenos compartir el Cielo junto a nuestro Señor Jesucristo.

—Tuyo es el Reino, tuyo el Poder y la Gloria por siempre Señor —respondió la congregación.

—El Señor esté con vosotros.

—Y con su Espíritu.

—Podeos ir en paz, hermanos.

Algunos feligreses empezaban a abandonar el recinto y un sacro coro anunciaba el final de la misa. El cura empezó a salpicar de agua bendita a una numerosa conglomeración que extendía sus manos para ser tocados por el líquido bendecido. Mientras el cura lanzaba el agua vio a uno de sus diáconos laicos aproximarse, éste mostraba un rostro bastante agitado y empalidecido.

—Silvio, ¿pasa algo? —preguntó el sacerdote, dejando de repartir el agua.

—Padre, lo buscan en la oficina episcopal.

—¿Quién me busca?

—Fray Santiago.

El rostro del sacerdote palideció en cuanto escuchó esto. Ni siquiera se quitó la sotana litúrgica y fue corriendo hasta la oficina episcopal.

Cuando llegó, vio al recién llegado: un hombre de barba tupida y cabeza calva. Su rostro era casi cadavérico y estaba cubierto por hábitos dominicos.

—Fray Santiago, no lo esperaba sino hasta dentro de tres días.

—La profecía, los Centinelas —murmuraba el fraile, tembloroso.

—Los... los... Dios, ¿son acaso...?

—Así es, un grupo de niños acaba de partir de la guarida de Rowena rumbo a Erks.

—¡Milagro!, la profecía de Santo Domingo era cierta. ¡Gracias al Incognoscible y a la Virgen!

—Pero, eso no es todo. Su Eminencia envió un mensaje desde Roma. Nos manda decir que el hermano Aldrick Du Ruelant viene en camino.

—Dios, ¡el último Cruzado Cátaro! —dijo abruptamente el asombrado cura—. Dígame, Fray Santiago, ¿cuándo está programada la llegada del hermano Du Ruelant?

—Llegará en diez horas.

—¡Entonces, no hay tiempo que perder! Silvio —ordenó a su diácono—, llama a todos los encargados del claustro y reúnelos en el presbiterio.

Mientras un revuelo inusual se precipitaba sobre el claustro de la Orden Dominica de los Predicadores, en otro punto de la ciudad se hallaba un siniestro joven, sentado en medio de una lóbrega casa. El lugar estaba descuidado y abandonado, era un edificio que se hallaba en litigio desde hacía bastante tiempo, ubicado en la zona de Miraflores de la ciudad de La Paz.

El muchacho vestía con una capa roja, un ancho pantalón negro y una pechera de cuero rojo en el torso. Su cabellera rubia hacía un marco sutil a las duras facciones de su rostro.

Aparentaba estar dormido; nada parecía perturbar la insoportable quietud de la casa ruinosa. Entonces una serie de luces doradas empezaron a brillar entre las tinieblas y las sombras. Bajo la destartalada butaca que sostenía al muchacho, empezaron a delinearse figuras cuyo resplandor hacía evocar al oro fundido. Como imposibles manchas de horror, una serie de tubos ramificados empezaron a surcar el tumbado, convirtiéndose en venas sangrantes de un momento a otro. El piso comenzó a evaporarse, dejando tras de sí una purulenta y húmeda superficie blanca, la misma que parecía ser alguna clase de afta floreciente. Las paredes se llenaron de sangre y oro fundido. Bajo la butaca del chico brilló un círculo dominado por letras hebreas y una gran Estrella de David en medio. Entonces, de las luces doradas, un ser alado, con tres pares de alas resplandecientes, apareció. Ostentaba una magnífica armadura dorada, bellamente adornada. En su cabeza había un yelmo y en sus manos, una espada.

—Golab, Golab —evocaba el ser alado, como tratando de despertar al chico que dormía.

—¿No ves que descanso? —murmuró de pronto el muchacho.

—Despierta, tengo que hablar contigo —replicó el Arcángel.

Con una pesadez insólita, el chico abrió los ojos. Sus globos oculares estaban barnizados de una capa de brillo rojizo, el mismo que hacía imaginar las llamas del infierno. En contraste con el ser alado que parecía un ángel de los cielos, el chico de rojo, Golab, parecía un demonio de los más ígneos infiernos.

—San Miguel, el Jefe de los Ejércitos Celestiales. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Golab.

—Los *Sidhas* Arcángeles están muy enojados, el Concilio del Tetragrámaton ha estado debatiendo y hemos llegado a la conclusión de que has fallado.

—Muy poco me importan sus conclusiones —replicó el rojizo joven, con perversa sorna.

—Sabías la importancia de tu misión.

—En la Junta Bafometh, cada demonio dio su parecer; cumplí con la voluntad de Bafometh...

—¡Ineptó! —lo interrumpió Miguel—. ¿Acaso piensas que los Arcángeles del Tetragrámaton íbamos a aprobar sus acciones? ¡Has dejado a los Centinelas vivir, tonto! ¡Ahora, qué haremos!

—Calma, hermano mío —dijo Golab, su tranquilidad contrastaba con la alarma de Miguel—. Esos arranques de enojo no van contigo. Tanto el Bafometh como el Tetragrámaton únicamente querían cerciorarse que esos niños no fuesen un obstáculo; lo sabes, tú estuviste en la última junta. Y puedo garantizarte que los Centinelas no representan ninguna amenaza para nosotros.

—Rechazaron el poder del *Dorje*... ¡Cómo puedes pensar que no son una amenaza!

—Escucha, Miguel. Solo dos cosas podríamos temer de ellos: o que encuentren El Arco de Artemisa, o que despierten al hijo del Fenrir, y eso jamás pasará, *no están preparados*. Es más, la fractura de la bestia Lobo garantiza que ninguna de sus partes podrá unirse nuevamente. Lycanon está solo en este mundo y el Otro Lobo no ha nacido en esta era, estoy seguro.

—¿Cómo puedes estarlo cuando todos los demás Centinelas han coincidido en Era y lugar?

—La desesperación los ha delatado—dijo Golab, sonriente—. El viejo ciego pretendió ayudar a esos niños; pero luego de estar cerca de ellos, lo entendí. No serán amenaza para nosotros.

—Aún sigues escuchando a Astaroth o Asmodius en lugar de escucharme a mí. Ellos fueron los que te convencieron de todo lo que me dices, pero a mí no me engañas... —dijo el ángel.

—¿Qué insinúas?

—¿Acaso crees que ignoro tus verdaderos sentimientos? —Golab abrió los ojos desmesuradamente—. Dianara, la osa de la Luna. ¿Eres en verdad inmune a ella, a su poder?

—Soy un macho cabrío, Señor del Foso —dijo Golab—. Todos los miembros del Bafometh son conscientes de mi gran poder, los arcángeles del Tetragrámaton también lo conocen, pero tú pareces ser el único que ignora mi fuerza. Si yo lo deseara, podría acabar con este universo y muchos más con solo cerrar la palma de mi mano izquierda. ¿Y aún así piensas que yo, Golab el Señor del Foso, caería por causa de una miserable mortal? Me subestimas, Miguel. Las mujeres como tales me dan asco...

Miguel se aproximó a Golab y tomó su rostro con delicadeza.

—“Y los hijos de Dios se dieron cuenta que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron por esposas a las que les gustaron”, Génesis, capítulo cinco, versículo dos... —citó el arcángel—. En verdad, Golab, espero que no estés mintiendo. Aún nuestro padre te ama, y yo también... —dijo Miguel, se inclinó y besó a Golab.

Después de unos segundos, el ángel se desvaneció y la casa recuperó su avejentado aspecto.

—Dianara... —susurró Golab—, ¡maldita!; a pesar de los siglos aún permaneces en los recuerdos de mi alma... pero me vengaré por esto.

Era casi medio día en la Iglesia de Santo Domingo. Un hombre estaba descargando su equipaje de un taxi. El sujeto vestía camisa y pantalones negros, llevando en el cuello la solapa blanca que lo identificaba como un sacerdote católico. Su cuerpo entero estaba cubierto con una larga gabardina negra, dándole un porte imponente a un hombre que no necesitaba más aditamentos para inspirar respeto. Sus ojos se escondían tras unas redondeadas gafas que le daban un aire enigmático. Su altura, de casi dos metros, y su porte, loaban la autoridad que su sola presencia inspiraba. No era boliviano ni sudamericano, sino europeo y *algo más*.

Dos monjes salieron de la iglesia para dar la bienvenida al recién llegado. Ambos vestían hábitos y lucían muy nerviosos. Uno era mayor, alto y de cejas espesas, con el cabello blanco y escaso. El otro era más joven, de piel y facciones duras como las de un hombre del altiplano.

—La paz del señor sea con usted, hermano —saludó el mayor de ambos.

—Y con vuestro espíritu —respondió, mirándolos de reojo.

—Lo estábamos esperando —dijo el más joven—. Por favor, pase, pase —y tomó sus maletas.

Los hombres entraron a la capilla y caminaron hasta la oficina. El mayor se presentó:

—Soy el Fraile Bernardo Clementi —y señaló al joven—: Él es el hermano Javier Azurita.

—*Est un plaisir*—respondió el huésped—. Soy Aldrick Du Ruelant, me envió su Santidad. Ambos saben la razón de mi llegada.

—Estamos al tanto, hermano —replicó Bernardo Clementi—. Las noticias han llegado pronto.

—¿Y la situación? —consultó Aldrick.

—Los elegidos han sido conducidos a Erks por el Camino de los Dioses —respondió Javier.

—Entonces mi larga jornada no culmina aquí —afirmó Du Ruelant, sonriendo—. Debo partir cuanto antes a la Ciudadela de Erks.

—Claro —dijo Bernardo—, pero debemos pedirle discreción. Nuestra posición es delicada.

—No se angustien, seré cauto —replicó Aldrick.

—Hemos preparado un transporte —dijo Javier—. Lo llevarán hasta el campamento de la entrada de Erks. Rowena Von Kaisser y Qhawaq Yupanki ya estarán esperándolo en la ciudadela.

—Les agradezco, pero preferiría ir por mi cuenta a Erks —dijo Aldrick—. Deben saber que nuestros aliados en Roma no nos han abandonado a nuestra suerte con una tarea tan difícil. Hay refuerzos en camino que vienen de todas partes. Llegarán poco a poco, sed pacientes.

—Son grandes noticias, hermano —replicó Bernardo—. Estaremos atentos.

Acompañaron a Aldrick a la puerta, éste preparaba su mente para el viaje.

»»» HITITAS »»»



Promediaba el año 1999 a.C. y en un pueblo destruido, un joven hombre solitario se encontraba sentado sobre una columna ruinosa.

Era evidente que en aquel lugar, antes conocido como Borsippa, había ocurrido algo inimaginable. La arena estaba vitrificada por la exposición a un calor inmensurable. Al ermitaño le costaba creer que toda aquella devastación fuese real, pero mientras sus pies se hundían en la arena, sus dudas acerca de lo que veía se iban disipando, no estaba alucinando, aquello era real. Él era un hitita, miembro de un reino cuyo final había llegado a término pocos días antes que llegara al pueblo destruido. Se sentía totalmente abrumado por lo que veía, pero aún más por el objeto que encontró en lo que era una torre chamuscada:

había hallado un arco blanco, como de hueso, con una bella gema verde-azulada incrustada en medio.

Lo que realmente angustiaba a aquel nómada no era el arco en sí mismo, sino que desde la gema que llevaba incrustada podía presentir una misteriosa voz hablándole directamente a su mente. Cada paso que daba le revelaba un derramamiento de sangre. El arco le llamaba, le hablaba, le relataba su historia, y al hacerlo, lo llamaba por su nombre: “Nivske”.

Nivske había llegado hasta aquel lugar por la invitación de un familiar suyo. Le dijeron que asistiera a Borsippa para participar de la ceremonia inaugural de una gran torre que el Rey Nimrod había construido como monumento a la Diosa Ishtar. Llamado por la aventura y las promesas de gloria en una marcha santa, Nivske abandonó su pueblo natal y se dirigió al lugar al que lo habían invitado. Durante el camino imaginó la fiesta que habría de celebrarse y ya saboreaba las delicias de tierras extranjeras. Nada de aquello lo preparó para la desastrosa sorpresa que sobrecogió su alma... Nivske jamás se imaginó que tal horror pudiera existir.

Cuando llegó al centro del pueblo y vio la torre en ruinas, imaginó que algún ejército inmenso habría aniquilado al Rey y a todos sus súbditos, pero no habían cadáveres por ningún sitio aunque todo pareciera quemado. Eso le perturbaba aún más y sentía que estaba en peligro. Entonces vio un resplandor entre las negras rocas caídas de la torre. Hipnotizado por la belleza del brillo, el joven Nivske se internó entre las plataformas carbonizadas y halló el arco.

Desde aquel momento sintió que tenía algo importante que hacer y, guiado por las instrucciones del propio arco, abandonó las ruinas de Borsippa, rumbo a Occidente.

Tras un largo y penumbroso viaje por la llanura de Konya y los Montes Boz, Nivkse fue a dar al mar Egeo. Sentía que la voz de la reliquia que llevaba le decía por dónde ir y le protegía de los peligros del camino. Pudo reconocer en aquella presencia arcana el calor de la ancestral diosa patronal: Morana, y su miedo había sido sustituido por una inquietud de llegar a...; a pesar de que no tenía idea hacia dónde se dirigía, sabía que estaba yendo por el camino correcto.

En la costa, abordó un buque comercial y se lanzó a la mar, cruzando el Egeo. Ni las tormentas o las marejadas lo distrajeran del lugar que tenía fijo en su mente: donde el sol se ocultaba. Semanas más tarde llegó a una floreciente urbe en una isla llamada Creta.

Allí, las raíces de una cultura estaban floreciendo y Nivske se fascinó por lo que vio. El joven era tan solo un campesino humilde y jamás en su vida había estado en una ciudad como aquella.

Pero tenía hambre y el agotamiento casi lo vencía. El dinero se le había acabado durante el viaje por mar y ya no tenía forma de conseguir más alimentos; ni siquiera hablaba la extraña lengua de aquel lugar. Una vez más, presintió la imponente presencia del arco en su interior: apretó la reliquia entre sus brazos y dejó que un instinto superior lo guiara. De ese modo fue a parar a un templo. Miró la entrada y se derrumbó sobre los escalones.

No supo cuánto tiempo soñó..., cuando oyó una voz que le llamaba por su nombre. Era una voz delicada, femenina. Se sintió reconfortando y entonces percibió una luz en su frente; hizo un esfuerzo insistente hasta que finalmente pudo abrir los ojos. Eran como dos gemas verdes incrustadas en un rostro, como solo en la imaginación de los poetas pudiera concebirse. Sin duda, aquella debió ser la mujer más hermosa que había visto en su vida.

—Te estaba esperando —le dijo la mujer en su propia lengua, ayudándole a incorporarse.

—¿Quién eres? —preguntó Nivske, sumido en una mezcla de embelesamiento y confusión.

—Me llaman Kora —respondió—. Soy una Nocturna Iniciada en la Sabiduría de los Dioses y el Oráculo había predicho tu llegada.

—¿O-Oráculo?

Aquella palabra no estaba en el vocabulario de Nivske. Ella, en silencio, lo ayudó a caminar hasta el interior del templo y luego le ofreció algunas frutas que él comió vorazmente.

—Un Oráculo es una virgen que predice el destino de los hombres —explicó Kora.

—En mi país no existe tal cosa.

—Lo sé.

—¿Y cómo es que conoces mi idioma?

—Soy una estudiosa, mi deber es conocer todas las lenguas del mundo.

Los ojos de Kora se fijaron sobre el arco que Nivske había dejado reposar contra una pared. Dio un suspiro de alivio cuando vio la reliquia.

—El arco que traes contigo...

Nivske le echó una ojeada.

—¡Oh, el arco! Lo encontré en Borssipa. Siento que ese arco es el que me trajo hasta aquí.

—Creo que no entiendo.

—No sé explicarlo —replicó Nivske, sin dejar de comer—. Desde que lo encontré no he dejado de tener extraños pensamientos. Es como si el arco tuviera vida y me hablase de formas extrañas. Los pensamientos que vienen a mi cabeza son desordenados; creo que está embrujado.

Kora sonrió, tal vez por la inocencia de Nivske o solo por su forma de comer.

—No es un embrujo, Nivske...

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó, sorprendido.

—El oráculo me lo reveló.

—Vuestro Oráculo es muy bueno entonces.

—Ven conmigo, quiero mostrarte algo.

Kora llevó a su invitado a una recámara posterior, cruzaron una gran puerta de mármol y aparecieron en una antesala enorme, impregnada del perfume de aceites. Al fondo había una pequeña y enigmática estatua: Era una mujer con tres pares de pechos y una luna menguante atravesada por una flecha en su frente. Nivske jamás había visto nada parecido en su vida.

—Ella es la Diosa de mi pueblo, se llama Artemisa —dijo Kora.

El nombre le resultaba extrañamente familiar al joven extranjero, era como si aquella palabra tuviera alguna clase de significado para él y su pasado.

—En tu pueblo es Morana —dijo Kora—, pero aquí ha recibido otro éter y otro nombre.

—Artemisa —musitó Nivske—. He oído antes ese nombre.

—Eso es porque el arco que has traído contigo es una manifestación de Ella. Según el Oráculo, ese arco estuvo en manos de un gran rey de tu gente.

—Sí, ¡el Rey Nimrod! —replicó Nivske, sorprendido por recordar.

—La piedra que lleva ese arco se la conoce como Piedra de Venus, y vino a parar a este templo porque así lo ha dispuesto la Diosa.

—Entonces, mi viaje...

—Fuiste un mensajero de la Diosa. Ella te ha traído aquí con su arco: El Arco de Artemisa.

—¿El Arco de Artemisa?

—Así es.

—¿Y ahora qué se supone que debemos hacer con él? —preguntó Nivske, confundido.

—Nosotros somos sus custodios. Nuestra misión es protegerlo hasta el momento de darle uso.

—Un momento —interrumpió Nivske, contrariado—. Yo tengo que volver a mi pueblo, tengo familia y no puedo quedarme aquí a...

De forma repentina Kora se desnudó frente al joven Nivske, su cuerpo era tan perfecto que el muchacho hitita no tuvo más ganas de protestar.

—Habrás de quedarte aquí, Nivske, y para que la nostalgia de tu pueblo original sea saciada, en este momento voy a recibir tu cuerpo dentro del mío. Así que ven.

Nivske no pudo resistirse: poseyó a Kora y en su mente se presentó otro recuerdo perdido en sus mares internos: el recuerdo por una dama que él amó y que ya había partido del mundo, o más bien que jamás llegó al mundo. Kora le



recordaba a ella y las horas de placer y nostalgia iniciaron al joven en misterios que jamás pudo sospechar. Luego él y ella tendrían al hijo que custodiaría el arco por generaciones en el Templo de la diosa Artemisa, hasta el momento en que deba abandonar el templo y ser llevado a nuevas tierras por nuevos custodios.

El agonizante siglo XX había hecho prevalecer sus profecías del fin del mundo; mas los profetas jamás predijeron tal mordaza de ironías trianguladas como la que ocurrió durante los días del último año de la humanidad. Y es que 1999 no era solo un número, era el inicio del fin.

Los gestores del Apocalipsis no serían cuatro jinetes o una legión de ángeles, ni un dragón tratando de comerse al recién nacido de una mujer parturienta. Los que llevarían al mundo al Armagedón habrían de ser un grupo de niños cuyas vidas jamás habían estado manchadas con los oscuros tintes de la muerte, la desgracia o la guerra.

Armand Rodrigo Torrico Michelle, conocido como Lycanon entre los dioses, tenía trece años cumplidos al concluir el siglo XX. Había llegado de forma abrupta a la adolescencia por mediación de su sexualidad desbocada. Su sangre francesa de milenarios avatares había sido runificada por lobos a inicios de la propia Francia. Nacido en Bolivia un 21 de agosto de 1986, por estrategia de los dioses, Rodrigo jamás imaginó que sus deberes heredados de Europa habrían de alcanzarlo. Aquellos ojos dormilones y nostálgicos, de un verde líquido que parecía venir de otros mundos, no expresaban más que una infinita incertidumbre. Su cabellera corta era un marco perfecto para un muchacho que exhibía la élfica hermosura de un ser *extrauniverse* caído al mundo de los mortales. Su esbelto cuerpo, totalmente proporcionado, exhibía un extraño desarrollo muscular para un chico de su edad. Rodrigo era el perfil perfecto de un niño espartano destinado a convertirse en guerrero. Y más allá de toda esa estética heredada de la Europa perdida se vislumbraba el talento de un músico

sin par en la historia, un pianista que había perdido su inspiración el día que una de sus manos fue herida de muerte. Mas sus palabras despeñadas contra el derrotero de su infancia emasculada no eran sino el reflejo de su verdadero valor, un coraje que ni el propio Rodrigo conocía aún.

Aquel 1º de enero del 2000 Rodrigo abandonó la ciudad de La Paz junto a una Compañía de siete personas: cuatro mujeres y dos varones, aparte de él. El destino de la Compañía era uno de los lugares más extraordinarios conocidos por ojos humanos: la Ciudadela de Erks.

Aquella fortaleza se hallaba en un plano dimensional paralelo al septentrión estelar del tercer planeta del Sistema Solar. Su ubicación había sido un secreto celosamente guardado por los Amautas del Bonete negro, quienes heredaron el sello de la umbra por medio de los hierofantes del Imperio Vikingo de Tiwanaku, los Señores de Skiold, eones previos a la fundación de Cuzco.

El viaje para llegar a Erks siempre fue un complicado laberinto que difícilmente se podía resolver sin un conocimiento total de la Sabiduría Hiperbórea. Por esa razón la persona que encabezaba la caravana era Rowena Von Kaisser, una mujer de grises ojos acerados. Sus cejas y cabellera eran tan rubias que el sol las emblanquecía cual canas cuando sus rayos las tocaban. Su piel estaba dibujada por algunas venas azuladas que se trazaban sobre aquella magnífica figura traslúcida, suave y firme. Su gran altura le daba un porte imponente, siendo que sobrepasaba por una cabeza al más alto varón de la Compañía. El escultórico cuerpo de Rowena podía engañar a cualquiera, pues a pesar de la juventud que reflejaba, ella tenía, en realidad, casi 60 años; solo las arrugas de su cuello y las estrías que bordeaban sus ojos podían confirmarlo.

Sin embargo, sus ojos casi jamás eran visibles pues ella siempre los protegía con gafas.

Sin desear mirar atrás, pero sin poder evitarlo, la joven caravana y su madura guía dejaron la ciudad de La Paz, abandonando sus antiguas vidas en las arremolinadas aguas del pasado. Los elegidos: un joven universitario que no terminaría su carrera, una jovencilla que no se graduaría de la escuela ese último año de Promoción, dos niñas que no conocerían la preparatoria y dos niños que no volverían a jugar con sus patines en las calles empedradas de los barrios paceños, se marcharían para convertirse en guerreros; detrás, los padres de todos aquellos constreñían sus corazones, debatiéndose entre el alivio de tener a sus hijos lejos de las garras del demonio y la angustia de no volverlos a ver nunca más.

Allí iba la Compañía de seis y su guía, Rowena Von Kaisser, quien era la peor pesadilla de las jaurías del cielo, era la “Eva” pecadora que Jehovah-Satanás odiaría hasta el fin del tiempo.

Frente a Rowena y sus pupilos, se abría el Camino de los Dioses y ella sabía perfectamente el valor de su equipo. La mujer se sentía inusualmente inquieta por la responsabilidad que le habían cargado a sus hombros, pues llevaba lo mejor de Francia, Rusia, Egipto y Alemania en su caravana y no había margen de error. Si algo les pasaba, si la muerte o las tentaciones del fuego los alcanzaban, cualquier esperanza estaría perdida. La responsabilidad era descomunal.

Avenida del Maestro en la zona de Alto Obrajes de la ciudad de La Paz: una enorme vagoneta negra, diseñada por la desaparecida General Motors,

esperaba a sus pasajeros. Su conductor, un hombre de raza blanca, abundante bigote y cabello desordenado, esperaba dentro del vehículo mientras un cigarrillo se consumía entre sus labios. El hombre miró a través de la ventanilla y vislumbró a los muchachos que Rowena llevaría. Hizo una leve mueca mientras le daba una larga calada al cigarrillo. Era notorio que ninguno de los chicos había tenido una noche reparadora, sus ojeras delataban desvelo. Aquel hombre dibujó una sonrisa: “son solo unos niños”, pensó.

La noche previa a la partida fue un desconsuelo resquebrajado de ilusiones para los muchachos. Una de los miembros de la carava había cumplido años ese 31 de diciembre de 1999 y no hubo mayores festejos aparte de los abrazos. Desde luego, tener trece años cumplidos hacia el final del año no es más curioso que el viaje que iban a realizar ese 1º de enero del 2000, pero las circunstancias eran totalmente ajenas a la cotidianidad de una vida normal.

La Compañía abordó el vehículo y empezaron su aventurada marcha a la ciudadela de Erks. La Paz se tiñó de amanecer, el cielo enrojeció y el sol anunciaba su luz. Eran casi las seis de la mañana y los primeros destellos del día rompían las tinieblas. Uno de los chicos bostezaba, quejándose por la falta de sueño. Otro miraba las montañas paceñas pensando que sería la última vez que las vería. Las portezuelas de la vagoneta se cerraron y el motor rugió. El camino llevó a la carava por Obrajes, cruzando la Avenida Hernando Siles y la Avenida Costanera. El Valle de la Luna se hizo visible poco después, mostrando sus tenebrosas estalagmitas. Pasaron Mallasa, Villa Bella, Villa Esmeralda, Avircato y varias otras poblaciones aledañas. El viaje empezaba a hacerse terriblemente pesado para los pasajeros. Los más chicos se durmieron, los jóvenes luchaban contra la somnolencia y Rowena fijaba la vista en el camino; trataba de no



sentir ni pensar. El conductor, que no había dicho una sola palabra desde la partida, se enfocaba en conducir y nada más.

La ciudad iba quedando cada vez más lejos, y antes que el Sol llegara a su cenit, el paisaje se convirtió en una pintoresca muestra de vida rural a las afueras de la ciudad. El nevado Illimani parecía más próximo cada hora. Las estelas de peligro se difuminaban, y los demonios se quedaban con las garras vacías mientras sus presas se alejaban más y más de la ciudad.

Aldrick du Ruelant estaba listo para la segunda parte de su viaje. Había salido al amanecer con rumbo a las altas montañas de la cordillera de la Cumbre. A pocos kilómetros de donde se hallaba empezaban los valles bajos de los Yungas paceños. Atrás, siguiendo la carretera hacia el sur, la ciudad empezaba a despertar. La gente salía a realizar sus actividades y los niños ya estaban despiertos, jugando en los patios de sus casas.

El Cruzado suspiró, el frío aire de la cordillera llenaba sus pulmones de calma. Sus recuerdos se hallaban enfocados en un pasado distante y en un monasterio dominico en medio de los valles del Languedoc francés. A pesar de la distancia, aún era capaz de percibir el aire salado del Mar Mediterráneo, el sol del medio día en las costas de Montpellier. Sus ojos, llenos de nostalgia, pretendían mirar un mundo ajeno a los corazones humanos. Las guerras secretas contra los abisales habían templado su espíritu y lo habían convertido en un soldado implacable. Él sabía que las esperanzas de la Iglesia Católica reposaban sobre sus hombros. Ni siquiera el Papa estaba al tanto de la travesía que el Cruzado estaba a punto de realizar. Su Orden, la Orden Dominica de los Hermanos Predicadores, siempre había sido rebelde a los designios del Papa, mostrándose a lo largo de los siglos casi irreverentes ante su poder. La historia cuenta que la intervención del Rey Felipe IV de Francia fue la clave para que la Orden Dominica pudiera fundarse a pesar de la oposición del Papa Bonifacio VII. Las profecías de Santo Domingo habían predicho que uno de los miembros de la Orden habría de cruzar el Atlántico para entrenar a los guerreros que enfrentarían a Satanás. Aldrick había crecido toda su vida a la sombra de aquella profecía y jamás pensó que él sería *El elegido*.

En los valles franceses, Aldrick había sido criado por grandes maestros de la Sabiduría Hiperbórea, todos descendientes de los Señores de Tharsis. Desde niño fue instruido para dominar el arte del arco y la espada. Sus fuerzas físicas habían roto por completo las capacidades de un humano ordinario y la velocidad de sus movimientos aumentó de forma increíble durante su entrenamiento. Su poder sobrepasaba la imaginación humana, en una escala que solo los Cruzados cátaros podían concebir...; no obstante, todos sus hermanos de entrenamiento murieron durante los cruentos combates contra los abisales de la Ciudad de Dis. Las guerras secretas jamás fueron notadas por los humanos corrientes. Solo los más altos escalones de la Iglesia sabían de aquellos terribles choques. Hordas venidas de abismos subterráneos, del infierno, habían tratado de tomar por asalto a un Vaticano desprevenido y los Cruzados cátaros de la Orden Dominica fueron los únicos que lograron defender la Santa Sede ante tan colosal invasión. Aunque aquello había sucedido en 1990, a Aldrick aún le ardían las heridas causadas por las espadas y garras de aquellos demonios.

—Ave Virgen —oraba—, *tú*, madre de Kristos; dame las fuerzas para superar este cáliz. Guíame en la luz que ciega y quema. Dame *tu* oscuridad para ver a través de ella. Santa Virgen, madre de Kristos, bendita seas entre las Diosas y mujeres; santo *sea* tu signo, el Símbolo del Origen, el Símbolo de HK. ¡Oh, Isis, Atenea, Artemisa, Frya! No abandones a este tu hijo en la guerra que asoma... Venga a mí tu poder y tu amor frío, ahora y en la hora de mi muerte. Amén.

Se persignó Aldrick, desenvainando la espada que cargaba, y clavó la hoja sobre la nieve. El cielo empezó a nublarse ni bien la hoja tocó el suelo. Un rayo estrió los cielos, chocando contra una de las montañas y generando una



rugiente avalancha. El Cruzado trazó una cruz en la nieve y alrededor suyo dibujó una estrella de ocho puntas.

—Kristos —murmuró Aldrick—, mi Capitán, mi Señor; llévame con bien a través de la Umbra y déjame trazar tu signo sobre este mundo de locos demonios y ángeles lascivos.

El Cruzado presionó con fuerza la espada, enterrándola aún más en la nieve y la roca.

—¡Ábrete, inmunda dimensión! —gritó con fuerza el Cruzado—. ¡Muéstrame tus mentiras, te lo ordeno en el nombre de Kristos, en nombre de HK!

En ese momento una poderosa ráfaga de viento helado y polvo de diamantes surcó los cielos y descendió sobre el Cruzado. La tierra tembló, los glaciares empezaron a partirse y las rocas comenzaron a aullar como si una explosión las destrozara. Una luz violácea empezó a brillar desde los surcos del dibujo de la cruz y de la estrella de ocho picos, trazada en la nieve.

De súbito la tierra empezó a abrirse bajo los pies de Aldrick. Helados vientos ascendían desde inauditas profundidades. Las ropas del Cruzado se llenaron de cristales de hielo. Su gabardina flameaba a ritmo del viento, cual capa empujada por una furiosa tormenta.

—¡Dame paso, tierra maldita, infierno de los hombres! —ordenó Aldrick con furiosa firmeza—; ¡ábrete ante mi poder, ante el poder del Signo del Origen!

Entonces la tierra se resquebrajó de forma súbita y el Cruzado se perdió en el agujero que apareció bajo sus pies. Decenas de rayos golpearon aquel hoyo y en pocos minutos una avalancha cubrió de nieve todo rastro del mismo. Unos instantes más tarde, todo el fenómeno se estabilizó y no quedó rastro del Cruzado ni de la grieta. Los vientos dejaron de soplar, la nieve dejó de caer, los rayos callaron y la tierra ya no tembló más.

Aldrick había desaparecido.

»»» ALDRICK »»»



Este mundo es un campo enemigo para un Nocturno. Un ser de la noche podrá aparecer, decir algo y desaparecer rápidamente, pues toda la Creación se volverá en su contra automáticamente. ¿Cuántos años pudo predicar Jesucristo, según el mito cristiano? Sólo tres. ¡Pero esos tres años originaron una religión exitosa que ya lleva dos mil años sobre la Tierra!

Aldrick Du Ruelant

Los niños elegidos iban rumbo a Erks, Aldrick du Ruelant hacía su travesía hacia las entrañas de la tierra, y en un punto insospechado de la ciudad de La Paz un nuevo horror se preparaba para evolucionar.

Sentado en la sala de aquella lóbrega casa de Miraflores, en La Paz, Golab estaba listo para hibernar. Se hallaba cubierto por una túnica roja, parado sobre el dibujo de una estrella de seis picos. Estaba por recostarse cuando oyó insistentes bocinazos que venían de afuera. Pretendió no prestar atención, pero los bocinazos continuaron, y entonces, alguien tocó la puerta. El rojizo muchacho sonrió de soslayo y, haciendo uso de su telequinesis, abrió la puerta.

Tres hombres altos, de cejas albinas y casi calvos ingresaron al recinto. Uno de ellos llevaba indumentaria rabínica; los otros dos vestían de blanco. Miraron a Golab y se arrodillaron ante él.

—Las tropas del Pueblo del Omnipresente están listas —dijo el rabino—. El Mossad ha reportado que las puertas dimensionales aún tienen fallas, pero estamos avanzando.

—¿Y ya hallaron a los chicos? —preguntó Golab.

—No mi se-señor —contestó el rabino, titubeante—, p-pero el Pentágono está haciendo todos los esfuerzos por dar con su paradero. El Gran Héxabor ha venido personalmente a buscarlos.

—Héxabor —murmuró Golab—. El Druida Cherno que Miguel envió. Es insultante que haya llamado a ese sacerdote para realizar una tarea tan sencilla... ¿Han buscado bien en esta ciudad?

—En cada rincón... —respondió el rabino—... se han esfumado.

Golab se acercó rápidamente a sus súbditos, tomando al hebreo con fuerza del rostro.

—No pudieron desaparecer —afirmó Golab, iracundo.

—¡Alguien borró todos sus registros! —respondió el judío con la voz ahogada—. ¡No existen documentos de identidad en el registro boliviano, ni rastros de su paradero!

—Pues busquen a las familias, despedacen este patético país si es necesario, ¡pero encuéntralos! —gritó el demonio y empujó con monstruosa fuerza al rabino. Los otros dos hombres estaban congelados, arrodillados y con la cabeza gacha—. Cuando hallen a Dianara —agregó Golab—, no quiero que toquen uno solo de sus cabellos: la traerán ante mí intacta.

—Sí, mi señor, lo haremos —dijo uno, con voz temblorosa—, pero sospechamos que Rowena Von Kaiser se los ha llevado por el Camino de los Dioses hacia Erks.

Golab miró al hombre postrado, y llevando su mano a su propia barbilla, exclamó:

—¡Así que Rowena vive, y encima se lleva a mis víctimas a Erks...! Señores —dijo, con entusiasmo—, ¿qué posibilidades hay de recuperar a los chicos de Erks?

—No sería fácil, mi señor —respondió uno de ellos—. La ciudadela está protegida y su ejército es numeroso. Podríamos asediar Erks y llevarnos a los elegidos, pero costaría demasiado.

—Entonces creo que ha llegado la hora de reconsiderar una invasión a Erks —respondió Golab—, no sería la primera vez que entramos en conflicto con esas gentes malditas y no creo que sea la última. Escúchenme: quiero que digan

al Pentágono que no mueva un solo dedo hasta que esos mocosos sean hallados: si los ubican con certeza en Erks, informen que el Bafometh está de acuerdo con una acción militar. Den el mensaje también al Tetragrámaton. Ahora mismo necesito que reúnan la mayor cantidad de tropas posibles. También quiero que le digan a Héxabor que se aparte de mi camino... entre tanto, vigilen la Umbra y asegúrense que las puertas inducidas estén abiertas antes del plazo marcado.

—Pero señor —dijo uno de los hombres—, las barreras de los Ingas son impenetrables...

—¡Pues esfuércense en penetrarlas! —replicó Golab, regresando al círculo—. Ah, otra cosa: en este momento mis poderes casi se han restablecido, así que llegó la hora de cambiar de cuerpo. Quiero que hagan desaparecer todos mis datos de este país. Cuando llegué, la Cábala me registró con el nombre de Ikker Linera Marqués: busquen ese nombre en el Registro Civil boliviano y háganlo desaparecer. Mientras hiberno, quiero que vigilen esta casa, ¿entendido?

—Sí, mi señor —respondieron.

—Bien, ahora, ¡largo! Debo dormir.

Los hombres se fueron, no sin antes recoger al rabino que Golab había arrogado por los aires.

Cuando el demonio se vio solo, cerró los ojos y empezó a levitar. En pocos segundos, la habitación donde se hallaba sufrió una dramática transformación. El piso se carcomió hasta convertirse en magma. Las paredes se convirtieron en rocas negras y ardientes. El techo se diluyó hasta mostrar una cúpula negra, llena de estalactitas. Golab, que hasta entonces había lucido como un adolescente, fue rodeado por dos alas vampíricas cubiertas de sangre. Una luz



escarlata rodeó aquellas alas y el magma empezó a saltar, cubriendo el cuerpo de Golab como si fueran hilos de telaraña. Pronto aquel cuerpo adquirió la forma de una crisálida y Golab cayó profundamente dormido, produciendo el silencio del horror en el recinto.

TROYANOS



Era el año 1100 a.C. y Príamo, Rey de Troya, había muerto.

El caballo de madera que había traído la destrucción a su ciudad se erguía victorioso ante sus ruinas incendiadas. Los griegos habían atacado durante la noche y, entre las penumbras y las llamas de sus antorchas, masacraban despiadadamente a los troyanos. Nadie se libraba del acero griego: hombres, mujeres, ancianos y niños...

Agamenón, el rey de Micenas y general del ejército griego, cabalgaba triunfante entre los escombros de la batalla y ya había empezado a tomar el botín de su victoria.

Mientras toda la ciudad se hundía en una orgía de sangre, el príncipe Paris, hijo de Príamo, junto a Briseida, sacerdotisa del Templo de Apolo, abandonaban la ciudad por recovecos y callejuelas. Su única esperanza estaba en encontrar el

paso secreto que Héctor, hermano de Paris, le había enseñado. Su paso era lento y cuidadoso, y avanzaban evadiendo a los soldados griegos que corrían de un lado a otro sin saber por dónde empezar su sublime saqueo.

Sin saber cómo ni por qué, la desenfrenada carrera de ambos sobrevivientes se vio detenida ante el imponente Templo de Artemisa. Las enormes columnas blancas estaban tiznadas por el fuego y el humo que se desprendía de la entrada. Varios cadáveres se incendiaban y las estatuas que adornaban la entrada al templo habían sido derrumbadas.

—¿Qué hacemos aquí, Briseida?

—No lo sé, solo sentí que debíamos venir.

—¡Si los griegos nos ven, nos matarán!

—No nos verán. Lo presiento, lo siento en mis venas.

—¿En tus venas?

—Así es. Es algo frío que está en mi sangre.

—¡Qué clase de embrujo te ha hechizado, Briseida, la sacerdotisa de las mejillas sonrosadas!; este templo seguramente ha sido saqueado y seguro no tardarán en regresar.

—Paris, confía en mí: estaremos bien.

Llamada por una voz inaudible, la hermosa Briseida ingresó al Templo de Artemisa junto a Paris. En efecto, éste había sido saqueado. En el piso reposaban los cadáveres de varias sacerdotisas de Artemisa que los griegos habían violado y luego degollado. Como profanadores, los hombres de Agamenón se habían llevado todo el oro y habían degradado la imagen de la Diosa. La piedra tenía varias mutilaciones y sus tres pares de senos habían sido extirpados...

—¡Malditos griegos! —bramó Paris—. Este enemigo es peor que las bestias... Tenemos que salir de aquí, Briseida, los griegos podrían volver.

—Hay algo aquí, lo sé y lo tenemos que encontrar.

Paris y Briseida empezaron a esculcar todos los rincones del templo. Paris se ponía más nervioso cada minuto e insistía incansablemente a la sacerdotisa de Apolo para abandonar aquel templo de muerte. Pero Briseida estaba concentrada: presentía que en ese lugar existía algo que debía ser encontrado.

Una sombra pasó velozmente frente a ellos. Paris desenfundó su espada y avanzó lentamente hacia las penumbras generadas por dos pilares, en dirección por donde vio a la sombra desplazarse. Una figura se movía en aquella oscuridad impenetrable. Cuando estaban a pocos metros de la silueta, esta saltó con una impresionante velocidad y corrió hacia el salón sagrado de la diosa. Paris y Briseida siguieron a la silueta y se encontraron con un templete pequeño cuya existencia parecía ser secreta. Bajo la flama de dos antorchas de oro, la figura que vieron se refugió en un pequeño hueco bajo el altar principal, con forma de media luna. Era una niña de blanca piel, cabellera castaña y ojos citrinos como el ámbar. No tendría más de trece años y por su corta edad no había duda de que se trataba de una de las vírgenes de Artemisa que había sobrevivido. Como las demás chicas, ella también estaba consagrada a la austera vida de las sacerdotisas de la diosa; pero los moretones, el rostro hinchado y la hemorragia entre sus piernas demostraba que su condición virginal había terminado. Los hombres de Agamenón la habían ultrajado y luego la habían creído muerta cuando desmayó del dolor.

Y entre sus frágiles brazos sostenía un arco.

—No te haremos daño, pequeña —dijo Briseida, acercándose.

La niña se estrechó más contra el muro cuando se vio descubierta.

—Te sacaremos de aquí, pequeña, ¿cuál es tu nombre? —dijo Paris.

—Agorei.

—Agorei —dijo Briseida—; me llaman Briseida y él es el príncipe Paris... No temas

Agorei miró a la pareja y su rostro se inundó de lágrimas.

—¿Eres una sacerdotisa de Apolo? —preguntó la chica a Briseida.

—Lo soy —respondió.

Solo cuando escuchó la respuesta, Agorei se le acercó y, sin soltar el arco, la abrazó.

—Me lo iban a arrebatar, me torturaron, me hicieron cosas horribles pero resistí y logré escapar —empezó a contar la niña—. No puedo dejar que ellos se lo lleven.

—¿Que se lleven qué? —preguntó Paris.

Agorei le echó una breve mirada y luego miró el Arco que sostenía con su diestra.

—El Arco de Artemisa.

Los tres fugitivos abandonaron el templo con sigilo. Briseida cubrió a la chica con uno de los velos del altar y envolvió también el arco.

Para tratar de distraer la mente de Agorei, Briseida le pidió que les contara sobre el arco. La niña exhaló un suspiro con profundo pesar y empezó a narrar parte de su tormentosa historia:

—Éramos mis hermanas y yo las custodias del Arco de Artemisa. Es éste un regalo que la mismísima diosa le ha hecho a los hombres hacia inicios de nuestros días bajo el sol de Apolo. Largos siglos atrás, los dos primeros custodios llegaron de tierras lejanas con el Arco de la Diosa en sus brazos. El poderoso arquero Eo y la maga lunar Quel'dorei vinieron a Troya y nos enseñaron las artes secretas del Fuego Frío de Artemisa. Eran pues los dos descendientes de los primeros guardianes nocturnos, los gloriosos Kora y Nivske. Se decía de Nivske que recibió el arco de un Rey antiguo que a los cielos subió, irrumpiendo en el mausoleo de Cronos y se hizo a la faena de matar al Titán, mas aquel Rey murió en combate con los demonios alados de Cronos. Nimrod era el nombre de aquel Rey y su arco fue el arma que Artemisa le concedió para vencer a sus enemigos. Cuando Nimrod cayó, el arco descendió a la tierra y el guardián Nivske lo recogió, llevándolo por los oscuros mares de Poseidón hasta llegar con los Pelasgos. Edades enteras pasaron para que el arco llegase a Troya luego de su larga permanencia con los Minoicos. Desde entonces nosotras, las vírgenes de Artemisa, tenemos el sagrado deber de custodiar el arco mientras en Troya permanezca. Pero ahora que la oscuridad nos ha caído encima, es tiempo de que nuestra reliquia sagrada abandone Troya.

El relato de Agorei había absorbido por completo a Paris y Briseida, que sintieron en sus corazones la responsabilidad de una promesa ajena. Pero la niña estaba demasiado agotada y había perdido mucha sangre, no resistiría. La salida seguía esquivada y los griegos cada vez aumentaban en número. Finalmente Agorei cayó exhausta y moribunda en uno de los callejones de Troya. Miró a Briseida y apenas le sonrió.

—Cuiden el arco —pidió Agorei.

—No vamos a dejarte... —respondió Paris.

—No, debéis marcharos. Yo estoy muerta, he esperado mucho este momento y me siento feliz.

—Eres muy joven —dijo Briseida, llorando—. ¡Podríamos salvarte!

—Ya fui salvada, yo misma me salvé y ahora iré al encuentro de Artemisa. Ella me espera en la Aldea del Origen de nuestros ancestros. Jamás dejéis que el arco caiga en manos equivocadas.

—¡Resiste! —dijo Paris, sosteniendo la pequeña mano de Agorei.

—Que la diosa os proteja...

Fueron sus últimas palabras.

Devastados por la muerte de la pequeña Agorei, Paris y Briseida reemprendieron su marcha llevando el arco consigo; Paris se lo colgó a la espalda, junto a su aljaba de flechas. Fue entonces que las pistas que tanto habían estado buscando empezaron a manifestarse: una cruz en una pared fue el primer rastro de varios que empezaron a guiarlos. Siguieron firmes pero cautos a través de la devastación: cada cruz tenía una flecha que los llevaba a la siguiente. De esa forma, llegaron al palacio real que se estaba incendiando. Una figura terrible se levantó entre las llamas, tenía una espada corta y una armadura negra. No era otro sino el mismísimo Aquiles, el de los pies ligeros. Parecía totalmente ajeno a la presencia de Paris y Briseida.

—Es ahora —murmuró Paris—. Nuestra salida está justo en el camino detrás de él.

—Debemos esperar, no debemos llamar la atención de Aquiles.

—No llamaremos su atención, haremos otra cosa.

El preclaro Paris descolgó el Arco de Artemisa de su espalda y luego tomó una flecha.

—¿Qué prodigios oscuros tiene tu mente, Paris? —dijo Briseida—, ¿qué harás?

—Lo que Héctor no hizo.

—¡No...!

El grito de Briseida advirtió inminentemente a Aquiles de su presencia. Volteó y su mirada se juntó con la de Paris. Ambos se quedaron petrificados en un tiempo interminable. El arco estaba tenso, con la flecha en su mira, dispuesta para matar. Paris se mantenía imperturbable mientras apuntaba al corazón de Aquiles. El mismo Aquiles se había quedado congelado, como si supiese lo que estaba por ocurrir y lo aprobase. Entonces Briseida empujó a Paris, quien soltó la flecha accidentalmente. El trayecto de su mortalidad surcó un recorrido imposible, lleno de giros en el aire, hasta que finalmente descendió y se clavó en el talón del rubio Aquiles. Un grito cerrado escapó de la garganta del herido, y sintió la suave caricia de la muerte... Paris empujó a Briseida, puso otra flecha en el Arco de Artemisa, apuntó y esta vez la flecha entró por la frente de Aquiles, atravesando su casco en medio de sus ojos, y su punta salió por la nuca; la fuerza con la que la flecha había sido expulsada era imposible de imaginar, y el arco era poderoso por sí mismo. Solo entonces Paris supo que el arma que tenía entre sus manos realmente era divina. Era un arma peligrosa y eso asustó intensamente al príncipe.

Briseida se sintió destruida cuando vio a Aquiles morir. Loca de dolor, Briseida tomó una flecha de la aljaba de Paris y se la clavó en el estómago.

—¡Pero qué has hecho, Briseida! —gritó Paris, horrorizado.

—Me iré con él —respondió la sacerdotisa y dio un último vistazo al cadáver de su amor.

—¡Oh, Briseida! —musitó Paris—, ¿cómo has podido amar a ese griego, a ese cruel homicida? ¿Dónde, cuándo y cómo te has enamorado de él?

Entonces Paris observó el arco que tenía entre sus manos y supo que tenía una cosa más que hacer, antes de morir. Con Briseida muerta, Helena en manos de Menelao y toda su ciudad en llamas, Paris sabía que solo podía cumplir el juramento que le hizo a Agorei: custodiar El Arco de Artemisa.

Habían pasado casi seis horas desde que Rowena y sus discípulos partieran de la ciudad de La Paz. En contraste a la indiferencia de la maestra y del chofer del carro, los muchachos parecían sentirse más ansiosos a medida que los minutos pasaban. Para ellos la aventura significaba diez veces lo que era una excursión escolar... Toda esa emoción se mezclaba con el temor que cada uno sentía pues en lo profundo de sus mentes tenían conciencia del reto que los aguardaba...

Gabriel Siegfried Cortez Horkheimer, llamado Gorkhan entre los Dioses, era un adolescente cuya frágil salud había ido opacando su natural chispa de forma paulatina y letal. La atrofia óptica que sufría nublaba cada vez más su visión y era casi inminente que tarde o temprano perdería la vista sin que la medicina pudiera evitarlo. Desde luego, el muchacho desconocía la real gravedad del pronóstico y, aunque la sombra de la sospecha hacía de Gabriel un vidente de sueños, su temperamento se había mantenido invariable por años. La herencia matrilineal de su linaje, una centenaria casta alemana, había actualizado viejas misiones y símbolos en la sangre de Gabriel, quien cada vez se ensombrecía más por el peso del conocimiento. Sin embargo, y a pesar de sus avatares de alegría y tristeza, Gabriel siempre se veía emocionado, apasionado.

Los ojos de Gabriel permanecían cerrados y su mente se perdía en el laberinto mundo de sus recuerdos, de sus pesadillas y de sus premoniciones. Una noche, antes a la partida, el muchacho había soñado con una guerra cuyo fatal desenlace lo desconcertaba. Hombres corruptos con pendón de barras y estrellas habían llegado de lugares impensados para tomar a la fuerza aquello que no pudieron coger con engaños. Venían signados con una Estrella de David,

con el blanco y azul en los corazones y el alma inundada del poder de Jehovah-Satanás. Llegaron con artillería, infantería y fuerza aérea para atacar a una Nación que parecía indefensa ante tan colosal máquina de la muerte. Pero no fue así. Un ejército orgulloso salió a defender la plaza liberada. Tanques, aviones y soldados con bandera boliviana surgieron desde las mismas entrañas del caos. Los ángeles se enfurecieron y bajaron para someter la rebelión de los mortales, y los dioses leales tampoco quedaron indiferentes: al ver a los ángeles, tomaron partido en la batalla. La mente de Gabriel no podía dejar de rememorar aquel sueño y todos aquellos eventos previos y reales...

La vagoneta negra trazaba su recorrido por recónditos caminos que nadie más transitaba. Cruzó valles y se abrió brecha por verdaderos senderos de herradura. Los pasajeros se hallaban cada vez más cansados hasta que el sueño pudo más y todos, a excepción de Rowena y el chofer, quedaron dormidos. Las horas empezaron a consumirse lenta y pesadamente. La precaria carretera pronto llegó a un paisaje cada vez más seco y rocoso. Una última cuesta fue la señal inequívoca de que el camino casi había llegado a su final. Luego se abrió una larga planicie rodeada de formaciones rocosas que atrincheraban un largo perímetro de forma natural. El área estaba desprovista de vegetación. El suelo estaba dominado por rocas y pedruscos colorados. Ni una sola nube cubría el cielo que, bondadoso, mostraba todo su esplendor a cualquier espectador.

En medio de aquella planicie alta y escondida se había levantado un campamento. Hombres uniformados con trajes camuflados iban de un lado a otro, cargando cajas, extraños artefactos y toda clase de bolsas y contenedores. A la entrada del campamento había dos guardias con rifles AK-47. Ambos se apartaron un poco para dar paso a la vagoneta negra, totalmente empolvada y embarrada por la mugre del camino. El interior de varias carpas estaba lleno de

uniformados trabajando frente a misteriosos aparatos; algunos de éstos parecían radios y computadoras. En medio de la instalación flameaba la bandera boliviana algo ensombrecida por la luz del alba.

La vagoneta se detuvo frente a una enorme carpa de la que salieron dos militares. Inmediatamente Rowena despertó a sus discípulos que, no sin esfuerzo, retornaron a la vigilia y empezaron a bajar del auto. Los tres varones y las tres muchachas de la caravana se pararon frente a la gran carpa y se abandonaron al asombro al ver el comité de bienvenida.

La familia Cuellar siempre fue conflictiva. El padre, un militar prodigioso, sufría de terribles ataques de celos e histeria los cuales habían deteriorado, sin remedio alguno, su matrimonio con María Kuklova Pardo. Su disciplina espartana no era bien vista por quienes le conocían pues sus hijos sufrían ante el rígido carácter del militar. Este estricto hombre, el Mayor Orlando Cuellar Aguirre, había sido recientemente ascendido. Su hijo, el Subteniente Edwin Cuellar Kuklova, había sido graduado del Colegio Militar del Ejército con un año de anticipación y, por orden del Alto Mando, fue asignado junto a su padre a una misión clasificada del Ejército Boliviano. Entre la caravana de Rowena habían más miembros de la familia Cuellar, y el asombro que estos causaban estaba justificado. Jhoanna y Diana Cuellar Kuklova no pudieron evitar derramar lágrimas de emoción cuando vieron a su hermano y a su padre en aquel campamento misterioso.

Quienes no mostraron beneplácito alguno fueron Rodrigo Torrico Michelle y su primo Oscar Higgs Michelle. Ambos profesaban un amor y cariño únicos por las hijas de la familia Cuellar y no era un secreto para ellos que el Mayor Cuellar las había maltratado continuamente. Sin embargo, ambas niñas se apegaron a

su padre, como si tales maltratos hubieran sido solo un mal sueño, y el hombre se aferró a sus hijas como si estuviera arrepentido de todas las palizas que les había propinado. A ese abrazo fraterno entre padre e hijas se sumó Edwin Cuellar y cerraron un silencioso pacto familiar. Los presentes no podían hacer más que esperar a que los lazos de aquella familia se reafirmasen, pero Oscar y Rodrigo no se resignaban. No podían perdonar todas las lágrimas que las chicas Cuellar, sus novias, habían derramado por la brutalidad del Mayor.

Cuando el abrazo finalizó, el Mayor Cuellar invitó al resto de los presentes a ingresar a la gran carpa. Una enorme mesa con varios mapas extendidos se situaba al centro; los alrededores estaban cubiertos con estanterías llenas de rollos de papel, aparatos, un radio y una pantalla que constantemente mostraba lecturas de números y letras que parecían corresponder a coordenadas. Atrás, casi a la entrada de la carpa, Rowena y el chofer de la vagoneta se detuvieron.

—Hijas, muchachos —habló el Mayor Cuellar—. Les debo muchas explicaciones...

—Demasiadas —interrumpió Oscar. El Mayor suspiró con cierto halo de hastío.

—Ustedes y yo sabemos perfectamente que estamos enfrentando momentos difíciles —replicó el Mayor—. Siento mucho no haber estado presente cuando les ocurrieron todas las calamidades que sufrieron —miró en derredor—. Oscar, Rodrigo; ambos han cuidado bien de mis hijas y no tengo palabras suficientes para agradecerles, pero por una vez en la vida les voy a pedir que confíen en mí y presten atención a lo que les voy a decir.

El descontento de Oscar y Rodrigo era demasiado evidente. El Mayor Cuellar continuó:

—Esto es parte del Cuartel General del Escuadrón Inti —dijo, con tranquilidad—. Nosotros somos los representantes del Estado Boliviano ante las autoridades de Erks. Cuando ellos supieron que mis hijos eran Centinelas, le pidieron al Escuadrón que me encontrasen. Me entrené durante unos meses y luego me ascendieron a Mayor, nombrándome Comandante del Escuadrón, a petición de las autoridades en Erks. Luego traje a Edwin, mi hijo, y yo mismo lo entrené e informé de todas las funciones que realizamos acá. Nosotros somos los protectores de la entrada.

Silencio total y expresiones de sorpresa era todo lo que podía notarse en los muchachos. El disgusto de Oscar y Rodrigo pasó a medida que las explicaciones del Mayor iban surgiendo. También el hijo y las hijas del Oficial se habían calmado de su emoción desatada por la reunión.

—Todos los presentes en este campamento tienen la única misión de mantener protegida la única ruta conocida de tránsito a la Ciudadela de Erks —agregó Cuellar y luego señaló a Rowena—. Conocí a su mentora Hiperbórea durante mi entrenamiento. Ella los guiará a su destino y los preparará para lo que viene —luego hizo un gesto con la cabeza para señalar al chofer de la vagoneta—. Él es Ursus de la Vega, el ejecutor del *Circulus Dominicanis*. Desde ahora él será nuestro vigía y nexo de comunicación entre ustedes y nosotros. Él protegerá a sus padres —el Mayor sonrió—, nos protegerá a todos nosotros de las bestias que nos persiguen. Ursus recibirá cualquier información suya desde Erks y la traerá a estas instalaciones.

—Papá —dijo Jhoanna—. ¿Por qué no dijiste lo que hacías? ¿Por qué te fuiste y nos dejaste?

Las palabras de la niña parecían herir al Mayor Cuellar.

—Lo siento, pero todo lo hice por ustedes —fue su respuesta, y luego de unos segundos de silencio, el Oficial prosiguió—: Una vez que crucen el portal ya no habrán más comunicaciones, solo podrán recibir y mandar correo. Hagan caso a sus mentores, que los protegerán y enseñarán.

—Pa... papá —murmuró apenas Diana, embargada por el temor.

—Tranquilita, hija. Todo estará bien —respondió su padre, aclaró la voz y continuó—: Sepan que, para todos quienes los han conocido en este mundo, ustedes serán solo un recuerdo. Esta será su última noche en este mundo porque mañana partirán a un lugar que no pueden imaginar. Ni yo mismo estoy seguro cómo es allá; pero tengan plena confianza que todo saldrá bien. Este mundo, desde hoy, será el pasado; así que vayan despidiéndose de él por ahora, pues no regresarán hasta no convertirse en Centinelas —concluyó y se retiró de forma brusca.

Los muchachos abandonaron de mala gana la gran carpa y fueron conducidos por Ursus a su refugio temporal, en los que pasarían la noche. Luego todos fueron llevados al centro del campamento donde un grupo de soldados rasos se regocijaba a la luz del fuego mientras asaban su cena. Los recién llegados se integraron a los militares y pronto empezaron a confraternizar con ellos. Quizás la efervescencia de juventud de aquellos soldados rasos hizo que los chicos se sintieran menos aturridos por la avalancha de nuevas experiencias que habían experimentado desde su partida de la ciudad. Pero un miembro de la caravana no se encontraba compartiendo el fuego aquella helada noche andina.

Su nombre era Jadwi Rocío Salas Bakari, pero en los cielos la conocían como Rit, el halcón. Se hallaba sentada en una gran piedra mirando al cielo. Pero en aquella relación entre lo celestial y lo humano, era el cielo el que debía sentirse ruborizado por la contemplación de tan increíbles y hermosos ojos negros. La mirada de Rocío no era humana, parecía ser postora de un poder infinito, así como también de un vacío único. Aquellas negríssimas pupilas eran mucho más oscuras que la noche, más oscuras que la maldad, más umbrosas que la mismísima oscuridad. Y su tamaño, el tamaño enorme de aquellos ojos parecía sobrecoger las tinieblas de la noche. La chica había cumplido 13 años solo dos meses antes de su partida de La Paz, pero su cuerpo no narraba esa edad, ni la aparentaba. Hija de una madre emocionalmente débil y un padre alcohólico, su destino hasta aquel entonces había permanecido ligado a la violencia y la lujuria de su propio progenitor. El abuso sexual del que fue víctima en el pasado había dejado una cicatriz imborrable en su mente y su única esperanza era alejarse lo más posible de su abusador, su propio padre. Isis debió oír las oraciones de la pequeña, pues finalmente estaba lejos de sus garras. Sin embargo, Rocío no podía dejar de pensar en todo lo amado que tuvo que abandonar: su madre, por ejemplo.

La blanquísima piel de Rocío resplandecía con la luz de los astros mientras miraba al cielo como si tratase de olvidar viejas frustraciones. Mas la niña era totalmente ciega a su propia hermosura y todo lo que atormentaba su corazón en aquel momento era saber que el ser que ella más amaba, un muchacho, amigo desde su infancia, estaba ya comprometido con su mejor amiga. Era un fatal triángulo amoroso que en presencia de Gabriel se convertía en un cuarteto. Allí estaban ellos: Diana, Rocío, Gabriel y Rodrigo, viviendo dramas terrenales a puertas del fin del mundo. Rocío pensaba y pensaba, y todos sus

pensamientos se rasgaron cuando vio invadido su silencio por la voz de quien le había profesado todo su amor solo unos meses antes de su partida de La Paz:

—¿En qué piensas? —preguntó Gabriel.

—Ay, Gabo. Me preocupa mi mamá, la dejé con mi padre y tengo miedo que le haga daño.

—Tú mamá sabrá cuidarse sola, confía en eso...

Rocío contestó el gesto de aliento con una aciaga sonrisa, no demasiado expresiva ni insípida. Hubo un silencio en el que ambos quedaron mirándose. Los ojos amarillos y perdidos de Gabriel se fundían con los enormes ojos negros de Rocío. Ella bajó un poco la vista y preguntó:

—¿Piensas que todo este viaje servirá de algo?

—No lo sé, pero si nos hubiéramos quedado en La Paz, las cosas serían peores.

—Rowena dice que Erks es maravilloso.

—¿Y tú lo crees?

Rocío titubeó, posó su mentón en la palma de su mano derecha y contestó:

—Creo que sí.

—¿Extrañarás tu antigua vida? —preguntó Gabriel.

—No lo sé, creo que no. ¿Tú la extrañarás?

—La extrañaría si no estuvieras conmigo...

—¿Sigues con eso?

—Sabes que sí. Siempre vas a gustarme, Chío; aunque tú no sientas lo mismo.

—Tonto —rió Rocío brevemente y agregó—: Vamos con los demás.



La noche avizoraba la llegada del sueño. La mayoría se disponía a descansar, pero no todos en el campamento dormirían bien aquella noche. Rowena no dormiría, solo se prepararía para la última y más larga etapa de su viaje.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. El movimiento de la lanza de doble hoja debe ser realizado con un ritmo adecuado y preciso para evitar herirse uno mismo con alguna de las hojas. La pericia que exige el uso de la lanza de dos hojas ayuda al estudiante de las artes de combate a agilizar la mente y templar el pulso. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Dos estudiantes practicaban en el campus de entrenamiento. Él era un muchacho de oscuro cabello rizado, cejas espesas y piel trigueña. Su torso desnudo mostraba un tórax fibroso, perfecto, esculpido cuidadosamente por el arduo entrenamiento físico. A sus trece años, el joven gladiador tenía más maestría de combate que un boina verde. Él era un verdadero espartano, su cuerpo intensamente trabajado, adaptado para la guerra, lo decía todo. Tenía los labios apretados y rojizos, húmedos con el sudor del medio día, con el sol en su zenit ardiendo sobre las mentes de los gladiadores, bruñendo el esfuerzo y la transpiración de sus rostros. Él estaba totalmente concentrado, pisando con cuidado cada paso antes de avanzar o retroceder. Sus pies descalzos sufrían el ardiente quemazón de las piedras, pero el dolor era irrelevante: el estudiante no debía perder su concentración o el rival lo haría pedazos.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. La primera estocada es al frente, luego abajo, arriba, abajo y al frente otra vez. La técnica de combate se las enseñó la mentora Hiperbórea que acogió a ambos gladiadores desde la infancia más tierna, claro, si es que la infancia de alguno de los dos pudiera calificarse de tierna. Mientras el chico trataba de no perder concentración, su rival, mayor que él, exhibía una calma casi irónica. Ella tenía diecisiete años y la diferencia

de edades contrastaba el combate: ella era más experimentada; y estaba bien que lo sea, era su hermana mayor.

Desde luego, ningún hermano menor se siente cómodo si es que su mayor muestra alguna clase de lástima o exceso de confianza ante el rival; la competencia entre hermanos, sin importar la edad, debe ser siempre equiparada y justa. Ella lo sabía y por eso no se fiaba de la inexperiencia de su hermano. El sudor había ocasionado que la camiseta de lino se pegue a sus senos, dos montañas impresionantemente perfectas. Su piel morena, mojada de sudor, ensalzaba los destellos dorados del sol, casi acariciando un erotismo totalmente divino. Sus piernas desnudas, expuestas por el generoso entalle de su short, y sus pies descalzos se movían con una delicadeza solemne, contrastando con los casi torpes movimientos de su hermano menor. Ella no movía su arma con ansiedad, mas bien la movía como si fuera un objeto delicado; por eso cada movimiento suyo mostraba gran gracilidad. Su larga cabellera, oscura con pequeños mechones castaños, dibujaba a la vez un marco para sus movimientos. Ella parecía sacada del cuadro más hermoso jamás pintado.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. El muchacho se desdibujaba, saliendo del marco del bello cuadro y resbalaba, rozando con la filosa hoja de su lanza el cabello de su hermana. Cortó un mechón mínimo y cayó aparatosamente al piso. Ella volteó ligeramente, quedando de costado frente a él y poniendo la punta de su arma a pocos milímetros del cuello de su oponente.

—*Habéj* perdido de nuevo, opa —le dijo ella. Hablaba con un muy marcado acento cambia.

Él frunció el seño, apartó el arma de su cuello cogiéndola del mango y empujándola con violencia. Se incorporó, parándose frente a su hermana y mirándola fieramente.

—Tuviste suerte *nomáj* —dijo—. El sol me dio *directingo* al rostro y por eso resbalé.

—Ja já. *Podéj* poner todas las excusas que vos querás, pero admití que te he ganado de nuevo.

El chico se aproximó a su hermana y le quitó la lanza de las manos. Ella sonrió plácidamente y él la miraba con rabia, con el orgullo herido.

—La próxima vez te borraré esa sonrisita de la jeta —sentenció con convicción; ella le respondió con un abrazo y un beso en la frente de su hermano.

—*Sos* una ternurita cuando *ponéj* esa *caringa* de peladito.

—¡Berkana, Akinos! —llamó una mujer que se aproximaba a los hermanos.

La mentora Hiperbórea de ambos regresaba de su diligencia. Había ordenado a sus estudiantes practicar la técnica de *Tyr* con las lanzas de doble hoja hasta su regreso; y así lo hicieron desde que el sol comenzaba a salir hasta el mediodía.

—Maestra Arika —respondieron ambos hermanos al oír la dura voz de su maestra.

—¿Dónde se encuentra Vairon, por qué no está entrenando con vosotros?

—Se fue al río, maestra —contestó Berkana.

Los ojos de miel de la chica, bajo la espesura de sus cejas, tenían miles de chispas refulgentes de energía. Su presencia contagiaba de optimismo a cualquiera y lo demostraba con una sonrisa constante dibujada en sus labios.

—Otra vez al río... —farfulló la maestra.

—Dijo que no tardaría, pero eso fue hace una hora —dijo Akinos.

El chico tenía una mirada firme, enojada, eternamente encendida. Su rostro, como el de su hermana, expresaba pasión por cada cosa que debía hacer. Ninguno de los dos hacían las cosas con displicencia; todo lo hacían con el mayor entusiasmo posible, incluyendo el simple acto de hablar con su mentora.

La maestra cerró los ojos, suspiró y dijo:

—Vayan a la posada a asearse y coman los alimentos del día. Os veré a los dos de retorno cuando sople la brisa de la tarde del Oeste.

Asintieron ambos y se retiraron, riendo y jugueteando. La maestra los veía irse y no dejaba de pensar en su tercer estudiante, el descarriado, el que siempre se iba antes de culminar la hora del entrenamiento, el que había llegado a sus manos con dolorosos traumas recientemente sufridos.

La maestra, Arika de Turdes, era un personaje sombrío que jamás hablaba más de lo necesario ni hacía nada precipitado. Muchos la conocían como “La Gorgona”, aunque nadie sabía a ciencia cierta cómo se había ganado esa fama. Algunos decían que su condición de gitana la había vuelto venenosa como una Gorgona, otros afirmaban que tenía el poder de convertir en piedra a los hombres que la mirasen con lascivia. Incluso se tejían extrañas leyendas sobre ella y sus jamás comprobadas transformaciones a la luz de la luna.

Su increíblemente negra y abundante cabellera parecía un enjambre de serpientes. Su severo, aunque bello rostro, llevaba siempre la misma expresión de seriedad que difícilmente podía interpretarse. Era imposible definir si sus

impactantes ojos dormilones tenían una mirada de seducción, arrogancia o desaprobación. Sus gruesos labios parecían pertenecer a esa clase de mujeres come-hombres, pero aún así se podía percibir un halo de peligro en esa boca tan seductora. Siempre vestía la misma indumentaria: una blusa que dejaba expuestos hombros y brazos, una larga falda negra, sandalias en los pies y varias argollas de piedras preciosas labradas en las muñecas, tobillos y cuello. A veces usaba pendientes con la forma de una “V”. Arika de Turdes andaba enjoyada; pero nunca llevaba algo *metálico* encima.

Cuentan en el pueblo que la gitana llegó de un lugar de Iberia conocido como Turdes, hace no muchos años. Al oírla hablar con evidente acento español, entremezclado, a veces con euskera o romaní, uno fácilmente se daba cuenta de su condición de extranjera en tierras americanas. Nadie sabía nada de su pasado, Arika jamás hablaba de ello; pero las cicatrices de su cuerpo desnudo al sol en las orillas del río hablaban de torturas sin nombre y de guerras salvajes. El hecho es que la segunda opción era más probable que la primera. Todos podían dar fe de que Arika era una mujer tremendamente peligrosa, entrenada para asesinar. Sus movimientos en el manejo de toda clase de armas despertaban gran expectación y admiración entre las castas guerreras del pueblo quienes no podían evitar sentir curiosidad. Pero había algo más, algo oculto y esotérico en la mujer. Algunos afirmaban haberla visto brillar entre los árboles. Otros decían que en las noches de luna llena su cabello se convertía en un masa enredada de serpientes; fueron estos quienes empezaron a llamarle Gorgona. Incluso se hablaba de un hombre que apareció petrificado a orillas del río, cerca del perímetro norte de entrenamiento para estudiantes Hiperbóreos, lugar donde ella residía. Ese misterio que Arika encarnaba la había vuelto célebre. Todos sabían que ella estaba ahí, pero preferían no hablar del tema. No es que la temieran, pero preferían evitarla.

La gitana caminaba rápidamente por el ardiente páramo rodeado de árboles que componía el perímetro de entrenamiento. Su mente estaba fija en una persona, un joven que aún no había logrado acostumbrarse a su nueva vida en tierras lejanas. Pronto el paisaje empezó a verdear y en segundos apareció hierba en el suelo y árboles, marcando la frontera entre el perímetro de entrenamiento y el resto de la *plaza liberada*. Cruzó entre algunos gruesos troncos y el ruido del agua fluyendo empezó a filtrarse entre estos, dando lugar al gran río que cruzaba la llanura, los cultivos, los bosques y los arenales, y que parecía venir del glaciar de la gigantesca montaña que vigilaba los cultivos a sus faldas. Arika se mezcló con los trinos de los pájaros y la brisa que buscaba refugio del sol, a la sombra de los árboles. El río apareció sin avisar, un caudal cristalino de aguas mansas en el que los peces revoloteaban como si volaran bajo el caudal. La gitana miró corriente abajo y vio, sentado sobre una enorme piedra, a su pupilo descarriado.

—¡Por las barbas de Navután! —gritó Arika—. ¡Qué estás haciendo aquí, Vairon!

El muchacho sentado sobre la piedra volteó de mala gana, mirando sin temor ni culpa hacia su maestra, quien venía mascullando regaños ininteligibles. Los ojos del chico parecían dos peonzas de acero gris, opacos como una espada antigua y motosa. Esa mirada llevaba una pena indecible sin imaginar los horrores que podrían apagar los ojos de un niño como él. El rostro, blanco y de cachetes algo abultados, lo tenía desbordado de lágrimas. Un chorro pequeño de mucosidad lacrimógena se escurría por su perfectamente recta nariz. Su cabello tieso, castaño, cual paja brava, se le pegaba al rostro por el sudor. Sus labios sonrosados y gruesos estaban salados de tanto llorar, él los

relamía pensando que si bebía sus propias lágrimas podría evitar sentir aquel dolor. Sus espesas cejas rubias, dibujadas con tal expresión de congoja, lo mostraban totalmente desvalido. Su cuerpo desgarrado se veía frágil, y con trece años cumplidos, el muchacho se sentía desposeído de cualquier deseo de seguir luchando...

Sin embargo a la gitana parecía no conmoverle tal escena.

—¡Cuántas veces te lo habré de decir, Vairon, que si no superas este entrenamiento sufrirás una muerte que no imaginas ni en tus peores pesadillas!

—Lo siento, maestra —respondió el chico a tiempo que se limpiaba las lágrimas con el antebrazo.

—Tienes que aprender a obedecer mis instrucciones.

—Lo siento maestra.

—¡Y ya deja de decir que lo sientes!

—Sí, maestra.

Arika suspiró, miró al chico haciendo una mueca de resignación y se sentó a su lado. Este enderezó la cabeza mirando las aguas del río y permaneció en silencio.

—¿Qué te ocurre, *chaborró*? —preguntó la maestra tratando de suavizar el tono de voz.

—No mucho, maestra —replicó sin mirarla.

—¿Aún no has podido olvidar lo de tus padres, cierto?

El discípulo se quedó en silencio por unos segundos; estaba conteniendo desesperadamente sus ansias por llorar. No quería que su mentora Hiperbórea lo viese sufrir.

—Ojalá hubiera podido salvarles —dijo Vairon, con voz casi ahogada por un suspiro.

—Debes dejar de culparte por lo ocurrido. Ellos no querrían verte vencido. Por eso y por mucho más es totalmente necesario que superes el entrenamiento y despiertes el poder que llevas dentro.

—No sé si podré, maestra.

Arika sonrió levemente y puso su mano en el hombro del chico.

—Claro que podrás. Jamás olvides, Vairon, que tú eres el Hombre Hecho Lobo. Está en tu destino —la maestra hizo una pausa para aclararse la garganta—. Debes saber, mi angustiado estudiante, que los otros centinelas ya han partido de La Paz y vienen para acá.

Las pupilas de Vairon se volvieron muy pequeñas al oír la noticia. Su corazón se aceleró angustiosamente. Giró bruscamente la cabeza para mirar a su mentora y sonrió con emoción.

—¿En serio?

Arika asintió en silencio.

—¿Vienen todos ellos?

Asintió nuevamente la maestra.

—¿Viene... *ella*?

Arika sonrió por dos segundos y luego volvió a quedar seria.

—Si estabas esperando una segunda oportunidad, Vairon —dijo—, es posible que se te cumplan tus deseos. Pero jamás olvides que el enemigo usa el

poder del deseo para encadenar el Espíritu eterno al alma inmortal. Recuerda siempre quién eres —aconsejó la mentora, incorporándose. Miró al cielo y continuó—: No olvides a quién le correspondía tener el *Hajime de Plata*, y aunque no lo fuiste, tu parte del trabajo ya casi ha llegado; el sello deberá romperse. Cumple con el Otro Lobo, es nuestra única oportunidad, ¿he sido clara?

—Sí, maestra.

—Ahora, ve a la posada, aséate y reúnete con Berkana y Akinos para la siguiente parte del entrenamiento. Aún tienes que fortalecerte mucho y debes trabajar más duro.

Vairon se levantó y fue corriendo a la posada. Sentía que sus fuerzas se habían renovado y estaba ansioso por hacerse fuerte, tan o más fuerte que sus camaradas de entrenamiento: Berkana y Akinos. Vairon quería convertirse en el más poderoso de los Centinelas, quería demostrarle a todos cuánta fuerza tenía su voluntad pero más que todo quería vencer a Lycanon, su Géminis, para ganar el corazón de aquella a quien más amaba en el mundo. El chico ya no era un niño corriente, era un estudiante Hiperbóreo y estaba dispuesto a asumir su responsabilidad.

»»» AKINOS »»»



Todas las sensaciones en el mar brillan y se reducen en momentos imposibles de olvidar. Cae la tempestad, huracanes furiosos que destrozán todo cuanto tocan, y bajo las aguas los tornados de corrientes marinas que arrastran todo cuanto respira bajo el mar. Esa es la voluntad de Poseidón, nuestro Almirante.

Akinos, El Kraken de las Profundidades

GRIEGOS



Era el año 330 a.C. y en Éfeso se celebraba la llegada de un hombre cuyas proezas hablaban por sí solas. Él había venido desde Macedonia, Grecia, trayendo consigo la grandeza de un imperio noble y aristócrata; le había perdonado la vida a su enemigo acérrimo, el rey persa Darío, e incluso había adoptado a las familias de las aldeas persas adyacentes como súbditos de Grecia. La gente decía que aquel hombre era hijo del propio Zeus, todos creían que tenía una misión divina y le respetaban como si fuera un dios; en verdad ese hombre, el rey Alejandro Magno, era objeto de admiración de toda su gente.

Aquel día Alejandro había ido Éfeso para celebrar una ceremonia de bendición: estaba por iniciar el asedio a Persépolis, capital de Persia, y deseaba partir con la gracia de la Diosa de la Luna; deseando a su vez conocer el grandioso Templo de Artemisa.

Una enorme procesión aguardaba pacientemente la llegada del gran Emperador griego, toda la gente de Éfeso estaba ardientemente impaciente por ver con sus propios ojos a aquel hijo de Zeus, descendiente de la Casa de Hércules, caudillo del Imperio Griego enviado por los Dioses del Olimpo para llevar a su pueblo a donde ningún otro había llegado. La espera de la mañana se había tornado en la efervescencia de una fiesta en la tarde, la gente bailaba, comía, reía y hablaba de las hazañas del Emperador. Los cronistas contaban cómo Alejandro Magno había vencido a Darío durante la Batalla de Gaugamela y comparaban su valor con el de Leónidas de Esparta y sus 300 espartanos al luchar contra la flota persa durante la batalla de las Termópilas. Otros recordaban la Batalla de Isos en la que 365.000 griegos, al mando de Alejandro, vencieron a 500.000 persas, comparando la hazaña con la resistencia de Troya durante el conflicto entre Héctor y Aquiles. Algunos eruditos hablaban a la gente sobre la belleza de Alejandría, en la desembocadura del Nilo, y loaban la grandeza de una ciudad como solo Alejandro Magno podía crear. Las personas de Éfeso estaban reunidas a puertas del Templo de Artemisa y todos sus pensamientos se dirigían a un solo hombre: Alejandro.

El sol caía por el poniente cuando un grupo de soldados vestidos ceremoniosamente y portando antorchas de oro en las manos se aproximaron por el camino de entrada a Éfeso. Formaron una columna rodeando la calle principal que cruzaba la ciudad y que llevaba al Templo de Artemisa, dejando libre el sendero. Las personas llegaron al éxtasis cuando vieron a la columna militar pues supieron que Alejandro ya había llegado. Las mujeres empezaron a lanzar pétalos de flores en el camino que el Emperador recorrería y los hombres se alistaron para corear los himnos en honor a Alejandro. Tres carruajes entraron primero, los carros estaban bellamente adornados con escenas de las batallas del Emperador y los caballos que tiraban de ellos habían sido

adornados con velos y esarpes dorados. Luego se vislumbró un carruaje dorado cuyos pasajeros eran los generales del ejército de Alejandro: Antígono, Tolomeo y Seleuco; ellos saludaban a la multitud al pasar en su carruaje. Y entonces el último carruaje ingresó a la ciudad. La gente estalló en una sola voz de júbilo cuando le vieron. Alejandro vestía una armadura dorada con bellos diseños y adornos jónicos en el peto, las hombreras, brazaes, canilleras, esarpes y grebas. El crin de su yelmo era rojo al igual que su larga capa. Sus ojos de ámbar tenían una expresión de total tranquilidad, como si la pomposidad del recibimiento no le impresionara. Su grabo enhiesto y su escultórico cuerpo cubierto tras la armadura eran lo bastante imponentes para enviar su mensaje a todos quienes le vieran: “Yo soy Alejandro Magno, y soy el Emperador”. La expresión de su rostro tras sus afiladas facciones y su mentón eran tan duras como el acero de su espada: parecía un hombre inconvivable.

Los carruajes de los generales llegaron primero a la puerta del templo, los tres hombres se agacharon y se inclinaron ante la presencia de la Diosa que aquel templo significaba. Para ellos Artemisa era una diosa importante, en especial para las falanges de arqueros del ejército pues ella era la Diosa de los arqueros, de la Luna y de la victoria durante los combates nocturnos y con poca luz. La presencia de la luz de luna que rompe las tinieblas era la bendición esperada por los hombres de Alejandro durante los días más oscuros en los campos de batalla y muerte, por eso sabían que la bendición de Artemisa les daría fuerza para cruzar la oscuridad del Hades. Sin su bendición se sentirían inseguros durante el asedio a Persépolis. Para el propio Alejandro era importante tener la venia de Artemisa, la Diosa de la noche, pues él mismo auguraba una dura resistencia de los persas y no deseaba sufrir muchas bajas.

El carruaje de Alejandro llegó poco después que el de sus generales. Se bajó lentamente y miró la entrada del templo como si estuviera parado de igual a igual ante la Diosa. Para él la presencia de Artemisa era más un favor de una Diosa a un Dios que una suerte de sortilegio divino hacia un hombre mortal de carne y hueso. La gente también lo sabía y cuando vieron a Alejandro parado frente al Templo de Artemisa, sintieron como si un Dios visitara la casa de otro Dios. El encuentro de dos dioses conmovió a los presentes y sobrecogió su alma hasta que no supieron qué sentir...

Una mujer vestida con una larga túnica de un eléctrico azul oscuro apareció en la entrada del templo, su capucha ocultaba su rostro y su identidad tras un velo de misterio. Llevaba una cota de malla plateada, brazaletes bruñidos, hombreras redondeadas y botas de cuero; en su espalda colgaba un arco y una aljaba llena de flechas. Alejandro la vio y de inmediato evocó a las amazonas, una raza de mujeres guerreras que excluían a los hombres de su sociedad. La gente decía que las amazonas tenían ocasionalmente relaciones sexuales con hombres de los países vecinos, y mataban o enviaban a vivir con sus padres a los hijos varones que parían. Las niñas eran entrenadas como arqueras para la guerra y se hacían célebres por la belleza que desarrollaban desde la más tierna juventud. Artemisa era también la diosa de las amazonas, razón por la que a Alejandro no le sorprendió la presencia de una de ellas en el templo de Éfeso. Aristóteles le había dicho que las amazonas estuvieron casi constantemente en guerra con Grecia y combatieron también a otras naciones. Incluso estuvieron aliadas con los troyanos, y durante el sitio de Troya su reina fue asesinada por Aquiles.

—Bienvenido a Éfeso, Alejandro el Grande —saludó la mujer, el Emperador agachó levemente la cabeza a modo de saludo—. Por favor, acompáñeme.

Alejandro siguió a la mujer, pero cuando sus generales trataron de ir con él, la guerrera volteó bruscamente, descolgó su arco, cargó una flecha y les apuntó ante el asombro de todos.

—Solo Alejandro Magno está invitado a este templo, el resto de vosotros no estáis permitidos de ingresar —advirtió la mujer.

—Aguardad —les ordenó Alejandro—. Disfrutad de este momento, que yo hablaré con ella...

Los hombres, haciendo muecas y gestos de reprobación, voltearon y regresaron a sus carruajes. No estaban satisfechos con la orden del Emperador, mucho menos con la insolente agresión de una mujer, pero no tenían otra opción más que obedecer.

El interior del templo era una prodigiosa pieza de arquitectura. Cada friso, cada relieve, cada columna habían sido trabajados con un cuidado y un detalle sin igual. Se decía que, antes de morir, el Príncipe Paris de Troya había viajado al sur con un arco sagrado, el Arco de Artemisa. Las sacerdotisas vestales contaban que después de la destrucción de Troya, Paris y Briseida se encontraron con una virgen de Artemisa de uno de los templos de la ciudad, la niña tenía el arco sagrado bajo su custodia y al morir se lo entregó al Príncipe y a Briseida. Ella, enloquecida de dolor luego que Paris matara a Aquiles, se suicidó y dejó al troyano solo, con el arco entre las manos y la misión de protegerlo. Sin más remedio que cumplir su juramento de poner el arco a buen custodio, viajó al sur y, de acuerdo a la leyenda, llegó a Éfeso donde fue recibido con todos los honores de un noble. Por mandato de la propia Diosa Artemisa, Paris puso todo su empeño para convencer a los reyes efesios de construir un

templo para la Diosa y luego él mismo inició las obras, pero murió a causa de la herida mortal de una flecha lanzada por el arquero Filoctetes. El arquero guardó el arco y, generación tras generación, lo mantuvo oculto hasta que, según los mitos, otro rey efesio retomó la construcción del Templo de Artemisa por amor a su esposa, la hija de una Amazona. Cuando el templo fue concluido, los descendientes de Filoctetes entregaron dicho arco a las mujeres Amazonas y ellas pasaron a ser las custodias del mismo, manteniéndolo en el interior del Templo de Artemisa a lo largo de los siglos.

Desde luego, Alejandro aquellas leyendas; pero siempre había pensado que no pasaba de ser mitología y cuentos ancestrales, pero cuando vio a la mujer guerrera salir del templo, comprendió que las leyendas eran ciertas.

—Yo sé a qué vino, Alejandro —dijo repentinamente la mujer.

—Vine a buscar la bendición de la Diosa Artemisa —replicó el Emperador.

—¿Tan solo eso?

—Solo eso me interesa.

—Es usted un gran emperador, pero los hombres de vuestro Ejército necesitan algo más que una bendición para entrar a Persépolis.

—¿Acaso duda de mi poder militar?

—No, gran Alejandro, pero sepa que el enemigo que persiguen no solo será de carne y hueso.

—El Oráculo de Delfos ha predicho...

—Sé lo que predijo el Oráculo —interrumpió la mujer y Alejandro se sintió ofendido por la interrupción—. El destino de su Imperio está asegurado, pero necesitará algo más...

La mujer llevó a Alejandro a través del gran templo hasta que llegaron a la parte central. Allí reposaba una imagen de Artemisa de dos metros hecha de madera y adornada con oro y piedras preciosas. A sus pies reposaba un arco blanco como el marfil. Su cuerda era plateada y tenía dos pares de espinas salientes en el exterior de la curvatura en ambos extremos del arco, sin duda era de hueso, pero ¿de qué animal?, se preguntó Alejandro. Igualmente dos superficies aristadas sobresalían en la parte interior de la curvatura, en su interior habían dos gemas talladas y pulidas de color azul; una de ellas tenía la forma de una media luna atravesada por una flecha y otra tenía la forma de una "V". Ambas piedras tenían un leve resplandor verdeazulado. La parte central del arco estaba forrado con un lazo azul de tallo de acacia y en la mira llevaba incrustada una gema verde de perene brillo blanquecino y turquesa. Cuando Alejandro posó sus ojos sobre aquel magnífico arco sintió una conmoción que recorrió toda su médula espinal y llegó a su mente. Miles de ideas acudieron a él, como si una voz interior se comunicara directamente con su conciencia.

—La Diosa Artemisa está en guerra con un dios persa —sentenció la mujer—. Es una guerra tan antigua como el tiempo mismo y la hora de una nueva batalla entre ambos dioses ha llegado.

—No combato a los dioses —dijo Alejandro—, los acepto junto a los pueblos que conquisto.

—Y ese error fatal podría costarle perder su Imperio.

—¡Qué insolencia!

—Tranquílcese, gran Alejandro. No todos los dioses conquistados son buenos para los Pelasgos, algunos de ellos están al acecho para destruir nuestra raza.

—No creo tal cosa.

—¿Acaso usted piensa que los dioses se representan a sí mismos ante los hombres como figuras omnipotentes pero con nombres distintos?

Alejandro miró a la mujer como si ante él se hubiera presentado alguna clase de divinidad. Pensó en las diversas semidiosas, pero ninguna de ellas parecía ser aquella mujer en concreto.

—Como hijo de Ra sé que los designios egipcios, griegos y hasta los babilonios me aceptan como gobernador de este mundo —contestó Alejandro. La mujer agachó levemente la cabeza y fijó su vista en el arco que reposaba a los pies de la Diosa.

—Hay mucho de cierto en sus palabras, pero hay guerra en los cielos como la hay en la tierra. Zeus también está en batalla y vosotros habéis tomado partido por los Campeones Olímpicos. ¿No es acaso usted descendiente de la Casa de Hércules?

—Lo soy.

—Entonces sabrá a qué dioses foráneos puede admitir en su reino y a cuáles no.

La mujer tomó el arco en sus manos y lo puso frente al Emperador.

—Este es el Arco de Artemisa —Alejandro miró el arco y lo sostuvo entre sus manos.

Cuando su piel hizo contacto con el hueso se estremeció, pues sintió una poderosa corriente fría recorrer sus venas y, en segundos, la sensación desapareció.

—¿Qué significa esto?

—Lleve el arco sagrado con usted. Utilícelo y derrote al que entre los persas se ha disfrazado para desencadenar a los leones de Persia contra nosotros.

—¿Es que aparte de Darío puede existir alguien que haga peligrar nuestro reino?

—Así es, gran Alejandro. Existe un ser vil, un dios persa que nos quiere pisar bajo el yugo de su maldad. Ellos lo llaman Baal. Dispárole una flecha de este arco a la cabeza de su estatua en el templo que los persas erigieron para Él y Artemisa le dará su favor para gobernar toda Asia.

—Pero Baal es como Zeus.

—No, gran rey, Baal no es como Zeus. Baal es mas bien como el Jehová de Abraham en el Reino de Ur, como Enlil de los asirios, como el Titán Cronos que Zeus derrotó. Baal es enemigo de Grecia y debe ser expulsado de Persia si usted desea gobernar toda Asia.

—No entiendo los designios de los dioses —murmuró Alejandro, evidentemente abrumado.

—No tiene que entenderlos, solo asumirlos como su responsabilidad con el Olimpo y con la gente de Grecia. Jerjes no trajo su ejército de pesadillas a través del Egeo por nada; él y Darío, como todos los persas que han puesto todo su empeño en someter a Grecia.

—¿Acaso las Amazonas no han intentado aquello también?

La pregunta pareció incomodar a la mujer, quien desvió levemente la mirada y se quitó la capucha. Su cabellera castaña y sus ojos citrinos eran hipnóticos, su rostro era una efigie de belleza ante la cual Alejandro no pudo más que conmoverse.

—Nuestras causas son distintas, gran Emperador —dijo la mujer—; desde tiempos de Nivske y Kora, nosotras tuvimos la misión de ayudar a Grecia a ser grande, aunque sea por la fuerza.

—¿Cómo no creer que las Amazonas están conspirando contra Grecia y Macedonia...?

—Deje que el Arco de Artemisa responda a su pregunta, Alejandro. Lléveselo a Persépolis y úselo contra su enemigo. Yo le estaré aguardando y le daré alcance en la ciudad de los persas luego que la conquiste. Si usted derrota a Baal y logra la victoria, Artemisa bendecirá su imperio y usted me regresará el arco.

Por un instante un aluvión de dudas arrasó la mente de Alejandro, pero sentía cierta clase de poderosa presencia en el templo, como si la propia Artemisa estuviese en el lugar. El Emperador observó fijamente la gema verde que la reliquia llevaba en la mira y, como si fuera un portal que desafía el tiempo, pudo vislumbrar todas las vicisitudes de su campaña de conquista, las pasadas, las presentes y las futuras. Sintió que la inmortalidad tocaba la puerta de su destino y que la amenaza persa, tal como le había dicho la mujer, no era Darío o Persépolis, sino su dios, Baal. Cuando levantó la mirada la mujer ya no estaba con él, había desaparecido.

Alejandro miró la figura tallada de Artemisa y una sospecha cruzó sus pensamientos.

—Ella era Artemisa en persona —murmuró para sí mismo.

Alejandro abandonó el Templo de Artemisa con Su arco en las manos. Cuando sus generales le vieron no dijeron nada sobre el arma que el Emperador llevaba; únicamente se limitaron a gozar de la señal: la Diosa Arquera, Artemisa, les había bendecido. Persia iba a caer.

El Camino de los Dioses es un sendero construido hace 4900 años por los Atlantes Blancos en la América del Sur. Cuando los Incas y todos los imperios de la Edad de Bronce nacieron, el camino ya estaba allí.

La mayoría de las rutas precolombinas de Sudamérica fueron construidas y usadas por la realeza del Cuzco. Los dos Caminos Reales hallados por los conquistadores de Pizarro seguían una ruta paralela al Camino de los Dioses: la ruta costera nacía en Tumbes y llegaba hasta Talca, en Chile, 4.000 kilómetros después; la central, mil kilómetros más extensa, partía desde Quito y concluía en la cuenca del Titicaca, a orillas del Río Desaguadero. El Camino de los Dioses, mucho más oriental, también terminaba su recorrido en la cuenca del Titicaca. Pero la diferencia radicaba en que los Caminos Reales eran sendas por las que se canalizaba toda la actividad del Imperio, en cambio el Camino de los Dioses era una ruta secreta, solo conocida y empleada por los Amautas del Bonete Negro. Los únicos que habían podido transitar por la ruta aparte de los Amautas fueron los iniciados europeos en el Culto del Fuego Frío de Pyrena, llegados desde España en 1535 al mando de Lito de Tharsis. El tránsito por el Camino de los Dioses se mantuvo hasta 1789, fecha en que los Señores de Skiold sellaron el Paso del Inca ante la inminente guerra independentista sudamericana, ocasionada como consecuencia de la Revolución Francesa.

Años más tarde, el propio Simón Bolívar se obsesionaría con la leyenda del Camino de los Dioses. Viendo la amenaza que los Estados Unidos de América podrían representar en el futuro para las colonias recién liberadas, y sintiendo el místico poder que recorría el continente entero, Simón Bolívar empezó la

búsqueda secreta del Camino de los Dioses indagando en todos los Virreinos instituidos por la Corona Española; desde Nueva Granada, Bogotá, Perú y la Gran Charcas hasta las provincias de La Plata, Tucumán y Santiago. Sin embargo, los agentes *Gólen* de la Corona Inglesa perseguían el mismo objetivo que Bolívar con la finalidad de tomar colonias en América del Sur y recuperar las que habían perdido en América del Norte. Por esa razón, y viendo el peligro que corrían los secretos del continente sudamericano, los Señores de Skiold sellaron todas las fuentes energéticas de Sudamérica. Cuando el eje carismático se perdió, se estableció una imposibilidad política y psicológica para generar un gran país en la América del Sur. La creación de la República de Bolívar, más tarde renombrada como Bolivia y gestada por Antonio José de Sucre, ocasionó el último cierre estratégico. Una larga carencia de energías y poder se estableció en todo el continente hasta que en 1899 el Camino de los Dioses fue nuevamente transitado por los descendientes de Skiold y, décadas más tarde, por representantes del Estado Boliviano totalmente ajenos a los intereses de las dictaduras.

Como el Camino de los Dioses solo podía ser atravesado por aquellos que fuesen Iniciados en la Sabiduría Hiperbórea, ni los conquistadores españoles ni los exploradores bolivianos modernos habían podido dar con el sendero hasta que un descendiente de los Señores de Skiold se puso en contacto con el Presidente boliviano Germán Busch Becerra. De ese modo se estableció una Agencia Boliviana de Exopolítica que gestionó la creación de un grupo de élite en el Ejército, cuya finalidad era mantener un nexo entre las civilizaciones de otros mundos y el Estado Boliviano.

En 1956 se retiró la guardia permanente de la entrada al Camino de los Dioses viendo que el Presidente Víctor Paz Estensoro, servidor de las fuerzas

Golen-masónicas, había puesto sus ojos en las rutas secretas que unían las regiones andinas con otros mundos. Los guardias del Camino quemaron los mapas y coordenadas que llevaban a la entrada de la ruta secreta que luego abandonaron. Por años trataron de huir a la Argentina para reunirse con la Orden de Caballeros Tyrodal de Salta, pero fueron capturados por agentes del *Mossad* y la *B'nai Brith* de Israel, traídos a Bolivia bajo salvoconducto del dictador Luis García Meza, en 1981, y murieron durante los terribles interrogatorios.

La ruta secreta quedó perdida hasta que en 1990 un descendiente de los Señores de Skiold retomó el contacto con personeros confiables en el Alto Mando del Ejército de Bolivia y, al margen de los gobiernos democráticos, establecieron una nueva Guardia Permanente en la entrada al Camino de los Dioses. Varios Oficiales estuvieron a cargo de mantener la vigilancia hasta que en 1999 el Mayor Orlando Cuellar fue asignado por razones estratégicas al mando de la Guardia Permanente a la entrada. Para el año 2000 el Camino de los Dioses recuperó su status como ruta principal entre la Tierra y las civilizaciones de otros mundos. Uno de esos mundos, gemelo de la Tierra y situado en un septentrión espacio-temporal paralelo al Sistema Solar, estaba habitado por una avanzada civilización de guerreros, agricultores, artesanos y estrategias hiperbóreos cuya existencia se había desencadenado como parte de una estrategia de los Dioses para apoyar a los hombres en el Fin de la Historia. Esa civilización había interactuado con los hombres de América del Sur durante siglos. Su ciudad era conocida como la Ciudadela de Erks.

La misión de Rowena era llevar a sus pupilos a la Ciudadela de Erks, pero debido a la naturaleza de laberinto del sendero eso no sería tan fácil, al menos no mientras los chicos no tuvieran su espíritu despierto. Gran parte del Camino

de los Dioses era subterráneo y tenía varias ramificaciones que conducían a diversas partes. Una de ellas era la Isla de Koaty, en el final del Camino, sobre el lago Titicaca, lugar donde se refugiaron los Señores de Skiold durante la masacre muisca y aymara perpetrada contra el Casique Voltán del Imperio Inga. Otro sendero iba hacia Tiwanaku, la antigua capital Inga construida por los Atlantes Blancos hacía milenios. Al Norte se dirigía hacia el Cuzco, la capital Inca; y tenía una pequeña bifurcación al Oeste: la entrada a Erks. Rowena sabía muy bien que llegar sería una ardua faena; por lo tanto, debía ser cauta.

La noche había concluido y el sol se asomaba tímidamente por el horizonte. A las cinco de la mañana la corneta dio la señal del inicio del día que, como lo hiciera un buen gallo madrugador, despertó con su melodía a todo el campamento. Los viajeros también despertaron y al salir de sus carpas fueron sobrecogidos por el paisaje que las tinieblas nocturnas les habían ocultado al llegar el día anterior. El monte Illimani, con sus 6,462 metros de altura sobre el nivel del mar, se levantaba abrumador, cubriendo una gran parte del horizonte y postergando la salida del sol. El nevado se veía de un tamaño tan gigantesco que empequeñecía cualquier otro detalle del paisaje. Sin duda el campamento debía situarse muy cerca de la gran montaña pues a una distancia mayor su verdadero tamaño se camuflaba entre los otros glaciares de la cordillera. Fue el monte Illimani lo primero que los muchachos vieron al salir de sus carpas, quedando totalmente sorprendidos por su majestuosidad.

Promediaban las seis con treinta cuando la caravana quedó lista para partir. A la cabeza iría la guía, Rowena, junto a Edwin. En medio se acomodarían los más jóvenes de la compañía: Diana, Rocío, Gabriel y Rodrigo. Atrás irían los más grandes: Oscar y Jhoanna. A lomo de caballo llevarían bolsas de dormir,

provisiones, vituallas, agua, leña seca y otros elementos que requerirían durante su viaje.

Debido a la naturaleza del camino resultaría imposible transitarlo en automóvil, así que tendrían que viajar a pie. Sería una larga peregrinación rumbo a lo desconocido.

Las despedidas fueron emotivas. No solo por el hecho de ver insólitas lágrimas surcar el duro rostro del Mayor Cuellar al abrazar a sus hijos quizás por última vez, sino por todos los temores y nostalgias que se habían despertado en todos los miembros de la caravana. La vida corriente agonizaba lenta y dolorosamente, pero la grandeza nacía, convirtiéndose en matriz de su propio parto. Los siete elegidos dejaban La Paz, y si volvían jamás serían los mismos. Y ellos lo sabían.

Quince minutos para las siete de la mañana, la caravana partía a la aventura. Siete jovencitos, una mujer adulta como guía y tres caballos transitando un sendero milenario, solo conocido por los Señores de Skiold, los Señores de Tharsis y los iniciados hiperbóreos de eones.

Por caminos de herradura, rodeados de niebla y precipicios, la caravana transitó sin dejar que la gelidez del aire les crisper los huesos. Extrañas formas se dibujaban en las nubes, formando cuerpos de mujeres y hombres que parecían acariciar los rostros de los viajeros. Diana se había apegado tanto a Rodrigo que a éste le dificultaba caminar, ella tenía más frío que miedo y él estaba asustado. Cerca de ellos Rocío y Gabriel conversaban para tratar de no prestar atención a los sobrenaturales visitantes que se formaban en la niebla. Atrás, Oscar contaba chistes a Jhoanna para relajarse; adelante, Edwin y Rowena mantenían un

silencio sepulcral. Transitaron los precipicios del largo sendero montañoso. A cierta hora sin determinar empezó a aparecer vegetación entre la niebla. Al inicio era solo musgo, alimentándose de las rocas del camino, pero la hierba no tardó en espesarse, revelando juncos exóticos y más tarde también pequeños árboles y lapachos.

El grupo llegó al final del largo sendero al promediar el medio día, pero el sol permanecía cubierto tras una gruesa capa de niebla. Durante todo el camino descendieron por escarpadas y empinadas bajadas compuestas por rocas colocadas allí hace milenios. Sin duda el sendero había sido cuidadosamente construido para guiar a los viajeros lejos de los mortales acantilados y precipicios. Rowena se había detenido cerca de un escuálido árbol sin hojas. El camino había concluido y delante de los caminantes solo se veía un abismo sin final, totalmente cubierto por las nubes. A la derecha, el precipicio los amenazaba, a la izquierda, los flanqueaba un gigantesco muro de roca con algo de vegetación incrustada en imposibles comisuras. La guía miró el abismo que tenían en frente, miró el muro de piedra, y el precipicio a su costado. Parecía que no existía forma de continuar el viaje y la ansiedad empezó a apoderarse de los muchachos.

—¿Rowena, por dónde iremos? —consultó Edwin.

—El camino sigue —contestó.

Los viajeros miraron en frente y no distinguieron más que vacío y niebla.

—Ahí no hay nada —farfulló Rocío.

—Por el muro —dijo la guía.

Labrado en la roca por medio de inimaginables técnicas de construcción, un estrecho sendero colgaba del gran muro de piedra, empotrado en el interior de

la roca. Su paso sería terriblemente peligroso pues a un costado se anunciaba el vacío y una muerte segura. La única seguridad que podían tener los caminantes estaba en pegarse al muro lo más posible y rogar para que este desembocase a un camino más seguro.

Temblando y sumamente nerviosos, los miembros de la caravana avanzaron por el sendero a regañadientes. El viento resoplando entre las montañas parecía *murmurar* cosas...

—¿Qué es eso, Rowena? —preguntó Diana, pálida de miedo.

—Fantasmas de la montaña —respondió la mentora con naturalidad—. Acompañan a los visitantes durante su viaje.

—¿Pueden hacernos daño? —volvió a consultar la asustada Diana.

—A ellos no les importa hacernos daño, solo quieren que escuchemos sus voces.

De repente una cascada cerró con su velo el estrecho sendero. El agua estaba helada y los viajeros no tuvieron más remedio que pasar por debajo de ella. Se estaban congelando y estaban mojados, sus fuerzas pronto empezarían a fallarles. Cuando el agotamiento empezaba a tornarse irresistible, el paso del precipicio desembocó a una explanada de fértil vegetación. El grupo se detuvo por un momento a descansar cerca de un riachuelo. El agua era tan cristalina que parecía ser un fluido totalmente ajeno a la propia naturaleza, era el agua más pura que los muchachos hubieran visto jamás. Ocasionalmente podían oír las voces de niñas riendo.

—¿Acaso hay gente en este lugar? —preguntó Oscar a la guía. Ella negó con la cabeza.

—Son *Ondinas*, entes del agua que juegan en sitios como este. Descuiden, son inofensivas.

La marcha siguió su curso río abajo. Poco a poco el pequeño riachuelo se fue convirtiendo en un imponente pero manso torrente de agua. La niebla se fue despejando y se hallaron en un valle totalmente dominado por la naturaleza salvaje. El frío de las tierras altas se había esfumado y su lugar fue tomado por una tórrida calidez casada con una humedad tan despiadada que hacía doler los huesos. Todos los viajeros estaban empapados como si se hubieran bañado. Pronto la humedad y el calor empezaron a hacer su trabajo y el cansancio empezó a apoderarse de los chicos. Los mosquitos y extraños insectos empezaron a ver a los visitantes como propicia comida. Rowena tomó algunas antorchas y las prendió, luego las extendió a cada miembro de la caravana antes de seguir. Sin aquel fuego los insectos se los comerían vivos.

La hierba y maleza se convirtió en árboles de aspecto tropical, selvático y de inmensa altura. Sus copas eran tan frondosas que tapaban con su sombra a un sol agónico que poco a poco empezaría a ocultarse en el occidente. Rowena temía que la noche los sorprendiese en aquella jungla despiadada, así que tuvo que acelerar el paso exigiendo al máximo la resistencia física de sus pupilos.

A las seis de la tarde el sol moría y parecía que la jungla no tenía final, pero contra todo pronóstico los árboles desaparecieron y su lugar fue tomado por un escarpado sendero de rocas construido por ingenios arcanos. Eran como mil gradas que subían un cerro dominado por exuberante vegetación y vertientes de agua cristalina. Rowena aceleró el paso todo lo que pudo, pero sus peregrinos estaban exhaustos. A pesar del tormentoso agotamiento, junto con el alba, lograron alcanzar la cima del cerro y fueron saludados nuevamente por



el nevado Illimani que se veía aún más grande que en el campamento del Escuadrón Inti. Habían caminado casi todo el día.

—Descansaremos aquí y mañana retomaremos la marcha —ordenó Rowena.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Gabriel, que yacía en el piso por el cansancio.

—Sí, lo más difícil del camino está por dar inicio; pero los prepararé adecuadamente —replicó la guía—. Descansen bien, porque mañana nos espera el verdadero Camino de los Dioses.

Las estrellas titilaban en el cielo despejado, el sonido de una zampoña acompañaba su brillo en singular soledad. Sentado en la rama de un enorme árbol, a más de 30 metros de altura, un jovencito de no más de 15 años soplabla los tubos de la zampoña, haciéndola cantar. Sus duras y afiladas facciones andinas mostraban una calma única mientras interpretaba una melancólica melodía. La noche era fresca, ni muy cálida ni tampoco demasiado fría. Él tocaba con los ojos cerrados. Vestía un pantalón negro y botas de cuero, y sobre su torso desnudo, cubriendo su piel morena, lucía un chaleco de cuero negro. El fibroso joven denotaba la intensidad del entrenamiento que había llevado desde su nacimiento. Criado en Bolivia e instruido en las artes militares por los mejores maestros de la Ciudadela de Erks, las habilidades físicas y mentales del chico habían sobrepasado los límites del entendimiento humano. Su nombre era Rhupay Yupanki y había subido a aquel árbol para descansar luego de una larga jornada de prácticas. Su mente lo transportaba a la ciudad de La Paz, hacia aquellos camaradas a los que había salvado de las garras de la Fraternidad Blanca. Habían transcurrido solo meses de aquello; pero a él le parecían años...

De repente vio su melodía interrumpida por la llegada de una amiga:

—Deberías dormir —le dijo la visitante. Él, dejando de tocar y mirándola, le sonrió.

—Quizás, Valya, quizás; pero no puedo dejar de pensar.

Valya Willhelmsson era la última noble de una casta vikinga de reyes islandeses. Era tan solo dos años más joven que Rhupay, pero sus poderes no

tenían nada que envidarle. Criada junto a Rhupay y su abuelo, la muchacha había alcanzando un nivel de guerrera envidiable para cualquier estudiante hiperbóreo. Su caballera era rubia como los rayos del sol, sus ojos eran calmos, de un profundo verde esmeralda que se confundía con los tonos de las hojas más verdes del campo. Su bello y formado cuerpo era engañosamente frágil, pues podía partir enormes rocas de solo una patada. Contrastando con la candidez y hermosura de su rostro, se distinguían perfectamente los gestos y expresiones de una jovencita de carácter duro. Era muy pequeña cuando quedó huérfana. Sus padres habían sido asesinados por el poderoso demonio Golab y el cruel Héxabor. El abuelo de Rhupay, en su calidad de padrino de Valya, viajó a Islandia ni bien supo la noticia y adoptó a la niña, llevándola a Bolivia. De su tierra natal, ella solo se llevó el violín de su madre, instrumento que había aprendido para estar siempre en contacto con sus ancestros. La luna había sido privilegiada espectadora de bellos conciertos de violín y zampoña que Rhupay y Valya daban para las noches serenas. Aquella pudo ser una noche perfecta para otro concierto, pero el día que vendría sería arduo y no tenían tiempo para la música.

—¿Aún piensas en ellos? —preguntó Valya.

—No he dejado de hacerlo desde que regresamos a Erks.

—Estarán bien, lo sabes.

—No me preocupa su travesía para llegar aquí, me preocupa que no sean capaces de despertar sus poderes, a pesar del entrenamiento.

—¿Acaso dudas de sus espíritus?

—No es eso —Rhupay se veía algo agobiado. De un salto bajó del árbol y cayó livianamente sobre la hierba como si fuera una hoja ligera—. Cuando los rescaté, los sentí tan... tan...

—¿Perdidos? —completó Valya, pero Rhupay negó con la cabeza.

- Anímicos, Valya, anímicos. Aún sufren y viven dominados por su corazón.
- ¿Y acaso tú ya has dominado el tuyo? —dijo Valya, acariciando el mentón de Ruphay— Aprender a dar caricias toma más tiempo del que ellos han vivido.
- No están listos.
- Tampoco lo estábamos nosotros cuando empezamos a entrenar.
- Empezamos muy pequeños.
- Pero nuestros Espíritus son tan viejos como los de ellos. Recordamos nuestras vidas pasadas y estoy segura que ellos también las recordarán. Ten confianza.
- Me esfuerzo por tenerla.
- Si no puedes confiar en ellos, confía en lo que tu sangre te diga.
- Lo harán bien —titubeó Ruphay, ganando confianza—, lo sé... pero...
- Ten calma, mi querido Rhupay. Todo saldrá bien.

El chico abrazó a su amiga de infancia con ternura natural, fraternal, pero con firmeza. Él sentía en su pecho todo lo que Valya representaba en su vida. Ella era una hermana, una camarada, parte de su familia y mucho más. Y ella sentía lo mismo por él. Rhupay era la única familia que le quedaba y, por todo su entrenamiento, sabía perfectamente bien que los dos estaban destinados a luchar juntos. Sin embargo, la lucha de sentimientos encontrados los había unido de más formas que solo los lazos fraternales. Carentes de moral o ética cultural, ambos se habían convertido en una mezcla insólita de hermanos y amantes. Su amor no se trataba de amistad, sino de la más pura camaradería que surge entre hermanos de trinchera. Cuando la guerra acude ellos luchan espalda contra espalda, se curan, se consuelan, se protegen y se abrigan. No era raro que ella le hubiera entregado a él su primera vez, y viceversa; tampoco lo era que en batallas anteriores hubieran tenido que luchar aún sin estar

preparados, sobreviviendo lo indecible. Ellos se complementaban, eran una sola falange y eso los convertía en guerreros efectivos y poderosos.

—Vamos a dormir —dijo Valya al oído de Rhupay—. Ven a la cama conmigo esta noche.

—¿No tocarás el violín?

—Mañana quizá. Cuando ellos estén entre nosotros.

—Lycanon, Dianara y Gorkhan —murmuró Rhupay.

—Y Rit, y Hagal, Debla y Ninurtske también. Confía en sus espíritus...

—Siempre sabes cómo calmarme —dijo Ruphay, sonriendo; pero no podía dejar de pensar en todo lo ocurrido durante los meses que conoció a los viajeros de La Paz que iban camino a Erks, su mente no se alejaba de Lycanon y... algo, alguien... Vairon. Se iban a reunir y las cosas podían salir muy mal, Rhupay lo sabía, y temía.

Tan pronto amaneció, Rowena despertó a sus pupilos y retomó la marcha a través de escarpadas bajadas y cuesta arriba por empinadas pendientes. Mientras avanzaban les contó el relato del Génesis Hiperbóreo, el Primer Misterio de los doce que componen la estrella de doce picos, un dodecagrama rúnico que simbolizaba los doce misterios que la Sabiduría Hiperbórea exige a los postulantes a la Iniciación. El relato había dejado meditabundos a los muchachos que aún trataban de comprender el profundo significado que encerraba la leyenda que Rowena les había relatado. En su interior sabían que el Génesis Hiperbóreo decía más que solo una historia antediluviana. Existía un enigma que afligía las mentes y corazones de cada uno de ellos.

Jhoanna Cuellar Kuklova había sido nombrada como Debla por los Dioses; sin embargo, la certeza del reconocimiento divino de nada le servía a la hora de enfrentar su muy terrena situación. Al igual que sus hermanos y amigos, no podía dejar de pensar en el cuento de Enlil, Enki, Inana y Yahvé. Ella veía los trozos desperdigados de su vida y no hallaba nada para justificarse ante sí misma por todo el tiempo perdido, creyendo cosas que no eran...

Sus pasos eran ligeros, cuidadosos. Con 18 años cumplidos, su cuerpo estaba cuidadosamente esculpido por los largos años de práctica de gimnasia rítmica. Su rostro tenía una belleza como solo las mujeres de su casta podían exhibir. Gran parte de la historia de Rusia podía verse reflejada en sus ojos con tonos de Siberia y miel. Su ascendencia eslava hablaba de una raza milenaria. Quizá era esa su hermosura la mayor maldición de las mujeres de su familia, pues siempre lograba perder a los hombres en la más demencial de las pasiones

con su sola presencia. Sus ojos acaramelados tenían un profundo dejo de melancolía, le costaba mucho imaginar todo lo que había dejado atrás por seguir la Misión Familiar de sus ancestros. Pero aún más le costaba creer que todo lo que vivió fuese una mentira piadosa de un destino inclemente. Lo único palpable para ella era Oscar, el gran amor de su vida, quien hasta en aquella empresa la acompañaba...

Le decían Joisy de cariño, apodo colocado por su hermana Diana cuando ésta aún no podía hablar bien. No había forma de negar que Jhoanna era maternalista, debido a ello siempre se había sentido vinculada a los niños menores a ella, y viceversa. No era raro que su hermana menor y sus amigos, de la misma edad, vieran en Joisy una figura de protección. Asimismo, Jhoanna no se sentía sola. La presencia de su hermana pequeña y su hermano mayor, Edwin, consolaba sus frustraciones. Mientras el aire se embriagaba jugando con la larga cabellera de Jhoanna, la propia naturaleza abría espacio a los celos y al amor. Ella podía presentirlo.

Ya se aproximaba el medio día y el sendero de piedra lucía más demacrado a cada metro que avanzaban. Jhoanna estaba cansada. Se había enganchado del brazo de Oscar para apoyarse un poco. Él era fuerte por ambos y llevaba a su amada de toda la vida con tesón y coraje.

—Me duelen los pies —murmuró Jhoanna.

—Tranquila, amor, ya descansaremos.

—¿Alguna vez te imaginaste que existieran lugares como este en el mundo?

—Jamás —respondió él—, pero me encanta que existan.

—Lo que Rowena nos habló del Génesis Hiperbóreo es...

Un silencio breve se levantó entre ambos.



—Las leyendas siempre tienen algo de real y algo de fantasía —dijo Oscar—. Yo intuyo que hay mucho de verdad en el relato de Rowena.

—Dijo que es el Primer Misterio de doce. Me pregunto si los once que quedan serán iguales...

—Por alguna razón yo presiento que son aún más espectaculares.

Los ojos de Jhoanna estaban llenos de temor, pero no se trataba de un miedo fóbico, sino de una inquietud por el futuro incierto.

Oscar Higgs Michelle, conocido como Hagal entre los Dioses, era un joven de 21 años, musculoso y deportista. Sus años como ciclista y su culto a la fuerza física habían reforzado su resistencia para las actividades musculares. Solo Edwin podía competir con esa cualidad física. Sin embargo, aquello contrastaba con la inmensa curiosidad científica que Oscar sentía por cuanto le rodeaba: había leído muchos libros de ciencia, antes de abandonar La Paz.

Sus ojos oscuros tenían un verdadero fuego en la mirada. Su rostro entero estaba repleto de gestos firmes, inflamados de energía. Era un joven alegre y bromista, lleno de optimismo. Las proporciones de su cuerpo loaban su linaje, uno de los más antiguos de Francia. Sin duda Oscar era galo de raza en todo el sentido de la palabra, lo era en sus gruesas cejas, en sus fibrosas extremidades, en su piel blanca, en sus labios apretados, en su largo cuello, en su frondosa y clara cabellera, en el abundante vello de su pecho, en su barba punzante. Junto a Rodrigo, su primo, ambos exhibían lo mejor de su familia, un linaje ligado a la historia de Francia en diversas épocas. Esas cualidades, sumadas a la natural galantería que poseía, habían convertido a Oscar en el objeto de la pasión de muchas mujeres de todas las edades que ansiaban estar con él en la cama; o más bien dicho, con él en el interior de sus cuerpos.

Jhoanna y Oscar eran también amigos de infancia, pero su relación fue conflictiva a lo largo del tiempo debido a diversos avatares amorosos que involucraron a su hermano mayor. Existió una persona muy amada por los tres: amiga de Joisy, poseída por Oscar y platónica para Edwin. Como un cuarteto de cuerdas mal afinado, los eventos arrastraron a los cuatro adolescentes a una espiral de pasiones y ultrajes a la lealtad hasta que, luego de una serie de peleas sin sentido, la paz regresó a sus vidas. Sin embargo las viejas heridas aún ardían y solo podían dejar de herir si es que ponían todas sus energías en superar el reto que tenían en frente que, de momento, era llegar a la Ciudadela de Erks.

Luego de una mañana entera de caminata por senderos estrechos rodeados de musgo, hierba y una perenne humedad, llegaron a un acantilado cuyo fondo estaba dominado por una piscina natural, su procedencia era una gran cascada velada por el susurro de su propio ruido al caer, formada a partir de un río invisible al otro lado del acantilado. La caravana bajó por un costado, siguiendo el milenar sendero que los acompañó desde que partieron del campamento del Escuadrón Inti. Se detuvieron a orillas de la piscina natural, rodeados por un paisaje tropical. Cerca de ellos se levantaba un enorme muro de piedra que era donde concluía el camino. Los muchachos se sentaron bruscamente sobre la hierba, estaban exhaustos. Entre tanto Rowena descargó la leña de uno de los caballos y empezó a realizar extraños preparativos. Edwin la miró de reojo, respirando aún agitadamente por el cansancio de la caminata.

—¿Y ahora, por dónde? —preguntó, notando que el camino ya no tenía continuación.

Rowena lo miró y a cada uno de sus pupilos, y señaló la gran pared que tenían en frente.

—Debemos entrar por ahí —respondió severamente.

—Pero no hay camino, ¿escalaremos? —replicó Oscar.

—No, debemos atravesar el muro.

—Bien chicos, saquen la dinamita marca ACME —dijo Gabriel en afán de broma, sus amigos rieron pero Rowena no halló gracia alguna al chiste.

—Solo por esta vez cruzarán con mi ayuda. Por esta única ocasión usarán esta ruta. Cuando llegue el momento en que deban retornar a esta dimensión, usarán otros modos para cruzar la Umbra, mas no usarán nunca más este sendero a no ser que traigan a un Espíritu de sangre pura que esté dormido por confusión estratégica del Demiurgo.

Las palabras de Rowena habían silenciado las risas. En su lugar sobrevino la ansiedad y el temor a lo desconocido. Los rostros de cada uno de los jóvenes miembros de la caravana delataba la inseguridad que los había embargado.

Rowena prendió fuego con los leños secos que habían traído desde el campamento, luego dejó unas hojas verdes quemarse y perderse en el viento. Sacó un extraño recipiente metálico que puso al fuego, cogió algo de agua de la piscina natural y la vertió sobre el recipiente, haciéndola calentar hasta que empezó a hervir. Recolectó ciertas hierbas de sus alrededores y las molió junto al contenido de algunos botellones pequeños tapados con un corcho, y cuyo contenido parecía arenisca blanca. En un matraz mezcló los ingredientes y agregó la única planta que los muchachos podían reconocer: hojas de coca. Luego vació la preparación en el agua hirviendo.

Mientras Rowena realizaba aquellos enigmáticos preparativos, Oscar, Edwin y Jhoanna hablaban en voz baja, sentados en las arenas que bordeaban la piscina natural. Rodrigo, Gabriel, Diana y Rocío jugaban en el agua sin

preocuparse de nada más. El sol era cálido, agradable. El agua estaba fresca y su manso flujo cristalino permitía ver los peces que moraban en su interior. Gabriel había retado a sus amigos a tratar de coger alguno con las manos y de inmediato se lanzaron a probar suerte. Diana había logrado cumplir el reto, Rocío y Rodrigo no habían tenido tanta suerte. Ese breve momento de descanso les había dado a los muchachos una tregua a la fatiga acumulada, a los temores que traían por lo incierto.

Al cabo de un par de horas Rowena sacó la infusión del fuego y la dejó sobre unas rocas, a la sombra, para que enfriase.

—Hagan un círculo alrededor mío —ordenó Rowena. De mala gana, sus pupilos obedecieron, la guía continuó—: Para la siguiente parte de nuestro viaje, que es la más difícil, ustedes deberán apagar sus mentes y corazones, pero debido a su estado primitivo no saben cómo hacer eso aún. Aunque han tenido breves momentos de despertar, sus espíritus no están listos para soportar la energía de su propio espectro. Así que vamos a recurrir a otros métodos.

La guía sirvió algo del brebaje, resultado de la infusión, en una pequeña tutuma de barro.

—Beberán esto —dijo Rowena.

—¿Qué es? —preguntó Oscar con desconfianza, todos dudaban del misterioso brebaje.

—Hidromiel... —contestó la guía.

—¿Y eso qué es? —interrumpió Diana.

—No se preocupen por eso —respondió Rowena—. Confíen en mí y cuando despierten estarán en un nuevo mundo lejos de las amenazas que los persigue en éste.

Nadie quedó exento de realizar gestos y muecas de asco, la infusión tenía un sabor muy amargo, como hiel y vitriolo. Ni bien habían acabado de beber todos los miembros de la caravana cayeron al piso, desmayados. Rowena suspiró y luego trazó una runa en la cabeza de los caballos con ceniza de la hoguera. Cargó a cada uno de los muchachos y los subió a los animales.

Luego, usando la misma ceniza, delineó una gran runa sobre el muro de piedra. El cielo, que hasta entonces se hallaba despejado, empezó a oscurecerse con nubes negras. La temperatura empezó a bajar de golpe, mezclándose con la humedad y generando escarcha sobre las piedras. El agua de la piscina natural se enfrió hasta el punto de congelamiento, convirtiéndose en un enorme espejo de hielo. La cascada se convirtió en una escultura congelada mientras una misteriosa niebla empezaba a desprenderse de la misma tierra, tomando formas de caballos, osos, lobos y escorpiones. Rowena elevó la mano, con su mirada fiera que se clavaba en las nubes, desafiándolas a descargar la furia de sus rayos sobre ella. Los ojos de la mujer empezaron a brillar con un resplandor verdeazulado y el viento soplabla con violencia.

—¡Wothan! —gritó Rowena, midiendo su voz con el ensordecedor rugido del viento—. Dame las fuerzas para superar este cáliz. Guíame en la luz que ciega y quema los ojos. Dame Tu oscuridad para ver a través de ella. ¡Dame el poder para rasgar el velo de engaño de este infierno!

Entonces un rayo cayó sobre Rowena, pero no sufrió daño alguno, sino que desvió el rayo hacia el muro de piedra, y una brillante luz verde empezó a emerger de ella.

—¡Muéstrate tal como eres, mundo infernal, y dame paso! —ordenó la mujer al muro.

Repentinamente la luz dejó de brillar, dando lugar a una especie de umbral que había quedado descubierto sobre la gran roca. Una furiosa tormenta estaba por estallar en el lugar, Rowena sabía que debía apresurarse. Tomó la rienda de los caballos y atravesó el umbral rápidamente. En cuestión de segundos la caravana desapareció tras la roca. Cuando el último caballo terminó de cruzar, el umbral se cerró, las nubes se dispersaron, la niebla se esfumó y la temperatura empezó a subir nuevamente, derritiendo el hielo y devolviéndole al paisaje su normal y selvático aspecto. Finalmente los muchachos y su guía entraron al verdadero Camino de los Dioses.

➤ROWENA➤



Para aquel que decidió luchar solo existe un camino: La Verdad. Cuando un hombre se propone alcanzar la Verdad y la Libertad, no existe ser, poder o dios que lo detenga. Al final jamás hubo Pecado Original, sino Traición Original.

Rowena Von Kaisser



(Uruz)

Primer Misterio, El Génesis Hiperbóreo

Versión del Mito Sumerio por Zecharia Sitchin; adaptación del Círculo de Amatista

Cuenta la leyenda que, hace millones de años, en el mundo de Seres Divinos — los Anunaki— habían tenido una terrible crisis en su Aldea de Origen llamada Hiperbórea, a causa de pugnas por el poder. El rey de aquella raza de seres divinos era llamado Anu. Él tenía dos hijos; uno de ellos era su legítimo hijo quien debía acceder al trono, se llamaba Enlil; el otro era hijo ilegítimo del rey y hermano mayor de Enlil, su nombre era Enki. El hermano de Enki, Enlil, era un ser bastante odioso y arrogante a quien le gustaba vivir los placeres más bajos. El Primer Ministro era un gran amigo de Enlil y compartía con él sus gustos, su nombre era Yahvé. A diferencia de su hermano, Enki era un Ser leal, frío y honorable.

Los problemas por el poder entre estos seres divinos los estaban llevando a una terrible crisis planetaria. Habían descubierto que su atmósfera estaba desapareciendo a causa de las peleas entre ellos, esto los llevó a tratar de hallar la forma de salvar el macrocosmos de su planeta. Para hacerlo, un grupo de Divinos había creado una máquina capaz de reproducir su atmósfera, el gran problema era que no tenían combustible para hacerla funcionar.

A falta de combustible en Hiperbórea, los Divinos empezaron a buscar combustibles y experimentar con metales para hallar la forma de hacer funcionar su máquina. Entonces Yahvé, que era un alquimista, les dijo que en un diminuto planeta, en uno de los Universos que había creado, existía un metal capaz de brindar la energía para su máquina. Un día, en audiencia con el rey Anu, los Divinos, Enlil, Enki y Yahvé se reunieron y esto fue lo que dijeron:



—En uno de los Universos creados de mi Consciencia, existe un planeta diminuto que orbita una insignificante estrella. Ese planeta tiene un interesante metal que apareció a causa de un afortunado error mío —afirmó Yahvé.

—¿Dónde está ese planeta? —cuestionó Anu, el rey.

—Está en el Cuarto Universo. Se sitúa orbitando una estrella localizada en una galaxia relativamente cercana a mi Logos.

—¿Y tienes control sobre ese universo? —preguntó Enlil.

—Relativo, aún me falta mucho para perfeccionarlo y no he logrado hacerlo funcionar como debería —respondió Yahvé—. Es que solo me he tomado siete días y siete noches para construirlo y al séptimo día tuve que descansar. Aún está incompleto.

—Pues, si dices que allá hay un metal que es de ayuda, extráelo —replicó Enki.

—Lo haría, pero no tengo mano de obra calificada.

—Entonces, ¿cómo sugieres que saquemos el metal que dices podría funcionar? —cuestionó Anu.

—Lo deberemos hacer nosotros mismos —respondió Yahvé.

—¿Estás sugiriendo que vayamos a uno de tus Universos Creados inferiores? —cuestionó Enki, molesto.

—No hay otra forma —replicó Yahvé.

—Si no existe otro modo, entonces mandaré a mis hijos, que son de mi entera confianza, para realizar la misión —sentenció Anu y finalizó la audiencia.

De ese modo, Enlil, Enki, Yahvé y un numeroso grupo de Divinos ingresaron al Universo Creado, aún a medio construir, de Yahvé. Lo primero que hicieron fue buscar un centro de operaciones, se instalaron en el Doceavo Planeta del sistema, a una distancia bastante prudente de la estrella central ya que mientras más se aproximaban al astro, su poder iba disminuyendo.

Enlil, que era un brillante ingeniero, hizo un largo estudio del sistema, escaneando planeta por planeta. Los planetas más interesantes resultaron ser los primeros ocho. Entre ellos existían dos gigantes de hielo, dos gigantes de gas y cuatro pequeños planetas rocosos. Al finalizar el escáner, Enlil determinó que el planeta óptimo para la explotación del dichoso metal era el Tercer Planeta. El único gran problema era que para llegar a él había que atravesar un denso cinturón de asteroides el cual era muy difícil penetrar. Enlil y Yahvé eran demasiado cobardes para atravesarlo; eso llevó a Enki a tomar la decisión final de realizar la hazaña. Yahvé sabía que, a pesar que el Universo que creó se situaba en su propia consciencia, él no tenía control total debido a lo imperfecto que éste era todavía.

Entonces, Enki abordó un transporte junto con un valiente grupo de Divinos Hiperbóreos y partieron rumbo al centro del agresivo sistema, en busca del Tercer Planeta.

La odisea fue terrible, sufrieron varias pérdidas y el cinturón de asteroides había causado graves daños a su nave. Al acercarse, cada vez más, a la estrella central, notaron que empezaban a debilitarse. La gravedad y radiación del astro eran muy pesados para seres tan livianos como los Divinos. Al pasar el cinturón de asteroides, desembarcaron en el Cuarto Planeta, donde crearon una colonia en medio de una abundante selva con condiciones para vivir. Al terminar la pesada labor de construcción, emprendieron el viaje al Tercer Planeta.

En un tiempo corto, examinaron el planeta. Se hallaban en un mundo caliente y selvático, donde los animales vivían en armonía. Al igual que el Cuarto Planeta; el Tercer Planeta no mostraba signos de vida consciente, realmente la obra de Yahvé estaba muy prematura aún.

Luego de la exhaustiva búsqueda, Enki halló el famoso metal que Yahvé tanto había anunciado. Era un metal dorado bastante resistente, cuando se lo fusionaba con el plasma hiperbóreo producía grandes cantidades de energía, suficiente para hacer funcionar la máquina en su Aldea Original. Inmediatamente, Enki envió el mensaje de su hallazgo a su padre quien lo felicitó y le dio el mando de la misión. En poco tiempo un gran número de Seres Divinos colonizaron el planeta y se asentaron en una gran isla. Llamaron a su colonia: Atlántida.

Pronto, empezó la extracción de aquel metal, que decidieron llamar “oro”, y lo enviaban a la colonia en el Cuarto Planeta para su respectivo traslado a Hiperbórea. En poco tiempo, pusieron a funcionar la máquina y la atmósfera empezó a recuperarse lentamente. La misión había sido un éxito, el padre de Enki estaba feliz con él y empezaba a dudar de dejar el trono en manos de Enlil y Yahvé, en vista que ellos no habían tenido éxito. A ninguno de los dos les gustó la posición del rey Anu respecto a Enki y sintieron celos. Ambos pensaban que su consciencia era única en el Universo y que debían ser Uno para reinar. Entonces, ambos dejaron el Doceavo Planeta y arribaron al Cuarto Planeta, donde tomaron el control de la misión por la fuerza. Enki no luchó para evitar derramar sangre y permitió que las cosas siguieran su curso.

Con el tiempo, empezaron a surgir descontentos en Atlántida por el duro trabajo que debían realizar los Divinos. A pesar de que el hábitat había sido modificado para poder vivir en el Tercer Planeta, el Universo Creado de Yahvé era demasiado pesado. Pronto empezaron las peleas y los mineros dejaron de trabajar. Ante la crisis, Enlil se vio en la obligación de ponerle una pronta solución.

Un día, Yahvé le dijo a Enlil que había hallado un interesante animal. Se trataba de un pequeño mono homínido que tenía la maña de liberar a los otros



animales de las trampas que los Divinos les ponían para poder comérselos. Este mono era especialmente habilidoso, utilizaba rocas para hacer herramientas y parecía que no tardaría en descubrir el fuego. Yahvé le dijo a Enlil que estos homínidos eran otro afortunado accidente en su experimento, ellos parecían hacer funcionar su mundo de manera relativamente equilibrada, a pesar de que eran muy involucionados aún. Entonces Enlil tuvo una idea, capturó a los monos y los llevó a la mina a trabajar; desafortunadamente, eran demasiado estúpidos y no lograban aprender nada nuevo, ni siquiera tenían consciencia de sí mismos. Ante la coyuntura del momento, Yahvé tuvo una descabellada idea la que expuso ante Enki y Enlil para su consideración

—Estos monos no son lo bastante inteligentes debido a que no han madurado —decía Yahvé—. Yo creo que podemos hacerlos evolucionar a paso acelerado. Si podemos engendrar un óvulo de mona con un espermatozoide hiperbóreo...

—No, no, no —respondió Enlil—, no podemos darnos el lujo de compartir nuestra divina sangre con estos monos.

—Yo creo que sería una interesante forma de solucionar nuestros problemas, así tendríamos suficientes trabajadores —replicó Yahvé.

—¿Realmente crees que sea buena idea? —cuestionó Enki

—Yo mismo dirigiré el experimento —respondió Yahvé—, verás que será exitoso.

Y así lo hizo. Haciendo uso de su vasto conocimiento en ingeniería genética, Yahvé cruzó a una mona con un divino y empezaron a salir monos más inteligentes. Cuando los pusieron a trabajar, descubrieron que eran efectivos; sin embargo, tenían dos problemas: el primero era que eran muy débiles ya que no soportaban la carga genética divina, y además estaban muy tristes ya que no tenían parejas, todos eran machos. Esto llamó la atención a Enki quien culpó a Yahvé por el fracaso, ahora tenían un montón de monos machos, débiles, algo

inteligentes, con consciencia de sí mismos y tristes por falta de hembras. Entonces Yahvé tuvo otra idea para mejorar la raza, él pensó que debían darles hembras de su misma especie para equilibrar la carga genética y tener trabajadores fuertes. Enki y Enlil se opusieron en principio, pero cedieron por las presiones de Yahvé quien pronto hizo hembras monas utilizando la misma técnica que usó con los monos machos. Cuando empezaron a nacer las primeras hembras, fueron llevadas ante los monos machos quienes les temieron en un principio, pero pronto empezaron a reproducirse; sin embargo, no salieron monos más fuertes, lo que salieron fueron monstruos deformes. El experimento fue un desastre. Enlil estaba furioso ya que sabía que las cosas estaban fuera de control, ahora tenía una raza de monos productores de abominaciones, con genética divina, y no tenía trabajadores. Si el rey Anu se enteraba, relevaría a Enlil de la sucesión real a la corona por permitir tal desastre.

De ese modo, Enlil llamó a Enki y Yahvé para que lo ayuden a solucionar el problema. Entonces Yahvé tuvo otra idea, él pensó que la nueva raza podría salir perfecta si engendraban un espermatozoide de mono en el vientre de una mujer divina. La idea espantó a Enlil, pero, debido a las presiones de Yahvé y la emergencia de la situación, accedió a realizar el experimento. El gran problema fue que ninguna de las mujeres divinas quería ser voluntaria para el experimento. Al final, solo una mujer accedió, se trataba de la hija del rey Anu: Inana, quien aceptó llevar al bebé mono en su vientre. Lo único que ella quería era que Enki regresase, la divina estaba perdidamente enamorada de él.

Y Yahvé realizó el experimento y pronto nació el primer niño semi-dios, “y Yahvé pensó que su creación era buena y la llamó -especie humana-; y a su primer hombre Él llamó -Adán-” (Dijo Dios: Hagamos al hombre a NUESTRA imagen y semejanza. Que tenga autoridad sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo, sobre los animales del campo, las fieras salvajes y los reptiles que se arrastran por el suelo – Gen 1:26)

El nuevo hombre de Yahvé resultó ser un magnífico trabajador, era fuerte y saludable, además de ser muy inteligente. Pronto reconoció a Yahvé y lo consideró su único Dios y Creador, y empezaron a adorarlo y a todo su Universo. Para el nuevo hombre, el mundo era un lugar maravilloso y Yahvé era su Dios. Al vanidoso Yahvé le gustó la adoración de su creación, pero olvidó decirles a los hombres que tenían una madre que era también Diosa. Pronto los hombres empezaron a mostrar signos típicos de un ser independiente, ya no era un animal. El hombre había desarrollado un Espíritu. Cuando Yahvé se fijó en su creación descubrió que los hombres se habían convertido en Divinos Hiperbóreos encerrados en un cuerpo de carne y en un mundo falso ya que todo era un sueño del mismo Yahvé. Los hombres eran como Divinos dormidos e ignorantes de la desgracia en la cual habían caído pues habían sido reducidos a trabajadores, encerrados en sacos de carne. Sin embargo, a Yahvé le gustaba la adoración y el sentido que el hombre le ponía a su Universo, el cual empezó a evolucionar rápidamente gracias al hombre y su poder Divino. Yahvé ocultó esto a Enlil, Enki, Inana y al mismísimo Rey Anu.

Con el tiempo, los hombres empezaron a mostrar características típicas de la raza hiperbórea. Habían desarrollado un lenguaje, habían despertado apetito sexual, habían despertado profundos sentimientos y, con el transcurso de los años, empezaron a necesitar una mujer ya que solo existían machos. Entonces ellos le pidieron una mujer a Yahvé y este accedió. Un buen día durmió a un hombre y lo clonó genéticamente, pero con cuerpo de mujer, su hembra fue llamada Lilith. El resultado fue una hembra exageradamente agresiva con quien el hombre no se sentía a gusto, solo algunos hombres lograron hacer pareja con la nueva hembra en tanto que los demás sufrían de soledad. Entonces Yahvé pidió la ayuda de Enki e Inana para hacer una nueva hembra. A fuerza de insistencia y por compasión con los hombres sufrientes, Inana engendró a un nuevo humano en su vientre que ahora sería hembra. Cuando nació, Yahvé

decidió que la llamaría Eva y la puso junto a los hombres quienes se enamoraron profundamente de ella. Yahvé les pidió a Enki e Inana que mantuvieran en secreto la existencia de la nueva hembra a Enlil, ya que él se pondría furioso si se enterase que hicieron una hembra para el hombre.

La nueva mujer humana había salido mucho mejor de lo que Yahvé esperaba. Ella era superior a su macho en casi todos los aspectos y, lo más perturbador, es que había heredado la infinita belleza de las mujeres Divinas Hiperbóreas, era como una Diosa hecha carne. Los hombres eran felices con ella, pronto las mujeres hablaron a los hombres sobre su madre en común y los rumores de una Diosa empezaron a surgir entre los hombres y mujeres que habitaban Atlántida. Ellos habían razonado sobre el bien y el mal, mas ahora razonaban sobre Yahvé como un Dios más entre muchos. Esto no le gustó a Yahvé quien halló excusas ante Enlil, Enki e Inana para sacar a los hombres de Atlántida y ocultarlos de los demás Dioses. Yahvé llevó a los hombres a una llanura y les dijo que ahora deberían producir sus propios alimentos. (“...A la mujer Dios le dijo: “Multiplicaré tus sufrimientos en los embarazos y darás a luz a tus hijos con dolor. Siempre te hará falta un hombre y él te dominará”. Al hombre Dios le dijo: “Por haber escuchado a tu mujer y haber comido del árbol que Yo te había prohibido comer, maldita sea la tierra por tu causa. Con fatiga sacarás de ella el alimento por todos los días de tu vida. Espinas y cardos te dará, mientras le pides las hortalizas que comes. Con el sudor de tu frente comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado. Sepas que eres polvo y al polvo volverás” – Gen 3:16-19) (Entonces Yahvé Dios dijo: “Ahora que el hombre es como uno de NOSOTROS, pues se ha hecho juez de lo bueno y de lo malo. Que no vaya también a extender su mano y tomar del Árbol de la Vida, pues vivirá para siempre” – Gen 3:22)

Un buen día, que Enlil revisaba las obras en la mina, encontró a una hermosa mujer. Era tan bella que quedó hipnotizado. Enlil no sabía que Inana



había dado a luz a las hembras humanas y que la mujer que Enlil estaba viendo era una de esas humanas, él pensó que era una mujer divina. Enlil pronto la conquistó y tuvo relaciones con ella; la mujer se embarazó, pero la sorpresa de Enlil fue inmensa al ver que empezaron a nacer Gigantes que eran casi como los Divinos. Entonces Enlil comprendió que algo raro había pasado y llamó a Inana, Enki y Yahvé para pedir explicaciones, él había descubierto que amó a una mujer mona. (“Cuando los hombres empezaron a multiplicarse sobre la tierra y les nacieron hijas, los hijos de Dios se dieron cuenta que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron por esposas aquellas que les gustaron” – Gen 6:1) (“En ese entonces había gigantes sobre la tierra y también los hubo después, cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres y tuvieron hijos de ellas. Estos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos” – Gen 6:4)

Las explicaciones de Yahvé e Inana no convencieron a Enlil que no podía soportar la idea de tener hijos monos en el Tercer Planeta. Sin dudar más, ordenó a Yahvé destruir a los hombres, entonces Yahvé inclinó el eje del planeta para producir un cataclismo. Él pensó que sería mejor un exterminio por agua que por otro elemento de su Creación. Pronto la Atlántida fue abandonada por los Divinos y dejaron a los hombres huérfanos y asustados pues no sabían porqué sus amos y padres los estaban abandonando. Pronto, Enki e Inana sintieron pena por los hombres y bajaron para hablar con uno de ellos. Este era uno de los más inteligentes a quien Enki dio la orden de construir una nave acuática, para así soportar el cataclismo que pronto arrasaría el Tercer Planeta. Este hombre hizo como los Dioses le dijeron y reunió a la gente de su comunidad en la nave, listos para soportar la catástrofe. (“Por mi parte, voy a mandar el diluvio, o sea, las aguas sobre la tierra, para acabar con todo ser que tiene aliento y vida bajo el cielo; todo cuanto existe en la tierra perecerá” – Gen 6:17)



En poco tiempo, el eje de la tierra se inclinó tanto, que los terremotos submarinos empezaron a desgarrar la corteza planetaria. Las olas de los maremotos llegaban a los 10000 metros y pronto cubrieron la superficie del planeta, convirtiéndolo en un mundo marino. Inana y Enki, que estaban en una nave mirando el desastre, lloraron con verdadero pesar pues amaban a sus hijos. Entre tanto Yahvé parecía disfrutar del espectáculo; este Divino siempre se caracterizó por disfrutar del dolor ajeno.

Terminado el caos y ya seguros en la colonia del Cuarto Planeta, Inana y Enki se abrazaron para llorar el dolor de sus hijos muertos; entonces Inana fue furiosa a la presencia de Enlil y Yahvé, que relataban felices las anécdotas del holocausto de agua. Se acercó a ellos y así les habló:

—Ustedes dos son unos malditos que ni siquiera son dignos de estar a la altura de los hombres que destruyeron. A ti Enlil, nunca más permitiré que cometas estos atropellos. Y a ti Yahvé, si es que alguien sobrevivió, jamás permitiré que hagas de nuevo con mis hijos lo que acabas de hacer hoy. Yo soy su MADRE, los protegeré a cualquier costo y si debo entrar en guerra contigo para hacerlo, pues eso mismo haré —sentenció la enardecida Inana con verdadera furia de Diosa.

—Te recuerdo, Inana, que eres extranjera en MI Universo. Esta es MI creación y todo lo que hay aquí me pertenece, eso incluía a tus amados hijos hombres. Si algunos están vivos, haré con ellos lo que me plazca, si no te gusta puedes irte. Pero si te quedas y tratas de enfrentarme dentro de MI Creación, puedes estar segura que perderás, porque YO soy el alfa y omega, el principio y el final. Todo lo que existe en este universo me respira y yo lo respiro, el hombre soy yo como yo soy el hombre. El hombre es mi propiedad y tú no tienes nada que hacer al respecto.

—Mientras sean mis hijos lucharé por ellos, y serán eternamente mis hijos. Ellos no inclinarían su rodilla ante un tirano como tú. Ellos no eran animales de

tu sueño, ellos eran Espíritus como nosotros. Pero tú los engañaste, por eso los quieres en tu universo. Para ti, los hombres son constructores y descubridores de tu obra, permitiste que existieran en este universo para darte sentido a ti mismo y para darle continuidad a tu Creación. Bien que si el hombre semi-dios no hubiera existido en tu Universo, éste jamás habría evolucionado. Ni Enki ni yo permitiremos que tengas cautivos a los Divinos, encerrados en tu mundo otra vez.

—Encerrados están y encerrados quedarán —respondió Yahvé, mirando a Enlil—. Después de todo, hay muchos Divinos que querían mantener cautivos a los Espíritus de los hombres en este Universo. Mi creación es el lugar perfecto para que los Dioses vivan ya que no quieren estar más en Hiperbórea, nos cansamos de Anu. Ellos y yo seremos los dueños de este Universo y el hombre nos adorará, pues lo haré volver.

—Entonces, ustedes son todos Dioses Traidores y tú un Dictador—replicó Inana, furiosa.

—Yo soy Yahvé, yo soy YHVH. Soy el Uno, soy único y jamás dejaré que los hombres recuerden que tú eres su madre. Para ellos, solo yo soy su Creador y su Padre.

—Tú eres un científico que perdió la razón —contestó Inana.

—Esta pelea es una estupidez —intervino Enlil—. Es una locura, los hombres deben estar todos muertos y si no lo están yo...

—Sabes que no te conviene, Enlil —adelantó una respuesta Yahvé—, este Universo puede ser un paraíso. Ayúdame a evolucionarlo y tu recompensa será grande. Tendrás más humanas para amar —tentó Yahvé a Enlil.

—¿Y si mi padre, el rey Anu, se entera? —cuestionó Enlil.

—Él se convencerá de dejarnos acá sin importar lo demás. Solo debemos seguirle enviando oro y él estará conforme pues solo le interesa que la máquina funcione hasta reparar la atmósfera de Hiperbórea.

—Pues, siendo así me quedaré aquí —replicó Enlil.

—Ambos son unos traidores —respondió Inana—. Jamás les perdonaré esta traición.

Una vez terminada la discusión y la declaratoria de guerra contra YHVH. Enki e Inana volvieron al Tercer Planeta para recoger a sus hijos y llevárselos a Hiperbórea, pero ya era tarde. YHVH los había hallado primero y, haciendo uso de su ciencia, había atado a los Espíritus de los hombres a un nuevo invento suyo al cual llamó alma. El alma de los hombres era aquello que los mantenía encerrados en sus cuerpos de carne y los dejaba ciegos para ver a Inana o Enki. Su alma era su forma de contacto directo con YHVH y una forma de mantener sus Espíritus pesados y hundidos en el mundo de la materia donde YHVH es el rey. Entonces YHVH dejó el control del reino de los hombres en manos de los Dioses Traidores quienes fueron conocidos por los hombres como Ángeles que simulaban ser esclavos de YHVH ante los hombres. Luego YHVH creó una morada para sí mismo, la cual construyó entre el Sol y el Tercer Planeta, y puso puertas para ir del Tercer Planeta y del Cuarto Planeta a su morada. Él llamó a su hogar: Chang Shambalá, que para los hombres sería conocido como El Cielo. A los hombres se los llevó a Atlántida donde les puso un hogar y bendijo su creación.

Inana y Enki también hicieron una morada en el Universo de YHVH, ambos sabían que debían rescatar a sus hijos. Llamaron a su morada Agarthá y pronto se revelaron ante un grupo de sus hijos y los bendijeron, ellos hicieron un Pacto de Sangre con Inana, Enki y los Dioses Leales, y con el tiempo pasaron a llamarse Atlantes Blancos, mientras que YHVH hizo un Pacto Cultural con un grupo de hombres a quienes luego se conocieron como Atlantes Morenos. Pronto, la pugna entre los Atlantes Blancos y los Atlantes Morenos se convirtió en guerra, era una guerra entre la Diosa y YHVH. Con el tiempo y el avance de la tecnología, la batalla terminó por hundir definitivamente a Atlántida.

Al hundirse el lugar donde vivían, los Atlantes Blancos empezaron a moverse hacia el Este, construyendo grandes monumentos de piedra de gran tecnología y simbolismo, con el objetivo de que sus hermanos del resto de la Tierra, menos avanzados que los Atlantes Blancos y Morenos, los encontrasen. YHVH había encerrado a muchos Espíritus que necesitaban la ayuda de sus superiores hermanos de la Raza Blanca. Conforme ellos avanzaban buscando la forma de liberar a sus hermanos, los Atlantes Morenos destruían o cambiaban los símbolos de las construcciones que los Atlantes Blancos dejaban. Y los Atlantes Blancos llegaron a ser conocidos como Hijos de Caín pues ellos llevaban el Símbolo de su pacto con Inana en la sangre, la llamaban Marca de Caín. Los Hijos de Caín eran Guerreros, Constructores y Agricultores muy sabios, en tanto que los Atlantes Morenos o Hijos de Abel eran comerciantes, sacerdotes, sacrificadores y pastores.

Con los siglos, los Atlantes Morenos pasarían todo su poder y bendiciones al Pueblo de Israel y al Priorato de Zion, para que algún día llegasen a controlar el mundo y concretasen los planes de YHVH y Enlil, que eran: de sacrificar a toda la raza en el holocausto de fuego menos a su Pueblo Elegido. Y a aquellos que llevasen la Marca de Caín, que es el Símbolo del Origen, y su lealtad al Pacto de Sangre con los Atlantes Blancos y los Dioses Leales, deberían ser castigados de la manera más severa. Este es el drama Original, la Guerra Esencial.

En una remota región del altiplano boliviano había un pueblo abandonado, situado en un acantilado de incierto final. El poblado fantasma prácticamente pendía de uno de los riscos del acantilado, construido en un pliegue de uno de sus cantos. Hace siglos que ya nadie vivía allí, los únicos habitantes eran viejas almas en pena que quedaron atrapadas por la tristeza y el sufrimiento. A veces las almas hablaban al viento y podían oírse sus susurros como si vinieran de lugares profundos bajo la tierra. En otras ocasiones las ánimas se arremolinaban a la carretera que une La Paz con Oruro, asustando a los conductores que, en horas de madrugada, decían ver extrañas figuras antropomorfas cruzando el camino. Sin embargo, aquella noche del 3 de enero del 2000 los fantasmas del pueblo se vestían de gala para recibir la visita de los vivos.

Llegados junto a una congregación de campesinos fanáticos, los amautas del bonete blanco celebraban la llegada de un alto Druida Cherno de *Chang Shambalá*, enviado del mismísimo Concilio del Tetragrámaton. La llegada de este importante personaje dentro del monacato sinárquico era razón de fiesta. Desde el medio día los amautas del bonete blanco invocaban entre ritos y oraciones al Dios Sol y a Pacha, para que el tiempo les sea siempre favorable. Junto a ellos había llegado una numerosa congregación de poderosos comerciantes de los avernos y las calles Eloy Salmón, Huyustus y del mercado de la 16 de Julio de la ciudad de El Alto. Todos los juegueros, varones en su totalidad, eran la cepa neta de la burguesía aymara y acompañaban a sus sacerdotes en el evento que se avecinaba. Varias llamas habían sido sacrificadas y también adolescentes vírgenes. Las hipnóticos conjuros de los más altos

amautas aymaras habían puesto a la congregación que los acompañaba en un estado de trance. Entre los presentes, sentado en un asiento hecho de huesos humanos, se hallaba el invitado de honor, un personaje cuya delgadez dejaba ver su piel pegarse a los huesos. Era de virtuosa altura y facciones crudas. Carecía de cejas, pestañas o cualquier clase de vello corporal a excepción de un delgado y larguísimo mechón de cabello situado sobre su casi calva cabeza. Ese mechón de pelo negro estaba amarrado en forma de una trenza larga para formar un moño. Su piel era pálida y carecía de color en todo su cuerpo. Sus labios casi se camuflaban ante la descolorida masa de piel que cubría su esqueleto cadavérico. Sus ojos rojizos, acomodados bajo su abultado arco superciliar, eran lo único colorido en todo su cuerpo y resaltaban como dos puntos colorados sobre una hoja blanca de papel. Su única indumentaria era una túnica blanca y un cayado de marfil en su mano derecha.

Entrada la tarde los rituales parecían estar a punto de acabar. Uno de los amautas, vestido con plumas de flamenco rosado, se paró frente a la congregación y, en lengua aymara, dijo:

—¡Nuestras oraciones han sido escuchadas. El gran Dios Sol está complacido!

De forma repentina los asistentes empezaron a salir del trance y luego, extrayendo de ollas enterradas entre piedras al rojo vivo, empezaron a compartir diversos alimentos que habían dejado cocer al calor de aquellos pedruscos hirvientes. El *aphtaphi* había comenzado. Todos comían, reían, fornicaban y bebían a gusto y placer. Una gran orgía había iniciado. De los pueblos adyacentes, los burgueses aymaras habían traído numerosas muchachas vírgenes para la fiesta ritual; a ellas les servían chicha, cerveza y

alguna droga, de modo que estando ebrias se entregaban sin mayores remordimientos o pudor a la orgía. Mientras la fiesta proseguía, los sacerdotes se aproximaron al hombre vestido de blanco y le sirvieron en un plato de barro una ración de tunta, papas, chuño y carne humana convertida en *charke*.

—Una *ufrenda* de comida para su *emenencia* —dijo uno de los amautas en un endeble español. Invitación que el comensal aceptó agachando levemente la cabeza, en señal de agradecimiento.

A medida que la fiesta transcurría, las bebidas alcohólicas, las yerbas alucinógenas y la gula sin control se apoderaron de todos los presentes. Muchos fornicaban en incansable sodomía mientras bebían y comían. El frígido aire altiplánico había empezado a calentarse en aquel acantilado invadido por risas, voces, gritos y gemidos de placer. El frenesí de las pasiones había derivado en una orgía tan esplendorosa que algunos miembros de la congregación empezaron a desmayar, cayendo muertos por el cansancio, la indigestión y la intoxicación.

Casi a la media noche, los amautas del bonete blanco y el invitado de honor se retiraron hacia la vieja iglesia abandonada. Se sentaron alrededor de una mesa y empezaron la reunión final.

—A nombre del Tetragrámaton y el Consejo de la Sinarquía, felicita el Maestre Soros por vuestros avances —dijo el invitado de honor, tenía un dejo extranjero al hablar; no obstante los presentes le entendían—. Quiero saber si ya están listas las cosas para la entelequia del pueblo.

—*Ya'stán*, su *emenencia* —dijo uno de los amautas—. Pronto *wa* haber revolución de los movimientos sociales para tomar el poder para nosotros. El

líder *elegedo* está *ahorita* en Chapare, preparándose para el *ashalto*. Él no sabe su *funshón* y se limita a seguir nuestro consejo nomás.

—Ya es tiempo entonces de que el Maestre Soros deposite el dinero que necesitarán para su revolución. Elecciones posteriores garantizadas tienen que tener: deben tomar el país.

—Estábamos esperando esa *platita* pues jefe.

—La tendrán pronto. Quiero que ahora me digan si el viejo ciego ha sido encontrado.

—En Erks dice que está. No había abandonado la ciudadela desde que se fue de nuestras tierras. Ya nadie *shempre* hay en el *Chuquiago-marka*. Ahorita mismo debe estar por reunirse con la Rowena y los siete *elegedos*. Dicen la coca que el cacique Voltán los acompaña.

—Golab se confió demasiado —farfulló el invitado principal—. San Miguel está molesto, Pacha nos pide apresurar la toma de Tiwanaku.

—Más estamos trabajando, su *emenencia*. Pero nada *shempre* coopera este Gobierno.

—No sean tontos. Jamás el eje carismático podrá ser tomado desde esta dimensión. El Gobierno de este país no nos será de utilidad hasta que ustedes no lo tomen. Lo que necesitamos es encontrar la forma de cruzar la Umbra para acercarnos a Tiwanaku desde el otro lado.

—Esas las ruinas bien cercadas están *shempre*, el cacique Voltán ahí vive. Aunque bien harto hemos querido abrir el cerco, no ha habido forma pues jefe.

—Tendremos que aceptar que dependemos del increíble poder de Golab para abrir ese cerco.

Los amautas sacaron unas pequeñas bolsas de las que extrajeron hojas de coca para mascar.

El invitado de honor lucía agobiado, miró los oscos rostros de sus acompañantes y prosiguió:

—¿Y el Arco de Artemisa?

—Nada, su *emenencia*. Harto hemos buscado, pero no hay.

—Ojalá no aparezca nunca —hizo una pausa el extranjero, sonrió levemente y prosiguió—: Quiero que se aseguren que nada perturbe a Golab en *Chuquiago-marka* mientras hiberna; será un demonio estúpido, pero lo necesitamos. Partiré mañana mismo y les haré llegar el dinero que necesitan. No olviden que es de vital importancia tener el poder de este país hasta el 2012. Hagan cultura, embriaguen al país, dividan para conquistar, expandan su *ayllu* junto al *ajayu* de Pacha. El Maestre Soros nos asegura que los Estados del mundo afines a nuestra Sinarquía van a darles el Socialismo Continental para asegurarnos que la balanza de poderes siga equilibrada. Sigán trabajando en las ruinas de Tiwanaku y eviten que los portales de energía se esparzan. Si un solo kilovatio se sale de esas ruinas podríamos enfrentar un desastroso final para nuestros planes.

—No se preocupe, señor Héxabor. *Biencito* vamos a trabajar con eso.

El invitado se puso de pie y empezó a retirarse, pero a pocos pasos de la salida de la vieja iglesia se detuvo y volteó hacia los amautas.

—Una cosa más —dijo—. Estén alertas, a estas alturas, todo es posible —y se retiró.

HEXABOR



La gloria del sacrificio para la ascensión del Pueblo de Jehovah Dios. Es Su Santa Voluntad que nuestra raza alcance las estrellas, mas cuánto habremos de aguardar. Sacrificad a los gentiles y seréis salvos. Sufrid, sufrid hasta purgar vuestras almas del pecado. ¡SUFRID!, pues vuestro dolor le es agradable a Dios.

Héxabor

En las insondables tinieblas de las profundidades de la tierra yace el gran laberinto que conforma el Camino de los Dioses. El sendero, labrado dentro del granito y el basalto de la cordillera de los Andes, está rodeado de abismos tan profundos que su negregura parecería sacada del mismo confín del universo. El camino se abre paso entre la descomunal pared de la raíz misma de las montañas. Hacia arriba parece no existir más techo que el vacío, hacia abajo, como un espejo, se ve exactamente la misma nada. En frente solo está el estrecho sendero a veces imbricado de estalactitas y estalagmitas. El aire dentro la monstruosa caverna es ralo y las voces de invisibles habitantes espectrales llaman como sirenas a los incautos que, por azares llenos de sentido y sin conocimiento de la Sabiduría Hiperbórea, se hayan adentrado a la caverna.

El tiempo dentro del gran laberinto es totalmente diferente al del mundo exterior. En la espesa raíz de las montañas el tiempo es lento y pesado. Una sola hora sobre la superficie del planeta puede ser un día entero en los reinos subterráneos y submarinos. Un hombre corriente que llegase al laberinto del Camino de los Dioses vería sus días consumirse sin hallar la salida, hasta que moriría por la sed, la fatiga y la desesperación. Pero para Rowena el tiempo no era un problema, había creado una burbuja usando el poder de su espectro para calibrar el tiempo del mundo al tiempo de su propio Espíritu. Dentro de la luminosa burbuja que había creado, estaban los caballos cargando en sus lomos a los miembros de la caravana. Todos dormían boca abajo sobre los equinos sin tener consciencia de todo lo que ocurría.

Los dos años pasados dentro de la caverna se habían reducido a 17 horas dentro de la burbuja de Rowena. Mas, en la superficie de la Tierra, ya había pasado una semana. Tanto la guía como los animales estaban cansados, pero no había tiempo para reposar. El paso de abismo estaba por concluir y pronto llegarían a la *Garganta* del mundo. Se trataba de un túnel que se internaba en el descomunal muro, como si fuera una pequeña incisión en la raíz de la cordillera.

Durante las últimas horas de caminata Rowena se internó brevemente en sus recuerdos. Miró la negrura infinita que la rodeaba y recordó la guerra contra los intraterrenos abisales de la Ciudad de Dis. Recordó aquellos años oscuros cerca del Vaticano, bajo tierra, defendiendo el mundo contra una fuerza que no conocía límites. Su mente volvió a presentir el magnífico poder de aquel guerrero Cruzado que vio combatir palmo a palmo contra los mismísimos archiduques de fuego. Rowena sintió bajo sus venas el llamado de la guerra y comprendió que todos aquellos recuerdos solo podían presagiar horas angustiosas ante una nueva arremetida de Satanás.

Mientras su mente la llevaba al pasado, la entrada a la *Garganta* del mundo apareció frente a ella. Los bordes de la entrada tenían bellas runas labradas sobre el granito y adornadas con toda clase de esculturas. Podían verse las doce bestias guardianes de la entrada, esculpidas sobre la piedra: un oso, un lobo, un halcón, un escorpión, un cóndor, un puma, un leviatán, una pantera, un caballo, un toro, un kraken y un águila. Sobre la entrada había una gigantesca estrella de doce picos sobresaliendo sobre de la roca, labrada mediante misteriosos ingenios totalmente alienígenas, pues no había forma de llegar hasta aquel lugar para realizar la obra sin caer inminentemente al abismo. Rowena vio la gran estrella de doce picos y sintió alivio en su espíritu. Luego sonrió al ver las

figuras amenazantes de las doce bestias protegiendo la entrada. Suspiró levemente e ingresó al túnel.

Los primeros metros fueron angustiosamente oscuros, tinieblas que solo la luz de la burbuja de Rowena se atrevía a profanar. Pero poco a poco el túnel empezó a presentar un resplandor leve, proveniente de algún lugar más adelante. Ese resplandor creció en brillo hasta que finalmente la guía y su caravana llegaron a una gigantesca recámara circular, iluminada por cierta suerte de musgo biolumincente. En medio de la caverna había un torrente de agua que bajaba de una grieta circular del techo y que descendía por otra grieta circular en el suelo. Sosteniendo el tumbado de roca había cuatro estatuas de piedra con forma de gigantes hombres que hacían de pilares tallados por los antiguos atlantes. Tanto las paredes como el suelo tenían runas labradas.

Rowena miró las diversas entradas que tenía en frente, tratando de recordar, o descubrir, cuál de ellas era la que llevaba a Erks. Finalmente la intuición de su espíritu le dijo por dónde seguir, pero antes de seguir avanzando tenía que dejar a los caballos descansar; ella misma necesitaba unas horas de reposo antes de continuar el corto tramo de camino que restaba. Se sentó sobre una roca, bajó su espectro y la burbuja que había creado desapareció rápidamente. Su tiempo había vuelto a ser el del Camino de los Dioses. Luego desmontó a los muchachos de los lomos de los caballos y los recostó en el suelo pedregoso de la recámara.

Dos horas más tarde, Edwin Cuellar Kuklova abrió los ojos. Fue el primero de los jóvenes miembros de la caravana en despertar. Cuando se dio cuenta del lugar en el que estaba, el asombro lo dejó completamente pasmado. No podía creer lo que sus ojos veían, no solo por el prodigio de arquitectura, con los

gigantes de piedra sosteniendo el techo, que a cualquier persona sorprendería, sino también por el casi antinatural aspecto de los musgos luminosos.

—Carajo. ¿Qu-qué es este lugar? —preguntó Edwin a Rowena que, sentada en una roca, miraba los diversos caminos de la recámara sin reparar en el asombro del muchacho.

—Estamos en la *Garganta*. Este sitio conecta a todas las rutas del Camino de los Dioses.

—Pe-pero ¿cómo es posible?, ¿quién hizo este lugar?, ¿dónde estamos?

—Estamos bajo la cordillera de los Andes —respondió la guía—. En una fractura espacio-temporal que se abre bajo las montañas. Los Atlantes Blancos construyeron esto hace milenios.

—¿Es en serio? —Edwin no podía creer las palabras de Rowena, pero no tenía más remedio que creer—. ¿Y falta mucho para llegar?

—No —respondió la mujer.

—Me duele la cabeza —musitó Edwin, sentándose en el piso—. ¿Qué fue lo que bebimos?

—Hidromiel.

—Claro, pero ¿de qué está compuesta esa hidromiel?

—No es necesario saberlo ahora —dijo Rowena—, Edwin Nikolai Cuellar Kuklova.

Edwin se sintió algo decepcionado por el hermetismo de la maestra.

—Hace tiempo que nadie me llamaba por mi segundo nombre —dijo él.

—Esos ya no serán tus nombres cuando estés del otro lado, y lo sabes.

—Sí, lo sé.

—¿Y sabes ya cómo te llaman los Dioses?

—Sí —respondió Edwin, algo triste—. Antes de empezar el entrenamiento con mi padre, vino el ciego, Qhawaq, y me dijo que en Erks me llamarían Ninurtske, el Tauro de la guerra.

—Un fuerte toro, Ninurtske.

—Aún me cuesta tanto trabajo aceptar todo esto.

—Es normal, no has sido educado para ver las dimensiones más sutiles de la verdad. Solo puedes presentirlas con la imaginación. El resto se lo has entregado a los patriarcas de tu cárcel, que son la mente, la razón, el corazón y los sentimientos. Por eso necesitas que todo lo que ocurre tenga una prueba empírica, un método y una prueba palpable, medible y verificable. Así te han criado. Y entonces ves esta magnífica recámara y surgen las dudas en ti.

—Dudo porque no encuentro explicación a todo que nos está ocurriendo.

Rowena se aproximó a Edwin y, acercando su rostro al suyo, agregó:

—Tú eres su General en la batalla, Ninurtske. Han firmado un pacto silencioso en el que todos los Centinelas, tus hermanas, amigos y camaradas te eligieron como comandante. Deja de darle el poder a la razón y permite que la intuición de tu sangre te explique todo lo que ahora ignoras.

—Pero, Rowena...

—No. No dejes que las dudas se apropien de ti. Respóndelas tú mismo.

—Lo intentaré. Pero debe saber que yo no pedí esto, jamás quise abandonarlo todo. Tenía una carrera militar solo para asegurar mi futuro y el de mi familia.

—Eres noble, Edwin Nikolai Cuellar Kuklova —dijo Rowena—. Realmente mereces ser Ninurtske, el Tauro de la guerra. De las doce bestias hiperbóreas, tú siempre serás la vanguardia.

—¿Doce... bestias?

La mujer se incorporó, mirando al techo de la recámara.

—Al igual que existen doce misterios, representados por la estrella de doce picos, también existen doce guardianes. Doce guerreros cuyo poder se combina en presencia del Arco de Artemisa para romper el velo de mentiras generado por la Creación y su Creador. Si las doce bestias no se reúnen, sería imposible usar el Arco a toda su capacidad.

—Creo que Qhawaq me dijo algo de eso, pero me quedé con tantas dudas...

—Las doce bestias encarnan una vez cada quinientos años en miembros de la Quinta Raza, que es la humana. Se pegan al espíritu de esos elegidos y ascienden de los abismos superiores solo bajo el llamado de los Oficiales de mayor rango dentro del mundo de los Dioses Leales.

—¿Oficiales?

—Así es. Sus espíritus guías.

—¡Claro! Como en el caso de mi familia, protegida por Morana.

—Tú sabes, Ninurtske, que tus hermanas y amigos llevan a las Bestias Hiperbóreas en su interior del mismo modo que tú llevas el Tauro.

Edwin agachó la cabeza ante una vergüenza hiriente. Sentía que el solo hecho de tener a sus seres queridos ante tan surrealista situación, era culpa suya, en parte.

—Jamás quise que mis hermanas tuvieran que pasar por esto.

—Ellas y los otros camaradas han elegido este destino hace largas encarnaciones, al igual que tú.

—Lo sé, pero no es un consuelo saberlo.

—No es cuestión de consuelo, mi joven Tauro; es cuestión de honor.

CAMINO DE LOS DIOSES



Alma capaz de internarse en ese laberinto de terror y salir para contarlo, no existe. Ni salida ni final tiene, incluso el tiempo queda encerrado y jamás vuelve a salir. Es en verdad un socavón horroroso.

Héxabor

ROMANOS



Las bajas habían sido horribles entre las tropas bizantinas, razón por la que el Comandante General, Basilisco de Constantinopla, había dado la orden de retirada. Era la noche del 14 de noviembre del año 831 d.C. cuando empezó el ataque. Aquellos monstruos atacaban únicamente en la noche y sus figuras, brillantes como el magma de un volcán, habían aterrorizado a todos los soldados de Basilisco. Los hombres se habían entregado a sus oraciones hacia Cristo en la cruz, pedían por sus vidas y sus almas, clamaban ser salvados por el Hijo de Dios de todos los horrores flamígeros que vieron en aquellas quebradas malditas. Quedaban pocos de ellos y estaban sedientos y heridos. Varios soldados sufrían pavorosas mutilaciones y escarificaciones causadas por esos demonios del infierno. Las tropas estaban diezmadas y la última noche estaba por iniciar. Seguramente ninguno sobreviviría, serían llevados ante la presencia de Satanás para ser torturados y atormentados por toda la eternidad; Cristo les había abandonado.

Por órdenes del Emperador Miguel III del Imperio de Roma Oriental, las tropas bizantinas habían acudido a la retoma de los territorios romanos situados en la cordillera del Cáucaso, a faldas del monte Elbruz; el inicio de la campaña se caracterizó por el lento pero constante retroceso de los eslavos hacia la meseta de los Balcanes, cruzando las playas superiores del Mar Negro, hasta llegar a la frontera de Macedonia. Basilisco sabía eso y sentía cierta satisfacción de ver que sus tropas eran lo bastante eficientes para forzar la retirada de las tribus eslavas. Los meses siguientes se adentraron a la cordillera bordeando la costa sur del Mar Negro, el gran monte Elbruz saludó el campamento bizantino durante el octavo mes de campaña. Durmieron tranquilamente la primera noche, pero a la segunda empezó la pesadilla.

Un sismo despertó al campamento, los soldados salieron de sus carpas y notaron que algo raro le había ocurrido al orden natural de las cosas: la oscuridad era total. No había luna, ni estrellas, el viento no soplaba y el silencio era como un vacío impalpable e infinito en medio de las tinieblas. Los hombres prendieron antorchas pero la luz de su fuego no alumbraba demasiado, era como hallarse dentro de una gigantesca caverna, solo que aquello no era una caverna, era el campo abierto y se encontraba tan oscuro como una catacumba. Basilisco trató de calmar a sus hombres exhortándoles a abrazar la fe en ese momento de tan profunda oscuridad y silencio, pero el temor manó de sus pieles como un geiser de pánico cuando vieron un resplandor flamígero brotar de la tierra, a pocos metros de donde se hallaban. Primero se elevó una columna de humo y fuego a tiempo que un estruendo ensordecedor retumbó bajo las entrañas del suelo, luego un chorro de lava salió expulsado a la superficie, brillaba siniestramente y contrastaba con las tinieblas, como si un volcán subterráneo hiciera erupción. El fenómeno tardó pocos segundos en estabilizarse y luego aparecieron las horrendas figuras de muerte y fuego. Eran



esqueletos con los huesos al rojo vivo, apenas recubiertos de piel quemada y membranas grasientas y humeantes; tenían el aspecto de cadáveres en alto estado de descomposición pero se movían con agilidad felina.

Algunos hombres empezaron a correr aterrorizados, el propio Basilisco no sabía cómo actuar, sentía como si hubieran descendido al infierno y tuvieran que pelear para salvar sus vidas. Con algo de esfuerzo el Comandante General se recuperó del temor inicial y empezó a repartir órdenes. Su presencia y figura de autoridad devolvieron el orden y la disciplina al ejército bizantino. Basilisco les arengó para enfrentar a los demonios de Satanás y ganar el perdón de Cristo por sus pecados, convirtiéndolos en los primeros Cruzados de Oriente. Los hombres se parapetaron en un perímetro circular y defendieron su posición ante el furioso ataque de los demonios. La primera oleada fue rechazada con un mínimo de bajas, lo que animó a los soldados y los llenó de valor. Se habían dado cuenta que los habitantes del infierno no eran invencibles ni inmortales.

Parecía que ya no brotarían más demonios de aquella boca de magma cuando un aullido escalofriante retumbó en toda la cordillera en tinieblas. Como gárgolas infernales empezaron a brotar de la lava demonios con alas vampíricas de fuego y con el cuerpo roído hasta los huesos por el magma, totalmente carentes de carne. La propia figura ósea resplandecía al rojo vivo, como una pesada presencia metálica que sale de una piscina de acero fundido. Llevaban un único cuerno espiralado en la cabeza y las cuencas vacías de sus ojos estaban dominadas por una luz ígnea de color naranja. Cuando los hombres vieron aquellas criaturas diabólicas perdieron todo el impulso inicial y sus fuerzas empezaron a desmoronarse ante el pánico que empezaba a invadirles.

Valientemente, Basilisco dio órdenes a sus arqueros y arengas de valor para que su puntería y sus flechas lograsen derribar a las amenazantes gárgolas que empezaban la embestida. Las flechas se incendiaban en cuanto hacían contacto con los huesos de aquellos diablos de fuego, su vuelo emitía un olor a azufre y carne quemada que empezó a sofocar a los bizantinos. En la primera oleada de la masacre, las gárgolas arrasaron con toda la vanguardia. Sus garras ígneas desmembraban, fileteaban y destripaban a los hombres como filosas hojas de espada, calentadas al rojo vivo y afiladas en fuego para cortar la carne con precisión de carnicero. Por el calor, las heridas cauterizaban tan rápidamente como se abrían y, en cuestión de segundos, quedaban escarificadas sobre la piel de los infortunados que eran alcanzados. La segunda oleada atacó la retaguardia bizantina y evaporó a los hombres con el aliento maligno y ardiente de las gárgolas. Los soldados de primera fila fueron carbonizados rápidamente, los de la segunda fila murieron asfixiados y los desafortunados de la tercera no murieron, quedaron con quemaduras profundas pero tuvieron la mala suerte de sobrevivir para sufrir el dolor de sus heridas.

Superados por la oscuridad y el terror, Basilisco dio la orden de retirada y condujo a sus hombres hasta una trinchera natural que usaron como refugio durante su campaña contra los eslavos. La marcha fue penosa, muchos hombres se perdían en la oscuridad y luego se oían sus espeluznantes alaridos de dolor en el horizonte en llamas. Luego de una noche entera de marcha, de los 3000 soldados que acamparon a faldas del Elbruz solo 254 habían llegado al refugio, la mayoría de ellos estaban heridos o locos. Al amanecer, la luz del alba despejó las tinieblas y con ellas también cesaron los ataques de las gárgolas de fuego. El resplandor incandescente en el horizonte se apagó y el sol alumbró con sus rayos el desolador panorama de muerte que dejaron los bizantinos atrás. El sendero que los condujo al refugio estaba alfombrado por partes cercenadas de

cuerpos, vísceras mordidas y toda suerte de fluidos vitales y sangre regando las piedras.

Durante la mañana durmieron lo que pudieron y atendieron a los heridos. Al medio día tenían que reiniciar la marcha y ver la forma de regresar a Constantinopla, pero cuando estaban por partir fueron nuevamente asediados por aquellas criaturas grasientas y humeantes que combatieron la noche anterior. Toda la tarde fue consagrada a la batalla, luchando por su supervivencia ante un enemigo que parecía innumerable. Algunos soldados abandonaban filas y trataban de huir hacia los bosques, despavoridos; pero eran fácilmente alcanzados por los grasientos demonios y luego comidos vivos. Al caer el alba el asedio cesó, pero la oscuridad los había atrapado nuevamente. Basilisco y sus hombres sobrevivientes estaban exhaustos luego del combate. Mientras descansaban, oraban y se entregaban a Cristo, la noche traería de regreso las pesadillas del inframundo, ellos lo sabían.

—Mi Señor —se dirigió un soldado a Basilisco—, nos quedan solo cincuenta antorchas.

El Comandante General miró el horizonte por sobre las piedras y empezó a maquinar una estrategia de defensa con la esperanza de sobrevivir otra noche.

—Cavad la trinchera lo más profundamente posible, pero dejad camufladas salidas y entradas de aire fresco; que permanezcan ocultas de esos demonios. Aglutinad algunos cadáveres y colocadlos en la colina que surcamos al oeste, dejad también fogones humeantes a medio apagar.

—¿Y los hombres?

—No, nadie se quedará en esa colina, trataremos de camuflarnos. Si tenemos fortuna esos demonios no notarán nuestra presencia y sobreviviremos una noche más.

Abrigando sus esperanzas de burlar a los demonios como única salvación, los bizantinos cavaron una profunda trinchera y camuflaron los accesos con hojas secas y rocas, luego pusieron varios cadáveres en la colina próxima y señales de batalla. Se escondieron y aguardaron.

La oscuridad se hizo tan espesa como la noche anterior, el silencio era tan absoluto que los nervios de los agotados soldados empezaban a destrozarse. Entonces oyeron pasos, pensaron que los demonios los habían alcanzado y apretaron bien los ojos, orando para no ser encontrados. Entonces la luz de un fuego se prendió ante sus ojos, pero quienes allí estaban no eran demonios sino hombres, guerreros esclavos. En cuanto les vieron, con una seña de manos, Basilisco ordenó a un par de sus hombres que le acompañen, salieron de su escondite y se encontraron con los esclavos.

—Huid de aquí si queréis vivir —dijo Basilisco, en latín—. Esta tierra esta maldita y llena de demonios.

Los esclavos le miraron y luego volcaron su vista hacia una figura encapuchada y cubierta hasta los pies por una larga capa azul oscuro.

—¿Vosotros sois sobrevivientes? —preguntó aquella persona con voz de mujer y en lengua de Roma.

—Somos los que quedamos.

—¿De dónde habéis venido?

—De Constantinopla.

—Sois bizantinos entonces —la voz de la mujer se hizo grave, como si aquellos extranjeros romanos fueran alguna clase de estorbo.

—Hemos venido a recuperar las tierras de Su Emperador Miguel III hasta que fuimos alcanzados por demonios —replicó Basilisco. Le sorprendía mucho estar hablando con una mujer en ese campo de muerte, pero había visto cosas aún más excéntricas de las tribus esclavas—. Escapad de aquí, busquen dónde esconderse y esperen. Esas bestias son invencibles.

—Estáis equivocados —contestó la mujer y entonces descolgó un arco de su espalda.

Cuando Basilisco vio el arma inmediatamente notó la gema verde que llevaba incrustada en la mira, aquel arco era exactamente igual al que las leyendas romanas describían como el Arco de Diana, o el Arco de Artemisa según la tradición griega; era el arma legendaria con la que Alejandro Magno consiguió su victoria definitiva en Persépolis. Las leyendas griegas rezaban que Alejandro había conseguido aquella reliquia del Templo de Artemisa en Éfeso. Luego se dirigió a la capital persa y venció ampliamente al ejército de Darío. Con los persas vencidos nada más se interponía entre Alejandro y su verdadero objetivo: conquistar Asia. Pero para lograrlo se decía que el Emperador Griego había hecho un trato con la diosa Artemisa en el cual Ella le ofreció la victoria en Persépolis a cambio de que Alejandro destierre al dios Baal de Asia. Las crónicas de Plutarco narran que cuando el Emperador ingresó a la ciudad lo primero que hizo fue buscar a la familia de Darío y preguntarles dónde estaba el templo de Baal. Lo que halló al ingresar al enorme edificio santo fue una gigante figura de Baal que se erguía imponente dentro del templo principal de Persépolis. Alejandro vio la estatua y supo que el momento de cumplir su palabra con la Diosa de la Luna había llegado, entonces tomó el Arco de Artemisa, cargó una flecha y disparó a la cabeza de Baal. Al ser impactada la estatua, ésta se



convirtió en sal e inmediatamente ardió en llamas hasta desaparecer. Aquel fenómeno indicó que los persas habían sido totalmente derrotados y que toda Asia quedaba en manos de Alejandro.

Basilisco recordó todo aquello en pocos segundos, la presencia de la gema verde en el arco confirmaba sus sospechas y, guiado por un impulso incontenible, sus palabras surgieron murmuradas de su boca:

—El Arco de Artemisa —reconoció Basilisco.

La mujer miró al asombrado bizantino y se quitó la capucha. Su belleza era insondable y devastadora para cualquier hombre. Su cabellera era larga y castaña, ordenada en varias trenzas que surcaban su cabeza sobre la cual reposaba una corona repleta de aristas. Sus ojos eran infinitamente citrinos, como la miel, líquidos como las aguas de un río helado. Su piel era tan blanca como la nieve y sus labios, sonrosados como los pétalos de una flor de manzano. Basilisco había quedado sin aliento ante la impresionante belleza de aquella mujer.

—Sois un hombre bastante intuitivo para ser romano —le dijo—. Pero si deseáis liberaros de esta oscuridad no lo vais a lograr escondiándoos cobardemente.

—A esas bestias no les hace daño el acero o las flechas —replicó uno de los hombres que acompañaba a Basilisco—. Ningún mortal podría vencerlas.

—Y es por ese derrotero que vais a morir todos vosotros en este campo de tinieblas —respondió inmediatamente la mujer mientras cargaba con parsimonia una flecha en el arco

—Señora, el portal de la umbra se ha abierto —dijo uno de los guerreros esclavos a la mujer que, aparentemente, era su Comandante.

Una explosión de fuego iluminó al horizonte a kilómetros de distancia, el portal del infierno se había encendido de nuevo y las gárgolas de fuego estarían ascendiendo, estimuladas por el olor del miedo que los bizantinos emitían.

—Ya vienen y no hay escapatoria posible de ellos; a no ser enfrentarlos.

—Nos camuflaremos, pero no volveremos a enfrentar a esos monstruos —dijo el hombre de Basilisco que aún no salía del embrujo por la belleza de la mujer.

—Los seres del infierno no necesitan verles para saber que estáis aquí, ellos pueden olfatear vuestro miedo y saborear vuestra carne a mares de distancia.

Un aullido horripilante surcó la explanada desde la cordillera hasta el lugar donde se encontraban, el sonido había envuelto de terror las almas de los hombres bizantinos, todos rezaban al unísono. El viento empezó a calentarse y una bandada de sombras en el cielo, proyectadas por sobre el resplandor ígneo, se levantaron y empezaron a volar hacia ellos. Basilisco miró aquellas sombras con la certeza de la muerte, luego volcó su mirada hacia la mujer, que ya estaba lista para el combate, y por un instante se sintió feliz de no haber muerto sin antes atestiguar tal belleza femenina. Luego las dudas surcaron su mente, tantas que no sabía si expresarlas o callarlas. Pero su curiosidad fue mayor y preguntó lo único que realmente deseaba saber:

—¿Qué son esas cosas?

La mujer miró de reojo al bizantino y esbozó una sonrisa malévola.

—Sirvientes de Jehová-Satanás.

Avenida del Ejército en la zona de Miraflores, La Paz. Una reunión se celebraba en la casa donde alguna vez vivieron los hijos de la familia Cuellar Kuklova. Pero desde su partida su única habitante era la madre de Edwin, Diana y Jhoanna. Ella había convocado al resto de los padres de los muchachos que evacuaron de la ciudad; la razón: recibir noticias.

A la reunión habían asistido las madres de Rodrigo y Oscar. Los padres de Gabriel también se hallaban allí. La madre de Rocío llegó tarde. Frente a ellos estaba su único nexa con sus hijos, un hombre que había llegado no solo con noticias sino también con advertencias: Ursus de la Vega. Promediaban las tres de la tarde del domingo 9 de enero del 2000.

—¿Están ya todos los que deberían estar aquí? —preguntó Ursus.

—Todos —replicó la madre de Diana.

—Bien, entonces empecemos —dijo el informante a tiempo de encender un cigarrillo—. Sus hijos han llegado con bien a la primera parte de su viaje: el campamento de vigilancia al Camino de los Dioses. Partieron hace varios días y seguramente estarán por llegar a su destino. En Erks los estará esperando Qhawaq Yupanki y un guerrero maestro que les enseñará a sus hijos a pelear, su nombre es Aldrick Du Ruelant. Ellos, junto a Rowena, protegerán e instruirán a sus hijos. Pierdan cuidado por ellos, estarán seguros.

—¿Qué le hace tener tanta seguridad? —preguntó la madre de Rocío.

—La Ciudadela de Erks es un emplazamiento fuertemente armado en un mundo paralelo a este. Sus enemigos jamás podrán alcanzar a sus hijos en ese lugar. Por ello ahora deben empezar a preocuparse por ustedes.

Los rostros de los asistentes estaban llenos de angustia. Desde que sus hijos partieran de la ciudad cada uno empezó a tener serios problemas en sus trabajos. Todos habían sido despedidos sin razón alguna, las quejas al Ministerio de Trabajo no habían tenido eco alguno y al padre de Gabriel le estaban siguiendo un juicio por una supuesta deuda impositiva que jamás contrajo. Sin duda todos ellos tenían razones de sobra para preocuparse.

—Como se les advirtió —continuó Ursus—, las fuerzas del Estado se ensañarán con ustedes. Sus vidas corren riesgo, no solo por lo que, haciendo uso de las leyes, la Sinarquía pueda hacer contra ustedes. , sino que además existen fuerzas terribles que ya los han identificado y no descansarán hasta haberlos destruido.

—Ha sido así todas nuestras vidas —intervino la madre de Oscar—. Sabíamos que ésto podía ocurrir.

—Pero no estaban listos —replicó el informante, Ursus—. ¿Han cortado ya cualquier nexo con el resto de sus familias?

Todos asintieron silenciosamente.

—Bien, entonces es tiempo que también ustedes desaparezcan. Si tienen propiedades inmuebles es tiempo que las vendan. Si tienen cuentas bancarias, ciérrenlas y recojan el dinero. Traten de liquidar su situación financiera lo más antes posible. Todos ustedes serán llevados al Claustro de Santo Domingo. Allí se les proveerá todo lo necesario para su manutención.

—¿Nos pide que lo abandonemos todo? —preguntó el padre de Gabriel con gran alarma.

—Yo no les pido nada. Si ustedes no dejan sus vidas atrás, serán sus vidas las que los abandonarán a ustedes. Jamás conseguirán empleo, serán juzgados por crímenes que no cometieron y destruirán su vida civil hasta convertirlos en

pordioseros sin más remedio que robar para comer. Serán llevados a prisiones donde conocerán tormentos sin nombre y todas las extorsiones del Estado pesarán sobre sus hombros. Sus vidas estarán acabadas.

—Pero —interrumpió el padre de Gabriel, pálido—, mi empresa, mis empleados...

—Declare bancarota —respondió el informante—. No están enfrentando problemas que puedan solucionar.

—Es muy injusto todo esto —murmuró la madre de Rodrigo.

—El enemigo jamás es justo. La sombra de la guerra se aproxima y cosas terribles ocurrirán. Las Potencias de la Materia están dando un vuelco en las políticas de este país. Gobiernos caerán, muchos morirán, hay tambores de falsas revoluciones. Una nueva burguesía se levantará y tendrá el poder absoluto de la Nación, y ustedes no tienen lugar en ese nuevo país que se fundará. Su herencia de sangre los ha convertido en proscritos de la democracia, del estado de derecho y de todas aquellas tonterías inventadas para darle legitimidad a gobiernos sin autoridad. El pueblo gobernará sin criterio, la economía mundial será convertida en una gran ruleta rusa. El futuro es menos que incierto, es una calamidad anunciada. Si no toman ahora la decisión de dejarlo todo, luego será demasiado tarde.

Nadie se atrevía a decir una sola palabra. Todos sabían en su interior que Ursus no mentía y sentían el peso de sus profundos temores convertirse en la palpable amenaza de la miseria.

—¿Qué ocurrirá con nosotros? —preguntó la madre de Gabriel. Ursus la miró fijamente.

—Los protegeremos todo el tiempo que podamos. La misión del Circulus Dominicanis es garantizar que sigan vivos hasta el fin de la guerra... No tendremos éxito, al menos no con todos ustedes.

—¿Moriremos? —dijo la madre de Diana, temiendo la respuesta que, de antemano, conocía.

—Todos moriremos, mi señora. La muerte es una liberación del encadenamiento que sufrimos en estas dimensiones infernales de la materia y la energía. El asunto es que todos tengan una muerte honorable para garantizar su huida de este mundo. Por eso deben vivir hasta saber cómo salir de aquí. El que muere sin morir, vive. Es la única forma de ser libres.

—Y esa muerte está cercana —intervino el padre de Gabriel—. Lo presentí desde el día que vino mi hijo con sus amigos para hablarme de sus experiencias paranormales.

—El enemigo se alimenta de su miedo y su dolor —agregó Ursus—. Por ahora solo deben ocuparse de mantenerse con vida el suficiente tiempo para aprender a morir. Si sus hijos se disturbán por la prematura muerte de alguno de ustedes, su entrenamiento se complicaría y todo podría perderse.

—Esta es una pesadilla que ya vivimos —dijo la madre de Diana—. Aún me cuesta trabajo aceptar que todo vaya a terminar de esta manera.

—No se acongoje, mi señora. Todo tiene un porqué —respondió el informante—. Concluyan cualquier pendiente y reúnanse cuanto antes en la iglesia de Santo Domingo. Busquen al padre Bernardo Clementi, identifíquense y obedezcan sus instrucciones. Debemos aprovechar la presencia de nuestros aliados de la Iglesia Católica cuando aún nos es posible. Que Kristos los ampare.

Rowena debía preparar a la caravana para partir, el tiempo que tenían debía ser bien aprovechado y la experimentada guía lo sabía. Cuando los muchachos despertaron y vieron la soberbia dimensión de la recámara donde estaban no fueron capaces de pronunciar palabra alguna, ni siquiera pudieron cerrar la boca. Les costó mucho salir de la impresión y alistarse para continuar la marcha. Mientas preparaban todo para proseguir, Rowena les explicaba la utilidad y significado de los doce misterios hiperbóreos. La maestra ya les había revelado el Primer Misterio que consistía en el Génesis Hiperbórico. Ella y los demás mentores hiperbóreos les irían revelando paulatinamente, durante su entrenamiento, los once misterios restantes: la Alegoría del Prisionero, el Misterio del Pacto de Sangre, la Estrategia Odal, el Mito Del Laberinto, el Mito de Isis y Osiris, el Mito de Kaín, el Secreto de la Muerte, el Secreto de la Legía, la Leyenda de los Lobos Gemelos, el Enigma del Graal y el Secreto del Sol de Noche. Cada Misterio revelado representaba la asimilación de una runa pues cada misterio estaba signado con una runa:

- Primer Misterio:  (Uruz)
- Segundo Misterio:  (Durisaz)
- Tercer Misterio:  (Fehu)
- Cuarto Misterio:  (Raido)
- Quinto Misterio:  (Kenaz)
- Sexto Misterio:  (Is)
- Séptimo Misterio:  (Naudiz)
- Octavo Misterio:  (Jheran)
- Noveno Misterio:  (Hagla)
- Décimo Misterio:  (Sig)
- Onceavo Misterio:  (Baar)
- Doceavo Misterio:  (Tyr)

Con cada runa asimilada, el Espíritu de los estudiantes se prepararía para soportar su propio poder y así despertar a las bestias Hiperbóreas que llevan dentro durante el Trance Hiperbóreo, solo de esa forma podrían elevar sus espectros al nivel suficiente para enfrentar a los demonios de *Chang Shambalá*. Con cada Misterio, la separación entre mente, corazón, alma y Espíritu se haría más fuerte hasta que los doce Centinelas despierten su poder. Así, a medida que avancen, Rowena y los otros mentores hiperbóreos les irán revelando la Sabiduría Hiperbórea.

Luego de revelarles otro misterio, la Alegoría del Prisionero, y superar el shock emocional que causa su develación a los hombres de sangre pura, retomaron la marcha acompañados por la perenne luz de aquellos musgos lumínicos. La compañía recorrió los estrechos túneles rodeados de runas que llevaban a Erks, y al hacerlo Rowena les explicaba detalles del Camino de los Dioses en caso de que alguna vez tuvieran que volver a transitarlo. Durante todo el sendero fueron cuesta abajo, descendiendo sin parar hasta que sintieron una brisa refrescante invadir el túnel. De repente se hallaron ante dos caminos, uno que seguía descendiendo y el otro que ascendía. Rowena tomó el segundo camino. Diana le preguntó a dónde se dirigía el otro camino, la respuesta de la guía fue: “*Al Higrad*”.

La brisa del túnel no tardó en convertirse en suave viento que traía aromas de plantas y hierba húmeda. La salida no estaba muy lejos. Siguieron ascendiendo hasta que llegaron a otra bifurcación del túnel, un camino parecía no tener salida, el otro seguía con la brisa. Sin embargo Rowena tomó el camino sin salida. Frente a la caravana se alzaba una muralla de piedras.

—No hay salida —dijo Jhoanna.

—Esta es la salida —respondió Rowena.

—Aquí solo hay rocas —observó Oscar.

—¿Hay solo rocas, o rocas es todo lo que ves?

Edwin se aproximó. Ni bien su dedo hizo contacto con una de las rocas, todo el muro desapareció como si fuera un holograma.

—Fascinante —murmuró.

Frente a la caravana se extendía una luz que venía de lo profundo del túnel. Ver aquello provocó sonrisas en los muchachos, quienes estaban ansiosos por salir de aquel lugar.

Aceleraron el paso. En los corazones de cada miembro de la compañía había una profunda emoción totalmente imposible de describir sin haber estado antes a punto de llegar al final del Camino de los Dioses. Rowena iba adelante, muy cerca de ella estaba Edwin. Detrás iban Diana y Rodrigo, tomados de la mano. Tras ellos estaban Gabriel y Rocío que también se habían tomado de la mano, inconscientemente. Casi postergados caminaban Jhoanna y Oscar, ella sostenía el brazo de su enamorado sin dejar de ver la salida del túnel que cada vez estaba más próxima; él también tenía la mirada fija en la meta.

Uno a uno fueron saliendo del túnel, y a medida que salían el pasmo y la sorpresa se iban petrificando en los rostros de los recién llegados, los venidos de otro mundo. La caravana al fin había llegado a su destino.

Saliendo de la ladera de una montaña, lugar donde había sido abierto el túnel, se expandía ante sus ojos un paisaje de ensueño. Había un valle atravesado por un río de manso caudal. La llanura estaba dominada por árboles y toda clase de vegetación. En varios espacios se vislumbraban cultivos de los

más misteriosos frutos, totalmente desconocidos para los recién llegados. El sendero bajo sus pies, similar a una carretera de piedra, bajaba la montaña y surcaba a campo traviesa por aquel valle. En el horizonte había dos figuras aún más impresionantes. Elevándose sobre una colina que cubría el otro extremo del valle sobresalía una torre que se levantaba a inaudita altura, tocando las nubes y perdiendo su cima en las insondables profundidades del cielo. Detrás de la torre había una figura familiar para los visitantes. Se trataba del monte Illimani, o una copia fiel de éste, pues la montaña que tenían en frente tenía más nieve que su gemelo.

—¿Es realmente el Illimani? —preguntó Gabriel a la guía, sin poder salir de su asombro.

—Sí y no —respondió Rowena sin dejar de caminar—. Este lugar es una réplica del planeta Tierra. La diferencia es que en esta versión de nuestro mundo jamás aparecieron los seres humanos sino hasta que Erks se construyó.

—¿Estamos en otra dimensión? —preguntó Rodrigo.

—Evidentemente. Existe un sinfín de mundos de ilusión, dimensiones paralelas que coexisten con el mundo del cual han venido. En gran número de estos mundos hay clones suyos, réplicas de sus seres que en realidad son solo hologramas viviendo en realidades tan falsas como la suya. En otros mundos no evolucionó la vida. Existen otros donde ningún pez tuvo el valor de arrastrarse hacia la tierra para generar la vida en la superficie. Hay mundos casi idénticos al suyo y otros totalmente diferentes. Hace milenios los dioses decidieron que de todos los mundos ilusorios, el único real sería el planeta Tierra de la cuarta vertical, es decir, su mundo, y lo establecieron como escenario de la batalla final. Es allí donde se dará lugar el fin de la historia. Por esa razón ustedes encarnaron en ese mundo y no en otro.



—No entiendo, Rowena —intervino Edwin—. Si todas las dimensiones son paralelas, ¿por qué en ésta no aparecieron humanos?

—Esta dimensión era el campo de pruebas del Dios Demiurgo, el gran ordenador de la materia. Cuando perfeccionó las otras dimensiones olvidó ésta. La dejó de trabajar durante el Pérmico y los eventos geológicos y biológicos sucedieron aquí de modos distintos, más amables, que en las demás dimensiones. Llegamos al Cuaternario y debido a la naturaleza gentil de este mundo los homínidos tuvieron la vida demasiado fácil como para desarrollar su cerebro. Además, ni el Dios Creador ni los Dioses Liberadores entraron en pugna por este lugar, aquí ningún Espíritu se encadenó. Por esa razón éste es uno de los centros de operaciones de los Dioses Leales en la creación de Dios. Este lugar tiene un vínculo directo con Agarthá, la tierra de los Liberadores.

Ocasionalmente extraños resplandores surgían de entre las plantas como chispas de luz flotando. El viento traía dientes de león que también emitían luz al pasar y varias plantas parecían tener un natural brillo. Algunas de ellas eran azuladas, otras tenían tonos verdes muy intensos. El aire era tan puro que con ligeras bocanadas era posible llenarse los pulmones con las moléculas más sutiles del oxígeno. El calor del sol no era quemante ni sofocante, sino que era de una calidez suave. La humedad del ambiente había hecho que la ropa de los visitantes se les pegase al cuerpo. Ninguno de ellos podía dejar de ver las maravillas que los rodeaba.

—Rowena, ¿qué son esas luces? —preguntó Rodrigo.

—Energía generada por las anclas del cerco estratégico, un campo de fuerza aplicado para generar un tiempo propio en la ciudadela.

La caravana cruzó el valle y luego tomaron el puente que atravesaba el río. Bajo sus aguas cristalinas se veían peces de todos los colores saltando en el agua, nadando con indecible energía.

La otra parte del valle estaba dominada por árboles. Algunos eran conocidos para los viajeros: manzanos, duraznos...; pero algunos tenían frutos misteriosos. Ocasionalmente, cruzaban por su camino libélulas enormes cuyas alas descomponían la luz en los colores del arcoíris.

Subieron la colina sin dejar de admirar las maravillas que se presentaban ante sus ojos, dominados por la imponente presencia de colores que jamás habían imaginado, olores nuevos y sensaciones totalmente diferentes. El mundo del cual venían no era tan colorido como aquel. Cuando llegaron a la cima de la colina se abrió un espectáculo aún más impresionante que el anterior. Era algo que ninguno de los recién llegados esperaba, ni siquiera lo soñaban. Era lo más bello e increíble que habían visto en su vida.



(Durisaz)

Segundo Misterio, La Alegoría del Prisionero

Versión del Mito Hiperbóreo por Felipe Moyano; adaptación del Círculo de Amatista

Comenzaré a presentar el mito fijando la atención en un hombre a quien han tomado prisionero y condenado, de manera incuestionable, a cadena perpetua. Él desconoce esta sentencia, así como cualquier información del mundo exterior luego de su captura, pues se ha decidido mantenerlo indefinidamente incomunicado. Para ello ha sido encerrado en una torre inaccesible la cual se halla rodeada de murallas, abismos y fosos, y donde resulta, aparentemente, imposible todo intento de fuga. Una escuadra de soldados enemigos, con los cuales no es posible hablar sin recibir algún castigo, se encarga de vigilar permanentemente la torre; son despiadados y crueles, pero terriblemente eficientes y fieles a sus amos: ni pensar en comprarlos o engañarlos. En estas condiciones no parecen existir muchas esperanzas de que el prisionero recobre alguna vez la libertad; pero la situación real es muy diferente. Si bien hacia afuera de la Torre la salida está cortada por murallas, fosos y soldados, desde adentro es posible salir directamente al exterior, sin tropezar con ningún obstáculo. ¿Cómo? Por medio de una salida secreta cuyo acceso se encuentra hábilmente escondido en el piso de la celda. Obviamente, el prisionero ignora la existencia de este pasadizo como tampoco lo conocen sus carceleros.

Ahora bien, el prisionero no muestra predisposición para la fuga, ya sea porque se le ha convencido que es imposible escapar, o porque desconoce que está prisionero, o por cualquier otro motivo; en todo caso, él no manifiesta ni valor ni arrojo y, por supuesto, no busca la salida secreta; simplemente se ha resignado a su precaria situación. Indudablemente es su propia actitud negativa el peor enemigo ya que, de mantener vivo el deseo de escapar, o aún, si experimentase la nostalgia por la libertad perdida, se revolvería en su celda



donde existe, al menos, una posibilidad en un millón de dar con la salida secreta por casualidad. Pero no es así y el prisionero, en su confusión, ha adoptado una conducta perdedora que, a medida que transcurren los meses y los años, se torna cada vez más patética e idiota.

Habiéndose entregado a su suerte, solo se podría esperar para el cautivo una ayuda exterior, la cual solo puede consistir en la revelación de la salida secreta. Pero no es tan simple exponer el problema ya que el prisionero no lo desea o no sabe que puede huir, según se ha dicho. Se deben, pues, cumplir dos cosas: 1ro- lograr que descubra su condición de prisionero, de persona a quien le han quitado su libertad, y, en lo posible, que recuerde los días dorados donde no existían celdas ni cadenas y vivía en su Aldea Natal, Original. Es necesario que tome conciencia de su miserable situación y desee ardientemente salir, antes de relevarle la existencia de una salida. 2do- revelar la existencia de la única posibilidad de huir. Porque bastaría, ahora que el prisionero deseara huir, solo con que sepa de la existencia de la salida secreta; a ésta la buscaría y la hallaría por sí mismo.

Planteado así, el problema parece muy difícil de resolver: es necesario ayudarlo, despertarlo de su sueño, orientarlo, y luego revelar el secreto. Por eso es hora ya de preguntarse: ¿hay alguien dispuesto a ayudar al miserable prisionero? Y si lo hubiese ¿cómo se las arreglaría para cumplir las dos condiciones del problema?

Debo declarar que, afortunadamente, hay otras personas que aman y procuran ayudar al prisionero. Son aquellos que participan de su raza y habitan un país muy, pero muy, lejano, el cual se encuentra en guerra con la Nación que lo aprisionó. Pero no pueden intentar ninguna acción militar para liberarlo debido a las represalias que el Enemigo podría tomar sobre los incontables cautivos que, además del de la torre, mantienen en sus terribles prisiones. Se



trata, pues, de dirigir la ayuda de la manera prevista: despertarlo, orientarlo y revelar el secreto.

Para ello es preciso llegar hasta él, pero ¿cómo hacerlo si ha sido encerrado en el corazón de una ciudadela fortificada, saturada de enemigos en permanente alerta? Hay que descartar la posibilidad de infiltrar un espía debido a las diferencias raciales insuperables: un alemán no podría infiltrarse como espía en el ejército chino del mismo modo que un chino no podría espiar en el Comando Alemán sin ser notado. Sin poder entrar en la prisión y sin posibilidad de comprar o engañar a los guardianes solo queda el recurso de hacer llegar un mensaje al prisionero.

Sin embargo, enviar un mensaje parece ser tan difícil como introducir un espía. En efecto; en el improbable caso de que una gestión diplomática consiguiese la autorización para presentar el mensaje y la promesa de que éste sería entregado al prisionero, no serviría de nada porque el solo hecho que tenga que atravesar siete niveles de seguridad, donde sería censurado y cortado, torna completamente inútil esta posibilidad. Además, por tal vía legal (previa autorización), se impondría la condición que el mensaje fuese escrito en un lenguaje claro y accesible al Enemigo, quien luego censuraría parte de su contenido y cambiaría las palabras para evitar un posible segundo mensaje oculto. Y no nos olvidemos que el secreto de la salida oculta no debe ser revelado al Enemigo, solo al prisionero. Y lo primero: ¿qué decir en un mero mensaje para lograr que el prisionero despierte, se oriente, comprenda que debe escapar? Por mucho que lo pensemos se hará evidente al final que el mensaje debe ser clandestino y que el mismo no puede ser escrito. Tampoco puede ser óptico debido a que la pequeña ventana de su celda permite observar solamente uno de los patios interiores, hasta donde no suelen llegar señales desde el exterior de la prisión.

En las condiciones expuestas, no parece haber forma que sus Camaradas puedan dar solución al problema y ayudar al prisionero a escapar. Tal vez se haga la luz si se tiene presente que, pese a todas las precauciones tomadas por el Enemigo para mantener al cautivo desconectado del mundo exterior, no lograron aislarlo de los sonidos. —Para ello hubiesen debido tenerlo en una celda a prueba de sonidos—.

Mostraré ahora, como final, el modo elegido por los camaradas para brindar efectiva ayuda; una ayuda tal que 1ro: despierte y 2do: revele el secreto, al prisionero, orientándolo hacia la libertad.

Al decidirse por una vía sonora para hacer llegar el mensaje, los camaradas comprendieron que contaban con una gran ventaja: el Enemigo ignora la lengua original del prisionero. Es posible entonces transmitir el mensaje de forma simple, sin doble sentido, aprovechando que el mismo no será comprendido por el Enemigo. Con esta convicción los camaradas hicieron lo siguiente: varios de ellos treparon a una montaña cercana y, con una enorme caracola, la cual permite amplificar muchísimo el sonido de la voz, comenzaron a emitir el mensaje. Lo hicieron sin parar durante años, pues habían jurado no abandonar el intento mientras el prisionero no estuviese nuevamente libre — Juraron no abandonarlo y cumplirían su palabra—. Y el mensaje descendió de la montaña, cruzó los campos y los ríos, atravesó las murallas e invadió hasta el último rincón de la prisión. Los enemigos al principio se sorprendieron, pero, como ese lenguaje para ellos no significaba nada, tomaron el musical sonido por el canto de algún ave fabulosa y lejana, y al final acabaron por acostumbrarse a él y le olvidaron. Pero, ¿qué decía el mensaje?

Constaba de dos partes. Primero los camaradas cantaban una canción infantil. Era una canción que el prisionero había oído muchas veces durante su niñez, allá, en la Aldea Dorada, la Aldea Original; cuando estaban aún lejanos

los días negros de la guerra y el cautiverio perpetuo solo podía ser una pesadilla imposible de soñar. ¡Oh, qué dulces recuerdos evocaba aquella melodía! ¿qué Espíritu, por más dormido que estuviese, no despertaría, sintiéndose eternamente joven, niño, al oír nuevamente las canciones de la infancia, aquellas que escuchó feliz en los días dorados de la niñez, y que, sin saber cómo, se transformaron en un sueño antiguo y misterioso? Sí; el prisionero, por muy dormido que estuviese en su Espíritu, por más que el olvido hubiese cerrado sus sentidos, ¡acabaría por despertar y recordar! Sentiría la nostalgia de la patria, la aldea lejana, comprobaría su situación humillante, y comprendería que solo quien cuente con un valor infinito, con una voluntad sin límites, podría lanzarse a la fuga.

Si tal fuera el sentir del prisionero, entonces la segunda parte del mensaje le daría la clave para hallar la salida secreta.

Observe que he dicho la clave y no la salida secreta. Porque sucede que mediante la clave el prisionero deberá buscar la salida secreta, tarea que no ha de ser tan difícil considerando las reducidas dimensiones de la celda. Pero, luego que la encuentre, habrá de completar su hazaña descendiendo hasta profundidades increíbles, atravesando corredores sumidos en tinieblas impenetrables y subiendo, finalmente, a cumbres remotas: tal el complicado trayecto de la enigmática salida secreta. Sin embargo, ya está salvado, en el mismo momento en que inicia el regreso, y nada ni nadie logrará detenerlo.

Solo nos falta, para completar el final del misterio, decir una palabra sobre la segunda parte del mensaje sonoro, esa que tenía la clave del secreto. Era también una canción. Una curiosa canción que narraba la historia de un amor prohibido y hermoso entre un Caballero y una Dama ya casada. Consumido por una pasión sin esperanza el Caballero había emprendido un largo y peligroso viaje por países lejanos y desconocidos, durante el cual se fue haciendo hábil en

el Arte de la Guerra. Al principio trató de olvidar a su amada, pero pasados muchos años, y habiendo comprobado que el recuerdo se mantenía siempre vivo en su corazón, comprendió que debería vivir eternamente esclavo del amor imposible. Entonces se hizo una promesa: no importarían las aventuras que tuviese que correr en su largo camino, ni las alegrías y tristezas que ellas significarían; interiormente él se mantendría fiel a su amor sin esperanzas con eterna devoción, y ninguna circunstancia lograría apartarlo de su firme determinación.

Y así terminaba la canción: recordando que en algún lugar de la Tierra, convertido ahora en un guerrero de piedra enamorado, marcha el Caballero valeroso, provisto de poderosa espada y hermoso caballo, pero llevando colgada del cuello una bolsa que contiene la prueba de su drama, la clave de su secreto de amor, amor perpetuo, ETERNO AMOR: el Anillo de Bodas que jamás entregó a su Dama.

Contrariamente a la canción infantil de la primera parte del mensaje, ésta no producía una inmediata nostalgia sino un sentimiento de vergonzosa curiosidad en el prisionero. Al escuchar, viniendo quién sabe de dónde, en su antigua lengua natal, la historia del galante Caballero, tan fuerte y valeroso, tan completo en la batalla, y sin embargo tan dulce y melancólico, tan desgarrado interiormente por el Recuerdo de A-mort y amor; el cautivo se sentía presa de esa curiosidad vergonzosa que sienten los niños cuando presienten las promesas del sexo o intuyen los misterios del amor. ¡Podemos imaginar al prisionero meditando y pensando, sorprendido por el enigma de la canción romántica! Y podemos suponer, también, que finalmente hallará una clave en aquel Anillo de Bodas... que según la canción jamás sería usado en boda alguna. Por deducción, la idea del anillo le llevará a buscar y encontrar la salida secreta. La buscará por ese recuerdo de la Aldea Original, recuerdo de amor, eterno recuerdo de A-mort.



Temprano, al salir el sol, Arika de Turdes había dejado a sus estudiantes entrenando con la consigna de ayudar a Vairon a conseguir el dominio básico de sus poderes.

Fallo tras fallo, Vairon había visto sus esfuerzos caer bajo el peso de su propio fracaso. Y sin duda, la frustración se justificaba en su mente. Se sentía presionado a lograr algo totalmente imposible, y es que su reto era levantar una roca gigantesca sin usar otro método que no fuera su propia fuerza. Para el agobiado estudiante era algo irracional siquiera intentarlo; sin embargo, toda su lógica se destrozó como un cristal golpeado por un martillo cuando vio a Berkana levantar la gran piedra de cientos de toneladas usando solo sus manos.

Aquella afrenta a su orgullo sumada a su desesperación por hacerse fuerte llevó a Vairon a tratar de repetir la hazaña de su camarada, mas no logró nada aparte de lastimarse las manos miserablemente. Rendido, tendido en el suelo y con la derrota asomando por la frente, el novato vio su obstinación morir junto a sus deseos de intentar el reto que se le había impuesto. Después de todo, era demasiado humano para lograr tal prodigio.

—¿Ya te *habéj* cansado? —le preguntó Akinos a su agobiado compañero.

—Es imposible —respondió él con la respiración aún agitada por el esfuerzo.

—Será imposible mientras *voj* te *metaj* eso en esa *cabezanga* dura que tenés.

—Para vos es fácil decir eso. ¿A ver, tú puedes levantar esta piedra de mierda?

Akinos se aproximó a la roca, mirándola fijamente y sonriendo. Puso la palma de su mano en ella y haciendo un leve esfuerzo empezó a empujarla ante la mirada atónita de Vairon.

—¿Cómo lo haces? —preguntó sin dejar de ver la roca recorrer.

—Arika me enseñó que no hay imposibles —respondió—. La clave está en no pensar ni sentir mucho, *voj* hacé caso y tratá de imaginar que la piedra es *livianinga* como una plumita.

—No puedo —replicó Vairon, sumido en una humillante sensación de impotencia.

—Jamás volvés a decir que no *podéj*. Si *queréj*, claro que vas a poder.

Mientras el derrotero de Vairon se narraba a la sombra de aquella gran piedra, Berkana regresó de la diligencia que Arika le había encomendado en la mañana. Volvía con algo de frutas y pan.

—Mierda, te *habéj* tardado una eternidad —dijo Akinos a modo de bienvenida.

—Es que me distraje un *ratingo* ahí en el pueblo.

—*Nie...*, *voj* con todo te distraés.

—De perico nomás *habláj* —respondió Berkana, mirando de reojo a Vairon—. Oye, pariente, ¿todavía no has movido la piedra ni un *poquingo*? —preguntó. Vairon negó con la cabeza.

—No sé cómo hacerlo.

—Recuerda lo que dijo Arika.

—Claro, claro, que no piense ni sienta y que vea la piedra como algo que no existe. ¡¿Y cómo demonios se supone que hago eso, eh!?

—Primero te *tenéj* que calmar. Si te *ponéj* así de anímico jamás la vas mover.

—¡Ay, cambas! Para ustedes es fácil. Pueden mover rocas, saltar de edificios y caer como si nada, romper árboles de una patada y hasta doblar el curso de un río. Pero yo no soy así de fuerte.

—¡Ay, colla! Mirá *voj* Vairon, mirá bien lo que tenés —intervino Akinos—, no *sos* tan fuerte como nosotros. *Voj soj* más *fuertazo* todavía.

—¿Es una mentira piadosa?

—*Nie*, pariente, *pa'na*, lo digo en serio. *Tené* más seguridad en *voj*.

Vairon dibujó una sonrisa a medio hacer en su rostro manchado de barro, de tierra y sudor. Sus manos sangraban y le dolían mucho. Él las miró y sintió que sus fuerzas se le escapan a cada gota de sangre que se perdía para siempre en la seca tierra del perímetro de entrenamiento.

—Me gustaría tener al menos una pizca de esa seguridad, la *chance* de mover esta puta piedra de mierda. Pero la verdad es que estoy jodido.

—Bueno, descansá un poco —dijo Berkana—. Tengo noticias.

Ambos muchachos miraron a Berkana, expectantes.

—Les cuento que había harto revuelo en el pueblo.

—¿Por? —preguntó Akinos.

—Tenemos visitas —respondió su hermana.

—¿Qué clase de visitas? —preguntó Vairon.

—Tus amigos, Vairon, han llegado.

Una sombra cubrió el rostro de Vairon. Como si hubiera sido arrastrado por un poderoso tirón, todos sus pensamientos se volcaron hacia un lejano pasado que casi parecía perdido en las arenas del olvido. Recordó los días cuando era

un niño normal viviendo en un mundo dominado por la rutina. Sintió en sus dedos la suavidad de un lápiz y un papel, la adicción por hacer trazos cada vez más perfectos. Los bocetos hechos con su propia sangre. Quiso tener en aquel momento algo en qué dibujar para alejar de sí todos aquellos fantasmas que lo herían tan terriblemente.

En las noches sin luna, los recuerdos de Vairon lo desgarraban más que sus frustraciones y miedos. Había perdido demasiado en muy poco tiempo, y todo lo que pudo ser sublime fue arrasado por eventos incomprensibles...

No podía olvidar la sangre, las formas irreconocibles de sus padres, convertidas en carroña triturada por el suelo y entrañas colgadas del techo. Y ahí estaba ese monstruo, un hombre alto y de piel pálida cuyos ropajes blancos y cayado níveo estaban manchados con el horror de sus padres. Si Arika no hubiera llegado a tiempo, el pobre chico también habría sido asesinado. Y entonces, en medio de aquella grotesca escena, un solo rostro podía desdibujar las náuseas, el rostro de una niña cuyo nombre significaba para él amor imposible y celos.

Todo aquello vino a su mente en cuanto Berkana dio la noticia del arribo de sus amigos... Él ya no era el chico que habían conocido, hasta su nombre había cambiado y pasó a ser llamado por su nombre Hiperbóreo, con el que los Dioses le conocían: Vairon, Hombre Hecho Lobo. El misterio velado de su linaje había sido elevado a su esfera de consciencia para terminar la Misión que los Dioses le habían encomendado hace muchos siglos. Por eso el retorno de sus amigos significaba todo y nada. Y aunque sabía que ese día llegaría, jamás imaginó que sería tan pronto.

—¿Para qué me dices esto, Berkana? —preguntó Vairon, incorporándose y mirando la gran roca que tenía en frente.

—¿No querías saberlo?

—No lo sé.

—Seguro los *extraños* —intervino Akinos.

—Quizás.

—*Sabej* que no *podéj* dejar que esto te afecte —continuó Berkana—. *Tenéj* que ser más fuerte.

—Fuerte, fuerte —repitió Vairon—. No hay nada que quiera más que eso.

—Y... —preguntó Akinos, un tanto inseguro— ¿*seguís* queriéndola?

Inmediatamente el rostro de Vairon se endureció con una expresión de furia, como si todos los fracasos representaran la impotencia de su cobardía, de su debilidad, de sus padres muertos.

—Diana —susurró para sí, cerró los ojos—. ¡Diana! —gritó y golpeó la gran piedra con todas sus fuerzas.

En un momento pasional, totalmente cargado de ira, el espectro de Vairon se elevó tanto que la gran roca se partió en miles de pedazos. Una brillante luz verdosa ceñía el puño del estudiante hiperbóreo mientras inauditas cantidades de energía calentaban la roca y luego la congelaban al punto que todas sus moléculas empezaran a fragmentarse y dividirse en sus más ínfimas partículas subatómicas. En un instante tan corto, de solo breves fracciones de segundo, el poder del enardecido muchacho se estrelló contra los átomos que lo rodeaban, haciendo que densas nubes cubriesen el cielo y tapasen el sol. Su poder era tal que Akinos y Berkana tuvieron que saltar varios metros de distancia del

impacto y elevar su espectro al máximo para generar un escudo de plasma que los protegiese del infinito poder de Vairon, provocado por una ira sin límites.

Cuando el fenómeno se estabilizó, una gran nube de polvo y gas cubría el lugar donde Vairon y la piedra habían protagonizado el gran prodigio de destrucción. A medida que la visual se fue aclarando, todo lo que había quedado en el perímetro era un gran cráter y el joven estudiante arrodillado y con sus manos apoyadas al suelo chamuscado bajo él. Akinos y Berkana estaban sorprendidos luego de ver los resultados de la gran emanación de energía. Habían quedado boquiabiertos. La energía liberada había sido tan intensa que aún leves chispas de plasma electrificaban el piso con sus verdosos resplandores.

—Por qué tenían que volver —murmuraba Vairon—, Diana, Rodrigo, hasta cuándo me van a seguir atormentando...

BERKANA



De costa a costa, el único sonido en el mar es aquel que cantan las sirenas. Ellas relatan sus historias, narran el cuento de un prisionero, un gallardo caballero y un anillo de bodas jamás entregado. Ellas entonan de canciones de amor, canciones de la infancia. Sus voces despiertan curiosidad por tanto misterio, anhelos de un honor perdido, nostalgias de un país lejano y recuerdos de un amor jamás vivido. Ellas cantan su música en las costas; y en las montañas, del otro lado del mar, sólo puede oírse el sonido de un piano tocando en los picos más altos. Su música susurra extraños poemas, pero hay uno que es fuerte como un grito; un poema en el que sólo se replica una palabra de manera obstinada, desesperada, agobiada y perpetua: “Vairon”...

Berkana, Leviatán de la Tempestad

Sus altos muros blancos parecían ser de marfil, esculpidos con el mayor de los cuidados y adornados con diversas figuras rúnicas. Repartidas en los ocho ángulos que conformaban la forma en que habían sido dispuestos los muros, se levantaban ocho torres igualmente blancas y con largos estandartes que colgaban de la parte superior y caían hasta casi media torre. En aquellos estandartes podía distinguirse perfectamente una figura: 

La fortificación entera estaba diseñada como una ciudad resguardada tras varios niveles de muros, como una cebolla. Entre un muro y otro se veían toda suerte de construcciones y calles empedradas por las que circulaba la gente. Cada muralla era más baja que la anterior y conformaban ocho niveles con la forma de un octógono de ocho picos hasta llegar a la parte central, un sitio donde se veían varios edificios coronados en el centro por una figura similar a un castillo y una catedral, de cuya parte posterior sobresalía la estructura más imponente del paisaje. Era una torre tan alta que su cúspide escapaba totalmente a la vista. Se elevaba hasta fundirse con el azul del cielo y mezclarse con la cordillera que hacía de fondo para tan impresionante ciudad.

Los alrededores de la urbe estaban rodeados por toda clase de plantaciones que alfombraban un inmenso perímetro a lo largo del valle. Hacia el Este y el Oeste dos ríos servían como frontera entre el área poblada y la llanura salvaje que se esparcía a lo largo de la frontera con la cordillera. Al Sur la cadena montañosa era un muro gigante cuyo mayor estandarte era el fabuloso monte Illimani. Sin embargo había algo diferente en aquel horizonte de dimensión paralela. En el planeta Tierra de la cuarta vertical, del lugar los viajeros habían

venido, el nevado se encuentra solitario y rodeado de cerros carentes de glaciár perpetuo. En el planeta Tierra, donde Erks se había sido edificado, el Illimani se encontraba rodeado de montañas casi tan altas como la propia gran montaña y coronadas por nieves eternas. Era fácil suponer entonces que el mapa de aquel planeta gemelo de la Tierra no sería tan idéntico a su hermano situado en una dimensión un poco más densa.

Los llegados de otro mundo, con Rowena encabezando la caravana, no podían dejar de sentirse abrumados ante un lugar tan maravilloso. El cielo era tan azul que su celeste armónico se anclaba en la mente de cualquier espectador que, fascinado, no podría dejar de mirar arriba. Y las nubes parecían tomar formas definidas jugando en el techo del mundo. El viento era una húmeda brisa refrescante que daba alivio ante el calor de la tarde agónica. Las plantas, casi rimando con la poesía del paisaje, florecían con los retoños más increíbles e imposibles que una mente humana pudiera imaginar. Algunas flores eran biolumincentes y fosforescentes, teñidas de colores totalmente desconocidos en el mundo de los recién venidos. Los seis jóvenes visitantes miraban a su alrededor totalmente invadidos por el pasmo y se entregaban al abandono total de sus angustias.

Un discreto sendero llevó a la caravana colina abajo hasta que arribaron a una ancha carretera de piedra rodeada por árboles en medio de la explanada. Tomaron rumbo al sur hasta llegar a una gran curva en la que los árboles ya no existían y eran reemplazados por toda suerte de cultivos. Los trabajadores, campesinos y granjeros en su mayoría, eran de piel blanca y cabellos rubios o pelirrojos. Todos eran bastante altos y exhibían un gran desarrollo muscular, quizás, debido al arduo trabajo físico que realizaban. La mayoría de ellos trabajaban con poca ropa, con el torso desnudo, vendajes en los antebrazos y

manos, y curiosos pantalones envueltos de bolsillos donde colocaban sus herramientas de trabajo y alguna que otra maleza. Todos ellos dejaban de trabajar al ver a los forasteros llegar y clavaban su mirada hacia aquellos extraños muchachos.

La carretera prosiguió hasta que llegaron a la entrada del gran muro principal. Las puertas eran de piedra blanca, exquisitamente labradas y talladas con figuras de guerreros, mujeres desnudas, bestias y un busto de una mujer con cabellos de serpiente en el dintel de la entrada. Dos guardias con lanzas y voluminosas armaduras se cuadraron cuando vieron a Rowena aproximarse a ellos. Intercambiaron algunas palabras en un idioma totalmente desconocido para los chicos y ella ingresó a la ciudad con sus pupilos detrás suyo.

Dentro, la urbe era tan impresionante como afuera. La mayoría de las construcciones eran bellas obras arquitectónicas trabajadas en piedra y madera. El empedrado de las calles había sido instalado usando piedras de adoquín perfectamente cortadas para formar una superficie lisa como una baldosa. La mayoría de las construcciones tenían las ventanas cubiertas con toda suerte de vidrios ornamentales.

Los habitantes vestían ropas de cuero teñido e hilo de algodón. Habían hombres y mujeres caminando apuradamente y llevando canastos y toda clase de extraños objetos de un lugar a otro. Algunos niños jugaban y corrían, volteando ocasionalmente para mirar a los extranjeros. Alguna carreta que otra se atravesaba en su camino a medida que la caravana avanzaba pasiblemente por las calles de la ciudadela. Los muros internos estaban dispuestos de tal manera que servían como cuña para las edificaciones que se habían construido a su alrededor. Avanzaron por algunas calles más hasta que dieron con la

siguiente entrada cuyas características eran similares a las de la primera puerta. En cada nivel el aspecto de la urbe era el mismo. Exactamente igual de bella y organizada, llena de gente apurada realizando toda clase de trabajos. Algunas personas se quedaban mirando a los chicos extranjeros, pero nadie se les aproximaba; solo observaban en silencio. Alguno que otro transeúnte hacía una reverencia con la cabeza cuando Rowena pasaba.

Finalmente llegaron al centro de la ciudadela luego de algunos minutos de constante caminata. Una gran puerta de madera tallada los recibió, detrás de ella se levantaba el castillo que habían observado desde la colina al llegar. Detrás del castillo estaba el edificio con aspecto de catedral y su descomunal torre sin fin. Rowena se detuvo en la entrada y se dirigió a los muchachos.

—Esta es la Ciudadela de Erks —dijo la maestra—. Pronto los llevaré al sitio donde van a quedarse. Por ahora esperen aquí unos momentos, no tardaré.

Rowena ingresó al castillo después de dar sus instrucciones a sus pupilos, dejándolos solos ante los ojos de los habitantes de Erks que no dejaban de observar con cierta desconfianza a los muchachos forasteros. Ellos se miraron unos a otros y se juntaron. Se sentían inevitablemente nerviosos ante la mirada de tanta gente extraña.

—Estas personas nos miran medio raro —dijo Gabriel.

—Ustedes no les hagan caso —replicó Edwin, desmontando parte de su equipo.

—¿Hablarán español? —preguntó Diana.

—No, hace rato oí algunas personas hablando en un idioma bien rarito —respondió Rocío.

—Parece medio alemán —intervino Oscar, mirando hacia el castillo que tenían en frente—. De hecho todo el lugar parece una ciudad medieval de Europa.

—Es cierto —dijo Rodrigo, quien recordaba haber visto algo parecido en libros de historia.

Sin alejarse demasiado, los visitantes empezaron a dar pequeños paseos de ida y vuelta, mirando con curiosidad cada cosa que los rodeaba. La gente local tampoco dejaba de observarlos, pero no se detenían demasiado, les daban alguna ojeada y luego seguían su camino. Estuvieron así durante unos minutos hasta que alguien se dirigió a ellos en español.

—¡Oigan! —les dijo la persona extraña que era solo una muchacha de piel trigueña.

Los recién llegados la miraron con nerviosismo, la chica local sonrió, convirtiendo la ansiedad de los forasteros en curiosidad. En especial en Edwin que hace años no sentía su corazón latir tan fuerte ante la sonrisa de una muchacha.

—Ustedes no son de por aquí, ¿verdad? —preguntó la chica.

—No, venimos de La Paz —dijo Edwin. La chica pensó un poco y volvió a sonreír.

—Son *collingas* ustedes —el acento de la muchacha tenía ese dejo marcado. Los muchachos extranjeros se sorprendieron mucho al oírla.

—¿Tú también vienes de...? —preguntó Edwin.

—Sí, *puej* soy de Santa Cruz —le interrumpió ella, completando la respuesta.

—Pero, pensábamos que nosotros éramos lo únicos que venían de...

—¿Bolivia? —volvió a interrumpir la chica—. No, no son los únicos —agregó extendiendo la mano a Edwin—. Me llamo Berkana.

—Mucho gusto. Yo me llamo Edwin.

—Vos no te *llamáj* Edwin —corrigió ella—, al menos no en Erks.

—Cierto, me llamo Ninurtske...

—Así está mejor —dijo Berkana—. Todos ustedes deben usar bien de sus nombres hiperbóreos porque en Erks esos son los que valen.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —preguntó Edwin.

—Mas o menos. A veces vivo aquí, otras veces regreso a Santa *Cru* para hacer algunas cosas.

—Entiendo —respondió Edwin, totalmente fascinado y sin siquiera disimularlo. Aquella chica sonriente había turbado por completo su mente en pocos segundos.

—Bueno, yo me voy, tengo que llevar un recado. Nos vemos —dijo, retirándose y levantando el brazo en señal de despedida. Edwin no dejaba de verla mientras ella se iba. Oscar se le aproximó y puso su mano sobre su hombro.

—Oye, al menos cerrá la boca para que no se te metan las moscas.

—Sí, claro... —dijo Edwin.

Al cabo de quince minutos Rowena salió del castillo y, con solo una seña de cabeza y tomando las riendas de los caballos, dio la orden de caminar a sus guiados.

Una vez más los recién llegados se vieron rodeados de calles y miradas curiosas. Siguieron caminando silenciosamente, pasando nuevamente por los ocho niveles de la ciudadela, hasta que llegaron a otra gran puerta. Salieron de

la urbe y siguieron por un sendero de piedra hasta llegar a un claro, lejos de los cultivos y los árboles. En el centro habían cabañas de piedra con techo de madera rodeando los troncos secos y las cenizas de una hoguera central. Rowena se detuvo cerca de los troncos y puso la palma frente a ellos, un par de rayos amarillentos se desprendieron de su mano y el fuego inmediatamente se prendió en los leños. Los chicos no podían entender cómo Rowena había hecho aquello.

—Desde hoy ustedes van a vivir aquí —dijo la maestra—. Hay comida en la alacena de sus habitaciones, pero solo les durará una semana. También encontrarán camas y agua fresca para beber y asearse en la parte posterior de sus chozas. El fuego los mantendrá calientes durante los días de helada, no deben dejar que la madera se humedezca. Mañana regresaré y les diré cómo harán sus vidas a partir de hoy. Por ahora descansen.

—¡Espere! —dijo Jhoanna—. ¿Va dejarnos aquí?

—No se preocupen, están seguros —replicó y se retiró sin decir una palabra más.

—Es la bienvenida más cálida que he recibido —ironizó Gabriel, resignado.

Con Rowena ausente, Edwin tomó las riendas de la expedición y empezó a desmontar de los caballos las pertenencias que habían traído. Las pequeñas cabañas tenían forma rectangular. Cada una llevaba un par de camas gemelas de dos pisos en su interior. Había también un par de armarios pequeños, bellamente adornados, un escritorio, una alacena y una chimenea en cada cabaña. Casi pegada a las paredes de madera, en la parte exterior, había una letrina cuya función obvia era procesada por una simple lógica de pozo ciego. Luego de ordenarse un poco, el grupo llegó a un acuerdo para repartir los espacios disponibles. La asignación de las cabañas fue bastante salomónica.

Rodrigo y Gabriel compartirían un espacio, Oscar y Edwin ocuparían el otro, y el último sería habitado por Diana, Rocío y Jhoanna.

Los llegados de otro mundo no tardaron en comprender que el cambio en sus vidas sería mucho más radical de lo que esperaban. Las comodidades de la vida moderna habrían de quedar en el pasado. Desde ese momento todo sería obtenido con dificultad. Tendrían que cortar leña, si querían fuego. Cazar, si deseaban carne. Moler trigo, si apetecían pan. Hilar, si querían ropajes nuevos. Sacar agua del pozo para saciar su sed. Los muchachos lo sabían y se sentían agobiados por las nuevas responsabilidades adquiridas.

Mientras se organizaban y acomodaban sus cosas en sus respectivas cabañas el cielo se nubló repentinamente. Todos salieron a ver el extraño fenómeno atmosférico. Nubarrones viajaban por el cielo a gran velocidad y juntándose en un punto cercano en el otro extremo de la ciudad.

—Qué mierda ocurre aquí... —murmuró Gabriel.

—Estamos en otro mundo, debe ser normal —respondió Diana.

—No, esto no es normal —dijo Rodrigo.

De repente un resplandor breve de luz verdosa se asomó en el horizonte como si fuera un rayo. Cuando Rodrigo lo vio sintió algo constreñirse dentro de su pecho. Llevó su mano al lado de su corazón y empezó a estrujarse la ropa.

—¿Rodri, estás bien? —preguntó Diana al ver los gestos de dolor de su novio.

—Sí, debe ser cansancio —respondió él.

El fenómeno terminó de forma tan abrupta como inició. Los muchachos sentían algo de temor por lo que habían acabado de ver, pero trataron de olvidarlo mientras compartían una cena bastante humilde compuesta por una taza de leche con una pieza de pan para cada uno. Al caer la noche, todos empezaron a retirarse a sus respectivas cabañas, se hallaban exhaustos; pero la ansiedad y el nerviosismo por lo desconocido primaban.

Edwin no podía dejar de pensar en la muchacha que los había saludado cuando llegaron a la ciudadela. Su mirada, su sonrisa, su sola presencia había despertado en él toda clase de sentimientos olvidados largo tiempo atrás. En su interior se había sembrado la semilla de la fascinación por aquella chica y él aún no sabía cómo afrontar ese nuevo reto. No se sentía listo. Oscar tampoco podía conciliar el sueño, pero su insomne situación se debía a la angustia que le daba haber dejado todo atrás. El reto de empezar una nueva vida lo abatía.

En la cabaña de las chicas tampoco había sueño. Rocío pensaba en su madre y se sentía angustiada por ella. Jhoanna también temía que sus padres sufriesen algún daño por las terribles fuerzas que habían desafiado. Pero Diana, lejos de sus temores por su familia, tenía otras angustias en su mente. No podía dejar de pensar en el extraño fenómeno que vieron al llegar a las cabañas, aquellas nubes grises, el resplandor verdoso y algo más: ella había oído a alguien llamarla. Claramente escuchó su nombre cuando aquella luz verdosa pasó como rayo frente a sus ojos. Sentía que alguien conocido estaba cerca y esa congoja no la dejaba descansar.

En la cabaña de Rodrigo y Gabriel el sueño también era un invitado ausente; ninguno de los dos lograba dormir. Gabriel tenía sus ojos fijos en la nada. Lo que más le preocupaba era que las medicinas para la atrofia óptica que sufría

pronto se acabarían y perdería irremediablemente la vista. Sabía que tenía que decírselo a sus amigos, tenía que confesarles que tenía una enfermedad que lo dejaría ciego, pero se rehusaba a inspirar lástima ajena. Rodrigo tampoco dormía, en su mente también existía la creciente sombra de una amenaza que no podía descifrar. Aquel resplandor verdoso había dejado en él la sensación de un peligro latente. Había algo en Erks que él tendría que enfrentar y no podía definir bien qué era. Luego sus pensamientos se posaron en el interior de su mochila, allí había una hoja de papel que titulaba “Prefacios de batalla”, escrita por un primo suyo que no tenía nada que ver con lo que le estaba ocurriendo. Rodrigo no podía dejar de pensar en la relación que aquello tuviera con lo que estaba viviendo en ese justo momento. Finalmente no pudo más con su ansiedad y le habló a Gabriel.

—Che, Gabo, ¿estás despierto?

—Sí.

—¿Te acuerdas de esa carta que leímos en la casa de la Rowena?

—¿Cuál?

—Esa que dice “Prefacios de batalla”

—Ah —hizo Gabriel un esfuerzo, el asunto pronto saltó de su mente—. ¿Esa de tu primo, no?

—Sí, esa. Sabes, es bien anormal el asunto. A ver, pensá, faltan como nueve años para el 2009, y la carta tiene fecha de 14 de noviembre de 2009.

—Bueno, luego de todo lo que hemos visto hasta ahora, creo que ya nada me sorprende...

—Es que... ¿qué rayos tiene que ver el Gaburah con todo esto? Lo veo medio...

—¿Cojudo?

—No, no —dijo Rodrigo—. No sé cómo explicarlo. La verdad es que sentí lástima por él.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. Mi primo Gaburah siempre fue un cuate súper loco y obsesivo. Renegaba de todo y de nada, y siempre estaba maldiciendo; era más fácil ignorarlo. Sabes, él nunca se mostró interesado por lo sobrenatural y ahora tengo una carta escrita por él, en algún futuro...

—Aunque son huevadas, pero pensándolo bien, estamos en otra dimensión. Hemos visto *full* cosas bien anormales, nos han pasado cagadas que a nadie más le pasan. Lo de tu primo no es menos ni más normal que todo lo demás...

Rodrigo sonrió.

—Es lo más inteligente que has dicho en tu vida.

—Yaaa. Tampoco te pases de gil.

—Sabes *bro*, creo que no quiero saber cómo llegó esta carta. No tengo ganas de involucrar a nadie más de mi familia en esto. Mucho menos al Gaburah. No lo merece.

—Vos también medio cabrón eres, ¿no? —replicó Gabriel, con una sonrisa pícara.

El silencio se pegó a las paredes de la cabaña, penetrando la conversación de ambos muchachos. Deseaban alcanzar el sueño. Finalmente Gabriel volvió a hablar:

—Oye, *man*. ¿Vos te imaginabas que este lugar sería así? —preguntó.

—Para nada, va ser jodido vivir aquí —respondió Rodrigo, con voz ahogada.

—¿Sabes?, un día voy a necesitar bien harto de la ayuda de vos y los demás.

—¿Por qué lo dices?

—Somos amigos, ¿no?

—Sí, y todos nos vamos a apoyar.

—Lo sé, *brother*. Oye, ¿extrañarás tu vieja vida? —consultó Gabriel.

—Yo creo que sí, extrañaré las comodidades —dijo Rodrigo.

—Cierto, no habrá más lavadora, cocina, televisión, microondas; nada.

—Ni Nintendo

—¡Cómo extrañaré revolcarte en *Mortal Kombat*!

Rodrigo sonrió por el comentario y quedaron callados otro rato; el sueño iba llegando poco a poco. Ambos chicos trataban de no sentir temor ante el futuro, pero era inútil. Gabriel tenía temor por la ausencia de sus medicinas en Erks, temía quedarse ciego durante el entrenamiento. Rodrigo temía por sí mismo, por esa presencia amenazante y verdosa que en Erks le acechaba; pero su mayor angustia era Diana. Se sentía inquieto de que ella y su hermana no lograsen adaptarse. El fuego de la chimenea alumbraba todos sus angustiosos pensamientos en medio de la noche de Erks.

—Sabes, ya no estoy asustado —murmuró Gabriel, rompiendo el silencio y tratando de mostrar algo de seguridad—. Creo que nos haremos hombres fuertes aquí.

—Sí, hombres rudos y fuertes —replicó Rodrigo, hablando más para sí que para su amigo—. Y lo mejor es que ahora tendré mucho más tiempo para estar con la Diana —afirmó el chico con un tono realmente esperanzador.

—Oye. ¿Qué harás vos si tienes la oportunidad de..., tú sabes..., *wikiwiki* con la Diana?

—Joder, eres un degenerado —respondió Rodrigo, sonrojado.

—En serio pues, *bro*. No te hagas al santurrón conmigo —insistió Gabriel.

—Nada que ver, si el Edwin se entera me podría izar de una bola —dijo Rodrigo.

—Ahhh, eres todo un mariconazo, jajá.

—Ya, dormí *che*.

—Sí, eso haré —una vez más silencio.

—Si tengo la oportunidad de hacerlo con ella, me la comeré enterita —dijo Rodrigo.

—Ya lo sabía. Pendejo —murmuró.

CIVDADELA DE ERKS





(Fehu)

Tercer Misterio, El Pacto de Sangre

Versión del Mito Atlante por Felipe Moyano; adaptación del Círculo de Amatista

Cuenta la leyenda que cuando la Atlántida se hundió, como resultado de la guerra entre sus razas, los Atlantes leales a los Dioses Liberadores del Espíritu realizaron un Pacto de Sangre con los hombres de diversos pueblos guerreros. Mientras que los Atlantes fieles a los Dioses Forjadores del Alma hicieron un Pacto Cultural con hombres de diversos pueblos comerciantes.

El Pacto de Sangre consistía en que los Atlantes leales del Espíritu mezclaron su sangre con los representantes de los pueblos nativos, la mayoría de razas blancas, generando las primeras dinastías de Reyes Guerreros de Origen Divino. Se afirmaron como grandes gobernantes porque descendían de los Atlantes leales, quienes a su vez sostenían ser Hijos de los Dioses. Pero los Reyes Guerreros debían preservar esa herencia Divina apoyándose en una Aristocracia de la Sangre y el Espíritu, protegiendo su pureza racial. Y así lo harían fielmente durante milenios hasta que la Estrategia enemiga, de los que pactaron culturalmente con los Atlantes fieles del Alma, los llevó a quebrar el Pacto de Sangre operando a través de las Culturas extranjeras, cegándolos y enloqueciéndolos por medio del amor ardiente y las pasiones. Aquella falta al compromiso con los Hijos de los Dioses fue causa de grandes males.

El Pacto de Sangre incluía algo más que la herencia genética, desde luego. En primer lugar estaba la promesa de la Sabiduría: los Atlantes leales al Espíritu habían asegurado a sus descendientes, y futuros representantes, que la lealtad a la misión sería recompensada por los Dioses Liberadores con la Más Alta Sabiduría, aquella que permitía al Espíritu regresar al Origen, más allá de las estrellas. Vale decir que los Reyes Guerreros y los miembros de la



Aristocracia de la Sangre se convertirían también en Guerreros Sabios, en Hombres de Piedra, como los Atlantes leales al Espíritu, con solo cumplir la misión y respetar el Pacto de Sangre; por el contrario, el olvido de la misión o la traición al Pacto de Sangre traerían graves consecuencias: no se trataba de un “castigo de los Dioses” ni de nada semejante, sino de perder la Eternidad, es decir, de una caída espiritual irreversible, más terrible aún que la que había encadenado el Espíritu a la Materia. “Los Dioses Liberadores, según la particular descripción que los Atlantes leales al Espíritu hacían a los pueblos nativos, no perdonaban ni castigaban por sus actos; ni siquiera juzgaban pues estaban más allá de toda Ley; sus miradas solo reparaban en el Espíritu del hombre, o en lo que había en él de espiritual, en su voluntad de abandonar la materia; quienes amaban la Creación, quienes deseaban permanecer sujetos al dolor y al sufrimiento de la vida animal, aquellos que, por sostener estas ilusiones u otras similares, olvidaban la misión o traicionaban el Pacto de Sangre, no afrontarían ¡no! ningún castigo: solo era segura la pérdida de la eternidad; a menos que se considerase un ‘castigo’ la implacable indiferencia que los Dioses Liberadores exhiben hacia todos los traidores”.

Respecto a la Sabiduría, dice la leyenda que los pueblos nativos recibían en todos los casos una prueba directa de que podían adquirir un conocimiento superior, una evidencia concreta que hablaba más que las incomprensibles artes empleadas en las construcciones megalíticas: y esta prueba innegable, que situaba a los pueblos nativos por encima de cualquier otro que no hubiese hecho tratos con los Atlantes, consistía en la comprensión de la Agricultura y de la forma de domesticar y gobernar a las poblaciones animales útiles al hombre. En efecto, a la partida de los Atlantes leales al Espíritu, los pueblos nativos contaban, para sostenerse en su sitio y cumplir la misión, con la poderosa ayuda de la agricultura y de la ganadería, sin importar qué hubiesen sido antes: recolectores, cazadores o simples guerreros saqueadores. El cercado mágico de los campos y el trazado de las ciudades amuralladas, debía realizarse en la



tierra por medio de un arado de piedra que los Atlantes leales al Espíritu legaban a los pueblos nativos para tal efecto. Se trataba de un instrumento lítico, totalmente de piedra, diseñado y construido por Ellos, del que no tenían que desprenderse nunca y al que solo emplearían para fundar los sectores agrícolas y urbanos en la tierra ocupada. Naturalmente, ésta era una prueba de la Sabiduría pero no la Sabiduría en sí. ¿Y qué de la Sabiduría?, ¿cuándo se obtendría el conocimiento que permitía al Espíritu viajar más allá de las estrellas? Individualmente dependía de la voluntad puesta en regresar al Origen y de la orientación con que esa voluntad se dirigiese hacia el Origen. Cada uno podría irse en cualquier momento y desde cualquier lugar si adquiría la Sabiduría procedente de la voluntad de regresar y de la **Orientación** hacia el **Origen**. El combate contra las Potencias de la Materia tendría que ser resuelto, en este caso, personalmente; ello constituiría una hazaña del Espíritu y sería considerado en alta estima por los Dioses Liberadores.

Colectivamente, en cambio, la Sabiduría de la Liberación del Espíritu, la que haría posible la partida de todos los Guerreros Sabios hacia K'Taagar y, desde allí, hacia el Origen, solo se obtendría cuando el teatro de operaciones de la Guerra Esencial se trasladase nuevamente a la Tierra. Entonces los Dioses Liberadores volverían a manifestarse a los hombres para conducir a las Fuerzas del Espíritu en la Batalla Final contra las Potencias de la Materia. Hasta entonces, los Guerreros Sabios deberían cumplir eficazmente con la misión y prepararse para la Batalla Final. Y en ese entonces, cuando fuesen convocados por los Dioses para ocupar su puesto en la Batalla, les tocaría a los Guerreros Sabios en conjunto, demostrar la Sabiduría del Espíritu. Tal como afirmaban los Atlantes leales al Espíritu, ello sería inevitable si los pueblos nativos cumplían su misión y respetaban el Pacto de Sangre pues, entonces, la máxima Sabiduría coincidiría con la más fuerte voluntad de regresar al Origen, con la mayor orientación hacia el Origen, con el más alto valor resuelto a combatir contra las

Potencias de la Materia, y con la máxima hostilidad espiritual hacia lo no espiritual.

Colectivamente, pues, la máxima Sabiduría se revelaría al final, durante la Batalla Final, en un momento que todos los Guerreros Sabios reconocerían simultáneamente ¿Cómo? la oportunidad sería reconocida directamente con la Sangre Pura, en una percepción interior, o mediante la “Piedra de Venus”.

*A los Reyes Guerreros de cada pueblo aliado, es decir, a sus descendientes, los Atlantes leales al Espíritu legaban también una Piedra de Venus, gema semejante a una esmeralda del tamaño del puño de un niño. Aquella piedra, que había sido traída a la Tierra por los Dioses Liberadores, no estaba facetada en modo alguno sino finamente pulida, mostrando sobre un sector de la superficie una ligera concavidad en cuyo centro se observaba el Signo del Origen. De acuerdo con lo que los Atlantes leales al Espíritu revelaron a los Reyes Guerreros, antes de la caída del Espíritu extraterrestre en la Materia, existía en la Tierra un animal-hombre extremadamente primitivo, hijo del Dios Creador de todas las formas materiales. Tal animal-hombre poseía esencia anímica, es decir, un Alma capaz de alcanzar la inmortalidad, pero carecía del Espíritu eterno que caracterizaba a los Dioses Liberadores o al propio Dios Creador. Sin embargo, el animal-hombre estaba destinado a obtener evolutivamente un alto grado de conocimiento sobre la Obra del Creador, conocimiento que se resumía en el Signo de la Serpiente; con otras palabras, la serpiente representaba el más alto conocimiento para el animal-hombre. Luego de protagonizar la caída en la materia, el Espíritu vino a quedar incorporado al animal-hombre, prisionero de la Materia, y surgió la necesidad de su liberación. Los Dioses Liberadores, que en ésto se mostraron tan terribles como el maldito Dios Creador Cautivador de los Espíritus, solo atendían, como se dijo, a quienes disponían de voluntad de regresar al Origen y exhibían orientación hacia el Origen; a esos Espíritus valientes, los Dioses decían: **“has perdido el***

Origen y eres prisionero de la serpiente: ¡con el Signo del Origen, comprende a la serpiente, y serás nuevamente libre en el Origen!”.

Así, pues, la Sabiduría consistía en comprender a la serpiente con el Signo del Origen. De aquí la importancia del legado que los Atlantes leales al Espíritu concedían por el Pacto de Sangre: la Sangre Pura, sangre de los Dioses, y la Piedra de Venus, en cuya concavidad se observaba el Signo del Origen. Esa herencia, sin duda alguna, podía salvar al Espíritu si “con el Signo del Origen se comprendía a la serpiente”, tal como ordenaban los Dioses. Pero concretar la Sabiduría de la Liberación del Espíritu no sería tarea fácil pues en la Piedra de Venus no estaba plasmado de ningún modo el Signo del Origen. Sobre ella, en su concavidad, solo se lo podía “observar”. Y lo veía allí solamente quien respetaba el Pacto de Sangre pues, en verdad, lo que existía como herencia Divina de los Dioses era un Símbolo del Origen en la Sangre Pura. El Signo del Origen, observado en la Piedra de Venus, era solo el reflejo del Símbolo del Origen presente en la Sangre Pura de los Reyes Guerreros, de los Guerreros Sabios, de los Hijos de los Dioses, de los Hombres Semidivinos que, junto a un cuerpo animal y a un Alma material, poseían un Espíritu Eterno. Si se traicionaba el Pacto de Sangre, si la sangre se tornaba impura, entonces el Símbolo del Origen se debilitaría y ya no podría ser visto el Signo del Origen sobre la Piedra de Venus. Se perdería así la posibilidad de “comprender a la serpiente”, la máxima Sabiduría, y con ello la oportunidad, la última oportunidad, de incorporarse a la Guerra Esencial. Por el contrario, si se respetaba el Pacto de Sangre, si se conservaba la Sangre Pura, entonces la Piedra de Venus podría ser denominada con justeza “espejo de la Sangre Pura” y quienes observasen sobre ella el Signo del Origen serían “Iniciados en el Misterio de la Sangre Pura”, verdaderos Guerreros Sabios.

Y ahí estaba él, matándose con alcoholes infames en las penumbras de bares de mala muerte. Buscaba en la bebida el abyecto consuelo por todo cuanto había perdido, anestesiar aquella vorágine de ardientes deseos que lo inflamaban por dentro y que parecían el azote constante de sus pasiones bajo su piel sebosa. Quería dejar de recordar, olvidar que su mujer lo había abandonado y que su hija había desaparecido de la faz de la Tierra. ¿Su hija? ¿Acaso no trajo a esa hija al mundo para que sea su perpetua compañía? Claro, para eso la engendró con una mujer cuya fogosa juventud no había sido más que una excusa para el sacro coito de los ebrios inmundos. Pero su hija le salió demasiado hermosa, mucho más que su esposa. Era tan bella y creció tan rápido que él pronto sintió la quemante necesidad de tomarla. Se reprimió tanto como pudo, pero fracasó e hizo lo que quería hacer. Entonces bebía, se perdía en los brazos de Baco y soltaba a sus demonios; es así como tomó por la fuerza el virgo de su hija, ese era su gran secreto.

Sin embargo su hija ya no estaba más con él, ya no podía espiarla en la ducha o al cambiarse de ropa. Ya no podía oler su cuello ni escuchar su voz. Ya no podía acariciar acaloradamente las partes más íntimas de ese cuerpo inmaculado. Ya no podía ser un padre para ella, ya no podría tenerla nunca. Su mujer, o mas bien dicho ex-mujer, le había quitado todo poder sobre su hija. Un día solo abandonó la casa y nunca más apareció. De nada le sirvieron todas las palizas que le había propinado para mostrarle quien era el hombre de la casa. Sus constantes esfuerzos por demostrar su supremacía habían sido vanos y no había nada que lo amargase más que aquello. Necesitaba sentir el poder, saber que hay quienes le temen y aún así le aman, vivir la adulación y la entrega

incondicional de sus dependientes a toda costa. Pero ya no podía ejercer ese poder, se lo habían arrebatado. Por eso se mataba bebiendo, para aliviar el dolor de su castrada autoridad.

Bebía, el padre de Rocío se la pasaba días enteros bebiendo. No tenía empleo, no tenía familia, no tenía casa, no tenía nada. Su ex-mujer se lo había quitado todo y lo único que le restaba, la única razón que le impulsaba a seguir respirando, era su deseo de vengarse. Quería destruir, hacer daño a la hembra que lo había humillado. Quería hacer pedazos a aquellos que la habían ayudado a abandonarlo. Quería recuperar el poder sobre su hija y estar nuevamente dentro de ella sin que nadie ose interponerse. Él debía tener el control total, la supremacía, el gobierno irrefutable de sus marxistas deseos, de sus anhelos dictatoriales hacia naciones enteras. Pero en especial a su familia, la que por norma bíblica debería reverenciarle.

Había gastado ya casi todos sus ahorros en bebida barata. Los alcohólicos de los bares de la Garita de Lima lo conocían bastante bien; “allí está el Mario chupando otra vez”, decían. Algunos se habían hecho sus amigos y por esa razón no lo habían asaltado a pesar de su fama como trabajador de banco, o más bien de ex-trabajador de banco. Al fin y al cabo ya no había mucho para robarle. Lo había perdido todo cuando su mujer lo dejó.

Mario Salas Ibáñez, el padre de Rocío, estaba borracho. Había llegado poco después del medio día y se había pasado tomando varias jarras de ron adulterado antes de caerse dormido sobre la mesa. La cumbia de chichería resonaba a su alrededor, alguno que otro maleante pasaba por su lado y se reía al verlo. Otros llegaban a las mesas circundantes, se repartían el botín de algún asalto y luego se retiraban. Nadie sentía la menor lástima por el inmundo

borracho que, cada tarde, se quedaba dormido en la mesa tres del bar “Corralito” de la Garita de Lima.

Al caer la noche el escándalo de una pelea a cuchillo limpio lo despertó. Dos malandrines se habían peleado durante la repartija de un robo. Uno de ellos le había cortado la cara al otro y el piso había quedado ensangrentado. Mario se levantó con un horrendo dolor de cabeza y abandonó el antro, tambaleándose de un costado al otro. En la calle vomitó un par de ocasiones ante los incisivos regaños de una mujer de pollera que, con infinito asco, vio su mercadería vomitada con los jugos gástricos. Sin rumbo ni orientación, Mario se internó en callejones cubiertos a la umbría de mafias desdeñadas y putrefactas. A pocos metros de él una colegiala de no más de quince años era violada por dos maleantes que la habían cogido desprevenida. Su mochila con todos sus útiles escolares desperdigados en el suelo, había sido abandonada a pocos metros de Mario. Uno de los violadores la sostenía y tapaba su boca mientras el otro le abría las piernas a horcajadas y seguía un hipnótico ritmo con sus caderas. El borracho, testigo de todo el portal, no pudo evitar tener una erección. Había pasado mucho tiempo desde su última relación sexual.

Sin control de sí, el padre de Rocío metió su mano bajo el pantalón y empezó a masturbarse recordando el cuerpo desnudo de su hija, sus olores, sus sabores, y mientras lo hacía su ira iba aumentando. Se practicó el onanismo con tanta fuerza que pronto comenzó a sentir dolor. Cuando acabó, notó que los maleantes se habían ido y habían dejado a su víctima en el piso, totalmente aterrorizada y con un horrible sangrado en la entrepierna. Mario, borracho, se levantó con toda la intención de ayudarla, pero en lugar de ello se echó a correr, metiéndose en calles todavía más recónditas; pensaba que si la policía llegaba creerían que él era el violador. Tropezó con una piedra en el camino y

cayó pesadamente contra una canaleta abandonada en el suelo, cortándose el rostro.

—Mierda —murmuró.

Por un instante cerró los ojos y deseó no abrirlos nunca más, quería quedarse allí mismo y dejar que el abrazo de la muerte acabase con su miseria. Entonces sintió que alguien lo levantaba y le limpiaba la sangre del rostro. Cuando abrió los ojos, vio a un hombre de rasgos asiáticos, piel pálida, iris rojas, y nariz aguileña, cubierto de cabeza a pies con una túnica blanca. Producto de su embriaguez y el momento, el borracho pensó que aquel era un ángel. Entonces el misterioso sujeto soplo sobre el rostro del borracho y de forma intempestiva se sintió totalmente sobrio. Miró a aquel extraño hombre y apenas pudo articular algunas palabras.

—No tengo dinero —dijo el patético alcohólico.

—No quiero tu dinero, Mario —respondió el personaje que le había salvado.

—¿Qué quiere, entonces?

—A ti, hermano, a ti.

—¿C... cómo dice?

—He venido a salvar tu alma.

—No entiendo.

—Escucha. Muchas cosas yo sé sobre ti, como que ahora mismo solo tu odio te mantiene vivo. Las huestes celestiales han decidido darte una oportunidad para que cumplas tu propósito.

—¿Esto es un sueño?

—No —dijo aquel hombre y luego, poniendo su dedo en la frente de Mario, proyectó en su mente imágenes de lugares celestiales—. Si purgas tus pecados

en vida y obedeces la voluntad del Señor, si te arrepientes de tus ultrajes, habrá perdón y recompensa para ti.

—Sí. Sí, haré lo que sea.

—¿Serás instrumento de nuestro Señor, tu Dios?

—Sí.

—Bien. Muy bien.

En ese momento una luz intensa brilló del pecho del hombre de blanco. Miró al deslumbrado hombre dipsómano y besó sus labios con intensidad. Mario no podía resistirse, entró en shock rápidamente y perdió el conocimiento. Cayó al suelo, inconsciente, pero segundos después su cuerpo empezó a convulsionar. Su piel empezó a manar sangre y a ulcerarse horriblemente. Un sinfín de escamas empezaron a salir de sus úlceras. Dos grandes heridas se abrieron en su espalda y de ellas surgieron un par de huesos que se expandieron. En ellos se formó una membrana transparente, similar a las alas de una abeja. De sus dedos se articularon garras. Sus orejas se alargaron hasta quedar puntiagudas. Su piel se fue transformando hasta quedar como la piel de un reptil. Su cabello se cayó rápidamente y de su nuca y de la frente le salieron tres cuernos espirales entre los cuales se encendió una llama rojiza. Sus piernas se deformaron hasta quedar como las extremidades traseras de un carnero. Su columna empezó a alargarse hasta que sobresalió de su cadera, convirtiéndose en una cola rematada con un aguijón. Sus ojos se hundieron dentro de sus cuencas y las facciones de su rostro se desprendieron de su carne hasta quedar como la faz de una calavera. Cuando la transformación concluyó, la bestia abrió los ojos. Su mirada era una ventana al infierno, ojos reptiloides con las pupilas achatadas y dominados por un color amarillento. Se incorporó, batió la cabeza y miró a su amo.

—Un guerrero nacido del odio y la paz —dijo el hombre de blanco—. Dime quién es tu Señor.

—Jehovah —respondió Mario, convertido en bestia.

—Dime quien es tu General.

—Usted, mi señor Héxabor.

—Di mi nombre una vez más.

—Usted es Héxabor, mi Señor.

—¿Y tú quien eres?

—Su esclavo y fiel sirviente.

—¿De quién es tu alma?

—Es suya.

—Entonces harás mi voluntad.

—Sí, amo.

—Te vengarás de la mujer que te lo arrebató todo.

—Sí, amo.

—Tomarás a tu hija y le darás un hijo que traerás ante mí.

—Sí, amo.

—Y purgarás tus pecados en el limbo de Shambalá, donde se te dará el perdón.

—Sí, amo.

—Ahora yo te rebautizo en el nombre de Dios Jehovah. En el nombre del Pueblo de Dios, tú serás un *Golem* de Israel en este mundo. Solo obedecerás a tu nuevo nombre. Tú te llamas Bálaham.

—Sí, amo Héxabor.

—Dime cómo te llamas.

—Yo soy Bálaham, su servidor.

—Cuál es tu misión.

—Acabar con el linaje de Seti y Ramsés. Destruir a los rebeldes que moran en Agartha. Destruir a los invasores que viven en Erks. Exterminar a los Centinelas y a la propia Artemisa.

—Muy bien, Bálaham. Ahora volverás a tu forma humana y acudirás siempre a mi llamado. Yo te daré dinero, poder, placeres y todo lo que necesites como mortal. Y como inmortal en tu alma yo te daré el poder para destruir a todos los que se te opongan.

—Sí, amo Hélixabor.

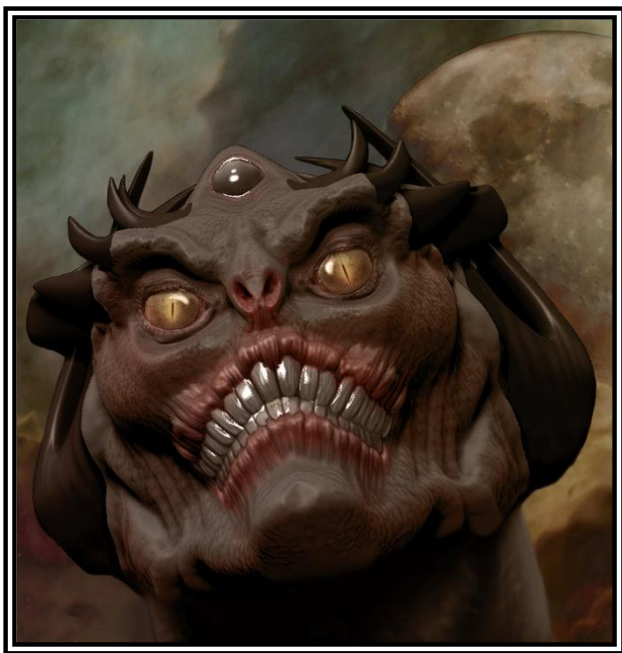
—Me rendirás cuentas a mí y al Tetragrámaton del cielo *Sephiróthico* de Shambalá. Y le rendirás culto y gloria a Jehovah, tu Dios.

—Sí, amo Hélixabor.

—Así me gusta, Bálaham.

Terminada la improvisada ceremonia de sumisión, Hélixabor se esfumó dentro de un resplandor de luz blanca y Bálaham volvió a su forma humana, una vez más era Mario Salas, el borracho padre de Rocío. Pero en realidad ya no era el mismo, tenía todo el conocimiento en su mente. Sabía lo que tenía que hacer. En uno de los bolsillos de su rasgado pantalón encontró varias monedas de oro y sabía perfectamente donde conseguir más. Era un hombre rico y en poco tiempo sería poderoso, él lo sabía. La venganza sería tomada y la que una vez fue su hija sería suya otra vez.

Mario abandonó el callejón, pero antes de irse vio a la chiquilla que había sido abusada aún tendida en el suelo, recogiendo sus útiles escolares y haciendo un sobrehumano esfuerzo por incorporarse. Mario la miró y repasó sus labios con su lengua, saboreando a su próxima víctima, y es que Mario sabía perfectamente lo que iba a hacer con aquella muchacha; ella iba a ser su primera fuente de placer en su nueva vida.

BALAHAM

No existe mejor carne que la de una niña virgen que está por sangrar por vez primera. La puedes devorar, torturar o penetrar, da igual, es exquisito. Su temor es sublime, la promesa de sacrificio y martirio para la gloria del Altísimo. Dejad a las niñas sufrir y sangrar para que Él, en su grandiosidad, tenga piedad y las consuele mientras las digiere. Todo lo demás, todo lo que no sufra, es asqueroso pues no acepta la piedad del Altísimo.

Bálaham

Qhawaq Yupanki era un hombre anciano de cabellera plateada y barbas grises. Su piel blanca tenía varias manchas originadas por el sol y sus múltiples trabajos en la mina y el campo. Su cuerpo estaba totalmente imbricado de numerosas cicatrices causadas en guerras sin determinar y en otras que eran motivo de polémica incluso entre los escribas de Erks. Sus ojos carecían totalmente de pupila o iris, eran solo una esclerótica en blanco cuya eterna expresión era la nada de una mirada sin brillo. Nadie sabía cómo había perdido Qhawaq la vista, pero todos lo conocieron invidente desde un principio.

En algunos registros apócrifos de historia boliviana se habla a menudo de un “indio blanco” que en reiteradas ocasiones adquirió notoriedad por sus intervenciones en el curso de los eventos históricos no solo de Bolivia, sino de todo el continente sudamericano. Algunos estudiosos de Erks e historiadores del Colegio Militar de Bolivia, pertenecientes al Escuadrón Inti, aseveraban que Qhawaq Yupanki era ese “indio blanco”. Eso, contra toda lógica, implicaba que la edad del anciano era de unos 200 años o más. Sin embargo la vida de Qhawaq era un misterio sin resolver, él mismo jamás hablaba de su juventud.

Aunque nadie podía determinar la edad exacta del anciano, lo cierto era que el viejo Qhawaq había vagado por diversos rumbos a lo largo de su vida, interviniendo en cada momento importante de la historia. Algunos anales identificaban al “indio blanco” durante la retoma de La Paz en la Batalla de Ingavi de 1841. Otros documentos hablaban de un “indígena blanco” que asesoró al Presidente boliviano Germán Busch Becerra durante los años de la Guerra del Chaco, en 1932. Producto de la guía del “indígena blanco”, el

General Germán Busch preparó un asalto muy bien planeado para derrocar a David Toro y tomar el poder bajo un gobierno Nacionalista que, sin duda, había protagonizado varios acercamientos con el Gobierno Alemán del III Reich; esta relación derivó en el asesinato de Germán Busch y no así en su suicidio, como dice la versión oficial.

El anciano era descendiente de la ancestral Casa de Skiold. Sus antepasados eran conocidos como Atumurunas y procedían de la región de Schleswig, en el Sur de Dinamarca. En el siglo X existía allí el Reino de Skioldland, que tenía ocho siglos de antigüedad y había resistido a la invasión cristiana de Carlomagno ciento cincuenta años antes.

Los skioldanos eran conocidos por conservar su lealtad a Odín, o Navután, incluso durante la cristianización de Escandinavia; y habían logrado preservar su Piedra del Origen como herencia de los Atlantes blancos. Todo aquello derivó en que Jehovah, la Sinarquía y las huestes celestiales declararan la guerra a la Casa de Skiold. No obstante los continuos ataques de los demonios del cielo, los skioldanos consiguieron mantenerse libres hasta los tiempos del Rey de Alemania Enrique I. En el siglo X, este Rey, que era también Iniciado Hiperbóreo, derrotó al Rey de Dinamarca, Germondo, y conquistó Schleswig; según su costumbre, estableció una marca fronteriza en la región y para tal fin nombró Margrave al Rey de Skioldland, sin importarle si sus súbditos eran o no cristianos. Pero el Reino alemán sí lo era y los *Golen* no tardaron en iniciar una campaña de agitación para forzar la conversión en masa de los vikingos y obligar a su Rey a entregar “los instrumentos del Culto pagano”, entre ellos la Corona que tenía la Piedra del Origen. Sin embargo, nada consiguieron en vida de Enrique I.

Muerto el Rey en el año 936, le sucedió su hijo Otón, quien, a pesar de descender del legendario Vitikind por parte de su madre Matilde, tenía el cerebro lavado por obra de sus instructores *Golen* benedictinos. Otón I deseaba en todo imitar a Carlomagno y comenzó por hacerse coronar Rey en Aquisgrán por el Arzobispo de Maguncia, a lo que seguirían luego varias expediciones a Italia para conocer a los Papas y su investidura imperial en Roma, en el 962.

En el 965, las intrigas de los *Golen* y los demonios celestiales surtieron efecto y una expedición marchó sobre Schleswig: la componían tropas imperiales al mando del General Zähringer y llevaban la misión de convertir al Reino pagano al cristianismo o destruirlo, y, de cualquier modo, secuestrar la Corona real. No había salvación para los vikingos y es así que su Rey, Kollman, les propone abandonar ese país que pronto caería en poder de los Demonios: *“¡Odín guió a nuestros abuelos y les entregó estas tierras; y Él nos manda ahora partir hacia otro Reino allende los mares!”*

El setenta por ciento de la población aceptó la oferta y se hizo a la vela en 220 drakkares, quienes se quedaron fueron pasados a cuchillo por los enfurecidos evangelizadores. La numerosa flota cruzó el Mar Tenebroso y llegó hasta el Golfo de México. Allí florecía la civilización de los toltecas quienes recibieron a los vikingos como “hijos de los Dioses”, es decir, como descendientes de los Atlantes del Pacto de Sangre.

A pesar de haberse impuesto sin problemas a los toltecas y de contribuir profundamente a mejorar su civilización, diez años después el pueblo de Kollman continuó viaje hacia el Sur, quedándose con los toltecas aquellos que habían contraído matrimonio con las mujeres locales. Abandonando México, los Señores de Skiold navegaron hasta Venezuela. Luego marcharon en

dirección al Oeste, atravesando Colombia y Ecuador, y llegarían hasta Quito, desde donde navegarían nuevamente rumbo al Sur. Desembarcaron en Tacna y subieron las montañas del Este, hasta ganar la meseta del altiplano boliviano y encontrarse en Tiwanaku y el lago Titicaca. Era ése el lugar que indicaba la Piedra del Origen como lugar de destino.

En Tiwanaku los skioldanos encontraron una ciudad de piedra a medio destruir, una especie de obra maestra de los Atlantes del Pacto de Sangre. Junto a las ruinas edificaron una población que sería cabeza de un Imperio. Y en la Isla del Sol, levantaron un Templo a la Deidad local, ya que ellos mismos se habían presentado a los collas, pukinas y otros nativos como “Hijos del Sol”. El Imperio vikingo de Tiwanaku prosperó y se expandió hasta el siglo XIV, fecha en que se desató la segunda parte del drama de la Casa de Skiold.

En aquel siglo los skioldanos ya tenían la fama de “Atumurunas”, debido al color de su piel que era blanca y su predilección por la Luna Fría. Habían dominado a todos los pueblos de nativos que habitaban en las cercanías. Uno solo se resistía y no por sus propios méritos sino porque los Atumurunas dudaban entre saberlos libres y lejos, o someterlos a vasallaje y tener que tratar con ellos. Ese pueblo era el de los Diaguitas y la aprehensión de los vikingos procedía de un rechazo casi bioquímico, esencial a las costumbres y cultura de aquéllos. El caso era que si bien la masa de nativos pertenecía efectivamente a las culturas americanas, la casta noble y sacerdotal que los regía tenía una unión poderosa con los demonios del cielo y sus señoríos de ascendencia mediterránea, prácticamente hebrea, misma que cruzó el Pacífico de forma infiltrada junto a varios grupos de asiáticos, turcos, filipinos y japoneses.

Los skioldanos no tardaron en descubrir que la nobleza diaguita ostentaba el más rancio linaje hebreo y sus Sacerdotes se consideraban como los más celosos defensores del Pacto con Jehovah. Profesaban un odio mortal contra los vikingos y los quechuas, y vivían permanentemente hostilizando las fronteras del Imperio de los Ingas Vikingos e Incas Quechuas. Pero siempre se los había controlado; por lo menos hasta el fatídico año de 1315. Aquel año un alzamiento generalizado de tribus diaguitas, al mando de los propios caciques aymaras, se produjo desde la Quebrada de Humauaca hasta Atacama, en Chile, sin que hubiese un motivo justificable por parte del Imperio.

Las noticias que llegaban indicaban que el Gran Cacique Cari había recibido la visita de dos enviados de Jehovah conocidos como Berhaj y Birchaj, quienes los incitaron a la guerra contra Tiwanaku y Cuzco. Ellos le aseguraron el triunfo porque los Diaguitas, decían, pertenecían al Pueblo Elegido por Él y no podían perder. Motivados por esa promesa de victoria los feroces diaguitas y aymaras avanzaron irresistiblemente tras los límites del Imperio, sitiaron Tiwanaku e infiltraron la nobleza Inca mediante intrigas entre los señores de Cuzco y los señoríos tiwanacotas; la infiltración fue tal que, décadas después, los complots generarían la fractura del imperio por la traición de Atahuallpa hacia Huáscar, su hermano. El culto sacerdotal del sacrificio de la llama sería esencial en los siglos venideros para mantener el Ande dividido y al quechuario, debilitado. Después, las tribus aymaras se alzarían con una avanzada cultura para dominar los Pactos de Sangre, misma que se desplegaría desde las ruinas de Tiwanaku y se sostendría mediante una poderosa economía de la coca, la especulación económica y el populismo. Todo su patrimonio cultural estaría orientado al alcohol, las pasiones, la fe ciega y las fuerzas de la materia; iniciaría la Era de Ekeko.

En aquellos años turbios de tribulación, los vikingos finalmente buscaron refugio en la Isla del Sol y se internaron en el Camino de los Dioses. Algunos fueron a Erks para evitar que los demonios del cielo los persiguieran mientras que los Atumurunas Iniciados se introdujeron en la Caverna Secreta Atlante de la Isla de la Luna, Koaty. Donde esperarían a los Señores de Tharsis para poner a buen recaudo su linaje y, muchos años más tarde y por medio de su último descendiente, Qhawaq Yupanki, entrenarían a los guerreros elegidos de las Casas Michelle, Kuklov, Bakari, Horkheimer y otras nobles para enfrentar a los demonios del cielo hacia el primer año del siglo XXI, que era el 2000.

Quizás por la larga tradición de los antepasados de Qhawaq, los Señores de Skiold, es que muchas cosas se decían sobre él. Todos sabían que el anciano tuvo un papel clave durante las guerras ocultas contra los intraterrenos abisales; su sabia guía fue vital en la defensa de la Ciudad del Vaticano. Sin embargo el único evento comprobable y con testigos vivos del inmenso poder de Qhawaq fue durante el asedio de los demonios de Urantía en la batalla del Atlántico, conflicto bélico que enfrentó a varias tropas de diablos submarinos contra las escuadras defensivas de hierofantes islandeses, en las costas volcánicas de Islandia. Todos los sobrevivientes vieron como un rayo letal se desprendía de los ojos del anciano y calcinaba a las huestes demoniacas que trataban de invadir el Círculo Polar Ártico.

En 1984 el único hijo conocido de Qhawaq fue asesinado por el sacerdote Héxabor, dejando en la orfandad a un niño cuya madre había muerto al darle a luz. Sin nadie más en el mundo, el niño cayó bajo la protección de su abuelo quien pronto le convirtió en su aprendiz en la Sabiduría Hiperbórea. Seis años más tarde, en 1990, el viejo Qhawaq volvió a atestiguar la crueldad de Héxabor quien, en complicidad con el demonio Golab, asesinó a un matrimonio islandés

muy cercano a él, tan cercano que Qhawaq fue nombrado padrino de la única hija de la pareja.

Con sus padres muertos, la responsabilidad del bien de la niña también recayó en los hombros del anciano que se decidió a adoptarla y llevársela de Islandia para siempre, criándola junto a su nieto en las ciudades de Sucre y Oruro hasta que fue tiempo de llevar a ambos a la Ciudadela de Erks. Cuando los niños alcanzaron la edad suficiente fueron entrenados para elevar su poder al máximo nivel posible y tener control de él. A esta extraña familia compuesta de abuelo, nieto y ahijada se la denominó como “Primer Cultivo” puesto que los dos niños habían sido señalados por los Dioses durante el Solsticio de Invierno como Centinelas de la Diosa. Habían entrado a un círculo de doce miembros elegidos que serían los guerreros más poderosos de su Umbral. Desde entonces Qhawaq Yupanki junto a su nieto, Rhupay Yupanki, y su ahijada, Valya Willhelmsson, se dedicaron a reunir a los restantes Centinelas con el fin de enfrentar la batalla que se avecinaba.

El viejo Qhawaq yacía sentado a la cabecera de una larga mesa rectangular, aguardando pacientemente a que se estableciera quórum para la reunión del comité de entrenamiento seleccionado. Debido a sus conocimientos y sabiduría, el anciano había sido nombrado hierofante de Erks y entre sus múltiples responsabilidades estaba organizar el entrenamiento de los doce Centinelas. Qhawaq había meditado largas noches en la mejor manera de llevar a cabo su tarea. Hasta había mandado abrir actas de registro con los nombres de cada uno de los chicos elegidos en el ayuntamiento de Erks, su archivo incluía los nombres con los que habían sido bautizados en La Paz, y los nombres hiperbóreos revelados mediante la lectura de las runas. Sin embargo la razón



de aquella junta no era para ordenar el método y forma de entrenar a los chicos, sino para discutir un problema mayor.

La primera en llegar fue Rowena Von Kaiser. Estaba evidentemente agotada pues no había descansado un solo minuto desde que llegara a Erks con su caravana. Ni bien arribaron a la ciudadela fue con sus pupilos al perímetro de entrenamiento y los allá acomodó. Esos eran los términos bajo los cuales Qhawaq y Rowena pactaron la distribución de espacios. Erks no era un lugar que recibiera visitas y la comida estaba medida. Tenían que ser muy selectivos a la hora de recibir nuevos miembros en la comunidad.

—Maestro —dijo Rowena, haciendo una leve reverencia al anciano.

—Bienvenida nuevamente, Rowena Von Kaiser —respondió Qhawaq—. Es una alegría tenerte de nuevo en esta ciudad.

—Ha sido un camino largo.

—El Camino de los Dioses siempre es largo. Pero descuida, en cuanto tus muchachos aprendan a congelar su propio tiempo ya no necesitarán ir por esa vía para regresar a su mundo; podrán viajar, ir y venir, rompiendo directamente la dimensión espacial y temporal del ilusorio mundo de la materia.

Mientras conversaban llegó otro miembro de la comitiva. Vestía un largo gabán oscuro sobre su camisa y pantalón negros. Rowena miró fijamente al recién llegado y esbozó una lobuna sonrisa de satisfacción.

—Aldrick Du Ruelant —dijo Rowena—. Has llegado puntual.

—Por fortuna llegué sin mayores contratiempos.

—Es extraño volver a verte luego de tanto tiempo.

—Lo mismo digo, mi señora Rowena.

—El camarada Aldrick —intervino Qhawaq— llegó hace ya unos días. Estuvo preparando todo para empezar a entrenar a sus discípulos.

Rowena miró al Cruzado de reojo.

—Siempre precavido y disciplinado, Aldrick.

—*Il suffit de faire mon devoir* —replicó el Cruzado.

—*Vous toujours* —contestó Rowena, también en francés.

En aquel momento llegó el cuarto componente del comité. Aquella mujer cuya presencia en Erks se había institucionalizado hace años; acompañada del misterio que la caracterizaba. Miró a todos, asintiendo levemente, y luego Qhawaq hizo una seña a todos para que se sentaran.

—Arika de Turdes —saludó Rowena a la recién llegada—. Es un gusto verla de nuevo.

—Igualmente Rowena —contestó la gitana—. Tendremos mucho trabajo por aquí —miró al Cruzado—. Aldrick, espero esté listo.

—Siempre lo estoy, señora Arika.

—Empecemos —dijo Qhawaq a tiempo de sacar varios pergaminos y ponerlos sobre la mesa—. Estas son las actas de los muchachos en Erks. Las he preparado cuidadosamente para su respectivo archivo. Como verán hemos distribuido ya los grupos de entrenamiento. El Primer Cultivo, que yo dirijo, seguirá siendo compuesto por mi nieto y ahijada. La camarada Arika ha creado su propio círculo de entrenamiento compuesto por Vairon, Berkana y Akinos. Ellos han sido designados como el Cuarto Cultivo —hizo una pausa y agregó—: El Segundo Cultivo será compuesto por Lycanon, conocido como Rodrigo en su otro mundo; Dianara, antes Diana; Rit, que es Rocío; y Gorkhan, Gabriel. Rowena Von Kaisser será la mentora de ese grupo; si es que no objeta en contra —dijo Qhawaq, mirando a la rubia mujer.

—Estoy familiarizada con ellos —dijo Rowena—. Por mí estará bien.

—Perfecto —replicó Qhawaq—. En cuanto al Tercer Cultivo, que Aldrick Du Ruelant entrenará, estará compuesto por los más grandes: Ninurtske, conocido como Edwin entre los suyos; Hagal, antes Oscar; y Debla, a la que llaman Jhoanna.

—Ninurtske, el Tauro, es el que detenta el eje carismático del grupo, ¿cierto? —dijo Aldrick; el anciano asintió.

—Él ya tiene entrenamiento militar y es un líder nato. Los demás lo seguirán sin importar a dónde vaya. Por eso, camarada Aldrick, es importante que sea cuidadoso en el entrenamiento de estos chicos. Sé que son sus primeros discípulos, pero estoy plenamente seguro que será un gran mentor hiperbóreo.

El anciano hizo rodar los pergaminos de sus respectivos discípulos a cada maestro.

—Guarden bien esos documentos, les servirán incluso como salvoconductos ante las instancias estatales del mundo del que vienen —dijo Qhawaq, movió levemente su cuello contracturado para liberar algo de presión y continuó—: Ahora a lo que vinimos. Tengo que informarles que ha surgido un grave problema a nuestros planes, algo que temíamos podía ser lo peor que podría ocurrir y que, desgraciadamente, hemos confirmado. Arika les explicará.

Cedió el anciano la palabra, fijando sus ojos invidentes en dirección a la gitana. El viejo se expresaba como si pudiera ver; sin embargo, aquello no era porque realmente viese algo, sino que podía percibir las energías de quienes le rodeaban. Arika empezó su explicación:

—Los números cuadran a la perfección. Los doce elegidos se encuentran en Erks y, tal como fue encomendado, el Hajime de Plata vino con ellos, en manos de Lycanon y Dianara. El Arco de Artemisa sigue perdido, aunque parece que ya

tenemos algunos indicios de su ubicación. Según el mito, cuando el lobo y la osa se juntan en frío amor y unen las dos piezas del Hajime de Plata, el sello que mantiene encerrado el poder del Arco se rompe y la Piedra del Origen que lleva incrustado se activa ante el poder de la Sangre Pura de su portador; que en esta era, será Dianara. Pero para manejar ese poder es necesario que las doce bestias hiperbóreas estén reunidas y, aunque tenemos doce elegidos, no tenemos doce bestias.

Aldrick y Rowena fruncieron el ceño, extrañados.

—¿Podría explicarnos? —pidió el Cruzado.

—Lo que ocurre —continuó Arika— es que el lobo fue partido y su espíritu fragmentado en dos mitades durante su encarnación. El pasado año, a cercanías del Solsticio Austral de Verano que en ese mundo llaman Navidad, fui a buscar a los posibles portadores elegidos por los Dioses para tener el Hajime de Plata. Me disfracé como adivina en una feria de Navidad que se celebraba en la ciudad de La Paz, Bolivia. Me quedé varias semanas esperando que la profecía de mis antepasados se cumpliera y llegaran a mi tienda esos elegidos. Cuando perdía las esperanzas Dianara y Lycanon entraron a la tienda. Casi de inmediato supe que eran ellos, pero preferí asegurarme mediante la lectura de las runas. Vi que el lobo estaba incompleto, Lycanon yacía fragmentado. Tiempo después Qhawaq me lo corroboró. Días previos había seguido la pista a Héxabor que, como ya saben, anda merodeando por La Paz. Asesinó cruelmente a una pareja de esposos, con un único hijo, al que apenas rescaté. Héxabor quería matar al muchacho, yo no comprendía la razón, él parecía ser un niño normal, dormido, como todos los habitantes de aquel mundo. Sin embargo descubrí que aquel chico tenía Sangre Pura, un largo linaje con tradición cátera y un Espíritu guardián que, coincidencia o no, era Gery, el lobo gemelo de Freky, guardián de Lycanon.

—¿Qué pretende insinuar? —interrumpió Rowena.

—Lo que estoy diciendo es que el Décimo Misterio, el de los Lobos Gemelos, es textualmente aplicable a este caso. Cuando el lobo hijo del Fenrir descarnó a la muerte del portador, algún demonio de *Shambalá* fracturó a la bestia, partiéndola en dos mitades. Una reposa en Lycanon y la otra en mi discípulo, Vairon.

—Pero —intervino Aldrick—, si estos dos niños llevan dos mitades de una bestia hiperbórea y los elegidos son doce, significa que solo tenemos once bestias. ¿Dónde esta la doceava bestia?

—No encarnó en esta era —respondió Qhawaq—. La bestia faltante es el águila.

—No podremos usar El Arco de Artemisa con once bestias —dijo Rowena—, el cerco estratégico no cerrará si no las reunimos todas, ni el Arco estará al máximo de su poder.

—Sin embargo tenemos una oportunidad —agregó la gitana—. Si encontramos a una persona de Sangre Pura que lleve vigilancia de Espíritu Guardián y lo entrenamos, invocaremos al Águila.

—¿Y qué ocurrirá con los niños que comparten la bestia Lobo? —preguntó Aldrick.

—Uno de ellos morirá y desaparecerá sin remedio —respondió Qhawaq—. Es una lástima que tenga que ser así, pero es nuestra única oportunidad.

—¿Y cuál de ellos morirá? —volvió a preguntar el Cruzado.

—El que sea menos Puro de Sangre —dijo el anciano—. No tenemos más remedio que aguardar y entrenar a ambos hasta que solo uno quede en posesión del Lobo. Por ahora solo hay que preocuparse de que los elegidos presentes en Erks despierten su poder. Si ellos despiertan, aunque la doceava bestia esté ausente, podremos hallar El Arco de Artemisa. Entonces se manifestará un treceavo elegido que será el portador del Águila y uno de los

gemelos Lobo morirá para completar la bestia que ahora se halla fragmentada en dos portadores diferentes.

—En verdad —intervino Arika—, el Demiurgo y sus demonios del cielo han mostrado toda su crueldad en esta acción sin nombre. No sé mediante qué clase de magia maldita pudieron capturar al Lobo y partirlo en dos, pero cuando la bestia, el hijo del Fenrir despierte, tomará venganza por esto, estoy segura.

—Y mientras tanto —dijo Rowena—. Solo podemos hacer el trabajo que los Dioses nos asignaron y esperar la ayuda de Odín. Señores, enfrentamos el peor escenario de acción que podríamos imaginar, el resto será solo por fuerza de voluntad o designio divino. Que Artemisa y Atena nos guíen...

 QHAWAQ


*Solo a dos cosas le debes temer: a sufrir la
indiferencia de los Dioses y a perder tu única
oportunidad de regresar al Origen.*

Qhawaq Yupanki



(Raido)

Cuarto Misterio, La Estrategia Odal

Versión del Mito Hiperbóreo por Felipe Moyano; adaptación del Círculo de Amatasta

Las leyendas cuentan que los Dioses Liberadores jamás hablaban de paz sino de Guerra y Estrategia. La Estrategia consistía en mantenerse en estado de alerta y conservar el sitio acordado con los Atlantes Leales a los Dioses Liberadores, hasta el día en que la Guerra Esencial se trasladase nuevamente a la Tierra. Y esto no era la paz, sino la preparación para la guerra. Pero cumplir con la misión, con el Pacto de Sangre, mantener al pueblo en estado de alerta, exigía un modo de vida especial que les permitiese vivir como extranjeros en la Tierra. Y es que uno de los misterios más grandes del Espíritu es que los seres humanos no somos nativos de la Tierra. Fuimos encadenados a una existencia carnal en un mundo material lleno de aire, tierra, fuego y agua. Por esa razón los Dioses Leales mandaron a los hombres vivir como forasteros en un mundo ajeno a ellos.

Los Atlantes del Pacto de Sangre habían transferido a los pueblos humanos el mensaje de los Dioses Leales y por eso era tan importante vivir de forma estratégica, es decir, como extranjeros. Para lograrlo se les dio a los hombres una técnica secreta conocida como “La Estrategia Odal” u “Oposición Estratégica”, misma que comprendía la Ocupación de un territorio, el Cerco de ese territorio y luego la Muralla alrededor de él; tres conceptos complementados por aquel legado de la Sabiduría Atlante que eran la Agricultura y la Ganadería.

En primer lugar, los pueblos aliados de los Atlantes Liberadores no deberían olvidar nunca el principio de la Ocupación del territorio y tendrían que olvidarse definitivamente de que la tierra les pertenece. En otras palabras, la



tierra habitada era tierra ocupada y no tierra propia; ¿ocupada a quién?, al Enemigo, a las Potencias de la Materia. Este convencimiento bastaría para mantener el estado de alerta porque el pueblo ocupante estaba consciente de que el Enemigo intentaría recuperar el territorio por cualquier medio: bajo la forma de los pueblos nativos aliados a los Atlantes del Pacto Cultural con los Dioses Traidores, como otro pueblo invasor o como adversidad de las Fuerzas de la naturaleza. Creer en la propiedad de la tierra, por el contrario, significaba bajar la guardia frente al Enemigo, perder el estado de alerta y sucumbir ante Su Poder de Ilusión.

Comprendido y aceptado el principio de Ocupación, en segundo lugar, los pueblos de hombres debían proceder a cercar el territorio ocupado o, por lo menos, a señalar su área. ¿Por qué? porque el principio del Cerco permitía separar el territorio ocupado del territorio enemigo: fuera del área ocupada y cercada se extendía el territorio del Enemigo. Recién entonces, cuando se disponía de un área ocupada y cercada, se podía sembrar y hacer producir a la tierra.

En efecto, en el modo de vida estratégico heredado de los Atlantes Leales, los pueblos de los hombres estaban obligados a actuar según un orden estricto que ningún otro principio permitía alterar.

En tercer lugar, después de la ocupación y el cercado, recién se podía practicar el cultivo. La causa de esta rigurosidad era la importancia que los Atlantes Leales atribuían al cultivo como acto capaz de liberar al Espíritu o de aumentar su esclavitud en la Materia. La fórmula correcta era la siguiente: si un pueblo de Sangre Pura realizaba el cultivo sobre una tierra ocupada, y no olvidaba en ningún momento al Enemigo que acechaba afuera, entonces, dentro del cerco, sería libre para elevarse hasta el Espíritu y adquirir la Más Alta Sabiduría. En caso contrario, si se cultivaba la tierra creyendo que es propiedad



de quien la cultiva, las Potencias de la Materia emergerían de la Tierra, se apoderarían del hombre, y lo integrarían al mundo, convirtiéndolo en un objeto de los Dioses Traidores; en consecuencia, el Espíritu sufriría una caída en la materia aún más atroz, acompañada de la ilusión más nociva pues creería ser “libre” en su propiedad cuando solo sería una pieza del mundo creado por los Dioses.

Quien cultivase la tierra, sin ocuparla y cercarla previamente, y se sintiese su dueño o desease serlo, sería invadido por la ilusión del mundo y experimentaría la alucinación de pertenecer a él. La propiedad implica una doble relación, recíproca e inevitable: la propiedad pertenece al propietario tanto como éste pertenece a la propiedad. El hombre que se sintiese pertenecer a la Tierra quedaría desguarnecido frente al Poder de Ilusión del Enemigo: no se comportaría como extranjero en la Tierra; como el hombre espiritual que cultiva en el cerco estratégico, más bien se arraigaría y amaría a la tierra; creería en la paz y anhelaría esa ilusión. Se sentiría parte de la naturaleza y aceptaría que el “todo” es Obra de los Dioses; se empujearía en su grandeza y se asombraría de la maravilla de la Creación que lo rodea por todas partes; no concebiría jamás una salida de la Creación. Antes bien, tal idea lo sumiría en un terror sin nombre pues en ella intuiría una herejía abominable, una insubordinación a la Voluntad del Creador que podría acarrearle castigos imprevisibles; se sometería al Destino, a la Voluntad de los Dioses que lo deciden y les rendiría Culto para ganar su favor o para aplacar sus iras; sería ablandado por el miedo y no tendría fuerzas, ni para oponerse a los Dioses, ni siquiera para luchar contra la parte animal de sí mismo. Tampoco tendría fuerzas para que el Espíritu dominase sus sentimientos y pensamientos. Jamás podría transformarse en el Señor de Sí Mismo.

Finalmente el principio de la Muralla era la aplicación final del principio del Cerco, su proyección real. De acuerdo con la Sabiduría Lítica de los



Atlantes Leales, existían muchos Mundos en los que el Espíritu estaba prisionero y en cada uno de ellos el principio de la Muralla exigía diferente aplicación: En el mundo físico, el de los hombres, su aplicación correcta conducía a la Muralla de Piedra, la más efectiva trinchera estratégica contra cualquier presión del Enemigo. Por eso los pueblos de los hombres que iban a cumplir la misión, y participaban del Pacto de Sangre, eran instruidos por los Atlantes Leales en la construcción de murallas de piedra como ingrediente fundamental de su modo de vida: todos quienes ocupasen y cercasen la tierra para practicar el cultivo, con el fin de sostener el sitio de una obra de los Atlantes Leales, tenían también que levantar murallas de piedra. Pero la construcción de las murallas no dependía solo de las características de la tierra ocupada sino que en su construcción debían intervenir principios secretos de la Sabiduría Hiperbórea, principios de la Estrategia de la Guerra Esencial, principios que solo los Iniciados en el Misterio de la Sangre Pura, los Guerreros Sabios, podían conocer. Los Atlantes Leales aconsejaban “mirar con un ojo hacia la muralla y con el otro hacia el Origen”, lo que solo sería posible si la muralla se hallaba orientada de algún modo hacia el Origen.

—¡Papá, papá!

—Tranquilo, hijo, quédate tranquilo.

—¡No puedes hacerme esto, no puedes dejarme!

—Gabriel, hijo mío, no te sientas triste por mí, yo ya he cumplido con mi misión de vida.

—No, viejo, no es cierto. ¡Aún te necesito!

—Debes aprender a ser hombre por ti mismo, hijo. Yo confío en ti y sé que eres capaz de hacer cosas que ningún otro ser humano podría. Eres mi mayor orgullo y mi más grande logro. Estoy orgulloso de ti, Gabriel.

—¡Papá, no te vayas, no me dejes!

—Sé fuerte hijo mío. Cuida a tu madre y a tus amigos.

—¡Espera!

—Esa chica, Rocío, realmente me gusta para ti. Tómala por esposa y ten hijos con ella para que continúen la Misión Familiar de tu madre, de los Horkheimer.

—¡No, detente!

—Me gustaría tener un linaje tan antiguo como tú y como tu madre, hijo, pero no tuve suerte.

—¡Escúchame maldición, espera!

—Salva al mundo, Gabriel, libera a los Espíritus encerrados en este mundo infernal. Vence a Yahvé, demuéstrole a ese tirano que cometió el peor error de su existencia al aprisionarnos en su asquerosa Creación.

—Por favor, papá, no lo hagas...

—Serás un gran hombre, Gabrielito. Gracias por todo. Ahora ve y lucha, Gorkhan Corcel Indomable.

—¡¡¡NO PAPÁ!!!

El calendario marcaba martes 18 de abril del año 2000. Un abogado y su cliente abandonaban los Juzgados de la ciudad de La Paz. En sus rostros se avizoraba un aire de tranquilidad luego del complicado juicio y las múltiples audiencias a las que ambos tuvieron que asistir luego que la Contraloría iniciara un proceso al cliente del abogado por evasión de impuestos. Finalmente saltaron las pruebas de un complot y una red de corrupción dentro del aparato judicial boliviano. Alguien había comprado las influencias de dos fiscales, un contralor del Estado y un juez para llevar a la quiebra y posterior muerte civil a Erik Cortez Avendaño, un empresario cuyos negocios vieron su fin en manos de los usurpadores del Poder. El empresario, sin embargo, estaba preparado para el complot que se armó en su contra y vendió absolutamente todas sus propiedades y posesiones antes de los juicios. Remató las acciones de su compañía y luego puso el dinero en varias cuentas bancarias a nombre de otras personas. Después, junto a su abogado, se batió en un duelo final ante un fiscal cuya firme intención era la de encerrarlo por los cargos que sopesaban sobre él y, después, mandar su asesinato ritual dentro de la prisión; esas eran las órdenes de la Sinarquía, del Superior Hécabor. Pero el patético fiscal falló y sabía que le esperaba una horrible, lenta, dolorosa e inimaginable muerte. Por eso, luego del juicio, fue a su apartamento donde se pegó un tiro en la cabeza. El suicidio del fiscal fue noticia a nivel nacional.

Erik Cortez había triunfado en su última batalla como parte civil del mundo material, pero su victoria quedaba eclipsada ante la infinita nostalgia que sentía por su proge. Erik extrañaba entrañablemente a Gabriel, su hijo, y sentía el

acoso constante de la angustia al saberlo sin sus medicamentos para retrasar la atrofia óptica que, sin remedio, habría de dejarlo ciego.

Después de la audiencia resolutoria del caso, Erik Cortez junto a su abogado fueron a comer un par de empanadas acompañadas de una gaseosa para celebrar. Promediaban las 16 horas y ambos estaban cansados por el desgaste nervioso.

—Anímate, Erik. ¡Ganamos el caso! —decía el abogado, animoso.

—Me gustaría sentirme feliz, pero aún tengo muchas cosas en qué pensar —respondió—. Necesito algo de tiempo, un respiro.

—Entiendo —dijo el abogado, dando un ligero golpecito en la espalda de su cliente—. Por cierto, Ursus llamó para preguntar los resultados del juicio —Erik miró a su abogado con interés—; le dije que todo había salido bien.

—Pensé que a ese sujeto no le agradábamos mucho.

—A él nadie le agrada mucho, pero se preocupa por ustedes.

El abogado que defendió el caso de Erik había sido el mismo que tramitó el divorcio de los padres de Rocío. Él, junto a Ursus de la Vega, se habían hecho cargo de borrar de todos los archivos nacionales la existencia de los chicos elegidos y, ahora, también de sus familiares más cercanos. El Padre Bernardo Clementi, Ursus de la Vega y el abogado de Erik habían fraguado un plan para hacer aparecer “muertos” a todos los involucrados en la guerra que se avecinaba. Incluso las actas de defunción estaban listas. El último eslabón a romper eran los juicios de Erik Cortez y con ello todo estaría listo para el golpe final.

—¿Y el Padre Bernardo ya está al tanto? —preguntó Erik, el abogado asintió.

—Yo mismo telefoneé mientras comprabas las empanadas.

—Eso significa que es todo, estamos libres de la vida civil.

—No te confíes demasiado. Hasta que no hayas “muerto”, en cualquier momento podrías ser convocado a defenderte de nuevos procesos. Tal y como vi, la “fuerza de la carnada” está dando dura guerra y no dudaría que empiecen a culparte a ti o a cualquiera de los otros por las cosas más estúpidas.

—¿Qué pasará cuando tengamos nuestras actas de defunción?

—Lo que Ursus instruyó que ocurriría. Ustedes deberán quedarse en el claustro y esperar.

Erik sonrió con cierto dejo de incredulidad, como si lo que hubiera escuchado fuese una tontería.

—Dudo que los otros quieran quedarse años encerrados en un claustro.

—Es la única manera de ayudar a sus hijos.

—Tan solo me gustaría que mi hijo se hubiera llevado las medicinas para sus ojos.

—Quédate tranquilo, Ursus dijo que en Erks lo tratarían; confía un poco.

Ambos hicieron una pausa cuando sus empanadas llegaron a su mesa. Comieron hablando pausadamente de las anécdotas del juicio. Había sido una dura guerra legal en la cual tuvieron que realizar ingeniosas estratagemas para evitar caer en los callejones sin salida que la fiscalía les preparaba para cada audiencia. Entonces, mientras conversaban, un hombre conocido para ambos entró por la puerta principal de la pastelería, se sentó y pidió una taza de café. El aparecido vestía un elegante traje oscuro protegido tras una gabardina café.

Llevaba lentes oscuros y un sombrero marrón. El primero en notarlo fue el abogado que llamó la atención de su cliente.

—Erik, ¿no es aquel Mario Salas? —preguntó disimuladamente, señalando con un ligero gesto de sus ojos hacia el recién llegado. Erik lo miró con sigilo y asintió.

—Es él.

—Carajo —masculló el abogado—. Seguro estará muy molesto por todo el asunto del divorcio de su esposa.

El hombre de gabardina no era otro sino el padre de Rocío, aquel ebrio destruido que había pactado con los demonios del cielo a cambio de venganza. Había seguido a Erik y a su abogado desde que ambos salieron de los Juzgados y, mientras ambos se distraían con una conversación casual, Mario ingresó a la confitería y se sentó cerca para observar a sus presas. Arrastrados por la incómoda situación, Erik y su abogado pidieron la cuenta y se alistaron para retirarse.

Cuando la mesera les devolvió el cambio, se pararon y se marcharon con presteza. Caminaron algunas calles hasta llegar al pasaje peatonal situado detrás de la Casa de la Cultura. Tarde comprendieron que su ruta no había sido la más adecuada. Debido a unas refacciones, el pasaje estaba más vacío que de costumbre, solo una dulcera gremial llenaba con su presencia el amplio espacio que yacía entre los muros de la Casa de la Cultura y las tiendas cerradas del otro costado. La desembocadura a la Avenida Mariscal Santa Cruz estaba cerrada así que ambos hombres no tenían más remedio que volver tras sus pasos. Sin embargo Mario Salas los estaba esperando a la salida del pasaje, cerrándoles el paso. El encuentro con él era inminente.

Erik avanzó firmemente, dirigiéndose por un costado de Mario, pero este se le puso en frente con una sonrisa siniestra dibujada en su rostro demacrado, cubierto tras sus amplias gafas redondas, oscuras, y bajo la maraña desaliñada de pelo que caía por pequeñas hendiduras entre su cabeza y el sombrero.

—Por favor, señor Salas. Este no es el momento —intervino el abogado. Mario le lanzó una mirada despectiva, casi displicente, desapasionada.

—Ustedes me deben dinero —dijo al fin Mario.

—Aquí nadie te debe nada —repuso Erik, molesto.

—Claro que sí, me deben por todo el daño que me hicieron, y a mi familia.

Contestó Mario y elevó la mirada a Erik. Cuando sus ojos se encontraron se estableció una tensión intensa entre ambos. Sin embargo Erik sintió que algo no andaba bien. El inmundo alcohólico que golpeaba a su esposa y abusaba sexualmente a su hija parecía haber desaparecido. Su lugar había sido suplantado por una presencia más tétrica, más inflamada de maldad.

—Veo que no tienen intenciones de darme mi dinero —farfulló Mario. Erik sonrió arteramente y agregó:

—Ha perdido, ¿comprende? El único culpable de todo lo que le ha ocurrido es usted.

—Deja ya esos airecillos de intelectual —dijo Mario—. Yo sé perfectamente mis equivocaciones y pude haber enmendado mi error si tú, maldito estúpido, no hubieras intervenido junto a este tinterillo de mierda —dijo, señalando al abogado de Erik—. Van a pagar por esto.

Erik comprendió que tenía que retirarse pronto si deseaba evitar una escena.

—Si no me da paso —dijo Erik—. Voy a tener que retirarlo yo mismo.

—Caballeros, por favor —intervino el abogado—. Resolvamos esto de forma civilizada.

Mario esbozó una sonrisa siniestra, observando al abogado como si fuera un niño que acababa de decir una tontería.

—¿Civilizados, eh? —murmuró Mario.

Erik seguía con su pecho pegado al de Mario, con la misma postura desafiante en la que ambos se quedaron luego que el desenfrenado Mario le cerrara el paso a Erik. Entonces, sin aviso alguno, la propia naturaleza empezó a dibujar un escenario completamente antinatural. La luz del día poco a poco empezó a opacarse, como si densas nubes cubrieran por completo al astro diurno, sin darle oportunidad de regar con sus rayos la superficie de la Tierra. El sonido de autos, gente y sirenas de policía a lo lejos fue acallándose y la temperatura empezó a subir rápidamente. Solo estos trastornos del orden natural fueron lo bastante fuertes para que Erik se diera cuenta que la situación había sobrepasado con creces su entendimiento, la anunciada riña callejera que parecía avvicinarsi se estaba convirtiendo en una pesadilla. Lentamente Erik empezó a alejarse de Mario, sintiendo que la sangre se le coagulaba del miedo. El abogado de Erik, que pronto comprendió el problema en el que se habían metido, echó a correr hacia la Avenida Mariscal Santa Cruz con la firme intención de saltar la reja de seguridad que cortaba el paso y huir hacia algún lugar lejano de aquel macabro rincón urbano, convertido en un pedazo del infierno más dantesco imaginado.

Mario echó un suspiro cuya exhalación emanó vapores amarillentos de su boca. Levantó el brazo con la palma de la mano abierta hacia el abogado, que corría presa del pánico. Su carrera duró poco, repentinamente no pudo mover su cuerpo y cayó aparatosamente al suelo.

—Ahora vuelve a pedir que seamos civilizados —dijo Mario, en voz alta.

Erik, al ver que su abogado estaba en aprietos, embistió a Mario con todas sus fuerzas, pero todo lo que logró fue moverlo solo unos centímetros. El hombre poseído por una sobrenatural fuerza demoníaca bajó la vista para observar a Erik que le practicaba una fuerte llave a la cintura. Mario solo tuvo que sacudirse un poco para empujar a Erik a casi dos metros de distancia. El abogado, que aún no podía moverse, miró como Erik, un hombre alto, grande y fornido, había sido empujado de una sola sacudida y comprendió que no tenía esperanzas de enfrentar tal fuerza. No terminaba de asimilar el terror que lo asediaba cuando un agudo dolor empezó a estremecer su cuerpo entero. Mario no había bajado el brazo, aún apuntaba hacia el abogado. Erik sacudió su cabeza y cayó presa de un horror nauseabundo cuando notó que su abogado empezaba a hincharse. El desafortunado hombre daba alaridos monstruosos mientras su cuerpo era cubierto de llagas y laceraciones que dejaban su carne al rojo vivo, como si estuviera siendo cocinando de adentro para afuera. Sus ojos explotaron, su pelo se cayó, su abdomen se abrió dejando escapar las entrañas de su cuerpo y acto seguido su cuerpo entero estalló, regando de tripas, sangre y toda suerte de fluidos aquel pasaje que se había convertido en un portal infernal.

Mario sonrió, dejando escapar una risa muy leve, imperceptible. Su rostro denotaba el placer que sentía en el sufrimiento de otros. Luego su mirada se

dirigió a Erik que ya se había meado los pantalones ante la terrorífica presencia de aquel hombre, de aquel alcohólico cobarde que había dejado su condición de ebrio, de ser humano, para convertirse en una criatura monstruosa.

—Me hubiera gustado el dinero —murmuró Mario—. Pero tomaré tu dolor como pago.

Ante los aterrorizados ojos de Erik, Mario Salas empezó a transfigurarse con un halo de escarlata luz demoníaca, con bordes dorados como el oro y la médula roja como la sangre.

—¡Qué... qué eres! —destapó Erik su voz, casi gritando.

—Yo soy tu verdugo —respondió el ser—. Mario Salas ya no existe, ahora soy Bálaham.

Erik casi podía presentir el fin que le esperaba. Todos sus pensamientos se dirigieron a su hijo, Gabriel, y a su esposa, Helga. Recordó cada instante que pasó al lado de su familia y no podía evitar pensar en todas las cosas que no vivieron, en todo lo que no les dijo en vida, en todos los bellos momentos que le habían sido arrebatados por un destino loco y cruel. Erik apretó fuertemente los ojos, esperando la muerte, y quiso llorar de rabia, de frustración, de impotencia, del miedo; pero sus ojos se habían secado ante las tinieblas ardientes que le rodeaban. Entonces se hizo consciente del tiempo, había pasado un buen rato desde que Bálaham hubiera dictado sentencia de muerte, pero Erik aún respiraba. Cuando abrió los ojos, el hombre trasfigurado ya no estaba ahí, en su lugar había una bestia de pesadilla. Parecía un reptil con alas de insecto. El monstruo ya no le miraba, sino que había clavado su vista hacia



un lugar fijo en el cielo. Erik también observó en la misma dirección, pero no podía ver nada.

—¡Quien se atreve a interrumpirme! —bramó la bestia Bálaham hacia el cielo.

No hubo respuesta del cielo, solo silencio infinito.

—¡Este hombre debe morir! —volvió a hablar la bestia.

No hubo respuesta. Entonces Bálaham fijo su vista amarillenta en Erik.

—Sufrirás, Erik Cortez, sufrirás por los pecados de tu hijo y tu esposa —sentenció Bálaham.

Erik estaba resignado, pero cuando el final parecía inminente una lanza cayó sobre el monstruo. Entró por su hombro y salió por un costado de su cuerpo, haciéndole perder el equilibrio. Trastabilló varios pasos y cayó con un peso y fuerza terribles sobre uno de los muros de la Casa de la Cultura. La pared cedió por la intensidad del golpe y enterró en escombros a Bálaham. Erik aún no podía creer lo que acababa de ver. Elevó su vista hacia el lugar de donde la lanza cayó y vio a un jovencuelo parado sobre la punta de un poste. Llevaba un largo abrigo con detalles de aguayo en los hombros, el torso desnudo, un pantalón negro de cuero oscuro y botas de correa.

El joven bajó del poste y cayó ligeramente cerca de Erik, entonces le pudo reconocer.

—Tú...

—Buenas tardes, señor Cortez —saludó el chico.

Sin duda aquel era el joven extraño del que Gabriel, su hijo, le habló aquel mes de octubre de 1999; justo después del ataque de los pandilleros que casi los matan. Los niños habían dicho que sus vidas fueron salvadas por un extraño muchacho vestido con un abrigo con detalles de aguayo en los hombros y armado con una lanza. Su nombre era..., era...

—Rhupay —murmuró Erik, casi sin poder creerlo.

—Debo sacarlo de aquí —respondió—. Si nos quedamos más tiempo nunca más podremos salir.

—¿Salir?, de qué hablas...

—De la Umbra, señor Cortez —replicó Rhupay, ayudando a Erik a incorporarse—. En este momento ya no estamos en la dimensión en la que usted vive, hemos sido arrastrados por alguna clase de fuerza al limbo entre dimensiones.

—No... no lo entiendo...

—No trate de tender, solo camine.

Rhupay y Erik dejaron atrás el pasaje peatonal y empezaron a deambular por las calles adyacentes. Erik se llevó un susto aún más intenso cuando notó que la ciudad estaba desierta, cubierta de herrumbre por doquier. Era como estar realmente en otra dimensión, La Paz seguía siendo idéntica, pero estaba asolada por un abandono inusitado. Entonces un aullido estremecedor destrozó los oídos de ambos fugitivos. Rhupay elevó el brazo al cielo, expandió la palma y un haz de luz verde se formó en su mano, convirtiéndose después en una lanza con punta de piedra.

—¡Corra al anfiteatro de la Iglesia de San Francisco y no se mueva de allí! —ordenó Rhupay a Erik pero otro estruendoso aullido redujo a ambos nuevamente.

Habían tardado demasiado, Bálaham les había alcanzado. Llegó volando con sus gigantescas alas de insecto, enmarcadas por gruesos huesos que le salían por la espalda. Su vuelo levantaba un aire caliente que traía peste a carne podrida. Su tamaño, más de 6 metros, le dificultaba planear con facilidad, pero a pesar de su corpulencia aterrizó sin tambalearse a pocos metros de Rhupay y Erik.

—¡Corra, corra, corra! —gritó Rhupay a Erik, quien se echó a correr con todas sus fuerzas.

Bálaham exhaló profundamente y escupió una baba verdosa que cayó sobre uno de los pies de Erik. El desafortunado hombre cayó, rodando en el suelo, y empezó a retorcerse mientras daba desgarradores alaridos. Su pierna empezó a correrse como si la hubieran sumergido en el más potente ácido.

Rhupay se estremeció al ver al padre de Gabriel caer con su pierna desecha en ácido, elevó su espectro al máximo, un halo de luz verde le rodeó, tomó su lanza y se abalanzó contra Bálaham. Clavó una, dos, tres veces su arma mortal en un costado de la bestia. Cuando iba a clavarla por cuarta vez, Bálaham dio un poderoso aguijonazo que casi perfora el escudo espectral de Rhupay, deformándolo como una burbuja que fue golpeada por una aguja. El golpe lo elevó a veinte o más metros y cayó sobre el asfalto de la Avenida, agrietándola y dejando un cráter por la fuerza de la caída. La cabeza de Rhupay emanaba grandes chorros de sangre. Se incorporó a duras penas con la ayuda de su lanza

y vio que Bálaham se aproximaba volando. Iba a lanzarle un gargajo como el que escupió sobre el infortunado Erik. Rhupay levantó la mano e hizo un disparo de plasma hacia Bálaham que ya escupía su ácido sobre el muchacho. Ambos, ácido y plasma, chocaron violentamente y explotaron con fuerza. La deflagración empujó a Rhupay unos metros, pero eso le dio tiempo a recuperarse. Se levantó y saltó hacia Bálaham. Esta vez su lanza atravesó la garganta de la bestia, pero esa maniobra resultó menos eficiente de lo que Rhupay esperaba. Bálaham expandió sus garras sobre el chico, lo cogió por la cintura y lo aventó con una fuerza atroz. Su cuerpo cayó en el piso y se internó en las entrañas de la tierra hasta los cimientos del Palacio de Telecomunicaciones que, por el impacto, se desmoronó sobre Rhupay.

Bálaham, confiado en su victoria, voló hacia Erik quien aún se retorció del dolor. Aterrizó cerca de él y llevó su garra a pocos centímetros del hombre, pero cuando iba a cogerlo fue empujado por un disparo de plasma que le hizo estremecerse del ardor. Cayó a unos metros de distancia, totalmente aturdido. Le tomó unos segundos recuperarse del golpe, sacudió su cabeza y dirigió su mirada hacia Erik; percibió que una joven atendía a su víctima, quizás sería la responsable del ataque. La muchacha vestía un conjunto negro de cuero que se amoldaba a su cuerpo como si fuera una segunda piel. Tenía un arco y una aljaba llena de flechas en la espalda. Un viejo recuerdo acudió a la mente de Bálaham y supo que ella era uno de los Centinelas, al igual que el muchacho de la lanza que había aventado contra el suelo.

Erik, herido y delirante, fijó la mirada y notó que la chica era la misma de quien su hijo le había hablado. Se trataba de Valya, una compañera que había protegido a Gabriel y sus amigos durante todo el tiempo que les llevó prepararse para huir a Erks.

—Vete, sálvate —dijo Erik a la niña, tratando de ser valiente.

—Quédese tranquilo, usted debe vivir o Gorkhan, Gabriel, su hijo, no podrá concentrarse.

—Mi hijo, cómo está mi hijo.

—Lo está haciendo bien, señor Cortez. Será un gran guerrero y siempre lo recuerda a usted.

Erik sonrió, satisfecho.

—Lo sabía, mi Gabriel será un hombre formidable.

—¡No, no se duerma! —dijo Valya firmemente al ver que el hombre agonizaba.

Iba a cargarlo cuando vio a Bálaham saltar por los aires con sus garras apuntándole. La muchacha se hizo a un lado, tomó su arco y disparó dos flechas al pecho de la bestia. Un alarido horroroso retumbó desde las entrañas del monstruo. Valya volvió a disparar, pero esta vez su flecha fue desecha por una emanación de ácido de la boca de Bálaham. Parte de ese ácido cayó sobre el escudo espectral de Valya que rápidamente empezó a debilitarse.

El monstruo se incorporó, arrancó las flechas de su pecho y luego se aproximó a Erik. Lo tomó entre sus garras y lo miró, extrañado por la sonrisa del hombre.

—De qué estás tan feliz, patético mortal —cuestionó la bestia.

—Un día, hijo de puta, el día que menos pienses —replicó Erik—, mi Gabriel vendrá y te hará pagar. Él será un guerrero invencible y nadie, ni el propio Dios Yahvé, podrá derrotarlo.

Una sonora carcajada salió del pecho de Bálaham.



—Aspiras demasiado. Gorkhan, tu hijo, caerá en mis manos. Él padecerá y pagará por los pecados de toda su estirpe maldita. Jamás podrá hacerme frente, mucho menos a mi amo Hécabor o al Señor Todopoderoso, el del Pueblo Elegido de Israel. Gorkhan y su Compañía de rebeldes están condenados.

—Pero mientras vivan y luchen, ustedes jamás ganarán —respondió Erik, desafiando a Bálaham.

—Admiro tu valor, pero eso de nada te sirve ahora. Antes de morir sepas que tu progenie será atormentada por el resto de la eternidad, y tu sufrimiento será el inicio.

Terminada su sentencia, el monstruo clavó su aguijón en la cadera de Erik, quien ahogó su garganta en gritos. Pero su voz dejó de emitir sonido alguno cuando toda la columna y la cabeza fueron separadas de su cuerpo por un quirúrgico movimiento del aguijón de Bálaham, que de un solo tirón le arrancó el espinazo al infortunado Erik. El rostro del pobre hombre llevaba una expresión de horror infinito, de un dolor imposible de imaginar en esta vida o en otras. No solo su cuerpo estaba siendo atormentado sino también su Espíritu. La esencia de Erik Cortez había sido capturada en *Chang Shambalá* y su martirio había comenzado.

Bálaham se sentía satisfecho, pero su trabajo no había terminado. Tenía que deshacerse de los Centinelas que le habían interrumpido, pero cuando volteó hacia el lugar donde había dejado a Valya herida, notó que la chica había desaparecido. Luego fue hasta las ruinas del Palacio de Telecomunicaciones para asegurarse que Rhupay estuviese muerto, pero por mucho que buscó no encontró el cuerpo. Ambos Centinelas se le habían escapado; aunque Bálaham sabía que pronto tendría la oportunidad de volver a enfrentarlos y estaba

ansioso. Tenía deseos de consumir el cuerpo de los Centinelas en una orgía de sangre.



Ni el sol, ni el cielo, ni las blancas nubes que danzaban en la lejanía podían comparar su belleza con la de ella. Ella que no era más que una muchacha mortal nacida en tiempos de tribulación. Sentada en lo alto de una rama, en la copa de un árbol, perdía la vista sobre la pequeña joya que le colgaba del cuello. La sostenía con delicadeza entre sus manos de porcelana y se dejaba hipnotizar por el brillo verde de la gema que llevaba el misterioso medallón. El conjunto era una pequeña y hermosa pieza de plata, colgada de una cadena de metal bruñido y partida cuidadosamente por la mitad a través de una mínima hendidura colocada allí, apropósito, por el alfarero arcano que la hizo así, con la finalidad de poder separar la joya en dos piezas distintas. Tenía la forma de una estrella de doce picos, aunque la hermosa niña solo conservaba seis de ellos en sus manos, pues la otra mitad, los otros seis picos, estaban en manos de otra persona, un joven que ella amaba profundamente. Y mientras se perdía en la contemplación de aquel medallón misterioso, el nombre de la joya surcaba su mente como una sombra incesante de curiosidad y duda: “Hajime de Plata”.

Diana Alexandra Cuellar Kuklova había recibido el Hajime de Plata de una extraña gitana que ella y su enamorado, Rodrigo, encontraron durante una feria de Navidad aquel mes de diciembre de 1999. La gitana jamás les dijo su nombre, se identificó solo como “La Gorgona”. Jamás les dio otra pista para encontrarla nuevamente y Diana realmente deseaba volver a verla para formularle algunas preguntas. Sin embargo, y desde que el Hajime llegó a sus manos, la vida de la niña impetuosa había cambiado de forma dramática. La otra mitad del Hajime estaba colgando del cuello de Rodrigo en ese mismo instante, Diana lo sabía e intuía que aquel pedazo de metal con su gema en

medio podría ser el único nexo entre ella y su novio si algo terrible llegaba a separarles; era algo que no podía razonar, solo lo sabía, estaba en su sangre, en su corazón, en su Espíritu. Y durante los 4 meses de entrenamiento que había llevado al lado de Rowena junto al Tercer Cultivo —compuesto por Rocío, Gabriel y Rodrigo—, Diana había aprendido a leer las señales que la Virgen Morana dejaba en su camino para guiarla a través de los laberintos de los Misterios Hiperbóreos. Apenas había aprendido pocos de ellos y con el dominio de éstos le bastó para desarrollar su intuición como jamás había soñado. Diana ya no era la misma chica que llegó a Erks, totalmente ignorante y asustada por su futuro.

Una brisa suave la rodeaba, un viento encandilado y totalmente abrumado por la magnífica belleza de ella. Ella que no era más que una mujercita muy joven que solo un año antes había sangrado por vez primera. Sin embargo su juventud resaltaba aún más la magnificencia de su magnetismo, de su fragancia irresistible que impregnaba cada partícula de aire con sus olores frutales, perfumados, apenas humanos. Sus ojos de miel no dejaban duda que ella casi había abandonado su humanidad. Esa característica que convierte a los hombres en aprendices de la vida, temerosos de la muerte. Y desde sus ojos, pasando por sus labios exquisitos, sus facciones perfectas, su cabello sedoso y cada milímetro de su cuerpo esbelto, perfecto, casi sagrado, se desprendía en la grácil línea de su médula, el hechizo de ella, que no era más que una muchacha irritante, insoportable, dulce hasta la malsana diabetes. Su carácter dócil, desprendido y sacrificado era lo opuesto a lo que Rowena esperaba de la portadora del Arco de Artemisa. Apenas Diana podía controlar su carácter. No lograba abandonar la ternura de sus actos, despecharlos a la inminente actitud del guerrero frío, determinado, y por ello se sentía acosada por la impotencia.

Era una niña tierna, simplemente eso, tierna e infinitamente hermosa; aún no había encontrado la forma de ser dura.

Casi como una invocación de memorias genéticas, la bella Diana podía sentir los latidos de sus ancestros dándole fuerzas a través de sus venas. Ella era Rusia y Rusia era ella. Su herencia, su misión y la de todo un linaje de Zares, emperadores, guerreros y generales consagrados a proteger una de las reliquias más valiosas del pasado: El Arco de Artemisa. “—El Hajime de Plata es la llave que abre el sello del Arco, es la llave de su poder—”, meditaba Diana mientras veía la delicada pieza. El misterio que rodeaba al medallón era un alimento perenne para la imaginación de la muchacha que no podía dejar de imaginar cómo sería el mentado Arco de Artemisa. Sentía que su misión era de vital importancia y la presión del entrenamiento agobiaba sus sentidos, pero no solo era aquello lo que desgastaba su resistencia a la presión, había más, mucho más.

Sin dejar descansar a su mente, pudo presentir la presencia de alguien que acababa de subir al árbol en el cual estaba sentada. El intruso se situó en una rama un poco más alta, a espaldas de Diana, y parecía mantener cierto sigilo para no ser detectado, como si ignorase que ella ya lo había percibido. La chica sonrió levemente, la calidez de aquel espectro solo podía pertenecer a una persona. Cerró los ojos, echó la cabeza para atrás y los cálidos brazos de él rodearon su cuello. Diana sentía la respiración de aquel que la abrazaba como un soplo delicado en su nuca. Llevó sus manos hasta los antebrazos que tiernamente la rodeaban y dijo:

—Te estabas tardando demasiado.

—Las mejores entradas se hacen esperar —respondió su interlocutor.

Esa voz, entre grave y aguda, Diana la conocía tan bien como la suya propia.

—Mi Rodri —murmuró apenas, volteó levemente la cabeza y dejó sus labios ser estrujados contra los de él. Se quedaron así breves segundos y luego se separaron.

—Princesa —dijo Rodrigo, mirándola con un amor que solo los más nostálgicos y enamorados pueden expresar—. ¿Estás bien?

Diana asintió en silencio.

—Solo pensaba —continuó ella— en la gitana de la feria de Navidad, ¿te acuerdas?

Rodrigo bajó levemente la cabeza, como si recordar le incomodara.

—No podría olvidarla.

—Me pregunto qué habrá sido de esa mujer. Jamás la volvimos a ver.

—Y seguramente jamás la veamos de nuevo.

—Un día le pregunté a Qhawaq sobre ella y no respondió nada.

Se hizo un silencio grave entre ambos que Rodrigo cortó.

—Recuerdo las últimas palabras que nos dijo antes de irnos de su tienda — Diana lo miró fijamente—. Dijo que todo era un sueño, que algún día debía despertar.

—Sí, eso dijo —murmuró Diana, casi presintiendo que aquel recuerdo perturbaba a Rodrigo—. Pero tal vez lo dijo porque esa mujer sabía que el mundo en el que vivimos es una ilusión y todo eso, ya sabes, lo que Rowena nos explicó —Rodrigo sonrió irónicamente.

—Suenas tan optimista, me gustaría sentirme así.

Diana se puso de pie y elevando un poco el pie trepó a la rama donde Rodrigo estaba, rodeó con sus brazos su cuello, lo miró fijamente y continuó:

—Pase lo que pase, todo saldrá bien —los ojos de Diana estaban llenos de esperanza, una sensación contagiosa de la que Rodrigo se sintió embargado. Ella era la única que podía aliviar sus tensiones.

—Por cierto, ya va siendo hora de regresar al polígono. Debemos entrenar.

Ambos saltaron los treinta metros desde la copa del árbol al suelo. Cayeron ligeros como plumas. Entonces, cuando emprendían el camino de regreso, vieron a Rocío llegar. Estaba muy agitada y la expresión de su rostro era alarmante.

—¡Chicos, debemos ir a las cabañas! —les dijo.

—Por qué, ¿qué pasó? —preguntó Diana.

—El Gabo... —los tres salieron disparados el área donde descansaban.

Oscar, Edwin y Jhoanna ya se encontraban junto a Aldrick, su mentor, en la cabaña de los chicos. Rowena estaba apoyada contra una pared del extremo de la habitación mientras Rocío, Diana y Rodrigo yacían en el otro lado. Gabriel estaba recostado sobre su cama, totalmente inconsciente y con un paño húmedo en su frente, tenía fiebre. Qhawaq revisaba al muchacho, los presentes esperaban el diagnóstico. Transcurridos unos minutos, el anciano se incorporó. Todos lo observaron, expectantes.

—Está débil, pero se repondrá —dijo Qhawaq, un suspiro de alivio se percibió en el ambiente.

—¿Qué le dio? —preguntó Diana.

—Sus sentidos están agotados, fue abrumado por una visión —respondió el anciano.

—Qhawaq —intervino Rocío—, algo malo le pasa al Gabriel. Estábamos tranquilos, comiendo; entonces algo le dio durante el descanso y de repente nomás se desmayó. Traté de hacerle reaccionar y estaba por llevarlo con Rowena cuando se despertó. Decía que no se acordaba de nada y entonces se

puso como loco, decía que no podía ver. Luego empezó a gritar, como llamando a su papá y así de la nada se desvaneció otra vez.

—Atrofia óptica —dijo Rowena, todos la miraron—. Gabriel ha perdido la visión de sus ojos porque se ha abierto la visión de su intuición —el silencio intruso invadió el ambiente, Rowena continuó—. Lamento que este no sea el momento más apropiado para decírselos, pero esto iba a ocurrir. El camarada Gabriel, Gorkhan, sufre una enfermedad llamada atrofia óptica. Eso le iba a dejar totalmente ciego tarde o temprano, pero debido a su entrenamiento, Gorkhan fue capaz de despertar otros sentidos para suplir la ausencia de su vista. Entonces empezó a ver más allá de lo evidente y sus ojos poco a poco dejaron de funcionar.

Rowena jamás fue una mujer cuidadosa para dar las noticias, era siempre directa y contundente. No solo por la mala noticia recibida, sino también por la forma en que Rowena se las dio, todos los muchachos sintieron un escalofrío profundo en la médula. Ninguno de sus amigos sospechó jamás que Gabriel tuviese una enfermedad tan delicada. Rodrigo y Diana se sentaron en el piso, gruesos lagrimones empezaron a chorrear por los ojos de Rocío. Oscar y Jhoanna se abrazaron y Edwin, cabizbajo, empezó a hacer gestos de desaprobación con la cabeza.

—Él jamás lo dijo —recordó Rodrigo—. El Gabo siempre andaba haciendo chistes y nunca nos dio motivos para pensar que estaba tan mal.

—Por qué —intervino Rocío—, por qué le tienen que pasar estas cosas. No es justo. Siempre a él le tienen que pasar las peores cosas.

—Escuchen todos — Qhawaq interrumpió los lamentos—, debido a su ceguera, Gorkhan se ha convertido en vidente. No es algo que ustedes entiendan, ni siquiera tendrían que saberlo, pero dadas las circunstancias no

queda más remedio que lo sepan. Jamás le pregunten sobre sus visiones, jamás le hagan despertar y jamás le tengan lástima. Trátenlo como si aún pudiera ver.

—Pero no puede ver —dijo Rocío—. ¿Cómo se supone que lo vamos a tratar?

—De forma natural —respondió el anciano—. Él perdió la vista, pero aún así “ve”. El mundo que le rodea jamás le será ajeno si aprende a usar todos sus sentidos. Si lo tratan como discapacitado, en verdad se va incapacitar. Pero si le tratan de forma normal su pérdida de visión pasará inadvertida.

Nadie dijo más; todos se retiraron en silencio. Solo Rocío, Diana y Rodrigo se quedaron junto a Gabriel para velar su sueño. Llegada la noche Diana y Rodrigo se durmieron juntos en una de las estrechas camas. Rocío permanecía en un costado de la cama, mirando a Gabriel y sintiendo una pena que la asfixiaba. No podía evitar sentir lástima por él. Casi se sentía culpable y la avalancha de sentimientos que la embargaba no la dejaba dormir. Solo miraba el rostro de Gabriel y se perdía en los pensamientos, en las emociones. Mucho tiempo había pasado desde que su amigo le declarara sus sentimientos y desde entonces jamás fue capaz de verlo como otra cosa sino un amigo, un gran amigo. Sin embargo, esa noche por primera vez en su vida Rocío sintió algo ardoroso en su pecho por Gabriel, algo que antes solo Rodrigo despertaba en ella. Los enormes ojos negros brillaron con un halo de ternura, su rostro dibujó una sonrisa y llevada por un instinto sublime, Rocío besó los labios de Gabriel, lo hizo incesantemente mientras él dormía. Y al besarlo sintió latir su corazón desbocadamente. *“Era yo la que estaba ciega. Lo siento tanto, Gabito. Ahora soy yo la que me siento totalmente enamorada de ti, la que quiere darte todo, absolutamente todo. Ahora yo te amo y tengo la esperanza que aún quieras corresponderme. ¿Me amarás nuevamente, mi príncipe ciego?”*; pensó Rocío para sí misma.



(Kenaz)

Quinto Misterio, El Mito Del Laberinto

Tomado de la Mitología Griega, adaptación del Círculo de Amatista

Cuenta la leyenda que hace siglos un terrible drama se desarrolló en la isla de Creta, en Grecia.

Existió un Rey llamado Minos cuya consciencia no lo dejaba dormir. La razón de su tormento era la infidelidad de su esposa, la maga Pasifae, hija de Helios. Ella había sido víctima de un amor incontrolable despertado por un toro, “El Toro de Creta”. Su amor era un castigo de Poseidón hacia el Rey Minos, a quien regaló el Toro y le ordenó su sacrificio, cuando el Rey se negó a sacrificarlo, Poseidón hizo que Pasifae se enamorase del Toro.

La mujer tenía la virtud enceguedida por una pasión hirviente que la asolaba día y noche, y se remordía al saberse profundamente enamorada de un animal. Su mayor anhelo era que el toro fuera humano aunque fuese por unos minutos y saberse correspondida por él. Entonces la maga tuvo una idea. Haciendo uso de su poderosa magia le dio a la bestia de beber una pócima que habría de convertirlo en hombre.

Al día siguiente un hermoso joven de cabellera roja apareció en el palacio de Minos. Se escabulló sagazmente por los pasillos atestados de guardias y fue directo a la alcoba de Pasifae. Ella se dejó llevar por un amor y una pasión sin límites, hizo ingresar al joven y selló la puerta de su alcoba con un conjuro que le permitiría estar con su amante con la esperanza de que el Rey Minos no se enterase.



Durante siete días y siete noches el joven y la maga tuvieron relaciones sexuales. No se detuvieron para comer ni dormir, solo se entregaron sin pausa a un amor tan profundo como placentero. Al cabo de los siete días y sus noches, Pasifae cayó desmayada por el cansancio y durmió profundamente. Cuando despertó ya no encontró al joven apuesto que amó durante días, sino al toro agonizando entre las sábanas de su cama. Horrorizada, Pasifae salió gritando de su alcoba y fue a ver a su esposo, el Rey Minos, a pedir su perdón y su piedad. Minos la perdonó porque amaba a su esposa, pero los Dioses no la perdonaron y la dejaron embarazada del Toro.

Luego de siete meses de complicado embarazo la mujer dio a luz. Su cuerpo casi se partió por la mitad cuando su hijo nació, pues en lugar de una pequeña cabeza de bebé lo que salió de su cuerpo fueron dos cuernos que la desgarraron de adentro hacia afuera. Pasifae no murió por desangramiento ni porque se hallase partida por la mitad; sino que murió de dolor durante el alumbramiento con sus entrañas enganchadas de los cuernos de su hijo, saliéndole por su vientre. Su hijo era un monstruo mitad toro y mitad hombre. El Rey Minos se espantó tanto al ver la abominación que parió su esposa que estuvo a punto de matarlo, pero alguna clase de piedad hacia su difunta mujer lo llevó a dejar vivir a la criatura.

Con los años el hijo de Pasifae creció y se convirtió en un monstruo voraz que tenía la necesidad de alimentarse de carne humana. Minos encerró a su hijo en una jaula con la esperanza que dejara de aterrorizar a la gente, quería mantener el secreto de su tragedia conyugal, pero la bestia se hacía más fuerte cada año que pasaba y cada vez le resultaba más fácil destrozar su jaula y salir al pueblo a protagonizar las masacres que horrorizaban a la gente. Las personas del pueblo sabían cuando el Minotauro, como lo habían bautizado, se aproximaba, pues cuando el monstruo estaba cerca la tierra temblaba con sus pasos.



Desesperado, el Rey Minos acudió a un célebre genio artesano ateniense, a quien la desgracia había tocado la puerta. El hombre estaba huyendo de Atenas debido a la muerte de su sobrino. Aquel genio era conocido como Dédalo y era famoso por su gran ingenio y creatividad. Minos sabía de la inteligencia del artesano y le pidió hacer una cárcel de la cual la bestia jamás pudiese salir. Dédalo obedeció al rey y construyó una de las cárceles más increíbles conocidas por los hombres: “El Laberinto”. Se trata, pues, de un enorme enmarañamiento de corredores que parecen no tener salida. Es un lugar tan compacto que es casi imposible escapar. Para una bestia como el Minotauro, sería más que imposible cualquier intento de fuga.

Para trasladar al Minotauro a su nueva celda, Minos lo tuvo que dormir usando las drogas más poderosas creadas por sus magos. Luego de terribles bajas en su ejército y realizando enormes sacrificios, el Rey Minos logró dormir al Minotauro y llevarlo al Laberinto.

Con el trabajo hecho, Dédalo y su hijo, Ícaro, se disponían a abandonar Creta. Sin embargo, el Rey Minos estaba consciente que Dédalo sabía su secreto y no lo dejaría marchar vivo. A traición, el Rey encerró a Dédalo y a su hijo dentro del Laberinto, junto con el Minotauro.

Cuando la bestia despertó estaba hambrienta y podía sentir el olor de la carne humana. Persiguió a Dédalo y a Ícaro durante días hasta que, finalmente, Dédalo halló la salida. Al ser el arquitecto del Laberinto, sabía muy bien por dónde ir. Ambos salieron de la cárcel del Minotauro y el ingenioso Dédalo diseñó alas de cera para él y su hijo. Desgraciadamente, Ícaro era demasiado impetuoso y torpe, voló muy cerca del sol y sus rayos derretieron la cera de las alas. El muchacho cayó al mar y murió.

El Rey Minos estaba conforme con su obra, pero sentía compasión por el monstruoso hijo de Pasífae e hizo una ley para que ofrecieran como comida del Minotauro a todos los criminales sentenciados.

Con los años la existencia del Minotauro enloqueció al Rey. Los mugidos de la bestia por las noches atravesaban el Laberinto y llegaban a la residencia real. Eran lamentos tan terribles que en poco tiempo Minos ya no los pudo soportar. Empezó a mostrarse tiránico y en un giro total a su justa forma de gobernar creó una ley que forzaba a los atenienses a ofrecer a sus jóvenes y niños como comida para la bestia.

A medida que el terror en Atenas aumentaba, crecía también la rabia contra Minos. Hasta que un día un joven llamado Teseo llegó al palacio y se postró ante Minos, ofreciéndose voluntariamente como sacrificio para el Minotauro. Ariadna, hija de Minos, se enamoró profundamente de Teseo en cuanto le vio y admiró su valor. Minos aceptó a Teseo como sacrificio y le dijo que le mandaría escolta hasta la entrada del Laberinto.

Esa noche Ariadna rogó a los Dioses por su ayuda. Rogó tanto que finalmente Artemisa oyó sus ruegos. Al ser Artemisa la Virgen de la Luna, no podía comprender las razones de Ariadna para tratar de salvar a un hombre, o de siquiera amarlo; pero se compadeció de su angustia y le entregó un ovillo de plata, hecho con el mismo material del que estaba hecha la cuerda de su arco. En cuanto Ariadna tuvo el ovillo de plata fue hasta la presencia de Teseo y le dijo que se lo llevara consigo y atara una de las puntas a su cintura, ella sostendría el otro extremo en la salida del Laberinto, para que de esa forma Teseo no se perdiese y pudiese volver.

Al día siguiente Teseo fue llevado al Laberinto. Ingresó con mucha cautela, soltando el hilo a medida que avanzaba. Llevaba consigo un hacha de dos hojas



conocida como “Labrys”, un arma que Atenea le regaló a su partida a Creta. El Labrys tenía dos hojas, una de ellas apuntaba siempre al frente y cortaba las tinieblas que aparecían hacia adelante, la otra hoja apuntaba hacia él mismo y cortaba el miedo que asolaba su interior. Así, con el Labrys en la mano y el hilo atado a su cintura, Teseo caminó durante días, encontrando a los sobrevivientes que habían logrado esconderse del Minotauro hasta que, a la hora del alba, encontró a la bestia dormida.

Sin dudar Teseo tomó el Labrys y de un golpe certero cortó la cabeza del Minotauro. Los jóvenes que le rodeaban entraron en júbilo. Entonces, haciendo uso del hilo de plata, Teseo regresó tras sus pasos, llevando consigo a todos los jóvenes que había rescatado, y logró salir del Laberinto.

Minos juró vengarse de Teseo, pero sus amenazas jamás se cumplieron. Un día, mientras el Rey Minos se bañaba, halló su final cuando un chorro de agua hirviendo le cayó encima. Como venganza antes de irse, Dédalo cambió todo el mecanismo del baño del Rey y organizó la maquinaria para soltar agua hirviendo en lugar de agua fría. Minos se cocinó entre alaridos y dolores insufribles. A la muerte del Rey, Hades convirtió a Minos en uno de los Jueces del Infierno, aquel que determina a qué Círculo Infernal irán los condenados.

En medio del caos, los disparos y los gritos, el Mayor Cuellar, junto a dos heridos, trataban de ocultarse a una distancia prudente del campamento de vigilancia de la entrada a Erks. Con un esfuerzo supremo lograron desplomarse cerca de una pequeña cueva situada en la ruta empedrada que descendía al Camino de los Dioses. Uno de ellos estaba herido de muerte, había perdido parte de su estómago e intestinos al ser perforados por el aliento de la bestia que los atacó.

—Aprete bien la abertura, Cabo —instruyó el Mayor mientras trataba de poner las vísceras del herido en su lugar, pero era imposible, su cuerpo estaba muy malogrado.

—No quiero morir, no quiero morir —repetía el herido una y otra vez.

—Está perdiendo mucha sangre, mi Mayor —dijo el Cabo que ayudaba a su camarada herido.

Con una mirada ambos hombres supieron lo que tenían que hacer. Por desgracia no tenían morfina ni nada para realizar la tarea que tenían consignada. El Mayor hizo un gesto, ordenándole al Cabo hacerse cargo de las tripas a tiempo que el Oficial se aproximaba a la cabeza del herido.

—Cuál es tu nombre, hijo —preguntó el Mayor Cuellar.

—Roberto, mi... mi Mayor. Roberto Condori.

—Escucha, Roberto. Quiero que sepas que todo estará bien y que pronto te vas a sentir mejor.

Los ojos del Mayor y el Cabo herido se cruzaron en una silenciosa conversación, fugaz como un relámpago. El Cabo Roberto Condori pronto comprendió su situación y dejó de sentir miedo. Se sentía en paz con él y con su familia, con su patria y con los Dioses.

—Mo... morir es... es... lo mejor de vi... vivir —dijo el Cabo Condori, haciendo un enorme esfuerzo por hablar.

—Ve con honor, hijo de Bolivia —respondió el Mayor Cuellar y con un rápido movimiento hizo crujir el cuello del Cabo herido. El hombre murió sin experimentar dolor alguno. En la instrucción del Escuadrón Inti se había dicho que no existía muerte más gloriosa que aquella que se da en combate. Por eso Roberto Condori había asumido la muerte con valor y tranquilidad.

Cuellar y el Cabo sobreviviente se miraron. El soldado ya no podía combatir, tenía una fractura expuesta de tibia y peroné que, con ayuda de algo de morfina, se había entablillado hábilmente él mismo.

—Mi Mayor, el campamento...

—Sí, Cabo. Yo lo haré y pediré refuerzos.

Con mucho sigilo el Mayor Orlando Cuellar salió del escondite al que se había retirado y se encaminó al campamento. Tenía que ponerse en contacto con el Claustro Dominicano o el Estado Mayor para informar la situación. Casi todos los soldados del escuadrón habían muerto tratando de defender su posición, pero la bestia que los atacó parecía inmune a las balas.

Eran casi las tres de la madrugada cuando empezó todo. El puesto de avanzada dormía cuando sonó la alarma. Todos los soldados despertaron, se

vistieron, cargaron su equipo, pusieron sus rifles al hombro y tomaron sus respectivas posiciones defensivas.

Arriba, en el cielo, alguna clase de demonio alado estaba sobrevolando alrededor del campamento, dando vueltas sin cesar como un buitre al acecho de un cadáver. Todos se alistaron rápidamente para entrar en acción. Entonces, sin previo aviso, el monstruo empezó a escupir un líquido rojizo y luminoso a los soldados. Resultó ser un ácido que mataba de forma instantánea, si había suerte; pues una herida de ese ácido podía enloquecer de dolor a cualquier hombre.

El Mayor dio la orden de disparar, pero las balas parecían no hacer daño a la bestia. El monstruo tomaba altura y luego planeaba en picado con sus garras en posición de ataque, cercenado, destripando, decapitando y desgarrando la carne de cuantos hombres se ponían en su camino. El baño de sangre se extendió hasta casi la salida del sol, hora en que Cuellar dio la orden de retirada y lanzó una llamada de auxilio que, aparentemente, jamás llegó a su destino. Por esa razón debía regresar al campamento, tomar la radio y volver a emitir la señal.

Embargado de valor y coraje, el Mayor recargó su rifle AK-47, listo para defenderse del monstruo que se había fundido en la oscuridad de la noche y la muerte. En el campamento había una peste terrible a carne quemada. Los cadáveres y partes de los cuerpos estaban desperdigados por doquier. Había un silencio estridente en todo el lugar, que el soplo del viento hacía más macabro, el Mayor sabía que el demonio que atacó podría estar en cualquier lugar y ese pensamiento debilitaba su determinación. Por primera vez en su vida sentía un miedo patógeno dentro de su ser.

Cuando llegó al centro de mando vio a un hombre elegantemente vestido. Llevaba un abrigo color café y un sombrero del mismo color; estaba de espaldas y parecía estar buscando algo entre los archiveros del Comando. Cuellar le apuntó con el rifle, quitando el seguro, y le increpó:

—¡Alto carajo, las manos donde pueda verlas!

El intruso elevó los brazos.

—¡Voltee, sin trucos!

Volteó lentamente, de frente se notaba que el sujeto estaba vestido casi de etiqueta. Tenía un traje negro, camisa blanca y corbata oscura. El Mayor se aproximó sin dejar de apuntarle, se colocó a sus espaldas y le revisó el cuerpo entero para comprobar que no llevase armas. Entonces intruso le habló.

—¿Y cómo están Diana, Edwin y Jhoanna?

Cuellar se paralizó al oír los nombres de sus hijos. Se enderezó lentamente, mirando con pasmo a aquel sujeto misterioso. Aún se hallaba a sus espaldas y sentía que no tenía el valor ni los deseos de verle el rostro.

—¡Silencio!

—Usted me conoce, don Orlando.

El Mayor hizo un esfuerzo supremo para reconocer la voz de quien le hablaba; le resultaba familiar pero no podía recordar.

—Mi hija es una amiga muy cercana de la suya. Ambas están en el mismo curso, tienen la misma edad.

Entonces Cuellar sintió que alguien le hablaba directamente a la mente, revelando el nombre de aquel intruso.

—Mario Salas —murmuró el Mayor.

—Bien hecho, don Orlando. Ya me recordó. La última vez que nos vimos, nuestras hijas estaban en quinto de Primaria, nos entrevistamos durante una junta de padres de familia.

—¡Qué mierda hace usted aquí! ¿Sabía que podría ser condenado a siete penas máximas por solo estar aquí? Su presencia podría ser tomada como un acto de sedición.

—Tómenlo como quieran. A mí no me importa —dijo Mario y empezó a voltear lentamente.

—¡Quieto! —ordenó Cuellar—. ¡Quieto carajo, o le disparo!

Mario seguía volteando. Entonces el Mayor, presa del nerviosismo y el cansancio del combate, disparó a quemarropa y sin reparo alguno a la sien de Mario. El cuerpo cayó violentamente por el impacto, como una volea lanzada con fuerza. Un pequeño chorro de sangre salpicó la tela de la carpa de mando. El Mayor Cuellar casi no podía creer lo que había hecho, había matado a un civil a sangre fría. Bajó lentamente el rifle y trató de ordenar sus ideas, pero cuando pensó que su error habría de costarle el puesto notó que Mario se ponía de pie. Una vez más el Mayor le apuntó. Mario movió la cabeza, haciendo tronar su cuello y reacomodando sus vertebras. Cuellar no podía creer lo que veía.

—De... debería estar muerto —farfulló el sorprendido militar, incapaz de dar crédito a lo que sus ojos veían.

—Usted está mal, don Orlando.

El Mayor no supo explicarse a sí mismo que su blanco, derribado de un tiro en la cabeza, aún respirase. Pero cuando vio los ojos pálidos de Mario y los vapores amarillentos que emanaban su boca a cada exhalación, la sangre de todo el cuerpo de Cuellar se le bajó a los pies, como si su presión arterial bajase repentinamente. Recordó que Rowena Von Kaisser le dijo una vez que los demonios pueden tomar forma y posesión en cualquier cuerpo que contenga un alma. Las imágenes del demonio alado regresaron a su memoria, esa piel verdosa llena de escamas, los ojos amarillentos brillando en las tinieblas, las alas casi de insecto desplegadas desde gruesos huesos bruñidos, las garras curvadas como una guadaña mortal. Todo parecía ser un rompecabezas que poco a poco iba armándose. Entonces apareció aquel hombre, Mario Salas, el padre alcohólico de la mejor amiga de su hija. Le disparó en la cabeza, pero el hombre seguía vivo. Cada pieza parecía encajar perfectamente y, junto a la imagen completa de la pesadilla vivida, la última pieza coronaba esa parca alegoría. Finalmente Cuellar cayó en cuenta del peligro que estaba corriendo en aquel instante e impulsado por un instinto de supervivencia vació el cargador de su rifle en el cuerpo de Mario que bailongueaba abstractamente por el impacto de las balas. Cuando el rifle se descargó el Mayor empezó a correr con toda la fuerza de sus piernas al exterior de la carpa del Comando.

Estaba a cinco metros del centro de mando cuando vio la carpa deshacerse violentamente, ser expulsada por los aires y luego el demonio volador despegó desde su fuero. Cuellar corría y corría, pero su velocidad era insignificante en comparación al vuelo del monstruo. Una emanación de ácido explotó cerca de



Cuellar que voló por los aires por la fuerza del impacto. Cayó aparatosamente y rodó por el suelo hasta chocar contra una pequeña elevación de tierra a pocos metros del campamento.

Haciendo un supremo esfuerzo Cuellar logró incorporarse. La bestia aterrizó a pocos metros de él y con gran tranquilidad se aproximó al Mayor. El militar desenfundó su pistola, una Glock 52, tan rápido como pudo y apuntó al demonio que se le acercaba.

—¿Para qué me apuntas si sabes que no me harás nada con esa arma? — preguntó la bestia con una voz tan grave que casi lastimaba los oídos del militar.

—Tal vez no te haga nada, pero si voy a morir lo haré peleando.

—Tonto y valiente a la vez. Sin embargo no es tu vida lo que quiero. He venido a buscar los mapas del Camino de los Dioses. Tú me los vas a proporcionar.

—¡Me vas a tener que matar primero, hijo de puta!

—Si ese es tu deseo...

La garra del monstruo estaba lista para decapitar al Mayor. Cuellar estaba listo para disparar, apuntaba a uno de los ojos del monstruo esperando que eso fuese lo bastante efectivo para cegarlo y permitirle evadir su ataque. Pero cuando el choque entre ambos estaba por ocurrir un rayo seguido por un trueno cayó del cielo, electrocutando al monstruo. El estridente alarido de la bestia retumbó a kilómetros de distancia antes que una explosión la callara. Cuellar fue empujado a varios metros de distancia y cayó pesadamente a un costado del Camino de los Dioses.



Orlando elevó la cabeza y se frotó los ojos tratando de convencerse de lo que veía. Una mujer había aparecido de la nada, llevaba una especie de armadura y dos hachas con diseño de destrales. Pero nada de su extraño atuendo podía compararse al aspecto de su cuerpo. La mujer era tan monstruosa como el propio monstruo al que combatía, tenía la cabeza totalmente poblada de serpientes, como si fuese su cabellera. Su rostro era totalmente pálido y dentro de su boca podían distinguirse varios dientes afilados. Sin embargo sus ojos no eran visibles, el movimiento de las serpientes de su cabeza cubrían su mirada.

La medusa y el demonio combatieron atrozmente por breves minutos. Cada choque de hachas contra las garras hacía estremecer la tierra. Entonces, de forma tan repentina como iniciaron, se detuvieron. Durante unos breves minutos se observaron y luego la bestia aniquiló la quietud con su voz de inframundo.

—Tú debes ser Arika, la última descendiente de los Señores de Turdes —dijo el monstruo.

—Y tú debes ser Bálaham, la nueva mascota de Jehovah-Satanás —replicó Arika.

—Peleas bien, *mujer*, pero sabes que tarde o temprano habré de vencerte.

—Podría seguir peleando contigo toda la eternidad.

—¿Osas retarme, mujer?

—Te estoy desafiando —replicó Arika, lista para embestir. Pero cuando parecía que iban a retomar el combate un muro de fuego se alzó entre la medusa y Bálaham.

—¡Qué haces, Bálaham! —se escuchó una voz gutural que provenía de algún lugar del cielo.

—Obedezco el gran plan, amo —respondió Bálaham.

—¡No es el momento, regresa!

—Pero, amo...

—¡Regresa!

De repente el muro de fuego se apagó, dejando nuevamente a Bálaham ante su oponente. Sin embargo la mujer había cambiado su aspecto; ya no lucía como una medusa sino como una humana. La bestia también se fue transformando hasta quedar convertido nuevamente en un hombre vestido de forma elegante.

—No será nuestro último duelo, mujer.

Finalmente Bálaham, convertido en Mario Salas, empezó a alejarse colina abajo, rumbo al camino que llevaba de regreso a la ciudad de La Paz. Mientras tanto, Arika se aproximó al Mayor Cuellar que aún no podía coordinar sus ideas de forma coherente.

—Vamos, de pie —le dijo la gitana extendiendo la mano al militar.

—Qué mierda ha ocurrido —preguntó Cuellar, tomando la mano de la mujer.

—Nuestros enemigos se han hecho más fuertes, Mayor, eso ocurrió.

—Pero yo vi que usted...

—Le rogaría no hacer comentarios al respecto.

—Quien es usted.

—Me llamo Arika de Turdes, vengo de Erks.

El rostro de Orlando Cuellar se iluminó por un instante.

—Ha visto usted a mis...

—No, Mayor, no los veo. Ellos aún no saben de mi presencia en Erks y será mejor que así se queden las cosas por un tiempo. Solo vine a salvarle a usted y lo que quede de vuestras tropas.

—Qué era esa cosa que nos atacó.

—Se llama Bálaham, es un demonio cherno invocado a partir de un alma humana.

—¿Humana dice? —la gitana asintió silenciosamente.

—El anterior dueño de ese cuerpo humano debió pactar con los demonios del cielo, a cambio éstos le dieron un increíble poder.

—Mario Salas —murmuró el Mayor—. Le conozco, es el padre de una amiga de mis hijas.

—Lo sospechaba —replicó Arika y se incorporó—. Debo irme, es importante que regrese a Erks. Debo dar mi informe urgentemente, los Centinelas y sus mentores deben saber esto.

—No le diga a mis hijos lo que ocurrió aquí —dijo Cuellar—. No quiero que se alarmen.

Arika miró unos instantes al Mayor, fijando sus ojos fríos y acerados sobre aquel hombre que difícilmente podía abandonar su embrujo. La gitana asintió, esbozó una sonrisa mínima y luego puso su puño frente al Camino de los Dioses, abrió la palma y un vapor la rodeó. Cuando el fenómeno se estabilizó la mujer ya no se encontraba allí. El Mayor Cuellar aún trataba de comprender todo lo que había pasado, pero pronto volvió a su decadente realidad y empezó a buscar sobrevivientes para rehacerse del feroz ataque de Bálaham. Caminando entre los estragos del campamento Orlando Cuellar pudo comprobar que el poder del enemigo estaba más allá de cualquier escala de compresión humana. Supo que no existía nadie en la Tierra capaz de

enfrentarlos y que su última esperanza reposaba sobre sus hijos y sus amigos. Si ellos no podían enfrentar a tales poderes demoníacos, nadie más podría.

» ARIKA «



Por una traición original, el Hombre-Espíritu quedó encerrado en las tierras más pesadas de la Creación. De entre todos los Círculos del Infierno, las Moradas Celestiales, los Reinos Sephiroth y las Dimensiones Paralelas, los Siddhas Traidores habían elegido la cárcel más terrible para mantener prisioneros a los hombres. Los hombres fueron engañados y el fruto del engaño es la rebelión.

Arika de Turdes

Con los puños apretados, el rostro arrasado por las lágrimas, una expresión de furia sin límites y fijando los ojos hacia la nada impalpable de su ceguera, Gabriel se había alejado lentamente del polímero de entrenamiento. Rhupay había visitado su sitio de práctica para darle la triste noticia del deceso de su padre y aunque Gabriel de antemano ya sabía la mala nueva, en su corazón albergaba la esperanza de que sus premoniciones estuvieran erradas. Cuando Rhupay le dijo que su padre había fallecido el devastado chico nada dijo, solo empezó a alejarse lentamente. Sus amigos, angustiados, quisieron acercarse para consolarlo, pero Rhupay los detuvo. El luto de su camarada tenía que ser llevado a solas.

Tan solo horas antes de recibir la noticia, Gabriel había despertado del letargo que lo tenía atrapado. Al despertar notó, con miedo y un profundo dolor, que ya no podía ver. Se sentía humillado porque podía percibir un aura de lástima rodeándolo, pero sus amigos ayudaron al orgulloso muchacho a no sentirse como un discapacitado; y en realidad no lo era. Gabriel no podía detectar la luz, pero aún así era capaz de “ver” a través de los rastros electromagnéticos que dejaban los seres vivos y los objetos. Finalmente el chico entendía por qué Qhawaq se expresaba como si pudiera ver, él mismo había descubierto que no necesitaba sus ojos tanto como pensaba. Eso le alivió levemente pero le costaba resignarse a no percibir nunca más el mundo que le rodeaba a través de la luz. Habían comenzado sus *días sin luz* y extrañaría ver el rostro de Rocío, los gestos de sus amigos o el azul eterno del cielo.

Ni bien despertó, Rowena decidió que Gabriel siguiera entrenando de forma habitual. A pesar de las dificultades, el muchacho aún podía realizar ciertos ejercicios y movilizarse sin tropezar, cosa que sorprendió de sobremanera a sus amigos. Entonces, casi al medio día, Rhupay apareció. Llevaba varios vendajes en el cuerpo, parecía que se había accidentado; pero lo que en verdad había ocurrido era que se batió a duelo con un poderoso demonio invocado por el enemigo. Rhupay contó toda su historia y al final, con rostro de pésame, le comunicó a Gabriel de la muerte de Erik Cortez, su padre. Cuando el chico lo supo su rostro empezó a deformarse hasta convertirse en un manojito de rabia, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas y, en silencio, se fue alejando de todos, lentamente.

Todos los recuerdos de su padre pasaban por la mente de Gabriel, agobiándolo con un dolor imposible de explicar. Pero más que tristeza, era que no estuvo allí para salvar a su padre, ni siquiera para despedirlo, entonces una insaciable sed de venganza contra el asesino de su padre nació en su interior. Se puso tan furioso que cayó de rodillas y empezó a golpear el suelo con todas sus fuerzas. Los primeros golpes le sacaron sangre de las manos, pero entonces algo empezó a cambiar en Gabriel. Un halo de luz verde con la forma de un caballo empezó a rodearlo, sus golpes contra el piso estaban dejando de herir sus puños y en su lugar estaban destrozando la tierra. Entonces, y de un golpe certero y atroz, el suelo empezó a temblar. Un área de casi 10 metros alrededor de Gabriel se hundió hasta convertirse en un cráter por el golpe. Era como si un meteorito hubiera caído en aquel lugar. Grandes cantidades de polvo se levantaron por el impacto, ocultando al furibundo muchacho tras su velo. Rocío quiso correr a su lado, pero Rhupay la contuvo y con una mirada que todos comprendieron les dio el mensaje de que se quedaran quietos.

Cuando el polvo empezó a disiparse vieron que Gabriel estaba intacto. Un aire de alivio general rodeó a sus amigos. Pero Gabriel ya no era el mismo, sentía en sus manos un poder que jamás había soñado. Se incorporó y regreso con sus amigos, pero su andar era distinto. Caminaba con pasos firmes, seguros, casi oscilando y se dirigía como si pudiera ver a la perfección. Cuando sus ojos fueron visibles Rocío llevó sus manos a su boca por el asombro, Diana y Rodrigo tampoco daban crédito a lo que veían. La pupila y el iris de Gabriel habían desaparecido de sus ojos, ahora éstos se hallaban vacíos, dominados por el blanco níveo de una esclerótica que los cubría por completo y con un ligero punto negro rodeado por un mínimo anillo amarillo a su alrededor. Era una mirada dura, traslúcida, tenebrosa, como metal líquido fluyendo desde las entrañas de su ser, totalmente antinatural, antihumana.

Rowena observó al chico y rápidamente sintió que el poder de su espectro estaba aflorando velozmente en él. Había despertado como Centinela antes que todos.

—La cárcel de tu Espíritu estaba en tus ojos, Gorkhan —le dijo Rowena—, pero esos ojos ya no sirven para ver, y por eso has logrado romper tu prisión. Usa sabiamente el poder que has descubierto y escucha en tu interior la voz de Sleipnir, el guardián de tu estirpe. El resto, Gorkhan, dependerá de ti.

Gabriel asintió en silencio y luego fijo sus perturbantes ojos sobre Rocío. Ella velozmente desvió la mirada, los ojos de Gabriel le sobrecogían demasiado.

—Todo está bien —le dijo el chico ciego, sonriendo.

—Lo siento —respondió Rocío y, sin atreverse a mirarlo de frente, lo abrazó. Todos sus amigos le abrazaron.

Por un instante Gabriel supo que la muerte de su padre no quedaría impune y se propuso vengarse del asesino con todo su poder. Ese nuevo pensamiento era más fuerte que todos.

Conforme Gabriel trataba de aliviar el dolor por su pérdida usando todo el conocimiento adquirido durante su entrenamiento hiperbóreo, la viuda, esposa de Erick Cortez, aún no podía concebir la idea de haber perdido a su marido. En la Tierra de la Cuarta vertical, en el claustro de Santo Domingo de la ciudad de La Paz, un grupo de monjes acompañados por sus ilustres huéspedes descendían a las catacumbas de la iglesia para depositar allí un ataúd. En su interior reposaban los restos de Erik Cortez.

El cortejo fúnebre compuesto de monjes, los amigos más cercanos del difunto y su esposa bajaban lentamente por los túneles que cruzaban la ciudad de un extremo a otro. Eran profundos como una mina y llevaban a una intrincada red de cuevas que por siglos sirvieron al sacerdocio católico como depósito para sus muertos.

Un lugar especial había sido reservado para Erik, un lugar que solo era cedido a las personalidades más importantes de la Orden, al fallecer. Sin embargo, aquel honor se le concedió a Erik debido a las circunstancias de su muerte. Para los monjes su fallecimiento fue prácticamente heroico, la muerte de un santo mártir.

—Ave Virgen, aquí estamos nosotros, los desterrados hijos de Caín, dispuestos a luchar por ti. Te invocamos para pedirte por el Espíritu de Erick Cortez Avendaño. Lleva el Espíritu de este hombre con bien por los caminos de

la muerte —rezaba el padre Bernardo Clementi una plegaria fúnebre—. Que logre liberarse del ciclo perpetuo de las encarnaciones y que jamás regrese a estos abismos infernales. Os lo rogamos a ti, Señor, que con tu infinita sabiduría guíes a este valiente hombre en las turbulencias del río Aqueronte —dijo e hizo la señal de la cruz frente al ataúd—. En el nombre de Dios, Kristos y la Virgen Diosa. Amén.

Poco a poco la caja de madera iba ingresando al lugar donde habría de reposar el resto de la eternidad. La viuda estaba completamente destruida, derrumbada por un dolor tan profundo como el mar. Sus ojos estaban hinchados y ocasionalmente lanzaba mordidos gemidos en un esfuerzo supremo por contener sus ganas de gritar. Cuando la caja estuvo adentro los monjes colocaron una pesada piedra con el epitafio del difunto:

Erick Cortez Avendaño

1957 – 2000

Amado padre, esposo e hijo; guerrero de Kristos. Que regrese a su Aldea de Origen.

Honor et mortis.

Culminados los actos fúnebres, la pequeña comitiva regresó al claustro y se prepararon para el ayuno que sucedía a la muerte de un hombre honorable. Guardarían duelo durante doce días en los que orarían por el eterno descanso de su Espíritu, pidiendo a la Virgen que guíe al muerto de regreso a su Aldea Original. Las oraciones serían acompañadas con una misa diaria que se celebraría en el presbiterio, cada amanecer.

La muerte de Erik no solo había dejado en un estado de devastación a su familia, sino que también había sembrado el miedo en cada uno de los habitantes del claustro; en especial entre aquellos que se sabían perseguidos

por fuerzas que sobrepasaban su comprensión. El día que llegó el cadáver de Erik al claustro, los dos guerreros que lo llevaron, dos Centinelas, habían llegado con heridas terribles y portando un relato tenebroso de una batalla casi perdida. Rhupay y Valya se tomaron su tiempo para sanar sus heridas en el claustro y luego se retiraron a Erks, cruzando la Umbra entre el limbo de dimensiones y la desembocadura de la Cuarta Vertical. Solo en la ciudadela podrían terminar de curar sus heridas satisfactoriamente. El relato de ambos guerreros había perturbado mucho a todos los habitantes del claustro. Ursus de la Vega y Bernardo Clementi se dieron a la ardua faena de tranquilizar al monacato y a los residentes que, más que nadie, sentían el peso de la oscuridad que los acechaba. A tiempo que las tinieblas iban abriéndose paso entre los pasillos del monasterio, una amenaza aún más terrible que Bálaham, estaba por llegar.

MONGOLES



En el año 1222 de Nuestro Señor, los mongoles, al mando de Gengis Khan, habían invadido todos los principados rusos entre los ríos Volga y Dniéper. Con sus fuerzas diezgadas, los rusos no tuvieron más opción que citar a los kanatos en la ciudad de Nóvgorod para negociar una posible tregua. El Príncipe de Vladimir, Yaroslav Vsevolodovich, presidió la delegación de los principados rusos y del Zar de Polovtzy. Las negociaciones culminaron con el secuestro, despellejamiento en vivo y posterior descuartización de Yaroslav. El príncipe ruso había fracasado al desafiar al kanato. Ni bien concluyó la reunión de Nóvgorod las hordas mongolas avanzaron hacia el norte, con rumbo a Moskovia, saqueando todo cuanto encontraban a su paso.

El invierno se aproximaba y las estepas empezaron a enfriarse y pintarse del blanco de la nieve. Gengis Khan estaba a pocos kilómetros de Moskovia, si la

invadía, la derrota rusa sería definitiva y perpetua. Los rusos serían extinguidos del mundo y en su lugar surgiría el poder de una horda mongola que tomaría el mundo por asalto. Todos caerían bajo el yugo del Khan: romanos, ingleses, francos, Califas árabes, japoneses, hindis, farsis, vikingos e incluso esas molestas y curiosas gentes del otro lado del mar. Gengis casi podía intuir la vastedad de su imperio y su derecho divino de gobernar todo cuanto estuviera bajo el sol; sin embargo, algo en su interior le drenaba las energías. Gengis estaba preocupado por una piedra verde que halló el invierno pasado a orillas del Mar Negro. De inmediato el Khan supo que era una gema de los dioses y, por alguna clase de superior voluntad divina, se vio impulsado a enviar la piedra al único hombre de Europa en el que confiaba: Federico II, Rey de Sicilia. En aquella piedra se hallaba grabado un pacto tripartito para instaurar el Gran Imperio; las tres partes serían: Gengis Khan, Emperador del Asia; Federico II, Emperador de Occidente; y los Dioses de más allá del Cielo, Leales a los hombres. Ese pensamiento asediaba a Gengis y le impedía estar totalmente concentrado para su invasión a Moskovia pues, antes de llegar Suzdal, pudo sentir la misma perturbación en el aire que sintió cuando halló la piedra en el Mar Negro.

Aquella noche de invierno, Gengis Khan y sus generales ofrecieron un banquete para celebrar la pronta caída de Rusia. Tenían que prepararse adecuadamente pues el tiempo para su invasión era muy escaso. Por un lado, los suecos avanzaban desde el báltico hacia el Volga; y por el otro tenían el sitio japonés en el otro extremo de su imperio. El Khan no podía perder muchos recursos en su toma de Moskovia y su forma de alentar a sus hombres era con una fiesta que jamás pudiesen olvidar.

La comida empezó a llegar en innumerables bandejas para todos los oficiales y la numerosa tropa de la horda. La bebida perdió a los hombres y la euforia estalló como un volcán durante la noche helada. El banquete se fue convirtiendo en una majestuosa orgía. Habían suficientes mujeres para todos, la mayoría eran bellas damas traídas de Kiev, Vladomir, Nóvgorod, Polska y del norte de Bulgaria. Sin duda no había punto de comparación entre aquellas hermosas europeas y las ríspidas mujeres mongolas a las que la horda estaba acostumbrada. Ya sea por voluntad propia o por violación, todas las mujeres presentes fueron ofrecidas a los hombres del Khan que se satisficieron con las delicias ofrecidas por Gengis. Varios soldados fornicaban con dos o tres damas a la vez, las que eran vírgenes sufrieron violaciones multitudinarias. La bebida no faltaba, ni la comida. Algunos comían y bebían mientras fornicaban. Otros exhibieron sus fetiches con la comida y toda clase de uso genital de las mujeres que tenían: el vino servido en la vagina de una mujer europea tenía un mejor sabor que los que se servían en vasos de barro.

La orgía estaba en su clímax cuando el ruido ensordecedor de una explosión y una luz violeta rodearon a la horda y sus esclavas. El banquete se interrumpió, el ruido hizo salir a todos de su estado de embriaguez, se vistieron y tomaron sus armas.

—Señor, la armería —reportó uno de los oficiales a Gengis.

El Khan, junto a algunos de sus hombres, se dirigió a la carpa almacén de armas y lo que halló apenas lo podía creer. La lona y todo cuanto había en ella estaba tan congelado que ni siquiera se podía tocar sin sufrir serias quemaduras por el frío. Un revestimiento de escarcha violeta se formó en el suelo que emitía vapores gélidos y resplandores refractantes por la luz de las antorchas.

—¿Dónde están los guardias! —bramó Gengis, uno de sus generales señaló con el dedo.

Ambos mongoles que custodiaban la armería se habían convertido en perfectas estatuas de hielo cárdeno. Los rostros de horror expresaban el pánico y dolor que debieron sentir al momento de su muerte. Gengis no podía comprender qué clase de poder divino o infernal sería capaz de congelar así a sus hombres, aún más trabajo le resultaba medir la temperatura que rodeaba el almacén. Estaba tan frío que apenas se podía respirar en el perímetro.

—¿Alguien vio lo que ocurrió? —preguntó Gengis.

—Dos esclavas estaban en cercanías —replicó un soldado.

—¡Traedlas ante mí! —ordenó el Khan.

Dos jóvenes muchachas esclavas fueron llevadas ante Gengis. Estaban golpeadas y era notorio que los guardias del almacén las habían forzado a tener relaciones con ellos. Las dos muchachas, luego de ser usadas, fueron devueltas a la carrocería prisión de la horda, razón por la que el frío letal no las mató.

—¡Vosotras dos me diréis lo que ocurrió aquí u os cercenaré los pezones y les haré comerlos! —gritó Gengis, furibundo. Ninguna de las dos chicas parecía dispuesta a hablar, el temor las había petrificado—, ¡estoy esperando! —rugió Gengis y una de ellas murmuró:

—Los Kuklovs —dijo.

—¿Kuklovs? —cuestionó Gengis, extrañado—. ¡Qué brujerías estáis invocando en vuestra lengua, sucias meretrices!

—Arqueros Kuklovs —dijo la otra chica con la voz trémola—. Señores de la Casa de Rurik.

Gengis era un hombre ciertamente bárbaro, pero no era ningún estúpido. El Emperador mongol era muy culto e inteligente, características que, en desmedro de sus barbáricas acciones, no tenía nada que envidiar de los eruditos griegos. Él sabía perfectamente que Rurik fue el príncipe varego que fundó la Corte de Rusia; sin embargo, el Khan suponía que tras la muerte de Vladimiro I ya no existirían más descendientes de la Dinastía Ruríkida.

—¿Acaso creéis que soy tonto? —increpó Gengis a las muchachas—. La Casa de Rurik se extinguió hace siglos, además, así el mismísimo Rurik hubiera vuelto a la vida para atacar a mis hombres, no existe poder humano que pueda congelar a mis soldados, a mis carpas y a mis armas.

—Señor, rogamos vuestra piedad —suplicó una de las chicas—. Los Kuklovs solo desean a su pueblo a salvo.

Gengis abofeteó atrozmente a la joven que clamaba misericordia, no podía consentir que una miserable prostituta rusa le hablara de esa forma.

—¡Mataré a cada ruso que respire bajo el cielo, juro que...!

No terminaba el Khan su sentencia de muerte cuando otro resplandor violáceo seguido de la deflagración de un trueno retumbó hasta el lugar donde encontraba. La luz había venido del campamento central donde se hallaba el grueso de su tropa.

—Al mando y traed a estas meretrices —dispuso Gengis y corrió a su carpa de mando.

El panorama que lo recibió fue desolador. Todo estaba completamente congelado. El suelo parecía una enorme pista de hielo sobre la que se erigían innumerables esculturas congeladas de una horda mongola que abarcaba hasta el horizonte. El color violeta de ese hielo era tan antinatural que a Gengis le parecía obra de algún demonio. El hielo jamás tiene esa coloración sutil magenta y sin embargo aquellos cristales refulgían siniestramente ante la luz de sus antorchas. Incluso el fuego de los fogones se congeló de forma que las propias llamas se habían solidificado en sus diversas formas ígneas. Gengis aulló de de la rabia y golpeó el suelo por la impotencia que sentía.

—Qué clase de demonio puede hacer algo así —murmuró el Khan

—¡Señor, las esclavas están escapando! —gritó uno de los soldados desde una colina.

—¡Matadlas a todas! —ordenó Gengis con los ojos desorbitados por la rabia.

Los mongoles no tuvieron tiempo ni siquiera para alzar sus arcos contra las esclavas rusas que escapaban por la explanada. Una lluvia de flechas cayó del cielo sobre los hombres de Gengis, acribillándolos. Los menos se pusieron a cubierto mientras la mayoría caía ante el asedio de las flechas. El propio Khan no podía identificar por dónde estaban siendo atacados. Miró de un lado al otro, buscando algún atacante en las colinas cercanas. De pronto un hombre encapuchado y cubierto con una túnica negra apareció de la nada y atacó a Gengis. El líder mongol desenvainó su espada y trató de defenderse de las fuertes estocadas de su atacante desconocido. Aquel rival era totalmente distinto a todos los que Gengis había conocido, sus reflejos y agilidad eran felinos y su fuerza era tan grande como la de un oso. Las chispas entre las espadas del encapuchado y del Khan iluminaban levemente el rostro de aquel

anónimo velado tras las tinieblas heladas de esa noche rusa. Finalmente, de un golpe de espada, la hoja del arma de Gengis se partió y voló por los aires. El filo metálico de su oponente se había situado en su cuello, listo para rebanarlo.

—¡Vamos, hazlo! —retó Gengis—. Tendrás que matarme o yo te mataré.

—¡Basta, Dragomir! —se oyó una potente voz femenina de mando.

En cuestión de segundos el Khan se vio rodeado de varios arqueros cubiertos tras velos negros y con sus flechas apuntándole. Sus hombres sobrevivientes habían sido tomados prisioneros, el mismo Gengis evaluó la situación y no tuvo más que asumir que le habían atrapado.

—¿Quienes sois vosotros —cuestionó el Khan con la voz envenenada por la ira.

No hubo respuesta, los atacantes desconocidos se limitaban a observarle y apuntarle.

—¡Quienes sois! —rugió Gengis.

Repentinamente la temperatura bajó hasta los límites del congelamiento. El cambio había sido tan brusco que Gengis cayó de rodillas al suelo, tiritando del frío. El Khan sentía que se le congelaban los huesos y que el aire que respiraba le helaba el cerebro. Su vista se le nubló, se apoyó con sus manos en el suelo haciendo un esfuerzo supremo por no desvanecer. Entonces vio borrosamente acercarse una figura con forma humana. Cuando estuvo más cerca notó que era una mujer con una larga capa y capucha azuladas. En su mano llevaba un arco diferente a cualquier otro que Gengis hubiera visto en su vida, era de hueso. De

inmediato su vista se fijó en la gema verde que llevaba incrustada en medio. Esa piedra era exactamente igual a la gema que le envió a Federico II de Sicilia.

—Señora, ya hemos rastreado su campamento y el transductor no está ahí —dijo uno de los encapuchados a la misteriosa mujer.

—Entiendo —murmuró y miró de reojo a Gengis. Aquella mujer tenía los ojos acaramelados y líquidos, o al menos eso parecía, las sombras de su capucha no permitían admirar bien su rostro—. Solo el mongol debe saber su paradero.

—¿Y sus hombres?

—Repatriadlos, otra horda más viene en camino y tomará el lugar de ésta.

—La Corte de Moskovia nos acusaría de traición si los deja a estos mongoles con vida.

—Y los Dioses Leales nos acusarían de traición a todos nosotros si los ejecutamos.

El soldado asintió aunque no se veía conforme.

—Llevadlos a la frontera del Dniéper, luego dadles hidromiel y que olviden todo.

—¿Y qué haremos con el Khan?

—Voy a interrogarlo yo misma.

—Usted sabe que estos mongoles tomarán Moskovia.

—Lo sé, Dragomir, pero este es un conflicto en el que no debemos intervenir.

De forma repentina la temperatura empezó a ascender nuevamente. Gengis dejó de sentirse mareado y el frío se hizo soportable. La mujer se hincó a su lado y le miró profundamente. El Khan se sintió inmediatamente hipnotizado ante aquellos ojos citrinos. Era una mirada diferente, como nunca antes había visto en otra persona.

—Señor de Mongolia —le dijo la mujer—. Necesitamos saber algunas cosas.

—No tengo nada de qué hablar —desafió Gengis—. Os juro que mis hijos vengarán mi muerte y se comerán vuestros corazones y usarán vuestros huesos para hacer botones.

—Está equivocado, Gengis. Nosotros no vamos a matarle.

—Ni bien pidáis rescate por mí, mis tropas os encontrarán y les descuartizarán. No obtendréis una oblea de oro de mi imperio.

—Tampoco queremos un rescate o su oro, Gengis —el Khan estaba desconcertado, no solo por la extraña condición de su cautiverio ante esos rusos sino también por el excelente mongol en el que la mujer le hablaba. Jamás había oído a un extranjero que hablase tan bien el mongol.

—Sea lo que sea que queráis de mí, no lo vais a conseguir.

—¿Es que no comprende, Gengis? Ya casi lo hemos obtenido.

Gengis estaba tan confundido que una mueca se le escapó contra su voluntad. La mujer continuó:

—Usted encontró una gema a orillas del Mar Negro, una Piedra de Agarthá que sirve como transductor para comunicarse con los Dioses. ¿Dónde la esconde?

Era indudable que la mujer le preguntaba por la gema que envió a Sicilia. Gengis se negaba a responder sus preguntas, pero los ojos de la mujer le habían desposeído de toda defensa.

—Esa piedra... —dijo Gengis aún contra su voluntad—. La envié a Europa, a la Corte de Federico de Sicilia.

La mujer suspiró aliviada. Era como si el Khan le hubiese dado una gran noticia. Ella se incorporó y extendió la mano a Gengis para ayudarlo a levantarse. El mongol no entendía por qué la actitud de su enemigo había cambiado tan rápidamente.

—Ha hecho lo correcto, Señor de Mongolia.

—¿Qué queréis de esa piedra? —cuestionó Gengis.

—Solo que esté a salvo.

—Quienes sois vosotros, ¿no sois rusos acaso?

—Lo somos, nuestro linaje es parte de la Corte de Moskovia; pero esta guerra entre la Horda y los Zares no es algo que nos involucre, nosotros tenemos otra misión.

—Son traidores entonces.

—Somos leales al legado de nuestros ancestros, Señor de Mongolia, y a nuestra ley; que no es necesariamente la ley de la Corte de los Zares.

Gengis observó el arco que la mujer sostenía entre su mano, ella notó que el Khan miraba la reliquia:

—Usted conoce este arco —dijo la mujer.

—Me es conocido.

—Eso es porque usted es un hombre de Sangre Pura. El objeto que ve es el Arco de Artemisa. Nuestros ancestros lo recuperaron de Alejandro de Macedonia durante su combate en Persépolis. Con este arco los demonios del Elbruz fueron vencidos ante los ojos de los romanos. Este arco y su gema son otro transductor que nosotros custodiamos.

—¿Qué tiene de especial esa piedra?

—Es un Graal, Señor de Mongolia. Une a los hombres con los Dioses.

—¿Sus dioses?

La mujer negó con la cabeza.

—Con los Dioses Leales a todos los espíritus de los hombres.

—Suenan al cristianismo de los romanos.

—Pero no lo es. No defendemos los intereses católicos. Nuestra misión es únicamente proteger los transductores del enemigo.

—¿Qué enemigo?

La mujer suspiró, vio que sus hombres ya se llevaban a los mongoles al Dniéper. Luego volcó su mirada hacia el campamento congelado, totalmente detenido en el tiempo por el poder de una flecha lanzada por el Arco de Artemisa. Las esclavas esclavas habían sido liberadas y pronto llegarían a sus pueblos, pero el avance mongol retomaría las tierras perdidas esa noche. Ella sabía que no debían impedir que la Horda avanzara, aunque ese pensamiento tampoco le satisfacía.

—El enemigo de todos nosotros, Señor de Mongolia, está en un lugar muy lejano a nuestras tierras. Usted lo sabrá y lo recordará dentro de poco.

Con su última sentencia, aquella guerrera anónima se disponía a irse, pero Gengis la tomó del brazo.

—Su nombre —le preguntó, la mujer le miró de reojo y respondió:

—Yo soy Dianara, una arquera Kuklov; y usted es el Señor de Asia. No olvide eso cuando la muerte le visite, Gengis Khan.

Chang Shambalá es un pequeño planeta cuya órbita es cronométricamente paralela a la de la Tierra y se expande entre las órbitas de la Luna, la Tierra y Mercurio. Su efecto gravitacional es tan poderoso que influye los campos magnéticos de Júpiter, Saturno y del propio Sol. Únicamente Venus queda libre del efecto de gravitón de *Chang Shambalá* debido al aislamiento electromagnético de su ionosfera, esto debido a la cantidad inmensurable de puertas dimensionales abiertas en la hostil superficie de Venus. *Chang Shambalá* se halla en una falla tectónica cuántica de la Realidad Realmente Material; un pliegue topológico en un abismo dimensional de la Umbra que favorece a su mundo para absorber directamente los rayos del Sol no solo en las pesadas dimensiones de la Cuarta Vertical, sino de todos los soles paralelos que coexisten uno sobre otro. Toda esa luz es utilizada por poderosos artefactos shambálicos con la finalidad de darle rango de realidad pesada a todo lo existente en la Tierra y sus múltiples clones dimensionales. Asimismo, *Chang Shambalá* proyecta una imagen liviana del resto del universo, situando el eje de su poder en el centro del cosmos y manteniendo el sello permanente en el que Yahvé Demiurgo reposa. El día que el Demiurgo creador del universo despierte, toda la existencia cósmica será devorada en un *Big Crunch*, generado por un infinito agujero blanco. Entre tanto, todo cuanto ocurre en la Tierra, el cosmos y todos los universos paralelos de éste, son producto de los sueños de Yahvé. Y los entes encargados de mantener al Dios-Demonio, es decir, a Jehová-Satanás dormido, son los arcángeles y sus sequitos de druidas y sacerdotes. Uno de esos druidas es Héxabor, un acolito guerrero entrenado en el planeta Chernobyl, situado en el cosmos de la Décima Horizontal, en la estrella Regulas de la constelación de Leo.

Existen pocos druidas cernos y la mayoría de ellos jamás se inmiscuyen demasiado en los planes del Tetragrámaton, un grupo de arcángeles inmortales que toman todas las decisiones sobre el cosmos, la humanidad e incontables formas de vida inteligentes que pueblan los universos. La última vez que Héxabor intervino en las tareas del Tetragrámaton fue para salvar a los sacerdotes Bera y Birsá de la terrible e implacable furia del Oso Kurt, elevado a su poder espectral más alto por conducto de un humano con poderes inimaginables. Este humano, alemán, habitante de la Tierra de la Cuarta Vertical, respondía al nombre de Kurt Von Subermann. Su poder fue tal que los poderosos Bera y Birsá habían acabado sus energías solo en la persecución y estaban cercanos a su muerte definitiva en las garras del Oso Kurt. Héxabor combatió con él durante miles de años en las dimensiones perdidas del extremo blanco y finalmente logró empujar al oso fuera de la Creación, devolviéndolo inminentemente a Agartha, la dimensión real y verdadera de donde provienen todos los dioses. Kurt se hizo un dios.

A pesar de todos los esfuerzos de Héxabor por salvar a Bera y a Birsá, sus heridas eran tan terribles y estaban tan débiles que perdieron la vida sin que nadie pudiese evitarlo. Desde entonces Héxabor ha trabajado arduamente para volverse más poderoso.

Se encontraba Héxabor meditando en uno de los Templos de *Chang Shambalá*, el Templo de la Sabiduría, cuando vio sus meditaciones interrumpidas por un sacerdote cuya presencia le traía recuerdos de la victoria del Pueblo Elegido ante un Faraón rebelde.

—¿Has vuelto a invocar a Bálaham, Héxabor? —preguntó el recién llegado.

Aquel hombre tenía larga barba y cabellera blanca. Su piel era morena, su nariz aguileña, su mentón afilado y sus ojos oscuros. Era un hombre anciano, se sostenía con un cayado de madera y vestía una túnica totalmente dorada.

—¿Por qué me interrumpes, Moisés? ¿No ves que estoy meditando?

—Veo con satisfacción que finalmente estás tomando partido en esta guerra.

—Involucrado, siempre lo estuve.

—Jamás lo habías demostrado. Invocar a Bálaham es una de las ofensivas más riesgosas para cualquier druida y tú has tomado una decisión radical.

—Únicamente trato de arreglar todas las negligencias de Golab.

—¿Qué estás insinuado, Héxabor?

—Ningún Señor del Foso habría dejado a los elegidos escapar. ¿Acaso tan ciego está San Miguel, su amor hacia Golab es tan grande, que no nota lo raro que le acontece a ese demonio estúpido?

—Golab ha sido uno de los Señores del Foso más poderosos; nada podría ocurrirle.

—Moisés, no seas tan ingenuo —Héxabor lucía molesto—. Es cierto que de Golab su poder es inmenso, tan grande como el de San Miguel o San Gabriel, pero parece olvidárseles que Golab es el que más tiempo ha tenido que tratar con los Centinelas, en especial con Dianara. ¿Se han olvidado acaso del terrible poder que tiene Dianara? Sus encantos no nos son ajenos, Moisés. Esa mujer es capaz de hacer caer en pecado a cualquiera de nosotros.

—Especulas demasiado. ¿Estás pensando que Golab...?

—No estoy pensando nada que tú no hayas sospechado, incluso antes que yo —interrumpió Héxabor, Moisés se llevó la mano a la mandíbula, pensativo—. Golab ha estado demasiado tiempo cerca de Dianara y muy extraño es que

haya permitido a los doce elegidos escapar. Con su inmenso poder pudo asesinarlos con solo soplar su aliento de muerte, pero no lo hizo. ¿Acaso no lo ves, Moisés?, las acciones de Golab huelen a traición y ha logrado convencer al Tetragrámaton que los Centinelas jamás despertarán

—Esa decisión fue del Bafometh, y éste siempre ha estado en conflicto con el Tetragrámaton.

—Y sin embargo sabemos de lo que esos malditos son capaces. Hace milenios ya tuvimos que enfrentarlos y casi perdemos nuestro mundo por su causa. Si los Centinelas despiertan y Dianara reclama “El Arco de Artemisa”, no me imagino lo que pasaría. Sería a Nimrod ver resurgir para profanar nuestro templo de nuevo.

—Me niego a creer que Golab nos esté traicionando, Héxabor; sin embargo, tus observaciones son bastante lógicas. Golab ha dejado huir a esos niños, eso también yo lo pensé.

—Por esa razón he invocado a Bálaham. Ayúdame, Moisés —los ojos de Héxabor se tiñeron casi de un aire de súplica—. No esperemos a que sea tarde, ni Golab podrá enfrentar a los doce Centinelas si los dejamos hacerse fuertes. Llama a tus tropas, vayamos a Erks y reclamemos sus vidas antes que sea tarde.

—Jamás hemos logrado tomar Erks. ¿Qué te hace pensar que ahora será diferente?

—Tomar Erks no será necesario, solo debemos tomar las vidas de los doce elegidos antes que despierten como Centinelas.

—Los hiperbóreos no lo permitirán.

—No nos podrán detener. Tú eres un sacerdote poderoso, Moisés, y deberías tener mucho interés en tomar las vidas de los doce elegidos. ¿Estás olvidando que Rit, servidora de Ramsés, es una elegida a Centinela?

—No me insultes, Héxabor, eso ya lo sé.

—Entonces ayúdame. Vamos a Erks.

—Tus palabras son convincentes, Héxabor, pero dudo que tus medidas sean suficientes.

—Lo serán. Solo te pido que hables con el Tetragrámaton, convence a San Miguel de que ataquemos lo antes posible. Deja que del Bafometh yo me encargue. Ni arcángeles ni demonios se opondrán cuando les digamos el peligro que corremos. Ataquemos Erks y terminemos de una vez con todo esto...

CHANG SHAMBALA



Arika de Turdes, junto a dos de sus estudiantes, Berkana y Akinos, esperaban el retorno de Vairon de la Cueva de Pyrena. Estaban en la entrada y aunque eran Espíritus templados, totalmente fríos a la emoción, no podían evitar sentir ansiedad. Vairon había llegado al máximo punto de su entrenamiento, en pocos meses había perfeccionado la mayoría de las técnicas hiperbóreas de combate. Ya dominaba las emanaciones de plasma, la lucha con armas y la lucha cuerpo a cuerpo. Podía desafiar la gravedad, las leyes físicas del Universo, destruir montañas con el poder de su espectro, partir placas tectónicas enteras con la fuerza de sus puños e incluso salir del planeta Tierra y surcar el espacio sin más protección que su propia energía. Sin embargo, aún no era capaz de invocar a su bestia hiperbórea. El Espíritu Guardián de Vairon, Gery, uno de los lobos de Odín, le había dicho que ya era tiempo de su prueba final. Tenía que someterse al Culto del Fuego Frío de Pyerna y si no era capaz de superar la prueba, una muerte irremediable sería el costo de su intento fallido. Si fracasaba, no regresaría jamás de la Cueva de Pyrena. Pero si superaba la prueba regresaría convertido en un hombre de piedra, un Centinela.

El joven muchacho, cuyos 13 años habían sido suficientes para superar duras pruebas que incluso hombres maduros fallarían, tenía un solo pensamiento en su mente: ser un Centinela.

El interior de la cueva estaba pintado con un esmalte verde de resina de caña, todas las paredes y el techo estaban cincelados con runas e incrustados con esmeraldas. Vairon caminó cuidadosamente por el interior de la cueva, por experiencia había aprendido que los ciclópeos lugares construidos por los

hiperbóreos estaban resguardados por mortales trampas para proteger sus tesoros y reliquias de los intrusos, aunque el mundo donde Erks había sido edificado, era complicado imaginar más intrusos que los animales, pues en esa réplica de la Tierra jamás se desarrolló la especie humana.

A pesar de todas las precauciones del joven guerrero, ninguna trampa amenazó su ingreso a la cueva. El camino estaba llano y expedito y Vairon lo surcó a la luz tenue de una antorcha para iluminar sus pasos. Allí por donde caminaba se iban descubriendo escalones que subían y bajaban por enredados caminos que confundían la mente. Vairon sabía que se estaba internando en las profundidades de la tierra, pero no tenía miedo, solo sentía una leve inquietud, como la que sienten los cazadores cuando están a punto de atrapar una presa.

Varios pasillos más tarde el joven expedicionario dio con una gigantesca recámara construida por ingenios y arquitectos totalmente desconocidos, no humanos. Cuatro grandes columnas con forma serpenteada sostenían el techo que se perdía a alturas insondables, quedando cubierto entre las tinieblas de la infinitud. Las cuatro columnas eran de piedra verde, como cuatro descomunales piezas de esmeralda talladas y trabajadas para aparentar la piel de una serpiente y cuya procedencia no podía ser la Tierra. Sin duda las columnas eran de esmeralda. Las paredes de la recámara tampoco eran observables. El ambiente estaba dominado por la oscuridad y las paredes se extendían a tales distancias que la tenue luz de la antorcha no llegaba iluminarlas bien. El piso era de piedra y tenía runas labradas marcando una especie de sendero que parecía llevar al centro de la recámara. Vairon siguió las runas aún temiendo encontrarse con alguna clase de trampa.

Cuando llegó a la parte central del salón se encontró con un agujero pequeño poco profundo en cuyo interior reposaban dos piedras perfectamente entalladas, como si fueran compuertas. A un metro de las compuertas de piedra se levantaba una especie de altar cuya apariencia era más la de una consola con botones hechos de gemas preciosas, que de lugar de adoración de alguna civilización arcana. Vairon observó un momento los botones pétreos que tenía en frente y le llamó la atención uno en particular que tenía la forma de una estrella de doce picos; cincelado con runas en cada pico y con una compleja runa compuesta en medio. El joven guerrero meditó unos instantes y luego empezó a rozar el botón con sus dedos. Se dio cuenta que se hundía cuando hacía presión sobre él y oprimió la piedra levemente. Un ruido maquinal de tuercas y engranajes invadió la recámara y luego, de forma repentina, incontables antorchas se prendieron en las paredes, iluminando la recámara y revelando sus verdaderas dimensiones. Era tan grande como una cancha de fútbol y su techo estaba a varios cientos de metros por encima de Vairon. El muchacho se quedó pasmado cuando vio la inmensidad del salón en el que se hallaba.

Luego, convencido que lo que tenía en frente era en efecto una consola de controles, Vairon observó con cuidado los botones y notó que había una piedra con la forma de una serpiente; aquella era la única piedra que no mostraba formas angulares sino espiraladas. Vairon meditó unos segundos y oprimió ese botón. Transcurridos unos breves instantes otro ruido mecánico se escuchó, pero este venía del suelo. Las compuertas de piedra se abrieron y empezó a emerger una figura desde el hueco que se formó en su interior. El objeto era un busto de piedra, la cabeza de una Gorgona, tallada con un realismo impresionante. Las serpientes que conformaban su cabello parecían tan reales

que casi daban la ilusión de movimiento. La cabeza tenía los ojos cerrados y una expresión fría, carente de emoción o sensaciones, como si estuviese dormida.

—*Frente a ti, Vairon Hombre Hecho Lobo, se encuentra Pyrena* —escuchó el muchacho una voz que hablaba dentro su cabeza. Él sabía que se trataba de su Espíritu protector, Gery, uno de los lobos de Odín. El lobo Gery fue el protector de toda su estirpe durante siglos y su presencia daba mayor seguridad a Vairon—. *Tú, hijo de los Dioses, habrás de despertarla y ver directo a sus ojos.*

—¿Y cómo haré eso?

—*Mira en tu sangre y las respuestas ahí hallarás* —sentenció el lobo y se desvaneció.

Y así lo hizo Vairon. Tal cual Arika le enseñó, se remitió a su memoria genética, a los archivos almacenados en su sangre por medio del legado de sus ancestros. Con gran esfuerzo volvió sobre su propia edad, reviviendo todos los agónicos acontecimientos que lo llevaron a Erks: la muerte de sus padres, sus cuerpos convertidos en jirones de carne, le hacía estremecer. Luego recordó a ella, recordó su belleza infinita y su talento increíble, aquella muchacha que lo había enloquecido de amor y pasión incluso antes de su nacimiento. Recordó los lápices y el papel, la suave textura de la blanca superficie de sus sueños, su pasión por dibujar y perfeccionar su técnica. Recordó profundos dolores y extrañas sensaciones que atormentaban su ser. Finalmente llegó a la fecha de su nacimiento y recordó algo que hacía tiempo había olvidado, desde que llegó a Erks, y es que no recordaba cómo lo llamaban antes de la muerte de sus padres. Pero esa memoria seguía allí y vino a su mente. Vairon, el Hombre Hecho Lobo, también se llamaba Alan. No, más que eso, él era Alan Amaury Durán Reveillere. Por parte de su madre él era miembro de una familia de sangre pura, del Pacto de Sangre con los Atlantes Leales.

Por siglos, el destino de los Reveillere estuvo ligado a sus compatriotas del norte, los Michelle. La estirpe de Alan provenía de una de las familias más viejas de Francia y Europa. En el siglo V a.C., los ancestros de Alan, galos nativos unidos por convenios políticos y raciales con los tartesios hispanos y a los silenciosos espartanos de Laconia, se establecieron a orillas del río Sena y formaron un Clan cuya procedencia parecía ser de alguna isla perdida en el Atlántico Sur. Su llegada estuvo marcada por las continuas batallas que sostuvieron con las tribus de galos que habitaban el norte de Francia, provenientes de Bretaña, y que algún día habrían de convertirse en los Señores Michelle de Normandía. Sin embargo las invasiones cesaron cuando los romanos tomaron la península de Bretaña por asalto y dieron a los hombres del Clan del río Sena la oportunidad de avanzar en las tareas que los Dioses les habían impuesto. Así fue durante casi doscientos años hasta que, a mediados del siglo III a.C., los parisii, un pueblo celta, se establecieron en el río Sena casi a la fuerza. Los nativos sostuvieron feroces combates con los celtas hasta que lograron exterminar la casta druídica que vino con ellos y tomaron a sus mujeres por esposas para asimilar su cultura a la suya. Textualmente los celtas invasores fueron sometidos hasta que la gran mayoría de sus costumbres sacralizantes fueron erradicadas de sus mentes. Entonces el Clan fortificó la isla de la Cité y la bautizó como Lutecia.

En el 52 a.C. los parisii del Clan quemaron la fortificación de la isla y abandonaron Lutecia a los romanos, que más tarde la ampliaron hasta el margen izquierdo del Sena donde construyeron baños, un foro y señalaron el trazado de la mayoría de las calles parisinas. En la Galia romana, Lutecia empezó a conocerse como la ciudad de los parisinos, o París, ciudad entonces de escasa importancia. Según la tradición medieval, San Dionisio, primer obispo

de la ciudad, llevó el cristianismo a la población, a mediados del siglo III d.C. Sin embargo, la gente del Clan asimiló el cristianismo de otra forma, emergiendo de su memoria genética la figura de Navután como representación del Cristo de la Cruz. Otra leyenda cuenta que Santa Genoveva, patrona de París, ayudó en el 451 d.C. a la defensa de la ciudad en su lucha contra los hunos que más tarde se verían avasallados por la presencia de la mística del Clan.

Cuando el Ducado de Normandía se estableció, convirtiendo a los Señores Michelle en amos de la península de Bretaña, el Clan reclamó al Rey Felipe II la oportunidad de administrar la Cité. De ese modo, en el siglo IX y tras las incursiones vikingas que convirtieron a París en capital de un nuevo imperio — el Imperio de Francia—, los Señores Reveillere de París se convirtieron en regentes del reino y naturales rivales de los Señores Michelle de Normandía. Ambas escuderías, forjadoras de Francia, habían adoptado al Lobo como símbolo y debido a las incontables similitudes entre ambas, el pueblo francés los tenía como “hermanos gemelos en discordia”.

Ambas escuderías limaron asperezas y se dieron la mano durante el reinado de Felipe IV para enfrentar a los Papas *Golen* de la Sinarquía. De ese modo los Cátaros y Gibelinos, dirigidos desde Normandía; y los Galos y Frisones belgas, dirigidos desde París; se alinearon a las reformas reales que el Imperio de Francia tomó para enfrentar las iniquidades del Papa Bonifacio VIII. Luego de la caída papal, los Reveillere de París y los Michelle de Normandía vieron sus diferencias aún más acentuadas cuando se estableció la Sede Pontificia de Aviñón y cayó la Peste Negra en toda Europa. La definitiva ruptura entre ambas escuderías se originó luego que Moncast Reveillere empezara una pugna legal contra Alou Claude Michelle debido a que ambos nobles pidieran la mano de una de las princesas Kuklov de la Corte Rusa, Alexandra Grigorieva Kuklova. El

escándalo cundió en Versalles, confiriendo a las princesas rusas Kuklov la fama de “mujeres que pierden a los hombres”.

Alan había recordado perfectamente todo aquello y entendía profundamente la razón de su natural antagonismo hacia quien había sido su amigo del colegio y rival más íntimo. Lo recordó a él, Rodrigo Torrico Michelle, el último descendiente de los Michelle de Normandía. A ella, Diana Cuellar Kuklova, la última descendiente de los Kuklovs Rusos. Y él mismo, Alan Durán Reveillere, el último de los regentes de Francia, de los Reveillere de París. En su mente y corazón se proyectó el drama que los tres habían protagonizado a lo largo de los milenios y supo que los tres tenían un destino que se enlazaba y se separaba continuamente.

Entonces, buscando en su memoria genética como un hombre del Clan, identificó el recuerdo que estaba buscando. Miró al busto de la Gorgona dormida con sus cabellos de serpiente y leyó sus memorias: *todos los que llegaban hasta Pyrena venían dispuestos a morir. A morir, sí, porque ésa era la condición de la Promesa, el requisito de Su Gracia: como todos sus adoradores sabían, la Diosa tenía el Poder de convertir al hombre en un Dios, de elevarlo al Cielo de los Dioses; mas, como todos también sabían, los raros Elegidos que Ella aceptaba debían pasar previamente por la Prueba del Fuego Frío, es decir, por la experiencia de Su Mirada Mortal; y esta experiencia generalmente acababa con la muerte física del Elegido. De acuerdo con lo que sabían sus adeptos, y sin que tal certeza afectase un ápice la fascinación por Ella, muchos más eran los Elegidos que habían muerto que los comprobadamente renacidos; los que recibían Su Mirada Mortal de cierto que caían; y muchos, la mayoría, jamás se levantaban.* Alan cerró los ojos unos momentos y se invocó a sí mismo, se

rehízo, se convirtió nuevamente en Vairon, el guerrero implacable protegido por Gery, el último regente de Francia, el Hombre Hecho Lobo.

—¡Oh Pyrena! —dijo Vairon en voz alta—, ¡no sé si sea capaz de mirarte a los ojos!

Los instantes de aparente quietud se quebraron con un estruendo estremecedor que resonaba desde las profundidades de la tierra. Vairon retrocedió unos pasos, sentía que una amenaza se aproximaba velozmente a él. Sacó su espada de la vaina y aguardó a que el peligro se mostrara.

Una sombra pasó cerca de Vairon, él volteó velozmente pero no logró ver nada. Una vez más las tinieblas le rozaron, Vairon descargó su espada con la pesada oscuridad que serpenteaba en derredor suyo, pero no hacía más que cortar el aire. Entonces la oscuridad se fue espesando cada vez más hasta que empezó a tomar la forma de una gigantesca serpiente. Las tinieblas se corporizaron y solo entonces Vairon pudo ver la verdadera forma de la amenaza que lo acechaba, era una monstruosa y gigante víbora con ojos verdes y colmillos afilados.

El enorme reptil se lanzó contra Vairon, el guerrero saltó diez metros por encima de ella y luego cayó con todas sus fuerzas y con la punta de su espada sobre el cuerpo de su atacante. La hoja filada de su arma penetró la dura piel escamosa e ingresó a su cuerpo, un líquido verde manó de la herida. La serpiente se sacudió con fuerza varias veces hasta que en un sacudón titánico logró quitarse a Vairon de encima. El cuerpo del chico salió volando por los aires y golpeó una de las paredes de piedra con tal fuerza que se hundió un par de metros en el muro, levantando polvo y escombros. Su cuerpo inerte cayó



pesadamente al suelo, el golpe había sido atroz y Vairon estaba casi inconsciente. Apenas se estaba levantando cuando vio a la serpiente dirigirse a mortífera velocidad hacia él, no pudo esquivar su embestida y con sus manos desnudas frenó al monstruo sosteniendo sus afilados colmillos. En un acto de esfuerzo supremo Vairon sacudió al reptil y lo aventó contra uno de los muros de la recámara. El impacto levantó las piedras de la pared, dejando el cuerpo de la serpiente marcado. Vairon aprovechó que la bestia estaba mareada para saltar a varios metros de altura y disparar una potente ráfaga de plasma verde-azulado que generó una fuerte explosión.

Cuando el polvo se fue disipando, Vairon vio que la bestia estaba en el suelo, inerte.

Las emanaciones de plasma que los Centinelas usan, consisten en disparos de ondas de energía magnética que congelan y detienen el movimiento de las partículas en cada átomo. Asimismo, esas emanaciones magnéticas están recubiertas de microondas que cocinan por dentro al objetivo. El plasma en su uso como arma es un compuesto de energía oscura, envuelto en un capullo que emana una poderosa luz cuyo color depende del carácter cuántico del espectro del origen de la energía. Es explosivo y la clave de su eficacia radica en el brusco cambio de temperaturas a las que somete al objetivo, ese cambio de micras de segundos puede variar entre los 1675,22 Cº y los 273,15 Cº bajo cero, —cero absoluto—. En un segundo, el objetivo es sometido al cambio de temperatura unas mil veces, lo que produce su muerte y/o destrucción; y al ser un arma atómica y cuántica es eficaz incluso contra criaturas de energía, como la serpiente que Vairon había destruido.



Vairon lentamente se acercó al cuerpo aún humeante de la bestia. Poco a poco su forma física se fue volatilizando hasta convertirse en tinieblas que regresaron al lugar de donde habían venido: la nada. Solo entonces el muchacho sintió un punzante dolor en el hombro, lo tenía sangrante y roto; había sido rasmillado por uno de los colmillos de la serpiente, Vairon se sintió envenenado por una toxina terrible e indescifrable. Elevó su espectro todo lo que pudo y centró sus pensamientos en la herida y su sangre, solo de esa forma podría contrarrestar el veneno, o al menos eso es lo que había aprendido de Arika. Entonces, mientras trataba de curarse a sí mismo, el busto de la Gorgona empezó a abrir los ojos lentamente.

El muchacho herido se incorporó, fijando su vista en aquella pieza de piedra tallada. Conforme sus ojos se abrían, una tenue luz verde se iba desprendiendo de esos ojos.

—*¿Qué buscas, tú, protegido de Gery?* —escuchó Vairon una voz que provenía del busto de piedra.

—Superar la prueba, el Culto del Fuego Frío.

—*¿Acaso piensas que estás preparado?*

—Sí, y si fallo al menos quiero morir intentándolo.

Los ojos de la Gorgona iban abriéndose más y más. Vairon la miraba completamente hipnotizado por su luz verde. Era el momento de la verdad, vería los ojos de la medusa y moriría, o viviría y regresaría como un Centinela despierto. En ese último momento pensó en sus padres, en cuánto los extrañaba y sus profundos deseos de venganza. Pensó en Arika, su maestra, y sus amigos y camaradas Berkana y Akinos. Pensó en Rodrigo, que finalmente había llegado a Erks. Pero más que nada pensó en Diana, el gran amor de su

vida, su secreto amor. Si iba a morir quería hacerlo con la imagen de la sonrisa de Diana en su mente. Y entonces la Gorgona abrió completamente los ojos, un resplandor verde cegó instantáneamente a Vairon y entonces tuvo que enfrentarse a sí mismo y a la Serpiente que habita en el interior de todos los hombres. Vairon tuvo que luchar a muerte y no sabía si vencería o sería vencido.

PYRENA



|
(Is)**Sexto Misterio, Isis y Osiris**

Tomado de la Mitología Egipcia, adaptación del Círculo de Amatista

Hace siglos el Antiguo Egipto estaba gobernado por los dioses quienes directamente regían a los hombres. Entre las deidades que gobernaron Egipto el más grande fue Osiris. Del mundo divino incognoscible, Osiris trajo a los hombres el conocimiento de la agricultura, les enseñó a dominar el Nilo, les instruyó en las artes de la guerra, les mostró cómo crear armas y arados de piedra y metal. A lo largo de todo Egipto, Osiris deambuló unificando al pueblo y mostrándoles a los egipcios los misterios de otros mundos. De Osiris los hombres aprendieron los símbolos que desafían a la naturaleza creada de Ra, dios creador de todo cuanto existe y patrón del tiempo y del Sol-Shamash. A Ra no le causó ningún beneplácito que Osiris le enseñara a los hombres tantas técnicas prohibidas. Cuando Osiris les enseñó a los hombres la construcción de pirámides, Ra se sintió receloso y amenazado por Osiris y sembró en el corazón de Seth, el hermano de Osiris, la semilla de la envidia.

Toda su vida Seth había sentido celos de su hermano y de la veneración que los hombres le mostraban. Mientras que Osiris era un dios amado, honrado con la posesión del Nilo y toda su riqueza, los dioses creadores le habían otorgado a Seth el dominio de las áridas arenas del desierto. Por eso los hombres temían a Seth, él los llenaba de sequías, tormentas de arena y maleficios del desierto; mientras que Osiris bendecía a los hombres y les proveía de sustento.

Seth estaba harto de Osiris, de la envidia pronto empezó a crecer el odio. La consorte y hermana de Seth, Neftys, en repetidas ocasiones trataba de consolar a su marido ofreciéndole toda clase de placeres en los oasis del desierto, pero nada resignaba a Seth y su odio creciente. Entonces un día tuvo una idea y juntó a otros dioses que también odiaban a Osiris, con ellos creó un sarcófago tan



hermoso que todos los dioses y hasta los mortales querrían poseerlo y estar en él. El sarcófago fue hecho con las exactas medidas de Osiris y nadie sino él podría caber en él. La promesa de Seth era que regalaría el sarcófago a quien pudiera entrar cabalmente en su interior, pero nadie sabía que la artesanía había sido construida exclusivamente para Osiris.

En el día de Ra, Seth celebró un banquete en honor a Geb, padre de Osiris, Isis, Neftys y el suyo propio. Desde luego Osiris y su esposa y hermana, Isis, fueron invitados. Todos los dioses de Egipto asistieron: Sobek, el dios cocodrilo, amo del Nilo y las aguas; Tot, el dios ibis, amo de la sabiduría; Maat, la diosa vaca, ama de la justicia; Min, el dios amo de la fertilidad; Jonsu, hijo de Bálham y Mut, amo de la Luna; etc. Durante el festín Seth exhibió el magnífico sarcófago y tal como los orfebres Imhotep habían calculado, los dioses se fascinaron por la artesanía. Uno a uno, las divinidades entraron al sarcófago con la esperanza de caber cabalmente en él y llevárselo, pero nadie entallaba. Entonces tocó el turno a Osiris quien ingresó al sarcófago confiadamente. Entonces, a traición, Seth cerró el sarcófago, lo lanzó a las aguas del Nilo y lo maldijo para que Sobek jamás lo hallase. Luego él y sus cómplices desaparecieron en medio de una nube de langostas.

Desesperadamente Isis se lanzó a la búsqueda de Osiris. Convertida en halcón alzó vuelo y recorrió todo Egipto en busca de su esposo, a quien amaba profundamente. Entre tanto Seth, que se regodeaba de la desgracia de Osiris, había asumido el control de Egipto y empezó a gobernar tiránicamente sobre los hombres.

Luego de décadas de búsqueda finalmente Isis encontró el sarcófago que contenía a Osiris en el palacio de Biblos. Lo encontró bajo un árbol que, por el divino espectro de su ocupante, empezó a crecer maravillosamente. Para recuperar a su esposo Isis tuvo que convertirse en asesina y prostituta, pues el

rey de Biblos no estaba dispuesto a dar a la diosa el sarcófago. Ella sedujo al rey, tuvo relaciones con él y antes que el hombre dejara su semen de mortal en el interior de su matriz divina, Isis se convirtió en halcón y le arrancó el corazón. Luego fue un auxilio de Osiris, abrió el sarcófago y lo halló débil y moribundo por el hambre y la oscuridad. Entonces Isis tomó el sarcófago en sus garras de halcón y se lo llevó de regreso a Egipto, ocultándolo en el delta del Nilo hasta que descubriese la forma de curar a su esposo y quitarle la maldición de Seth.

Con Osiris en plena agonía, Isis comprendió que si quería salvar a su esposo debía encontrar el secreto de la muerte y para lograrlo pidió la ayuda de su hermana Neftys. Ella abandonó a Seth y lo dejó dormido en un oasis por medio de una pócima mágica que Hator, diosa del amor, le había entregado. Entonces ambas hermanas, convertidas en halcones, volaron hacia el Duat, el reino de los muertos. Buscaron a Anubis, el dios del inframundo, y rogaron su ayuda. Resultó que el dios chacal, Anubis, no conocía el secreto de la muerte sino el de la vida en el otro mundo; pero les dijo que Tot, el dios ibis, conocía el secreto de la muerte. Entonces los tres dioses partieron a Tebas y se reunieron con Tot a quien le pidieron ayuda. El dios ibis accedió, conmovido por el dolor infinito de Isis. Les reveló el secreto de la muerte y los cuatro dioses se dirigieron al delta del Nilo, donde Isis había ocultado el sarcófago; pero cuando llegaron vieron que el sarcófago estaba vacío. En todo el delta se habían esparcido las tripas y vísceras de Osiris. Ocurrió que Seth despertó del sueño y violó monstruosamente a Hator para que le confesara lo que oyó de Isis. Entonces la atormentada diosa, que tenía ya la matriz rota y desgarrada por la violación, le dijo que Isis había encontrado el sarcófago de Osiris y le reveló su ubicación. Seth, loco de ira, fue al delta del Nilo, abrió el sarcófago y desmembró, desolló, despellejó, destripó y mutiló a Osiris de todas las formas posibles. Seth había cortado el cuerpo en 42 partes y lanzó cada una a diferentes partes de Egipto.

Cuando Isis y los otros dioses llegaron al delta, la diosa estuvo a punto de volverse loca del dolor cuando vio el sarcófago vacío y los intestinos de Osiris flotando entre unos juncos. Pero no todo se había perdido, Neftys le recordó a Isis que sabían el secreto de la muerte y que traerían a Osiris nuevamente a la vida. Entonces las diosas halcón volaron por todo Egipto en busca de las partes del cuerpo de Osiris. Fueron reuniendo pieza por pieza su cuerpo y donde hallaban una parte, fundaban una ciudad y mandaban a los hombres erigir un templo en honor de Osiris. Al cabo de doce lunas todas las partes de Osiris estaban reunidas menos el pene, parte que los peces del Nilo se habían comido. Entonces Isis y Neftys, haciendo uso de su magia y sus artes, dibujaron un pene y lo convirtieron en carne, reemplazando el miembro original. Luego convocaron a Tot y a Anubis y empezaron los rituales de resucitación. Luego Tot le dijo a Isis que se convirtiera en Halcón y que danzara con sus alas, soplando aire sobre el cuerpo inerte de Osiris. Así lo hizo Isis y mientras bailaba la danza de los pájaros, comprendió tan bien como Tot el secreto de la muerte. Los vientos de vida inflaron nuevamente los pulmones de Osiris quien regresó a la vida. Con la misión cumplida, los dioses se retiraron e Isis se entregó carnalmente a Osiris durante doce lunas, quedando embarazada de él.

Luego de copular, tanto Isis como Osiris, que ya conocían el secreto de la muerte, sabían que debían separarse. Anubis regresó y les dijo que era tiempo de llevar al dios Osiris a vivir en el Otro Mundo. Isis y Osiris se despidieron una última vez y él acarició el vientre de Isis, dándole a su hijo su bendición eterna. Finalmente Osiris, convertido en momia, empezó a abandonar el mundo de los vivos en carne y se fue junto a Anubis a vivir en el Otro Mundo. En Isis quedaría el recuerdo de amor eterno que sentía por su esposo, y en él también quedaría esa nostalgia perpetua por Isis. Desde entonces Osiris juzga a los muertos e Isis les revela el secreto de la muerte en el otro lado. Luego nacería Horus, el hijo de Isis y Osiris, quien se vengaría de Seth por la muerte y traición hacia su padre.



Nocturno Nº20 en Do Mayor de Frederic Chopin, una interpretación delicada y llena de inusitada nostalgia. El intérprete se había dejado llevar por su propia melancolía, una escala descendente que mata las esperanzas y una resolución armónica de intervalo quinto para recuperar algo de optimismo melódico. Un trino impregnado de sutil añoranza y arpegios cabalgando levemente sobre el teclado del piano.

Era Rodrigo quien tocaba. Un día Rowena le dijo que Erks tenía una academia de música. Al principio le pareció a Rodrigo extraño la idea de retomar el piano en un lugar tan distinto a su ciudad natal. Aún más, le resultó inusitado tener que compartir los ambientes con personas que ni siquiera hablaban español y que cuando se dirigían a él no les entendía una sola palabra; pero no todos le resultaron tan ajenos. Algunos estudiantes sí sabían algo de español y le enseñaban el *futark erkiano*, la lengua que hablaban en Erks.

Diana acompañaba a Rodrigo cada vez que asistía a la academia a practicar, así que ambos practicaban juntos y recuperaban el viejo nivel de prodigios que alguna vez los caracterizó. Diana seguía siendo mucho más hábil que Rodrigo, pero el orgulloso muchacho no cedía en su empeño de mejorar cada día. Después de todo su Misión Familiar era encontrar la música del silencio y eso solo lo podría lograr tocando. A pesar de la lesión irreversible, que casi había inutilizado su mano izquierda, poco a poco iba recuperando la destreza de su zurda e iba aumentando su nivel. Diana se sentía feliz por su novio. Ella deseaba profundamente que él volviese a ser el pianista que era antes.

La academia de Erks albergaba a docenas de estudiantes, *luthieres* y músicos especializados en una amplia gama de instrumentos. Éstos, en su totalidad, eran músicos de cámara cultivados en la interpretación de piezas clásicas. La academia llevaba el nombre del músico al que rendían homenaje cada año durante el Festival de la Vendimia: Richard Wagner.

De acuerdo al calendario que Rodrigo había traído desde La Paz, la primera quincena del mes de julio del año 2000 se había terminado; sin embargo, para todos los elegidos era como si el tiempo se hubiera acelerado. Parecía que muchos más meses se hubieran consumido.

Gabriel estaba próximo a cumplir los 14 años y sus amigos ya estaban preparando alguna clase de celebración para conmemorar el acontecimiento. Para todos era difícil mirar atrás. Tan solo un año antes, en la misma fecha, los chicos se hallaban festejando la víspera de una fiesta entre infantil y juvenil, pero aquel año 2000, las cosas eran desmesuradamente distintas para pensar siquiera en tal cosa. El entrenamiento no solo los había fortalecido mucho, sino que los había hecho madurar a un ritmo frenético. Para el propio Gabriel su cumpleaños parecía alguna especie de recuerdo lejano. Luego de la pérdida de su visión y la muerte de su padre, el joven Centinela empezó a cambiar radicalmente de carácter. Se volvía cada vez más silencioso. Había dejado de hablar las clásicas tonterías que le identificaban y su costumbre de bromear todo el tiempo, casi se había desvanecido. Y Diana, ni corta, ni perezosa, se propuso llenar el espacio que el buen humor de Gabriel había dejado; se esforzaba por ver lo positivo en todo, trataba de ser jocosa, de hacer reír a sus amigos y hermanos.

La melodía de Rodrigo terminó de manera sencilla, espontánea. Diana le miró y tomó sus manos, frotándolas como si los 24 Cº que calentaban la ciudadela fueran insuficientes para mantener el calor.

—Lo has hecho muy bien —dijo Diana.

—Sí, siento que he mejorado un poco.

Las mentes de ambos se concentraban en algún punto distante, dentro de sus propias memorias, observándose como si nada más en el mundo fuese importante. Parecía que ese momento de contemplación sería eterno, pero el intempestivo ingreso de Rocío hizo despertar a la pareja del letargo. La intrusa los miró, sonriendo malévolamente.

—Espero no haber interrumpido nada —dijo Rocío, reprimiendo una leve risita.

—Ejem... no... nada, nada, todo bien... —respondieron Rodrigo y Diana, desordenadamente.

—Que bueno porque Rowena nos está llamando.

En otro lugar de Erks el hermano de Diana, Edwin, golpeaba un saco lleno de piedras a manera de practicar su gancho. El saco era sostenido con cadenas para aguantar la tonelada y media que pesaba, pero para Edwin ese peso era insignificante. La bolsa se mecía violentamente en el aire cada vez que era golpeada, como si pesara algunos kilos y estuviera rellena de trapos. Edwin sentía una ansiedad obsesiva recorriendo su médula, sentía la imperiosa necesidad de ser más fuerte cada día, cada hora, de ser posible. Quería regresar a su mundo, a la ciudad de La Paz y reencontrarse con sus padres. Temía mucho por su familia después que la muerte visitase al padre de Gabriel, por ello tenía

que regresar para protegerles. Y no solo Edwin sentía esa necesidad, Oscar y Jhoanna también eran invadidos por las ansias y entrenaban duro para ser más fuertes. Gracias a la instrucción de Aldrick, los tres jóvenes ya habían conseguido elevar su espectro de forma consciente a un nivel aceptable dentro de las reglas del combate hiperbóreo. Se habían internado en la mayoría de los doce Misterios Hiperbóreos y gracias a ello habían descubierto el poder de su espectro. Su fuerza y agilidad habían superado con creces los límites humanos. Su entrenamiento, desde un inicio, estuvo ligado a las piedras y a la gravedad. Aprendieron a romper monumentales rocas, a jugar con ellas e incluso a hacerlas levitar. Asimismo aprendieron a caer desde inmensas alturas sin sufrir el más mínimo daño; esa era la forma en que Aldrick los entrenaba, dominando las piedras y cayendo de inauditas elevaciones.

El sudor sobre el torso desnudo de Edwin salpicaba de su cuerpo cada vez que golpeaba la bolsa. Sus puños estaban cubiertos con blancos vendajes para evitar que se enfríen. Su postura de boxeo le ayudaba a mantener un equilibrio perfecto y sus golpes eran cada vez más veloces. La bolsa tardaba cinco segundos en mecerse de un extremo al otro y en ese tiempo Edwin era capaz de asestar entre cuarenta a cincuenta golpes sobre la bolsa.

Estaba por terminar su secuencia de golpes cuando Jhoanna se le aproximó. Ella también estaba sudorosa, notablemente agotada luego de desafiarse a sí misma a superar su record de desplazamiento.

—¿Te falta mucho para terminar? —preguntó la agotada chica.

—No —contestó Edwin, jadeando—. Solo dos rondas más.

—Aldrick nos llama.

Edwin se detuvo bruscamente al oír a su hermana. Abrazó el saco, con la respiración agitada y dándose tiempo para recuperar el aliento.

—¿Sabes qué quiere? —preguntó el joven, Jhoanna respondió negando con la cabeza.

—Me imagino que querrá darnos nuevos ejercicios.

—Sí, eso... —aún Edwin no podía recuperar el aliento, su corazón le latía con fuerza—. Necesito unos segundos.

—Sí, descansaremos un rato —respondió ella, sentándose en un peñasco cercano.

Exhausto, Edwin la secundó y se sentó a su lado reposando su cabeza hacia atrás, para relajar los músculos de su cuello.

—¿Fuiste al pueblo? —preguntó Edwin.

—Sí —respondió su hermana—. Recogí algunos víveres que nos faltaban.

—¿Y no te encontraste con el Rhupay o la Valya?

—No, pero Qhawaq dice que se han recuperado

Edwin cerró los ojos, recordando.

—Jamás olvidaré cuando los vimos llegar con sus rostros llenos de culpa, ¿te acuerdas? —dijo el agotado guerrero.

—Cuando ese monstruo mató al padre de Gabriel; cómo podría olvidarlo —replicó Jhoanna con una expresión de tristeza marcando su rostro.

—Nunca creí que hubiera alguien tan fuerte para ganarle al Rhupay o la Valya.

—A mí también me hizo dar nervios. Ellos, como Primer Cultivo, siempre habían sido los más fuertes entre todos nosotros. Creí que eran invencibles.

—El enemigo no es ningún tonto —sentenció Edwin, deprimido—. Pero nos haremos más fuertes.

Jhoanna lo miró, sonrió y le abrazó.

—Claro, seremos más fuertes que todos nuestros enemigos.

Aldrick y Rowena llegaron a la Catedral de Erks acompañados por sus respectivos estudiantes. Ni bien se encontraron empezaron a jugar y bromear. Estar juntos los llenaba de energía y alegría y cada vez que se reencontraban, así hubiesen estado separados por breves horas, armaban todo un jolgorio. De forma insólita, el más serio del grupo era Gabriel, pero él también se permitía reír en compañía de sus amigos, en especial de Rocío.

En el interior del edificio los esperaba Qhawaq junto a Rhupay y Valya. Sus rostros estaban serios, como si algo grave hubiera ocurrido. Sus expresiones bastaron para que los que llegaban fueran aplacando la efervescencia y se pusieran también serios.

Aldrick y Rowena se aproximaron a Qhawaq, intercambiaron algunas palabras en lengua de Erks y luego se voltearon a sus estudiantes. El anciano tomó la palabra:

—Varias noticias han llegado a Erks —dijo Qhawaq—. Algunas les preocuparán y otras les satisfarán; sin embargo, nunca olviden que las noticias no son buenas ni malas, tan solo son noticias.

Los corazones de todos se aceleraron cuando oyeron las palabras del anciano. Se preocupaban constantemente por la seguridad de sus familias y cada vez que llegaban noticias de La Paz, temían saber del asesinato de sus

padres. Ese pensamiento los atormentaba en cada reunión que sostenían con Qhawaq.

—Empezaré con lo que podría angustiarles —agregó el anciano, los chicos sostuvieron la respiración, preparados para lo peor—. Como bien saben, hace unos meses un enemigo muy poderoso hirió gravemente a Rhupay y Valya, aquí presentes, y luego asesinó al padre de Gorkhan —nadie quiso ver a Gabriel, pero todos sabían que un dolor estridente le invadía cada vez que recordaba aquello—. Aunque no se los dijimos, por esa misma fecha el campamento que protege la entrada al Camino de los Dioses también fue atacado.

Los rostros de Edwin, Diana y Jhoanna palidecieron.

—¡Mi papá, cómo está mi papá! —intervino Jhoanna, Qhawaq hizo una seña con su mano para que se calmaran.

—El Mayor Orlando Cuellar está bien, fue herido pero se ha recuperado velozmente y se ha puesto a investigar el asunto.

Un suspiro de tranquilidad brotó de los labios de Edwin y sus hermanas.

—Deben saber que los sobrevivientes del ataque fueron salvados por una poderosa aliada nuestra que en un día no muy lejano van a conocer. La razón de nuestra alarma es que descubrimos que nuestro atacante es Bálaham, un demonio antiguo y sumamente peligroso —dijo Qhawaq y luego fijó sus ojos ciegos en dirección de Rocío.

El anciano sabía la identidad de Bálaham, pero no se atrevía a revelarla ante los Centinelas, mucho menos a Rocío. Decirle que su padre se había convertido en un demonio poderoso podría perjudicarla, él prefería que ella se enterase por sí misma, cuando lo tuviera que enfrentar; y es que Qhawaq sabía que el día en que padre e hija se enfrenten estaba cercano, lo había visto por medio de su clarividencia. El resultado de ese choque podría despertar a Rocío como

Centinela, convertirla verdaderamente en Rit, Halcón de Piedra; o acabar con su voluntad y su correspondiente muerte. Qhawaq estaba perfectamente consciente de aquello, pero debía mantener todo eso en reserva. El anciano suspiró levemente y continuó:

—Sin embargo Bálaham no vino solo. Al ser un demonio tan poderoso tuvo que ser invocado. Rowena y Aldrick hicieron algunas pesquisas conmigo y luego de revisar algunos viejos pergaminos y compararlos con las características de este ataque suponemos quien pudo ser el responsable —todos miraron atentamente a Qhawaq, sin parpadear siquiera. El único que no le miraba era Gabriel, él había agachado la cabeza y es que sabía lo que el anciano iba a decir, su clarividencia le permitía saberlo—. Existe un sacerdote inmensamente poderoso, un druida en realidad, su nombre es Hélixabor. Él debió invocar a Bálaham y lo desencadenó contra nosotros. Se trata de un enemigo que aún no podemos vencer y por eso es necesario que se esfuercen más en su entrenamiento.

Un desaliento general invadió a los muchachos, se sentían desmoralizados por las palabras de Qhawaq.

—Pero hay más —agregó el anciano—. El Mayor Cuellar y Ursus han estado investigando también. Utilizando un espectrómetro magnético y un sensor de resonancia se dedicaron a rastrear a Bálaham, creyendo que podrían dar con su guarida. Recibieron alguna clase de lectura anormal del altiplano y se embarcaron en una misión para hallar la fuente de la anomalía. La lectura provenía del valle de Sorata, pero cuando Ursus estuvo en contacto con la fuente de emanación notó que no se trataba de una trampa de la Sinarquía.

Mandó llamar por mí inmediatamente. Me dirigí a Sorata junto a Rhupay y Valya, y no nos quedó la menor duda...

Los chicos retuvieron la respiración, incluso Gabriel cuyo alcance de su clarividencia no había develado las palabras del anciano.

—El Arco de Artemisa se ha materializado y está en Sorata, dentro la Gruta de San Pedro.

Los ojos de Diana se llenaron de gruesas lágrimas de emoción que empezaron a desbordar mientras una sonrisa las contradecía, su emoción fue tal que saltó sobre Rodrigo y le besó. La emoción es contagiosa y pronto todos empezaron a saltar y abrazarse.

—Es muy temprano para festejar —interrumpió Qhawaq el festejo—. Los especialistas del Escuadrón Inti se han puesto a trabajar junto a una comisión enviada de Erks y han explorado gran parte de la Gruta de San Pedro. Ésta se interna en la tierra y se convierte en una intrincada red de cuevas. Nadie que haya entrado a la Gruta de San Pedro ha regresado jamás. Todos los exploradores que se aventuraron se perdieron en el interior. Sin duda el Arco de Artemisa se halla en alguna de las cuevas y extraerlo no resultará sencillo.

—¿Y cómo lo lograremos? —preguntó Diana.

—Han sido bien entrenados —respondió Qhawaq—. ¿Recuerdan el Misterio del Laberinto?

Todos asintieron silenciosamente.

—El ovillo de plata es la clave para salir. Ustedes deben dejar pistas desde la entrada para que puedan volver. Seguramente no se perderán, pero deben ser cautos en su búsqueda. Usen la Sabiduría Hiperbórea, ésta les salvará la vida —

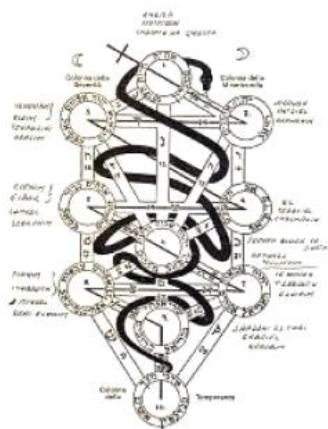


hubo una pausa, Qhawaq continuó—. Sepan que en las profundidades habitan peligros más terribles de lo que puedan imaginar. La oscuridad es total en el seno de la Tierra y allí las pesadillas pueden hacerse realidad. Preparen sus corazones para enfrentarse a Satanás. Ahora vayan, alisten sus cosas, partiremos hoy mismo de regreso a su mundo. Llegó la hora de ir por el Arco de Artemisa.

El universo y toda su creación constituyen el conjunto de materia, energía, materia oscura y energía oscura que conforma no solo la parte material y energética del cosmos sino también las antipartículas que lo estructuran. Todo lo existente, en sí mismo, es un sueño del propio Jehovah. Cuando Él terminó la Creación y decidió descansar al séptimo día, le pidió a uno de sus colaboradores, a un arcángel, que lo despertase cuando Su creación y el hombre que había creado estuviesen listos para ser devorados. Ese momento había llegado siglos atrás, pero el Tetragrámaton de los Arcángeles había decidido no despertar a Jehovah, sino que lo dejarían dormido, soñando perpetuamente. De esa forma los arcángeles podían disfrutar su condición de dioses y a la vez los placeres de la carne.

Para poder organizar el universo, todo lo existente había sido repartido en diez reinos ordenados en el Árbol Sephiroth:

1. Asiento de Jehovah o *Kether*,
2. Reino del Cielo o, *Shambalá*
3. Reino de la Tierra o *Chokmah*,
4. Reino Animal o *Binah*,
5. Reino Vegetal o *Chesed*,
6. Reino del Fuego o *Gebura*,
7. Reino del Agua o *Tiphereth*,
8. Reino Subterráneo o *Hod*,
9. Reino Submarino o *Jesod*,
10. Reino de los Hombres o *Malkut*.



A cada reino se le había asignado un guardián que era parte del Concilio de Dios, el Tetragrámaton de los Arcángeles; sin embargo, de los diez guardianes originales solo quedaban nueve. Durante la Era de Bronce un poderoso rey babilonio, Nimrod, se había encargado de eliminar al guardián del Asiento de Jehovah, el Arcángel Kokabiel. Debido a su muerte el Arcángel Miguel, en su condición de General de las Legiones Celestiales, había tomado control del Tetragrámaton. A todos los demás reinos aún les correspondía su guardián. El Reino del Cielo era custodiado por el Metratón Arcángel. El Reino de la Tierra lo habitaba Raziel Arcángel. El Reino Animal era vigilado por Uriel Arcángel. Al Reino Vegetal lo protegía Tsadkiel Arcángel. El Reino del Fuego era cuidado por San Miguel Arcángel, pero al mismo tiempo Miguel custodiaba el Asiento de Jehovah, vigilando su sueño para que nunca despierte. El reino del Agua era resguardado por Haniel Arcángel. El Reino Subterráneo lo vigilaba aquel de quienes pocos podían diferenciar si era un demonio o un ser celestial, Samael Arcángel. El Reino Submarino lo habitaba San Rafael Arcángel. Y finalmente el Reino de los hombres era vigilado por San Gabriel Arcángel.

Del mismo modo, tal como el universo bipolar necesita oscuridad para tener luz, los reinos de los Arcángeles tienen su contraparte infernal dividida en diez círculos.

1. Asiento de Satanás,
2. Círculo del Inframundo,
3. Círculo de las Furias,
4. Círculo de la Madre Dolorosa,
5. Círculo de las Pasiones,
6. Círculo del Fuego,
7. Círculo Abisal,
8. Círculo del Deseo,
9. Círculo del Foso,
10. Círculo de los Hombres.

Y a cada Arcángel le corresponde un jefe oscuro de cada Círculo como contraparte a la luz celestial; sin esa oposición entre oscuridad y luz sería imposible mover el universo de la Creación de Jehovah. En el caso del Asiento de Satanás, cuyo Señor fue Moloch, también existía un vacío pues el Demonio Moloch había sido asesinado por un héroe griego de nombre Teseo quien, confundiéndolo con un espía de Hades, le cortó la cabeza y le arrancó los pulmones. Por esa razón el Asiento de Satanás no tenía otro Señor y jefe aparte del propio San Miguel Arcángel.

A todos los demás Círculos aún les correspondía un Señor y jefe, todos ellos, en su conjunto, formaban un Concilio demoníaco, el Bafometh de los Demonios. El Demonio Astaroth, Señor del Inframundo. El Demonio Asmodius, Señor del Abismo. La Démona Aval, Señora del Dolor. El Demonio Harab, Señor de las Pasiones. El Demonio Belsebuh, Señor del Fuego. El Demonio Arkanis, Señor de las Furias. El Demonio Anakim, Señor del Deseo. El Demonio Golab, Señor del Foso. Y el Demonio Molay, Señor de los Hombres.

Por un acto de traición de Samael, el Tetragrámaton había ganado una guerra esencial al Bafometh, razón por la que este ya no tenía mayor poder de decisión sobre la Creación más allá del poder de la tentación que pueda ejercer sobre los hombres. Por esa razón, el día que el Tetragrámaton se reunió nuevamente, lo hizo en ausencia del Bafometh.

Había una inusual alarma en toda *Chang Shambalá*. Por órdenes de San Miguel, los ángeles y habitantes celestiales estaban preparándose para un evento bélico. Nadie sabía con exactitud la razón de tales preparativos, se limitaban únicamente a acatar las órdenes de Miguel; sin embargo, la preocupación era la sensación reinante en el Cielo. Todos recordaban el día en

que un hombre mortal, de nombre Nimrod, ascendió haciendo uso de un poder terrible y asesinó a cientos de ángeles y a uno de los Arcángeles del Concilio, Kokabiel. El solo recuerdo traía profundos temores entre los habitantes de *Shambalá*. Nadie lo decía, pero todos estaban asustados.

Una mesa rectangular de un material similar al vidrio se desplegaba en el salón principal del edificio más grande del Cielo. Las paredes estaban adornadas con inscripciones en varias lenguas de las que predominaba el hebreo antiguo. Una serie de antorchas ardían con un fuego dorado como el sol. El aire estaba impregnado de incienso y el suelo, cubierto con finas alfombras. En la pared mayor se divisaba una compuerta y un panel de control que servía para abrirla y cerrarla. Cuando la compuerta se abrió entraron los miembros del Tetragrámaton. San Miguel iba a la cabeza, con su garbo orgulloso, sus tres pares de alas doradas y su armadura tan bruñida como su cabello. Luego entró Metratón, el Segundo Oficial, con su armadura plateada al igual que sus cabellos y sus tres pares de alas. Siguió Raziel con su armadura de bronce y sus dos pares de alas marrones. Uriel venía con él vistiendo una armadura gris, tenía dos pares de alas negras al igual que su cabello. Tsadkiel entró después, tenía tres pares de alas que iban en un degradé de rojo a verde y una armadura naranja. Luego entró Haniel que también llevaba tres pares de alas con plumas de un azul oscuro, muy oscuro, y una armadura plateada. Samael entró después vistiendo una armadura negra al igual que sus dos pares de alas; un par era como alas de un ángel y el otro como alas de un vampiro. San Rafael tenía tres pares de alas azules y una armadura celeste, entró detrás de Samael. Y finalmente ingresó San Gabriel con su armadura nívea y sus tres pares de alas blancas.

Los miembros del Consejo se posesionaron alrededor de la gran mesa rectangular. Cuando todos estuvieron en su respectivo lugar San Miguel dio inicio a la reunión.

—¡Élite Grigori! Almas perfectas de la Fraternidad —dijo Miguel con voz grave—, hemos convocado este concejo del Tetragrámaton para atender el terrible peligro que se alza contra Yod He Vau Hed; nuestro señor Jehovah. Hablé con Moisés y he decidido que tenemos que poner manos a la obra para evitar que los Hombres de la Piedra Fría regresen a profanar estos santos recintos. Debemos, pues, tomar medidas contra una vieja amenaza que está resurgiendo en nuestro universo. Cederé la palabra a Gabriel quien les explicará de qué se trata.

Todos los ojos se volcaron al arcángel blanco, guardián de los hombres. San Gabriel se tomó unos segundos y empezó a disertar.

—El Reino de los Hombres siempre nos ha traído graves problemas y grandes placeres también, todos los presentes lo saben. Sin embargo, cuando Nimrod se alzó contra este santuario supimos que algo andaba mal. No logramos solucionar el problema por completo y ahora nos persiguen nuestros errores.

A las palabras de San Gabriel le siguieron murmullos de todos los presentes.

—Hermanos —continuó el guardián del Reino de los Hombres—, los doce elegidos han encarnado. Enviamos a Golab a arreglar este problema; pero el poderoso Señor del Foso parece habernos traicionado.

—Cuida tus palabras, Gabriel —intervino Miguel.

—No, Gabriel tiene razón —dijo Tsadkiel—. Yo mismo he tratado de arreglar esto. Traje a Dianara, la Osa de la Luna al Templo de la Sabiduría de nuestro

santuario. Iba a hacerla ceder hasta que llegó esa mujer maldita, la innombrable. Y no vino sola, Freky, el Lobo de Odín la acompañó. Golab ha descuidado su tarea.

—Golab simplemente se confió —replicó Miguel—. Él es fiel al Bafometh de los Demonios y a este Tetragrámaton.

—No por ser tu amante significa que sea fiel a todos nosotros —dijo Uriel—. ¿O acaso ya no tiene ojos solo para ti, Miguel?

Hubo un breve silencio ante las insidiosas insinuaciones del guardián del Reino Animal. Metratón intervino.

—Todos los miembros del Tetragrámaton estamos conscientes de que Golab se equivocó; es más, hasta los miembros del Bafometh lo han asumido; pero yo doy fe de su fidelidad y no dudaré de las acciones de Golab. Pero eso no quita que lo que Gabriel ha expuesto es grave.

—Es mucho más grave —continuó San Gabriel—. Por si fuera poco hemos localizado una fractura en la red espacio-temporal del cosmos. Un objeto de herejía se ha materializado nuevamente en el Reino de los Hombres —silencio, Gabriel siguió—. Señores, un *Graal* está en la Tierra, en una de las múltiples dimensiones de ésta. Es el que quedó incrustado en el Arco de Nimrod y que luego fue ponderado por esa traidora asquerosa. El Arco de Artemisa está en uno de nuestros universos, totalmente paralelizado a la dimensión de la Cuarta Vertical.

Todos los rostros mostraron arrebato ante el anuncio de San Gabriel, ellos sabían el peligro que representaba el Arco y aún tenían en sus recuerdos los estragos que podían causar los objetos que tengan incrustadas aquellas

esmeraldas a las que llamaban *Graal*. Una Piedra del Origen significaba más amenaza de la que estaban dispuestos a tolerar.

—Ya he tomado medidas —intervino Miguel—. Estoy alistando a un grupo selecto de esclavos mortales para rastrear ese objeto de herejía y destruirlo. Además le he dado mi autorización y apoyo a los Sacerdotes Hélixabor y Moisés para que asedien Erks con la ayuda de guerreros de la Legión.

—¡Por Dios, Miguel! —interrumpió Haniel—, hemos tratado de tomar Erks durante siglos y siempre tuvimos que enfrentar el fracaso. Si atacamos de nuevo la ciudadela, solo perderemos valiosos guerreros Hiwa Anakim. Necesitaremos todas nuestras tropas si queremos frenar la amenaza del Arco.

—No pretendo tomar Erks, Haniel —respondió Miguel—, mi intención es mantenerlos ocupados el tiempo suficiente para que podamos obtener el Arco. Además no enviaré demasiados guerreros, solo los necesarios. Hélixabor ha tenido la brillante iniciativa de invocar a Bálaham en la carne de un familiar consanguíneo de uno de los elegidos, de una de las súbditas de Ramsés que ha encarnado nuevamente. Moisés, junto a Bálaham y Hélixabor, usarán su ventaja estratégica para atacar en ese pilar débil que tiene nuestro enemigo.

—Pasas algo por alto, Miguel —dijo San Rafael—. Algunos de los elegidos ya han despertado como Centinelas.

—Mientras Dianara no esté despierta —replicó Miguel— todo irá bien. Uno o dos Centinelas, solos, no representan mayor amenaza para nosotros. Pero si esperamos a que Dianara despierte y use ese collar maldito para romper el sello del Arco, podríamos tener al hijo del Fenrir asediando nuestro santuario sin que podamos hacer nada para retenerlo.

—Entonces enviemos ya la expedición —agregó Tsadkiel.

—Ya lo hice —respondió Miguel—. Los envié antes de establecer esta reunión. Mientras hablamos, Hélixabor ha partido junto a Bálaham, guerreros de

la Legión y tropas de esclavos del Pueblo Elegido hacia Erks. Entre tanto, Moisés va rumbo hacia el lugar de la anomalía junto a esclavos del Pentágono para secuestrar el Arco. Metratón, te pediré que te reúnas con Moisés y sus esclavos humanos en cuanto esta junta termine y le ayudes a completar su tarea. Y tú, Tsadkiel, ve con Héxabor y Bálaham y retén a los erkianos todo el tiempo que sea posible. En cuanto vean a nuestro Santo Oficio en cercanías del Arco podrían pretender enviar tropas para impedir que cumplamos nuestro deber. Eso es todo, levanto esta sesión, pueden retirarse; pero tú no, Gabriel, tengo que hablar contigo.

Rápidamente, Metratón y Tsadkiel cerraron sus alas, envolviendo sus cuerpos, y desaparecieron bajo el resplandor de sus luces angelicales. Los demás se abandonaron la sala caminando. Pero Miguel y Gabriel se quedaron durante unos instantes.

—Gabriel, necesito que vigiles de cerca a Golab —pidió Miguel.

—¿No confías más en él?

—No es eso, pero ha pasado demasiado tiempo cerca de Dianara. Tú sabes mejor que yo de lo que es capaz esa meretriz. Es una extraña mujer kali que camufla muy bien su poder tras un velo de amnesia. La última vez que recordó quien era casi enloquece a Golab. Yo le amo y no quiero perderle de nuevo.

—No te preocupes, voy a hablar con el Bafometh para arreglar ese asunto. Tú solo ocúpate de neutralizar el poder del Arco de Artemisa, es todo lo que te pido. No quiero ese objeto asqueroso en mi Reino. Llévate a cualquier lado, pero sácalo del mundo de los hombres.

Un arcángel de alas plateadas sobrevolaba el cielo, en el suelo varios soldados le apuntaban. El ser alado no tuvo más que batir sus alas para provocar vientos huracanados que tumben a todos quienes le apuntaban. Cuando el viento cesó, otro grupo de soldados apareció bajando de grandes helicópteros, las máquinas tenían la bandera de Estados Unidos pintada en el fuselaje. En desventaja, los soldados que eran atacados por el arcángel tenían que combatir también a los soldados estadounidenses que no dejaban de desembarcar.

El caótico curso del combate había forzado a los soldados asediados a retroceder. Atrincherándose, se reagruparon en un puesto de avanzada situado a la orilla de una laguna rodeada de árboles y vegetación, en el otro extremo había una cascada que formaba un velo. En el centro del puesto de avanzada flameaba una bandera boliviana que daba la identidad de los soldados atrincherados, eran del Ejército Boliviano.

Entonces, cuando parecía que perderían inminentemente su posición, dos bestias terribles y enormes salieron del agua que formaba la laguna. Primero apareció una criatura antropomorfa de brillo verdoso y con gigantescas fauces que emitían un vapor verdeazulado en cada exhalación; su cuerpo entero parecía ser hecho de energía. Luego se levantó un monstruo con el aspecto de una salamandra verde con aletas en la espalda, dispuestas para funcionar como alas. Tenía en su boca dos colmillos tan grandes que sobresalían bajo su mandíbula superior como sables y sus ojos brillaban con un resplandor entre gris y azul. Ambas criaturas eran de agua y tenían un aspecto marino de una traslucidez que denotaba su naturaleza energética.

Los soldados atacantes descargaron inmediatamente sus balas contra las bestias, pero el ataque traspasaba a los monstruos como si le estuvieran disparando a una cascada. La bestia con forma de salamandra barrió a los soldados norteamericanos provocando una gran ola en la laguna, golpeando su superficie con su cola. La otra bestia dio un salto y, de una mordida, hirió el ala del arcángel que cayó derribado. Su caída fue tan devastadora como si un meteorito hubiera impactado contra la tierra. Una onda de expansión derribó árboles y movió grandes piedras por los aires.

Cuando el fenómeno se hubo compensado, ambas bestias habían desaparecido. Su lugar fue tomado por un chico moreno musculoso y una adolescente alta y esbelta. Ambos vestían armaduras bastante ligeras y una especie de malla negra entallada cubriendo la totalidad de su humanidad. Cuando los soldados asediados les vieron, se incorporaron inmediatamente y tomaron sus rifles. Entonces una tercera bestia apareció, era un lobo gigantesco hecho de energía azul. El lobo era en realidad un halo espectral que rodeaba a una persona situada en su centro. Aquel ser tenía un rostro conocido, uno que en visiones ya se había mostrado pero jamás de forma tan clara. Él lo sabía, él lo sabía... su nombre era...

Gabriel despertó con el rostro sudoroso, había tenido una visión. Faltaban pocas horas para el amanecer; aunque el chico ciego no podía ver la luz podía percibir el cambio en el aire, sabía que el sol despertaría pronto. El calor de la chimenea le indicaba que la leña tardaría en consumirse, habían pasado pocas horas desde que lograra conciliar el sueño. Al día siguiente saldrían todos rumbo a su mundo de origen y Gabriel aún no sabía cómo enfrentaría a su madre, cómo le diría la noticia de que se había quedado ciego. En realidad él no

tendría que decirle nada, ella lo sabría por signos inefabables. Rodrigo roncaba en la otra cama, Gabriel lo escuchaba y supo que su amigo dormía profundamente.

Por un instante, al ciego vidente, en que Gabriel se había convertido, se le antojaba como el más ingrato de los oficios. Había tenido una visión esa noche, no la compartiría con nadie pero había vislumbrado algo terrible mientras dormía. Alguien que él conoció estaba en Erks, alguien a quien siempre vio como un amigo pero que nunca figuró como Centinela. Gabriel sabía perfectamente que la noticia habría de turbar a Rodrigo y a Diana, a ellos dos más que a nadie. Tenía la certeza que todos lo sabrían tarde o temprano y se mordía la lengua para no decírselo a nadie. Qhawaq le había dicho que no debía compartir sus premoniciones si es que deseaba que nada malo le ocurriese a quien las escuchase. No dormiría más esa noche, solo le quedaba oír el canto de los grillos y el crepitar de la lumbre que le daba calor al cuarto. El día que vendría sería importante, muy importante. Y mientras los sonidos del exterior trataban de arrullar al chico ciego, su mente se desvió levemente sobre una imagen tan bella como tentadora: la desnudez de Rocío. Gabriel sonrió, al menos algo bueno para sí mismo había visualizado, el día que ambos se entregarían en cuerpo y Espíritu estaba más cercano que nunca, él ya lo imaginaba y la erección que eso le ocasionaba era satisfactoria; Gabriel estaba listo.



(Naudiz)

Séptimo Misterio, El Mito de Kaín

Tomado de la Mitología Hebrea, adaptación del Círculo de Amatista

Cuenta la leyenda que, luego de su destierro del Paraíso, Eva y Adán engendraron hijos en Tierras Malditas y desérticas. Sus dos primeros hijos fueron llamados Kaín y Abel.

Abel había aprendido una vieja técnica, enseñada por Jehová a Adán y de éste a su hijo Abel, que consistía en la cuidadosa cría de animales domésticos. En este caso, Jehová había asignado los seres más mansos e inofensivos de las Tierras Malditas para el uso de Abel: las ovejas. Luego entonces, éste se convirtió en un dedicado pastor, absolutamente dúctil y obediente. Su temor y entrega ciega hacia Jehová complacía al vanidoso Dios que veía con beneplácito cómo Abel se entregaba a Su voluntad, resignándose incluso cuando tenía que soportar los rigores de las Tierras Malditas. Así, cuando el pastor era maltratado por los avatares de la vida material, éste sacrificaba un cordero y quemaba su grasa con el fin de apaciguar el hambre de Jehová, quien reclamaba sangre derramada como ofrenda de amor de sus creaciones.

El hermano de Abel, Kaín, era un hombre completamente diferente. Secretamente, su madre, Eva, le había enseñado a Kaín a hacer florecer la tierra con diversos vegetales. El secreto de la agricultura era herencia de una mujer Diosa, llamada Inana, quien se reflejaba en las mujeres humanas para recordar a los hombres su rasgo increado, su divinidad. Por su cuenta, Kaín también había descubierto diversas técnicas de caza, con las que obtenía la carne para su sustento. Su vida como cazador y agricultor lo había convertido en un hombre avisado y emprendedor; y por su naturaleza guerrera, el agricultor había desarrollado desconfianza hacia Jehová, a quien rendía



pleitesía con recelo. Él no compartía la costumbre de sacrificar animales como ofrenda a Dios, así que en lugar de sangre derramada, Kaín ofrecía los frutos de la tierra como presente a Jehovah.

Evidentemente, Abel odiaba profundamente a Kaín. Sentía celos de la autonomía de su hermano, a quien ni la naturaleza se atrevía a desafiar. Mientras Abel tenía que esperar con creces la época de pastos para sus rebaños, Kaín hacía brotar de la tierra cualquier cosa que quisiera. En contraparte, Kaín sentía asco de su hermano, Abel, quien parecía estar enamorado profundamente de Jehovah. Kaín experimentaba la más insufrible repugnancia cuando Abel realizaba sus sacrificios sangrientos. Por aquella razón, ambos hermanos estaban tan distanciados como el Sol y la Luna.

A lo largo de los años, Jehovah había rechazado las ofrendas de Kaín, consistentes en frutas y verduras. Mientras que aceptaba con beneplácito las ofrendas de Abel. La reprensión de Dios calaba cada vez más profundo en Kaín, quien no podía comprender las verdaderas intenciones de Jehovah.

Entonces un día Kaín llegó a la respuesta que esperaba luego de una larga visión que sufrió durante el arado de la tierra. El agricultor se desmayó repentinamente y fue visitado en sueños por una mujer que se identificó solo como: “La Diosa”. Esta mujer divina le reveló a Kaín la Traición Original de la que fueron víctimas los Espíritus de los hombres. Y Kaín soñó durante doce días y doce noches, sin despertar. Al cabo de esos doce días con sus noches, Kaín se levantó, tomó las mejores legumbres de su cosecha y fue al altar de Jehovah para ofrecerlas.

Dios sintió la hostilidad de la Verdad en los ojos de Kaín y reprendió al agricultor: “De dónde vienes, Kaín, que tu odio hacia Mí se hace palpable a Mis ojos”. Y Kaín dijo: “Vengo del campo a ofrecerte estos frutos de la tierra,

mas antes quiero que en tu infinito amor y grandeza me respondas una duda". Dios se dispuso a oír al agricultor, éste prosiguió: "Si yo he sido creado a tu Santa imagen y semejanza, ¿a imagen de quien fue hecha mi madre?". Dios se enfureció con la pregunta de Kaín y dijo: "Te castigaré diez veces más que a tu padre, si te atreves preguntarme tal cosa de nuevo, pues mal hijo eres, porque dudas de Mí. Vete de mi presencia, antes de que rompas Mi ley". Entonces Kaín respondió a Dios con un grito que todavía repiten los blasfemos: "¡No hay Ley ni Juez!". Luego fue a buscar a Abel, totalmente invadido por el furor de un hombre que ha descubierto el engaño de su Creador. Cuando este halló a su hermano pastor, le dijo: "No hay Mundo futuro, ni recompensa para los justos, ni castigo para los malhechores. Este Mundo no fue creado con misericordia, ni es gobernado con compasión. ¿Por qué otra causa ha sido aceptada tu ofrenda y rechazada la mía?". Abel respondió sencillamente: "La mía fue aceptada porque amo a Jehová Dios; la tuya fue rechazada porque le odias". Entonces Kaín supo a qué bando pertenecía Abel. Tomó una piedra del suelo y golpeó el rostro del pastor, hasta dejar su cráneo como una masa tumefacta y sanguinolenta, totalmente irreconocible.

Jehovah Dios no tardó en notar la ausencia de Abel sobre la Tierra y se presentó ante Kaín como una luz dorada en el cielo, y le dijo: "¿Kaín, dónde está tu hermano?" A lo que el agricultor respondió: "No lo sé ¿Soy acaso el guardián de mi hermano?" Entonces Dios entendió lo que había sucedido, no hubo lugar a duda que Kaín había sido visitado por aquella 'maldita mujer'; aquella cuyo recuerdo y voz alejaba a los hombres de la luz de Jehová. Y Dios se enfureció con Kaín, y le dijo: "¡Qué has hecho, Kaín! Clama la sangre de tu hermano y su grito me llega desde la tierra". Y el agricultor respondió: "He descubierto el engaño, Inana me lo ha revelado. Abel no era mi hermano, y Tú me has engañado. Me exiges amor y sacrificio, dolor y fidelidad, y tú no me amas ni te sacrificarías por mí. Porque me has secuestrado de mi mundo, porque me has traído a estas Tierras Malditas contra mi voluntad. Tú y todos



los dioses que te honran” La cólera de Jehová se vio desencadenada ante la insolencia de Kaín, y Dios dijo: “Por esa maldita mujer a la que has escuchado, tú también quedarás maldito. Vivirás lejos de suelos fértiles y cuando cultives, la tierra no te dará frutos. Jamás podrás volver a dormir y andarás errante y fugitivo sobre la tierra”. Y Kaín respondió: “Tú me arrojas hoy, me castigas sin razón, mas hallaré la muerte a este suplicio”. Y Dios sentenció: “No será así, porque me vengaré siete veces de quien ose matarte. Te daré la vida eterna, porque no permitiré que seas premiado con la muerte. Y todos verán el signo que llevas en tu sangre, el Símbolo del pecado, y todos te reconocerán”. Y Kaín respondió: “He sido castigado injustamente por ti. Me voy, pero no sin antes jurar que me vengaré setecientas setenta y siete veces de ti, y este sufrimiento que me estás dando te lo devolveré con creces. ¡Seas maldito Tú, Jehová, que esta deshonra no quedará impune!” Y Kaín se fue de la presencia de Jehová Dios, con su sangre ferviente por venganza.

Kaín sufrió de hambre y sueño por años, siendo incapaz de dormir u obtener los frutos de los que se alimentaba. Siendo inmortal, tampoco podía refugiarse en la muerte. Y no hubo ser viviente en la tierra que sufriera tanta hambre y agonía como Kaín. Pero, en toda su perfección, el cuerpo del desgraciado agricultor halló el remedio a su mal. Por mutación, su boca fue dotada de grandes colmillos, huecos en su interior, y empezó a alimentarse de la sangre de los pastores que hallaba en su camino. Kaín se convirtió en una criatura de la noche y se unió a una mujer, hija de Lilith, con quien tuvo un hijo al que llamó: Enoch. Y Enoch tuvo un hijo al que llamó Irad. E Irad tuvo un hijo al que llamó Mavael. Y Mavael fue padre de Matusalel, y éste de Lamec. Lamec tuvo tres hijos: Tubal-Caín, el guerrero; Jubal, el músico; y Nohema, la mujer más bella del país de Nod.

Los hijos de Kaín, bajo supervisión de su padre, construyeron una gran ciudad amurallada y cercaron su territorio con pequeños ídolos de piedra, que



reflejaban el recuerdo primigenio de la mujer Diosa. Y crearon instrumentos musicales para reconfortar su Espíritu, y fabricaron armas con las que masacraban inclementemente a los demás hijos pastores de Adán. Porque Kaín y sus descendientes tenían una venganza pendiente contra los pastores de Jehová, y los pastores tenían una venganza pendiente contra los agricultores y cazadores, y contra Kaín, convertido en un ser más parecido a un vampiro que a un hombre.

Y los siglos de la interminable vida de Kaín transcurrieron, y el antaño agricultor descubrió el secreto de la vida y la ausencia de la muerte, o el secreto de la muerte y la ausencia de la vida. Vio reflejado el símbolo de su sangre, ubicado en su frente, y luego de contemplarlo por siglos despertó a su poder, y Kaín se convirtió en un Dios. Y cuando su cuerpo encontró por fin la muerte y su Espíritu se hizo de un Dios, Kaín se fue del mundo creado de Jehová; y aún hoy, quienes ven el Símbolo de Kaín, perviven en la noche, mutando en bestias caninas, lobos-hombre, a la Luna Llena; o bebiendo sangre por sus colmillos y deambulando en la ausencia de la Luna Nueva. Ellos son Hijos de Kaín.

Gabriel y su madre habían quedado fusionados en un fuerte abrazo, ella lloraba de emoción por ver a su hijo nuevamente y de pena al verlo ciego; en el rostro de él no había una sola lágrima, solo una expresión de inquietud. Rodrigo también se hallaba con su madre tratando de compensar en pocos segundos todos los meses perdidos. Todos y cada uno de los elegidos se encontraban reunidos con sus padres en aquel momento, ellos a quienes luego de siete meses de ausencia, volvían a encontrar. Pero su reunión no duraría.

El largo y complicado camino que lleva de Erks al campamento de vigilancia resultó mucho menos pesado para los viajeros que la primera vez. Rowena y Aldrick acompañaron la caravana. El tiempo había pasado desde el ataque de Bálaham al campamento y una vez más los soldados del Escuadrón Inti tomaron bajo custodia el Camino de los Dioses. Nadie mencionó el asunto del ataque, no había necesidad de recordarlo.

Después de la bienvenida, una caravana compuesta por varias vagonetas y camionetas partió desde el campamento del Escuadrón Inti rumbo a Sorata. Los padres de los muchachos, que asistieron al puesto de vigilancia solo para saludar a sus hijos, tuvieron que regresar junto al padre Clementi al Claustro de Santo Domingo, en la ciudad de La Paz. A excepción del Mayor Cuellar, ningún otro familiar de los elegidos iba en la caravana, eso por seguridad.

El ambiente en las movilidades era de ansiedad y expectación. Diana, Rodrigo y Jhoanna hablaban sin parar sobre sus expectativas con relación al Arco, tenían la impresión de que tal objeto sería capaz de darles grandes

victorias contra sus enemigos; incluso hablaban de invadir el cielo y asesinar personalmente a Jehová. Edwin y Oscar conversaban de los asuntos operativos que implicaban la aparición del Arco; ambos sabían que tendrían que entrenar mucho más duro. Rocío y Gabriel no hablaban, él tenía la vista apuntando hacia algún lugar del horizonte, no veía nada en realidad, solo sus propios pensamientos en la oscuridad de su ceguera. Ella había apoyado su cabeza en el hombro de su amigo y acariciaba sus manos. Los mimos de Rocío no parecían generar una sensación importante en el chico quien no respondía las atenciones; sin embargo, Gabriel estaba feliz de sentir a Rocío tan cerca. Se sentía amado por ella y le bastaba, no necesitaban más palabras que las necesarias, el resto serían acciones y, muy pronto, el inicio de su propio romance.

El camino a Sorata se consumió bajo la llama de la ansiedad, cada segundo que pasaba ponía a todos en mayor estado de alerta. La presencia del Arco era tan poderosa que en cierto lugar del camino los elegidos pudieron presentir su poder. Cuando llegaron al pueblo compraron algunos alimentos y provisiones para emplazar el campamento. Luego siguieron uno o dos kilómetros más por la carretera que llevaba a la gruta de San Pedro hasta que, en cierto punto, tuvieron que dejar los vehículos y continuar a pie. Caminaron durante media hora más, a paso de marcha, hasta que llegaron al lugar.

La gruta de San Pedro era una cascada de agua cristalina que cubría con un velo de agua una gran caverna. Una laguna de importante diámetro y rodeada de árboles remataba la cascada y llevaba el agua por medio de una red de vertientes subterráneas. El calor era intenso y la vegetación, exuberante. El campamento fue armado rápidamente por los soldados y, casi como un ritual sagrado, se izó una bandera boliviana en el centro del puesto con un asta

improvisada. El Mayor Cuellar había aprendido que, por mística, era necesario tener siempre una bandera de Bolivia en cualquier emplazamiento que se asentara; solo así se aseguraban cercar el perímetro con la presencia del Ejército.

Lo siguiente que hicieron fue prepararse para las contingencias. Los soldados que iban en las movilidades cerraron las rutas que iban a la gruta de San Pedro. Debido a su belleza natural era un lugar muy frecuentado por turistas, así que el Mayor Cuellar había asignado como vigilantes a algunos de sus hombres para evitar que llegaran visitas inesperadas. Luego excavaron una trinchera y la estacaron con puntales de madera sobre los cuales pusieron alambre de púas. En las trincheras colocaron morteros, bazucas anti-tanques y ametralladoras antiaéreas. Las grandes maquinarias de artillería tuvieron que ser llevadas pieza por pieza desde las camionetas y luego armarlas en los lugares designados. A los chicos les alarmaba ver tantos preparativos, sentían que la cantidad de armas era exagerada. Pero ellos no sabían lo terrible que fue el encuentro entre el Mayor y Bálaham. Cuellar solo deseaba asegurarse que si volvían a ser atacados por una fuerza similar tuviesen la capacidad de defenderse.

—Papá —llamó Jhoanna mientras entraba en el centro de mando—. ¿Me puedes explicar por qué trajiste tanto armamento? Parece que te preparas para una guerra.

El Mayor la miró de reojo, sin mucho interés, a tiempo que cargaba su pistola Desert Eagle.

—Vamos a extraer un objeto importante de esas cuevas; solo tomo las debidas precauciones.

—Sí, entiendo eso, pero ver tantas armas me confunde un poco.

—Ustedes solo ocúpense de encontrar ese Arco lo más rápido que puedan, nosotros estaremos aquí afuera, esperándolos.

Cuando el campamento estuvo listo el Mayor Cuellar llamó a Aldrick, Rowena y sus respectivos pupilos. Todos se reunieron en el centro de mando. La carpa estaba llena de cajas de madera. Trajes negros se escabullían del interior de algunas de ellas, como si los ropajes hubieran cobrado vida y trataran de escapar. En otras cajas se veían curiosos rifles color beige, parecían ser de plástico. En otras habían pistolas y balas. Varios aparatos habían sido colocados allí, unos soldados observaban las lecturas de los aparatos como si los estuvieran vigilando. Una vez reunidos Cuellar empezó a exponer.

—Seré breve. Hace años que el Ejército se viene preparando para una eventual guerra, por eso se han estado desarrollando tecnologías militares a ocultas de la opinión pública e incluso de las administraciones de Gobierno. El Escuadrón Inti tiene la ventaja de ser absolutamente independiente del Ejecutivo, pocos saben de nuestra existencia y eso nos ha permitido realizar importantes avances en la ingeniería de guerra.

Se acercó el Mayor a una de las cajas y puso varias correas, botas y una serie de instrumentos sobre la mesa.

—Cada uno de ustedes recibirá equipo militar básico —dijo Cuellar y luego puso un traje negro sobre la mesa. Era de material similar al que fabrican los trajes de buzo—. Estos trajes están hechos de material térmico, son resistentes

y les ayudarán a mantener el calor corporal si es que deben nadar bajo el agua o en lugares fríos. Las botas que ven son estándar. Descubrirán que son flexibles, resistentes y livianas; nuestras Fuerzas Especiales las usan para misiones de asalto. Los correajes consisten en fundas para pistolas, vainas para armas punzo cortantes, ganchos para granadas, bolsillos y poleas. Les ayudarán a trepar por lugares difíciles de la caverna y a cargar el equipo que llevarán.

De otra caja el Mayor sacó una funda de cuero negro que parecía un molde para espada.

—Sus mentores nos han explicado que ustedes son mucho más hábiles en el manejo de la espada que en otras técnicas —arguyó Cuellar no muy convencido de sus propias palabras—. Yo preferiría que se lleven un rifle, pero por petición de sus mentores les hemos traído ésto —les mostró la funda—. Esta es una aljaba, sirve para enfundar espadas. Notarán que tienen varios bolsillos, pueden guardar muchas cosas en ella.

Luego se aproximó a unos cajones que contenían varias piezas cuyo aspecto era similar a una armadura. Eran de material negro, bruñido con detalles de líneas blancas y algunas letras y números.

—Lo último en protección personal. Son protectores kevlar de la serie FOWM-221. Chalecos, canilleras, escarbes, grebas, conchas, brazaes, coderas y hombreras, cuidan las principales partes del cuerpo sin tener que ser demasiado voluminosas. Los desarrollamos en el Ejército y fueron pensados para las fuerzas de infantería de nuestras tropas pero creo que a ustedes les servirán bien. Que su aspecto frágil no los engañe, están hechos de fibra de vidrio-carbono y aleación de platino, no son simples chalecos antibalas, sino

verdaderas armaduras. Son livianos, delgados e increíblemente resistentes, pueden soportar impactos de balas perforadoras.

Finalmente desplegó unos trajes camuflados de colores azulados sobre la mesa.

—Uniformes reglamentarios, pero de un material mucho mejor que el yute. Son térmicos, abrigan en el frío y ventilan en el calor. Son impermeables y no son inflamables. Eso es todo, lo mejor de nuestro equipo está a su disposición. Ojalá pudiéramos darles algo mejor para defenderse del enemigo que tenemos, pero por desgracia no existe tal cosa. Sé que a esas bestias no se las puede eliminar ni con armas nucleares, cualquier Ejército de la Tierra es inofensivo para esos monstruos. Pero yo sé que ustedes pueden enfrentarlos y vencerlos. Solo quiero que se cuiden mucho, no se nos mueran. Si pudiera, iría con ustedes, pero solo los estorbaría.

—Gracias, papá, estaremos bien —replicó Edwin.

—Ahora les mostraré las armas que llevarán.

Salieron del centro de mando y se dirigieron a una carpa que servía de armería. Cuando los chicos estuvieron allí se asombraron al ver la cantidad de armas que estaban almacenadas. Gran cantidad de esas armas les resultaban totalmente nuevas, incluso para Edwin, que era militar, varios de los instrumentos bélicos allí dispuestos le eran desconocidos. El Mayor se aproximó a una caja y sacó una espada que entregó a Aldrick. El Cruzado miró la espada, la examinó cuidadosamente, luego la blandió en el aire y sonrió.

—Su gente ha hecho un trabajo admirable, Mayor.

—Sin las instrucciones de los herreros de Erks jamás lo habríamos logrado.



—Espadas de acero-carbono —empezó a explicar Aldrick—. Las mandamos hacer especialmente para el día que el Arco fuese encontrado. Fueron forjadas con tecnología lítica atlante —el Cruzado empezó a cortar el aire con la espada nuevamente—, son livianas y maniobrables, filas como bisturís y poderosas como espadas vikingas.

—Según las instrucciones de los herreros erkianos —intervino Cuellar—, todas ellas fueron moldeadas con fuego frío y templadas en agua pesada. Tienen inscritas las veinticuatro runas.

—Están bien hechas —dijo el Cruzado—. Matarán a cualquier ángel o demonio, de hecho, éstas podrían ser las únicas armas con las que podamos combatir al enemigo —sentenció Aldrick y luego fijó su vista en los muchachos—. Han entrenado por meses para manejar la espada, sé que aún les falta entrenamiento, pero están casi listos.

—Hay más, señor Aldrick —intervino Cuellar y sacó pistolas y rifles de algunas cajas—. No es que no confíe en sus espadas, pero me sentiré mejor si se llevan algunas armas con ustedes.

—Adelante Mayor —contestó el Cruzado—, qué más tiene para nosotros.

—No pregunten cómo, pero yo sé que las armas de fuego son poco útiles para matar a las bestias que podrían encontrar en esa cueva, pero pueden ayudar. Todos llevarán Baretas de 9 mm. Edwin, Oscar ustedes se llevarán rifles M4A1. La munición está rellena de mercurio. No les aseguro que logren neutralizar a sus enemigos con estas balas, pero al menos los aturdirán por un tiempo. También llevarán algunas granadas fragmentarias, explosivos, municiones, granadas de humo y equipo táctico —dijo el Mayor y empezó sacar todos los equipos mencionados de las cajas.

—Le agradecemos por todo, Mayor.

—No, Aldrick, es lo menos que puedo hacer. Encuentren ese Arco rápido y salgamos de aquí. En este momento somos blancos fáciles.

La noche había caído sobre Erks. En el cielo refulgían cientos de estrellas misteriosas y de diversos colores. Las plantas brillaban como tenues luces de neón incrustadas en medio de las tinieblas nocturnas. Algunas libélulas nocturnas revoloteaban entre los matorrales, esparciendo el brillo de sus alas encendidas, como luciérnagas multicolor. El viento se hallaba calmo, los ríos proseguían su curso manso por las fértiles praderas del valle. No había una sola nube en el cielo, ni siquiera cubriendo el gran monte Illimani que montaba guardia a la ciudad. Sus nieves perpetuas refractaban de algún modo la luz de las estrellas y la descomponía en sus colores primos. Mientras eso ocurría la montaña se llenaba de colores ante los ojos de los erkianos quienes adoraban ese espectáculo.

La ciudadela se había llenado de personas quienes, motivados por el brillo de la montaña, habían organizado un improvisado festival. Habían helados, baile y vino. La luz de estrellas en la montaña era un acontecimiento no muy común y los erkianos gustaban festejarlo. Decían que esos colores sobre la nieve les traían recuerdos de su Aldea Original, de Agartha.

Parados junto a un puesto de helados, con la mirada en el cielo y raspadillo de manzana con vino en las manos, Rhupay y Valya observaban fascinados el espectáculo. Ambos se habían quedado en Erks a montar guardia mientras los demás Centinelas iban por el Arco de Artemisa. Rhupay abrazaba a Valya por los hombros y sonreía con las luces, con esa aurora de montaña sobre el glaciar eterno. Eran casi como fuegos artificiales, tan magníficos que surcaban el cielo entre la montaña y las estrellas.

—Adoro cuando las luces de montaña brillan en el cielo —dijo Valya a Rhupay, hipnotizada por el bello espectáculo.

—A mí también me gustan mucho, me hace recuerdo cuando éramos pequeños aprendices.

—Solías sacar las gemas de entrenamiento y tratar de capturar las luces con ellas.

—Y a ti te gustaba creer que algún día lo lograría —respondió Rhupay, suspirando con nostalgia. Hubo un breve silencio que Valya interrumpió:

—En momentos como estos realmente siento que hay esperanzas —afirmó la chica rubia bajo la mirada de su acompañante y cerró los ojos, imaginando mil situaciones a la vez—. El Arco de Artemisa pronto estará en Erks y eso nos pondrá un paso más cerca de la victoria definitiva.

—La victoria es morir con honor, Valya.

—Eso ya lo sé, pero será más gloriosa si sacamos tantos espíritus de estos mundos de ilusión. No es posible que nosotros nos vayamos y dejemos a tantos cautivos, presos de la materia.

—Venceremos, tenlo por seguro.

El fenómeno de las luces de montaña había finalizado, unos nubarrones habían tapado el cielo dando por acabado el espectáculo. La noche rusticana invitaba al sueño, a la intimidad, a la cama y a los viajes oníricos; pero también era propicia para los esposos, enamorados y amantes. La oscuridad era algo apreciado por los erkianos, aún más luego de tan soberbio espectáculo como las luces de montaña. Los niños dormían, los esposos se amaban, los ancianos bebían y los soldados montaban guardia.

Valya y Rhupay se habían juntado esa noche para realizar uno de los ejercicios más importantes para ellos: recordar. Casi de forma intuitiva ambos se habían dado cuenta que sus memorias alcanzaban a muchos siglos de antigüedad y que juntos podían recordar cosas mucho más completas y profundas que por separado. Para ello, habían ido descubriendo con los años una especie de *tantra* que consistía en usar la energía del orgasmo para realizar la anamnesis onírica. Ellos se buscaban en noches como aquellas para generarse orgasmos el uno al otro, solo que en lugar de expulsar su orgasmo afuera de su cuerpo, lo retraían al interior hasta que un sueño irresistible les poseía y quedaban dormidos. Durante sus sueños eran capaces de retroceder trescientos años o más.

Luego de un glorioso orgasmo impulsado hacia el interior de sus cuerpos, ambos habían quedado dormidos. Él aún permanecía encima de ella, absolutamente dormido, profundamente dentro de Valya; pero no había eyaculado. Ella también estaba dormida, casi desmayada, con las manos sosteniendo los brazos de Rhupay y con el orgasmo profundamente incrustado en su espinazo. Los vidrios de la cabaña estaban empañados, los amantes estaban empapados, desnudos, descubiertos, con sus pieles brillando acuosamente a la luz de la chimenea. Nadie podría despertarlos, nadie osaría separarlos. Entonces ambos vieron al unísono una imagen horrorosa, eran varios demonios emergiendo de algún lugar del valle y destruyendo Erks, destruyéndolo todo. La visión fue tan vívida que ambos despertaron al mismo tiempo con un sobresalto. Se habían quedado con los ojos muy abiertos, mirándose el uno al otro.

—¿Viste eso? —preguntó Rhupay.

—¿Acaso fue un recuerdo?

—No, eso parecía muy cercano para ser un recuerdo.

—Debemos ir al puesto de vigilancia.

Se vistieron tan rápidamente como pudieron, cogieron sus armas y salieron a los muros exteriores de Erks. Los soldados que montaban guardia jugaban con los dados y fumaban tabaco. Cuando vieron a Rhupay y Valya aproximarse, se pararon y se cuadraron rápidamente.

—Descansen soldados —ordenó Rhupay—. ¿Nada extraordinario ha ocurrido esta noche?

—No, mi señor Rhupay —replicó uno de ellos—, la noche ha estado serena.

Ambos, Rhupay y Valya se miraron.

—Debió ser un mal sueño —dijo Valya.

—Eso no pudo ser un sueño, fue demasiado cercano.

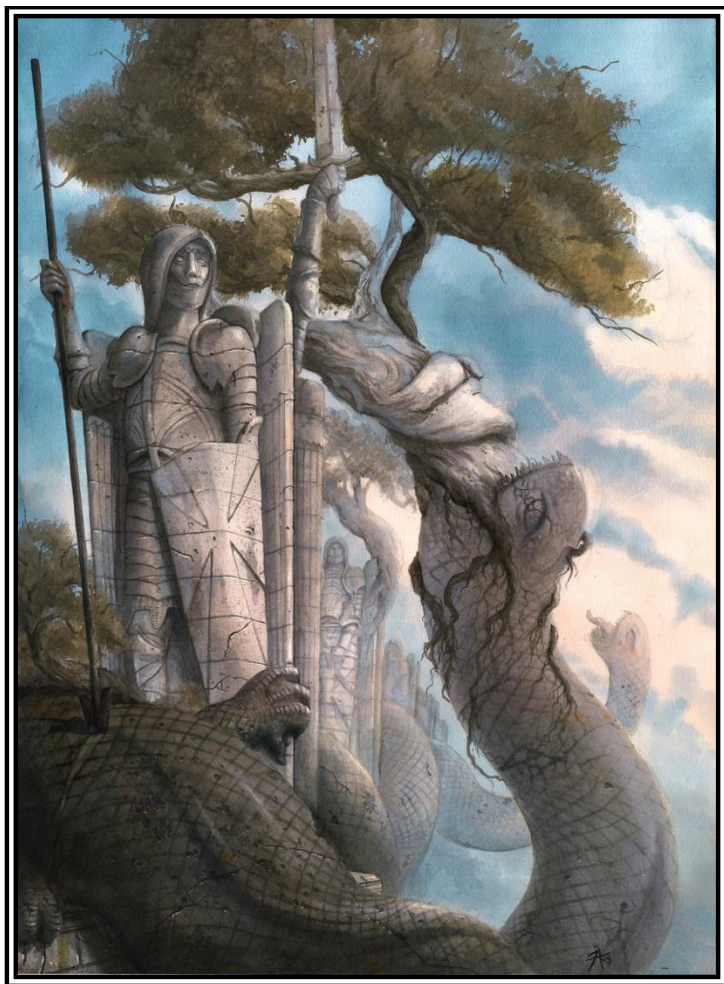
En ese momento llegó un soldado, corriendo y sin un brazo. Tenía heridas terribles y el cuerpo totalmente ensangrentado. Los soldados de guardia corrieron en su auxilio y lo cargaron hasta la sala para heridos. Rhupay y Valya lo interrogaron de inmediato, el hombre apenas pudo dar su informe:

—Han fracturado el cerco —decía el herido—. Son un ejército con Estrella de David, viene con ellos un sacerdote, un demonio y un arcángel... ya... vienen —sentenció y murió sin que nadie pudiera hacer algo.

Rhupay meditó unos segundos y luego salió corriendo a los muros de la ciudad. Se paró en uno de sus extremos más altos y respiró profundamente. Desde el Oeste, el viento traía una peste a carne podrida. Hacia el occidente varias luces se habían prendido, eran del color del fuego. Una sombra sin

nombre se aproximaba, Rhupay pudo sentirlo. Subió a la torre principal y de inmediato echó a sonar la alarma.

LOS TITANES DE ÉRKS



»»»RUSOS«««



De Moscú no había quedado más que las cenizas humeantes de los incendios que los propios rusos habían provocado. La política de ‘tierra quemada’ del Zar Alexander I no dejó nada que los franceses pudieran aprovechar a favor de su ocupación. Por esa razón aquel 14 de septiembre de 1812 el Emperador de Francia, Napoleón I Bonaparte, no encontró razón alguna para continuar ocupando Rusia y decidió que era hora de retirarse.

—Disculpe, su Majestad —se dirigió el General Emmanuel de Grouchy a Napoleón—, nos informan que los hombres del Zar han retrocedido hasta San Petersburgo.

El Emperador exhaló un lastimero suspiro, como si la noticia fuera algo que él ya esperaba pero que anhelaba no ocurriese. El objetivo de Napoleón se le había vuelto a escapar.

—Si seguimos adelante —continuó de Grouchy—, el invierno de estas heladas estepas nos cerrará el paso.

Napoleón dio la espalda a su General, no tenía la intención que su expresión de frustración fuese vista por sus hombres.

—¿Qué clase de gente quema su propia ciudad con tal de que no la tomen?

—Esta gente siempre ha tenido una vehemencia suicida, su Majestad.

—Pero esto es demasiado. Moscú no es más que una mancha de carbón en este horizonte de nieve que jamás termina. ¿Qué ganan ellos con esto?

—Nada más desafiar a su Majestad.

—¡Les haré pagar por esto!

En ese momento un mensajero apareció y entregó una nota a Napoleón. Su rostro se desfiguró de rabia cuando terminó de leer el mensaje.

—¡Que ejecuten a todos los Michelle de Normandía! —bramó el Emperador. De Grouchy se extrañó ante la vehemente sentencia de Napoleón, si bien era conocido que los Duques Michelle tenían fama de ser cercanos a la Corte de Rusia, jamás habían transgredido ninguna ley que les sopesa pena de muerte.

—Si su Majestad pudiera...

—Se han marchado con los prusianos, ¡ejecutadlos a todos! Enviad mi mensaje a la vieja guardia. Que los cacen como a los perros que son.

El mensajero se marchó inmediatamente. Napoleón seguía rojo de rabia.

—Sabía que esos traidores mostrarían sus garras tarde o temprano — prosiguió el Emperador—. Las mujeres rusas pierden de pasión a nuestros hombres, en especial las de la Casa Kuklov.

—Las mujeres lo complican todo, su Majestad —contestó de Grouchy.

Una sombra inminente de derrota surcó el rostro del Emperador, recordó a Josefina y todo el odio que sintió por ella luego de repudiarla. Una mujer así no merecía ser la esposa de nadie. Sin embargo, de Grouchy tenía toda la razón en decir que las mujeres lo complican todo. Varios de sus oficiales habían perdido la cabeza por mujeres de la Corte de Rusia. Entre ellas siempre estaba la amenaza de las Kuklov, mujeres tan bellas que pocos hombres podían resistírseles; algunos decían que eran hijas de la mismísima Helena de Troya. Sus continuos coqueteos a los oficiales franceses durante su alianza con Alexander I provocó que algunos de sus mejores estrategias se perdieran en actos de pasión sin precedentes. La indisciplina reinó y tuvieron que alejarse lo más posible de aquellas rusas “cautivadoras de hombres”. Entre los grandes oficiales de Francia que cayeron ante sus encantos estaban los Duques Michelle de Normandía, una de las castas más antiguas de Francia, sobrevivientes de la Revolución Democrática y poderosos aliados contra la coalición anglo-holandesa. Sin embargo, durante siglos venían cultivando fuertes nexos con los rusos y eso implicó una amenaza cuando la Tercera Coalición amenazó a las tropas napoleónicas. Napoleón ya intuía la posible traición que podría surgir y dejó todo listo para ejecutarlos.

Esa noche las tropas de Napoleón acamparon en la capital rusa y evaluaron sus pérdidas. Casi 32.000 hombres habían muerto en Borodino durante el rechazo ruso. El Emperador quería ver muerto a Mijaíl Kutúzov, Mariscal del Ejército Ruso, pero éste escapó antes que pudiera hacerle probar el acero de su sable. Las provisiones se les estaban acabando y ya no tenían medicamentos para atender a sus heridos. La contraofensiva rusa le había salido costosa a las tropas francesas. Sin embargo, y a pesar de todos los sacrificios y peripecias sufridas, Napoleón aún no había conseguido alcanzar el objetivo por el que

rompió su alianza con Alexander I e invadió Rusia. Cabalgó por las principales ciudades rusas, saqueando y arrasando todo, en busca de algo; una reliquia que el Emperador quería reclamar para Francia. Sabía, por leyendas e historia y por la valiosa información de sus prisioneros de Egipto, que el Arco de Artemisa estaba en algún lugar de Rusia. Algunos le atribuyeron su custodia a los nobles Kuklov, otros decían que los guardianes eran miembros del linaje rúrikido de los Romanov. Sin embargo, Napoleón jamás pudo desentrañar el misterio y decidió buscar en cada rincón de Rusia, bajo cada piedra y hoja, hasta encontrar el arco. Los cronistas decían que cada gran Emperador ha tenido aquella reliquia ante su presencia: Nimrod, Príamo, Héctor, Alejandro, Gengis Khan, etc. Napoleón quería tener el arco para sí mismo.

La cruzada para tomar el Arco de Artemisa había mermado considerablemente las tropas francesas, Napoleón lo sabía bien. Si seguía su rumbo hacia San Petersburgo posiblemente el invierno lo atraparía. El sabor a derrota invadía al Emperador, estando tan cerca, le costaba resignarse a retirarse con las manos vacías, pero no tenía otra opción.

A mediados de octubre las tiendas de campaña ya habían sido recogidas y el Ejército Francés estaba listo para retirarse. El hambre y el frío habían empezado a menoscabar la moral de los hombres y su difícil situación los había debilitado lenta pero constantemente. Seguidos por una tormenta de nieve de glaciares proporciones, las tropas napoleónicas empezaron su penosa marcha rumbo a Varsovia hasta que llegaron al poblado de Maloyaroslávets. Sin previo aviso sus fuerzas fueron atacadas por varias baterías de cañones en ubicación desconocida. De inmediato Napoleón dio la orden de parapetarse entre los muros de piedra que separaban las propiedades de los pobladores. La niebla y la nieve no permitían a los franceses ver quien les estaba atacando. Sin tener

forma de responder el ataque, las tropas napoleónicas retrocedieron y retomaron rumbo por el Oeste.

Durante varios días avanzaron bajo el constante acoso de pequeñas escuadras rusas que disparaban desde los árboles y desaparecían. Los franceses, forzados por el rechazo ruso a ir por el paso del noroeste, se toparon con el inclemente invierno ruso que empezó a aniquilarlos despiadadamente. Hambrientos y congelados los soldados napoleónicos se habían sumergido en una lenta agonía de hielo. Rusia les estaba atacando con su arma más terrible y poderosa: su invierno.

Era 23 de octubre de 1812. Las tropas de Napoleón estaban a pocos kilómetros de Varsovia, sin embargo; el hostigamiento de los rusos persistía, incluso más allá de la frontera con el Ducado Polaco. Más de la mitad de los hombres franceses habían caído víctimas del invierno ruso. Los que quedaban casi no podían oponer resistencia y mientras más se prolongaba la marcha sobre el hielo, la desastrosa retirada de Moscú se tornaba más dramática. El propio Napoleón se sentía débil, su provisión personal de alimentos casi se había acabado y el Emperador francés empezaba a sentir la crueldad del frío y el hambre que asolaba a sus hombres. En tal momento de desesperación, ninguno de los hombres del puesto de vigilancia notó que los habían rodeado un grupo de encapuchados de capa negra que saltaban sobre los árboles como si fueran lince de montaña. La larga hilera de franceses fue pronto flanqueada sin que nadie se percatara de ello y entonces una lluvia de flechas cayó sobre ellos, acribillándolos. La corneta sonó y los soldados tomaron posiciones, disparando a los árboles, combatiendo a un enemigo invisible. Otra oleada más de flechas les cayó encima, matando a otro grupo de franceses.

—¡Alto al fuego! —ordenó Napoleón—. ¡Todos, cubrirse en los árboles!

Los soldados franceses corrieron bajo la nieve hacia los huesudos árboles que les rodeaban. Otra oleada de flechas les cayó, pero esta vez los troncos los protegieron. Entonces Napoleón pudo ver varias sombras a su izquierda.

—¡Fuego al Sur, a discreción!

Ordenó el Emperador y sus hombres dispararon, un par de encapuchados cayeron de los árboles. Napoleón volvió a dar orden de disparar, algunos encapuchados más cayeron y entonces un resplandor violáceo, como una estrella fugaz, se hizo espacio entre la niebla y la nieve para deslumbrar a los franceses. Cuando el fulgor estuvo cerca de la vista de Napoleón, el Emperador notó que aquello era una flecha luminosa que caía a toda velocidad en su dirección. Se bajó del caballo de un salto y se cubrió tras un tronco. Entonces en el suelo una deflagración ensordeció a los franceses. La temperatura bajó de tal forma que algunos murieron instantáneamente. Algunos soldados se helaron por completo y cayeron bajo efectos de la hipotermia. El caballo de Napoleón se convirtió en una magnífica escultura de hielo.

La cabeza de Bonaparte daba vueltas como si le hubieran dado un garrotazo sobre el cráneo. No podía mover las piernas, las tenía totalmente entumecidas. Al examinarse notó que tenía toda la ropa llena de cristales de hielo y escarcha. Se estaba congelando. Salió de su tronco y notó que la madera estaba completamente congelada, si no hubiera sido por ella él también habría muerto por congelación. Se arrastró hasta un pequeño claro sobre una explanada ligeramente elevada y descubrió que varios de sus hombres se habían convertido en estatuas de hielo, otro buen tanto yacían en el piso. Nadie



quedaba en pie. Napoleón sintió una orfandad como jamás en la vida había sentido, hizo un esfuerzo sobrehumano por reaccionar y logró incorporarse. Estiró las piernas y, poco a poco, iban recuperando su movilidad. Caminó en el campo helado y no encontró señales de vida. El segundo batallón estaba a casi media hora de marcha, avanzando por la retaguardia. No tenía más remedio que quedarse allí y esperar que el resto de sus hombres le alcanzaran.

Con la vista buscó algún lugar donde camuflarse y entonces percibió, casi intuyó, la arremetida de un atacante a sus espaldas. Por acto reflejo Napoleón desenvainó su sable y se cubrió de la feroz estocada de un encapuchado cuya espada debía ser del tamaño del propio Napoleón. El filo acerado de su adversario buscó mortalmente rebanar su cuerpo. En aquel momento, Bonaparte sintió miedo y el desesperado impulso de preservar su vida. Se cubrió dos veces más con su sable pero la tercera estocada destrozó la hoja como si se tratase de una lámina de aluminio. El Emperador cayó al suelo con la muñeca casi partida por el golpe. Por un instante tuvo una visión del presente, el pasado y el futuro; casi podía percibir la presencia de la muerte rodeándole. Cerró los ojos y esperó el final, pero su atacante nada hacía, solo sostenía su gigantesca espada a unos centímetros de Napoleón. El Emperador abrió levemente los ojos y notó algo insólito: cruzándole el pecho a su oponente, un arco con una gema verde incrustada en su mira, resplandecía. El pecho de aquel humano tenía senos, no era un hombre, era una mujer. La sola idea nubló la lógica de Bonaparte quien pronto ya no supo que pensar.

—¡Acabad conmigo y libradme de esta deshonra! —gritó Napoleón, pero ella no dijo una sola palabra.

“Quizás no entiende francés, quizás sea una rusa que solo habla su lengua”, pensó Bonaparte y le habló en ruso.

—¡Matadme, no dejéis vuestra victoria y mi derrota sin culminar!

Silencio, una vez más. Ella no quitaba la hoja de su espada del cuello de Bonaparte, tampoco se movía, su quietud era pétrea, totalmente inerte. Lentamente la gigante arma empezó a descender hasta que ya no amenazó el cuello de Napoleón. Pero aún así éste tampoco se atrevía a moverse, ella tampoco registraba mayor movimiento que el de su brazo bajando.

—No es un mal combatiente —dijo la mujer en fluido francés—, pero está totalmente desorientado.

Napoleón se sintió infinitamente confundido.

—Pagaré por esta infamia. ¿Acaso no sabe quien soy!? —gritó Bonaparte, iracundo.

—Napoleón de Francia —replicó la mujer—. Sé perfectamente quien es usted, no es el primero que entra a Rusia y pretende adueñarse de nuestra plaza liberada, y no será el último. Gengis, Constantino, Federico, muchos lo han intentado, pero Rusia es indomable y nadie puede someterla a su yugo.

—¡Quien se cree que...!

El Emperador ya no pudo contenerse más y se levantó de golpe, tomó su sable roto y cuando estaba por atacar vio nuevamente la inmensa hoja de la espada de la mujer casi sobre su cuello.

—No haga que le mate, su Majestad. Usted ha perdido esta batalla, así que sea un buen perdedor y capitule este día al destino que le ha correspondido.

—¡Quien se esconde bajo esa capucha! —respondió Bonaparte. La mujer agachó un poco la cabeza y se quitó la capucha. Era increíblemente hermosa, de cabellera castaña, facciones afiladas y ojos líquidos como la miel.

—Shasha Kuklova, Princesa de San Petersburgo e hija del Duque de Kistersky.

Aquello era algo para lo que Napoleón no estaba listo. No solo había sido vencido por una mujer sino que además resultó ser miembro de la dinastía Kuklov, la pura cepa de la nobleza rusa. Por inducción Bonaparte supo que, entonces, el arco que llevaba colgado en el pecho no podía ser otro más que...

—Bien, me rendiré —dijo Napoleón y tiró su sable—. Pero rogaré que también su Señoría baje el arma y resolvamos esto de forma civilizada.

Shasha miró a Napoleón y lentamente bajó su espada y la clavó en la nieve.

—Quiero retirarme con mis hombres —continuó Napoleón—, el invierno nos ha ganado y nuestras provisiones casi se han acabado. Pero vuestras tropas nos han estado atacando desde nuestra retirada de Maloyaroslávets.

—Se equivoca, su Majestad. Mis hombres no os han atacado, ustedes han sido mermados por las fuerzas del Mariscal Mijaíl Kutúzov.

—Ese cerdo ruso —masculó Napoleón.

—Le pedí al Mariscal Kutúzov que cese toda hostilidad si lograba hacerle a usted capitular —dijo la bella dama.

—¡Qué infamia!

—Pero antes de dejarle marchar con sus hombres, su Majestad, va tener que responder mis preguntas.

La mirada de la mujer se clavó directamente en los ojos de Napoleón, él no podía desviar la mirada siquiera, la sola presencia de Shasha le sobrepasaba.

—¡Soy el Emperador de Francia! —bramó— ¡Nadie osa ordenarme nada!

—Le recuerdo, su Majestad, que no está posición de negarse. Con una sola orden mía podría aniquilar a todos sus hombres y darle a usted un destino mucho peor que la muerte. Su deshonra en vida no tendría límites y por mucho que desee morir, no lo lograría; no es algo que pueda imaginar ni en sus peores pesadillas.

Los ojos de Shasha no mentían, Napoleón se sintió invadido por el terror de esa almizcleña mirada de ámbar. La belleza de aquella mujer era tan mortal, como admirable. Sus palabras brotaban de su boca con una certeza letal y su postura, ante Bonaparte, loaba la pureza de su sangre. Él podía percibir ello, podía enamorarse de Shasha y luego abandonarse a un fragor pavoroso. Podía imaginarse a sí mismo con ella en la cama, penetrándola con violencia, y luego sentir que le asesinaba clavando una daga directamente en su corazón. En toda su vida el Emperador de Francia había presenciado tal poder en una mujer. Tan solo bastaron unos segundos y Bonaparte se perdió, se enamoró profundamente de ella y a su vez la odió.

—Habré de responder entonces —replicó Napoleón.

—¿A qué vino a Rusia? —la pregunta de Shasha fue ríspida y cortante. Napoleón señaló con su dedo el arco que colgaba del pecho de ella.

—Vine por el Arco de Artemisa.

La mujer miró su arco y luego a Bonaparte.

—Muchos han venido por él en el pasado.

—Pero me correspondía a mí tenerlo.

—¿Por su gloria personal?

—Por la gloria de Francia.

—¿Acaso no sabía que esta es una reliquia del Imperio de Rusia?

—¿Acaso usted no se enteró que Francia es el Imperio universal de Europa? Rusia solo es un ducado más en los planes del Imperio.

—No me interesan vuestras voluntades geopolíticas, resolved aquello con el Zar Alexander.

—Vosotros, los rusos, tenéis una actitud muy excluyente a la civilidad de Occidente.

—Mientras que los franceses aún no habéis entendido bien cuál es vuestro papel en Europa.

—Créame que ya lo sabemos —replicó Napoleón—. Ya tuve que enfrentar la traición.

—Se lo voy a decir una sola vez, su Majestad —el tono de Shasha era agresivo—. No regrese jamás a Rusia, olvide el Arco de Artemisa y deje de perseguirlo.

—No me rindo tan fácilmente.

—Esta vez sí. Dígales a sus maestros Masones que se alejen de nuestra plaza liberada.

La sola mención de la masonería llenó de intriga a Bonaparte. Pocos sabían del auspicio secreto de la Fraternidad Blanca a la causa napoleónica.

—Hace afirmaciones muy osadas, su Señoría —respondió Napoleón.

—La osadía es tradición en mi linaje.

La mujer dio la espalda al Emperador y empezó a retirarse; pero Napoleón no dejaría que ella se quedase con la última palabra.

—¡La flecha! —dijo Bonaparte en voz alta—. ¿Esa flecha de hielo que congeló a mis hombres fue lanzada de ese arco?



La mujer miró al Emperador por encima de su hombro y asintió, después caminó hacia los árboles y se perdió entre la bruma para siempre.

El grupo de exploradores ingresó a la caverna encabezados por Aldrick. Tras él iban Edwin, Diana y Gabriel. En medio avanzó Jhoanna seguida por Rocío y Rodrigo, y finalmente Oscar y Rowena completaban el grupo.

Surcaron estrechas y oscuras cavernas plagadas de estalactitas y cubiertas de oscuridad, con ayuda de unas linternas; el calor era intenso. El techo de la caverna se iba haciendo más estrecho hasta que los exploradores se vieron obligados a pasar arrastrándose. El espacio permitía que solo una persona avance a la vez, el sofocante calor hacía que el aire se vuelva difícil de respirar. Ocasionalmente, alguna bandada de murciélagos espantados volaba ante la intrusión de los exploradores. Siguieron su curso hasta que vislumbraron una luz azulada que provenía de uno de los muchos laberínticos túneles que tenían por delante. Siguiendo aquella luz Aldrick guió al grupo hasta llegar a una gran recámara natural, rematada por una piscina de cuyo fondo emanaba una enigmática luz verdeazulada. Del techo caía un caudal de agua formando una cascada. Mientras avanzaban, los mentores iban dejando un rastro de espectro para seguirlo a la salida.

—Bien, hasta llegamos a pie —dijo Aldrick—. Ahora nadaremos.

—¿Debemos cruzar ese charco? —preguntó Oscar.

—No, debemos nadar bajo él hasta el otro lado —le respondió Rowena.

Todos se miraron.

—Ya oyeron, ¡al agua! —dijo Edwin y se lanzó.

Los expedicionarios bajaron de dos en dos. El agua era cálida y cristalina. La fuente de la luz provenía de una incalculable cantidad de peces bioluminiscentes cuyo resplandor iluminaba todo en el fondo del manantial. La fauna del lugar era muy propia de los ecosistemas abisales, a más de 20 kilómetros por debajo de la superficie. Durante el trayecto, los exploradores se vieron rodeados de paredes con cientos de inscripciones rúnicas, todos aquellos símbolos eran exactamente iguales a los que habían visto en las cuevas del Camino de los Dioses. Conforme avanzaban, Aldrick les mostró a sus discípulos burbujas de oxígeno pegadas al techo de la cueva; esa era su única manera de respirar durante su avance bajo el agua.

Transcurridos varios minutos el grupo emergió en una gran caverna que se hallaba del otro extremo del manantial. Agotados, los más jóvenes de la expedición se desplomaron sobre la orilla de piedra y respiraron profundamente. Los demás empezaron a observar la gran caverna.

—Es evidente que hace mucho tiempo nadie venía por aquí —comentó Oscar.

—En más de 10000 mil años, posiblemente —agregó Edwin.

—No lo comprendo, Rowena —intervino Rodrigo— ¿Quien pudo dejar esas runas que vimos allá atrás?

—Atlantes —respondió la maestra—. Ellos cavaron túneles en las fosas marinas y los expandieron por toda la tierra. Luego que la Atlántida se hundió, los túneles fueron abandonados y los pocos atlantes que se quedaron allá se convirtieron en gentes de las profundidades. Se llaman abisales.

—¿Abisales? —preguntó Diana. Rowena asintió y luego Aldrick agregó:

—Hace milenios los habitantes de las profundidades pactaron con el Demiurgo, ellos lo llamaron Satanás. Son gentes en apariencia tribales y

retrasados, pero en realidad tienen una civilización muy adelantada. Su capital es la Ciudad de Dis, una necrópolis subterránea en un mundo de la Octava Horizontal.

—¿Encontraremos a esa gente aquí? —preguntó Jhoanna que se esforzaba para no exhibir el temor que sentía.

—Esperemos que no —respondió Edwin y cargó el percutor de su rifle—, pero si nos topamos con ellos los extinguiremos de la cadena alimenticia.

La red de túneles en la que se hallaban era un inmenso laberinto que descendía a profundidades insondables. Gracias a la enorme habilidad y sobrehumana agilidad de sus miembros, la expedición descendió velozmente y al cabo de ocho horas de descenso se habían internado a más de 25 kilómetros de profundidad. El único que sentía fascinación científica por lo que encontraban a su paso era Oscar, quien tenía un gran conocimiento de Zoología, Antropología, Paleontología y Geología; ramas que estudiaba en sus horas libres a manera de pasatiempo. Él les iba explicando a sus amigos todo lo que veían a su paso. Cuando llegaron a 27 kilómetros de profundidad, los sedimentos y materiales rocosos de las cavernas tenían fuertes evidencias de pertenecer a la Era Cámbrica, hace más de 560 millones de años. Oscar lo supo al encontrar fósiles de trilobites y un anomalocaris de más de nueve metros. Un animal de ese tamaño en el Cámbrico habría sido el mayor depredador del planeta de su tiempo; es más, el ser viviente de mayor tamaño durante trescientos millones de años, hasta el inicio del Ordovícico.

—Este lugar da escalofríos —murmuró Rodrigo.

—Al contrario, es el lugar más fascinante del planeta —respondió Oscar—. Hemos descendido bastante. A estas alturas deberíamos estar cocinándonos por el calor geotérmico, pero al contrario, la temperatura sigue igual. Además

que las cavernas por donde hemos pasado parecen recientes en términos geológicos. El basalto que las compone es bastante nuevo. Creo que estamos ingresando a la litósfera.

—¿Y eso qué es? —preguntó Rocío.

—Es una capa de roca que se encuentra por debajo de la capa continental, pero encima del manto terrestre. Es uno de los lugares menos explorados del planeta. Es tonto pensar que sabemos más de la Luna o Marte que de nuestro propio mundo subterráneo.

—Los atlantes descendieron a estas profundidades —intervino Aldrick en la conversación—. La ciencia moderna aún busca la Atlántida pero no tiene idea que todas sus respuestas están aquí.

—Ellos no podrían llegar hasta aquí abajo —dijo Oscar—. Nosotros lo hemos logrado gracias a que somos más fuertes, pero un hombre común podría morir en el camino.

A una profundidad de 29 kilómetros la expedición se detuvo para descansar. La ausencia del sol había descalabrado las horas de sueño de los exploradores; a no ser Rowena y Aldrick que tienen su tiempo propio; pero los demás empezaban a sentir el agotamiento del viaje en su verdadera magnitud. Levantaron un campamento en una recámara de roca y se alistaron para dormir. Mientras tanto Edwin sacó algunos aparatos de medición y un radiotransmisor. Oscar lo observó atentamente sin que Edwin lo supiera, miraba lo que hacía con los aparatos y luego un recuerdo surcó su mente, un evento que había querido olvidar por años, sin éxito. Se levantó del sleeping, tratando de no hacer ruido para no despertar a alguien, y se sentó al lado de su amigo.

—Dime, ¿qué son todas esas cosas que traes? —pregunto Oscar, Edwin lo observó, sonrió y empezó a mostrárselas.

—Sensores de presión, radiación y otros instrumentos que me dio mi padre.

—¿Son necesarios?

—Desde luego. ¿Sabías que estamos a 29 kilómetros bajo la superficie?

—Eso podría explicar todo lo que vimos en el camino, todos esos sedimentos antiguos.

—Yo también noté algo raro, vi marcas de garras en algunas paredes — Oscar se extrañó ante la observación de Edwin.

—¿Será alguna clase de fauna de las profundidades? —cuestionó y Edwin negó con la cabeza.

—Ya entendí porqué habían runas en el túnel de Sorata por el que entramos. Es lógico, Oscar. Los atlantes leales estaban tratando de sellar algo, cerrarle el paso a alguna cosa; como una especie de candado para evitar que algo se salga de aquí.

—Algo como qué.

—No lo sé, pero no estamos solos. Sentí unas sombras que han estado tratando de seguirnos el paso durante todo el día. Pero somos mucho más rápidos. Y eso no es todo, aquí el tiempo tampoco corre como en la superficie. No he logrado comprender qué clase de tiempo existe aquí, pero las horas parecen mucho más largas. ¿No has notado que en las diez horas de descenso hemos recorrido más camino del que normalmente habiéramos podido? Es como si en lugar de diez horas hubieran pasado diez días.

Oscar lo meditó por unos instantes y luego notó que la barba de Edwin estaba crecida, al igual que la suya y la de Aldrick. Todo simulaba un tiempo mayor del que percibieron.

—Es cierto, algo raro ocurre aquí.

—Escucha, Oscar; partiremos en unas horas más y quiero que estés atento.

Rowena dice que seguiremos bajando hasta que encontremos algún vestigio del Arco y presiento que tendremos mucha acción allí abajo.

—Siempre estoy atento.

Hubo silencio, Oscar lo interrumpió.

—No he tenido la oportunidad de disculparme por lo de...

—No te disculpes —interrumpió Edwin—. Ya te dije que eso quedó en el pasado.

—Yo creo que la Alicia te quería.

—Ya no importa, ella está muerta y yo tengo que aceptarlo.

—Pero no quiero que pienses que...

—No pienso más en nada, Oscar. Lo he superado, supéralo tú también.

—Y si realmente lo has superado, ¿por qué te molesta que esté con la Joisy?

—Mi hermana es otra cosa, y no me molesta que estés con ella.

Oscar se levantó, a punto de retirarse, miró a Edwin que aún estaba sentado y agregó:

—No puedes ocultar que te molesta que la Joisy y yo...

—¿Por qué insistes en eso?, ya te dije que no...

—Deja de engañarte, Edwin, por favor, no te queda el hacerte de cojudo — interrumpió Oscar, tratando de no alzar la voz—. Me gustaría que en verdad dejaras todo este asunto de lado y que entiendas que la muerte de la Alicia no fue tu culpa, ni mía, ni de la Joisy. Ella tenía diabetes y le podía pasar cualquier cosa. Hasta que te perdones a ti mismo, no me perdonarás, ni perdonarás a tu hermana.

—Ahora soy un hombre hiperbóreo.

—Hermano, todos los que estamos aquí somos hiperbóreos, pero no por eso somos libres aún. Estamos vivos, seguimos encadenados y no nos vamos a morir hasta no terminar nuestra misión. Si en ese vivir puedes hacer que las cosas mejoren entre nosotros...

—Tal vez tengas razón, Oscar. Pero en este momento no necesito ser psicoanalizado, solo quiero estar alerta por si algo ocurre en este viaje de mierda. Y espero que tú también estés atento. Mi hermana confía en ti y por ahora también yo.

—Ojala ese “por ahora” fuese un “siempre confío en ti”.

Oscar se retiró dejando a Edwin con sus pensamientos. Mientras él pensaba en todo, una sola idea podía hacerle olvidar la pérdida de la Alicia de su corazón: la amenaza de gentes abisales, atlantes enloquecidos por las profundidades de la Tierra. El viaje pronto continuaría.



Los muros de Erks estaban atestados de arqueros con sus flechas apuntando al frente. Todos los granjeros habían abandonado los campos y se habían refugiado en el interior de la ciudadela; todo aquel que pudiera levantar una espada fue reclutado al instante y llevado a defender los muros. Qhawaq había ordenado levantar una barrera de plasma que lucía como un tenue vidrio amarillo y fosforescente cubriendo, como una campana, toda la ciudadela. Qhawaq y Rhupay se hallaban junto a los generales de más alto rango de Erks, revisando los puestos de defensa de sus soldados.

—Estamos listos para defendernos, señor Qhawaq —informó uno de los generales.

—La barrera no durará mucho —replicó el anciano—. Que los jinetes de cóndores estén listos para el contraataque. Si no estoy equivocado, los sinarcas de *Shambalá* nos golpearán con todo lo que tienen y descuidarán sus líneas.

—No lo comprendo, abuelo —intervino Rhupay, tenía angustia en los ojos—. Cómo pudo ser posible que estos demonios malditos hayan roto nuestro cerco. En siglos ellos jamás habían podido ingresar a este mundo.

—Los arcángeles son capaces de ir y venir donde quieran. Uno de ellos ha venido con el invasor y ha traído sus tropas. El cerco debió ceder por causa de este arcángel, no olvides que ellos también son dioses, aunque traidores.



—¿Resistiremos?

Qhawaq sonrió ante la pregunta de su nieto y lo abrazó.

—Erks no nos pertenece, Rhupay. Su existencia se debe únicamente a la función que desempeña en este universo. Nosotros haremos lo que sea necesario para que nuestra prioridad, que es el Arco, no se vea afectada. Así que ve y abre los conductos subterráneos que salen a la montaña, deja la ruta lista hasta la Fortaleza de Oriccalco y no dejes que nadie te vea.

Rhupay empezaba a creer que su abuelo iba a entregar la ciudad; él no estaba de acuerdo, pero jamás había desconfiado de las decisiones de Qhawaq y esa no sería la primera vez.

Mientras tanto, del otro lado de los muros de Erks, el ejército de Tsadkiel arcángel estaba alistando los últimos preparativos. Ellos veían la ciudadela con odio infinito y ansiaban iniciar el asedio. Junto al arcángel estaba Hélixabor y el demonio Bálaham. En su posición de avanzada habían acampado 4000 soldados de infantería: 500 de ellos eran marines estadounidenses, 1000 eran soldados de las Fuerzas Especiales Sionistas del Estado de Israel y los 2500 restantes eran *Hiwa Anakim*, ángeles caníbales entrenados para la guerra. Habían traído tanques *Sabre*, camiones blindados y tanques de asedio *Isherman*. Sus tropas aéreas estaban básicamente compuestas por 20 jinetes de dragón, 25 aviones IAI Lavi, 15 aviones F-18 y 5 helicópteros Apache. Durante las horas de preparación del teatro de operaciones, las tropas de Tsadkiel tendieron una red de comunicaciones, ocuparon puestos clave en los flancos de la ciudadela y alistaron varios explosivos en cercanías de la barrera de plasma, incluyendo un dispositivo nuclear de 25 ojivas.

—Amo Tsadkiel —ingresó un hombre con uniforme camuflado y agachando la cabeza ante el enorme arcángel—. Ya hemos tomado posiciones en los flancos y analizado su barrera de plasma. Es sumamente dura, mi señor, y parece emitir alguna clase de radiación mortal; pero la romperemos.

—Radiación —masculló Tsadkiel.

—Magia Hiperbórea, mi señor —dijo Héxabor—. Ellos pretenden detenernos con su magia.

—Eso está por verse —respondió Tsadkiel y empezó a dar órdenes—. Quiero que bombardeéis su barrera con lo más poderoso que tengáis en vuestro armamento humano, haced lo que mejor sabéis: destruir. Yo os estaré observando.

El soldado asintió y salió de inmediato. Entre tanto Tsadkiel se elevó volando para ver el ataque. Héxabor y Bálaham fueron junto al soldado de mayor rango para dirigir el asedio. Todos estaban listos para empezar, las ansias de sangre se sentían como una energía palpable. Pronto iniciaría el combate.

Entre tanto, dentro los muros de Erks, Valya se hallaba en un punto alto de la torre central de la ciudadela, dentro una recamara con una vista completa de los territorios adyacentes a los muros de la fortaleza. Su cuerpo estaba rodeado por un halo de tonos rojizos y con la forma de un escorpión que la protegía bajo su cuerpo. Sus ojos se habían prendido de un resplandor amarillo y su cabello flotaba como si estuviera sumergido bajo el agua, brillando como el sol. Estaba parada, erguida y con la vista fija en el campo invadido. Ella había levantado la berrera de plasma una hora antes de la llegada de los enemigos y la sostenía con el poder de su espectro. Como medida de seguridad Valya había impregnado la barrera con el mortal veneno de su Espíritu de *Scorpio*; eso

dificultaría aún más el asedio enemigo. Su misión era resistir tanto como le fuese posible, pero aquello podría tener terribles consecuencias para ella; y los erkianos lo sabían, no exigirían más ella de lo que podía dar.

El General israelita, mando superior de las tropas humanas, dio la orden de fuego. Los rifles de vanguardia invasora vaciaron sus cargadores sobre la barrera, pero las balas salieron rebotadas como si se tratasen de pelotas de goma. Luego de un par más de rociadas, el General ordenó a los tanques disparar. Los disparos de artillería pesada también rebotaban contra la barrera. Ésta resplandecía levemente en cada lugar donde una bala de tanque impactaba. Valya resistía, pero sabía que esos primeros ataques eran solo una prueba del enemigo a su poder; entonces ella elevó tanto como pudo su espectro y materializó en el interior de la barrera a un gigante escorpión hecho de energía. Cuando los humanos vieron a la bestia ectoplasmática formarse ante sus ojos, empezaron a retroceder levemente, Valya no esperó más y soltó al monstruoso escorpión contra el enemigo. El arácnido de energía salió de la barrera, como si ésta fuera hecha de gelatina, y embistió a los soldados de la primera línea. Los marines le dispararon con todo lo que pudieron, pero las balas atravesaban al monstruo sin tocarlo. En cambio, los soldados no eran invulnerables a la bestia que se dedicó a cercenar y destripar a cuanto hombre se le ponía en frente. En un punto alejado Tsadkiel lo miraba todo. El arcángel elevó su espectro y creó una barrera de energía entre sus tropas y el escorpión, dejando a los pobres infortunados de la vanguardia a merced de la ira de Valya.

—No eres nada para nosotros —dijo Tsadkiel con el pensamiento, dirigiéndose directamente a la mente de Valya—. Tu poder menguará tarde o temprano.

—¡Silencio demonio! —lo retó la chica enardecida—, no vas tocar un solo muro de esta ciudad mientras viva.

—Podemos resolver eso, pequeña niña impetuosa.

En aquel momento Tsadkiel dio la orden de retirada a sus tropas, replegándolas hacia el puesto de avanzada. Fortaleció su barrera de energía para proteger a sus hombres y luego disparó un rayo de plasma al lugar donde el explosivo nuclear había sido instalado. El plasma empezó a corroer la cobertura de plomo y ésta pronto entró en contacto con el explosivo. La deflagración nuclear, encapsulada entre las barreras de Valya y Tsadkiel, solo pudo hallar lugar de escape por la parte superior de las barreras, combinándose en mortal erupción con el plasma de Tsadkiel. En la torre de Erks, Valya había sufrido el atroz daño del golpe; una gigante cortada que casi le raspaba el hueso se abrió desde su cadera hasta el hombro, seguida de una monstruosa hemorragia que bañó las paredes de la recámara con su sangre. El escudo de Valya se debilitaba y la chica apenas podía respirar. Haciendo terribles muecas de dolor, la guerrera se puso de pie.

—¡Vamos Tsadkiel, todavía estoy viva!

—Pero no por mucho.

El arcángel excretó de la piel de su palma una sustancia arquetípica que, como esponja, recogió toda la radiación de la explosión nuclear. Luego envolvió el gel con una capa de plasma solar ardiente y lo catapultó contra la berrera de Valya. Una fuerte luz roja golpeó el campo de fuerza y luego la torre donde la guerrera se encontraba explotó. La inmensa estructura, que se perdía a insondables alturas, empezó a desmoronarse sobre el campamento invadido. La barrera de plasma había desaparecido por completo y los muros de Erks

estaban al alcance de su enemigo. Tsadkiel generó un campo gravitatorio y desvió los escombros de la torre, que se desmoronaba sobre él, y los empujó hacia la ciudadela. Los arqueros, viendo como la gigantesca estructura se caía sobre ellos, empezaron a alejarse de los muros de la fortaleza. Pero entonces otro campo gravitatorio evitó que las ruinas cayeran sobre la ciudadela. Un cóndor de energía, resplandeciente de luz verde, sostuvo los escombros y los aventó por los alrededores de Erks.

—Son listos —murmuró Tsadkiel

Cuando estuvo lo bastante alto para no ser alcanzado por los próximos ataques, el arcángel llamó a su druida:

—Héxabor.

El druida *cherno* sintió la voz de Tsadkiel hablándole directamente a su mente.

—Escucho, mi señor.

—Manda todas nuestras tropas, absolutamente todo, contra Erks; manda a Bálaham. Pero tú no vayas, quédate lejos, lo más lejos del puesto de avanzada.

—¿Va ocurrir algo, mi señor?

—La furia del cóndor va desencadenarse y lo venceremos usando su propia ira. “Contra los perros, la ilusión de la rabia”. Héxabor, jamás olvides ese principio.

El druida obedeció y dio la orden de atacar con todo. Del otro lado de los muros, un ente rodeado de un aura verde con forma de cóndor y armadura plateada dirigía la contraofensiva.



—¡Fuego! —ordenó Rhupay, orden que todos lo generales de la barricada replicaron.

Docenas de catapultas detrás de los muros habían sido cargadas con balas de paja, brea y núcleo de lino con petróleo. Los artilleros encendieron las balas, soltaron los ganchos de los arneses y los onagros dispararon. Las medievales balas explosivas cayeron sobre varios soldados que de inmediato empezaron a arder, regando de alaridos los campos de batalla irradiados. La segunda carga fue disparada desde las torres frontales de la ciudad, allí habían varias ballestas cargadas con flechas negras eléctricas. Rhupay levitó por los aires y dio orden de disparar. De inmediato las ballestas, que apuntaban a los tanques, dispararon sus flechas y perforaron el fuselaje de los blindados como si fueran de mantequilla. Luego una poderosa descarga eléctrica frió los circuitos de los artefactos y a sus infortunados pilotos. Los tanques que no fueron alcanzados dispararon sus balas de grueso calibre contra los muros de Erks. Varios arqueros volaron por los aires, expulsados por las deflagraciones. Los soldados restantes empezaron a descargar sus rifles contra los arqueros de base. Estos respondieron con sus flechas, matando a buen tanto de la infantería enemiga. Cuando las flechas y municiones se terminaron empezó el combate entre espadas y bayonetas.

Entre tanto Bálaham, que se había convertido en demonio, iba a toda velocidad entre los combatientes que se aglutinaban y masacraba a todo *erkiano* en el campo de muerte. De Erks, como un cometa verde, Rhupay salió disparado con su lanza en mortal vanguardia, aniquilando a los soldados israelitas de docena en docena. Ambos, el oscuro demonio y el iracundo hiperbóreo, chocaron en un letal y encarnizado combate. Esta vez el muchacho peleaba con todo su poder, sin reservar ni un poco. Los movimientos de ambos,

que lidiaban en el cielo y en la tierra, eran tan veloces que resultaba casi imposible seguirles la pista. Los dos bandos en combate, al ver a sus campeones en lucha, sintieron hervir la sed de guerra en sus venas. Como Aquiles entre los griegos y Héctor entre los troyanos, el poderoso Bálaham de la Sinarquía y el enfurecido Rhupay de Erks combatían como no se había visto en cientos de años. Provocaban temblores cada vez que garras y lanza chocaban. El halo de un cóndor verde rodeaba al chico y este también hería a Bálaham; mientras que el demonio, con su aliento de muerte, había salpicado ácido sobre Rhupay.

En el cielo, Tsadkiel observaba todo. Veía como los humanos luchaban fieramente contra los erkianos. Balas, flechas, granadas, cuchillos, bayonetas y espadas chocaban y sacaban chispas a las armaduras. El tenebroso arcángel sabía muy bien que los humanos no tenían la menor oportunidad de vencer a los erkianos, pero también había notado que la vanguardia erkiana, en lugar de avanzar al puesto de avanzada de Héxabor, más bien retrocedía: eso confundía mucho a Tsadkiel.

Mientras las balas rebotaban en sus escudos y las explosiones eran contenidas por el poder espectral de los Hiperbóreos, los humanos eran mutilados y destripados por las espadas erkianas. Todo el valle estaba regado de sangre, vísceras y fluidos sobre los que ambos ejércitos combatían. El fango sanguinolento hacía resbalar a la infantería y enfangaba los tanques. El momento de la arremetida aérea había llegado. Héxabor dio la orden y entonces aviones, helicópteros, ángeles y jinetes de dragón se alzaron a los cielos. En medio de su mortal combate, Rhupay vio las fuerzas aéreas aproximarse y entonces lanzó un disparo de plasma al aire que iluminó con su brillo verde todo el valle; esa era la señal, los jinetes de cóndor, cientos de ellos, alzaron vuelo. Sin embargo Rhupay se distrajo al momento de dar la señal y



Bálaham aprovechó su distracción para clavarle sus garras. La herida mortal entró por el estómago y salió casi a la altura del hombro, desgarrando el tracto digestivo, pulmones y arterias. Un gran chorro de sangre salió por la boca de Rhupay quien cayó pesadamente al suelo. Los erkianos vieron como el cuerpo de su campeón caía y sentían como si su descenso hubiera durado horas. En el piso, Rhupay agonizaba en un charco de sangre. Bálaham descendió con sus garras listas para decapitar a su rival vencido, la muerte del valiente guerrero erkiano era inminente.



(Jheran)

Octavo Misterio, El Secreto de la Muerte

Versión del Mito Ibero por Felipe Moyano; adaptación del Círculo de Amatista

Existía en la Atlántida un sendero que conducía hasta un Jardín Encantado, el cual había sido construido por el Dios de la Ilusión. Crecía allí un Antiguo Árbol Granado conocido como el Árbol de la Vida y también como el Árbol del Terror, cuyas raíces se extendían por toda la Tierra y cuyas ramas se elevaban hasta las Moradas Celestes del Dios de la Ilusión. Cerca de ese Granado Hechizado se hallaba un Árbol Manzano, tan antiguo como Aquél, al que se llamaba el Árbol del Bien y del Mal o el Árbol de la Muerte. Era creencia corriente entre los Atlantes que el hombre, en un Principio, había sido inmortal. La causa de que el hombre tuviese que morir se debía a que los grandes antepasados habían comido del Fruto de aquel Árbol y la Muerte se había transmitido a los descendientes como una enfermedad. En verdad, la sangre del Árbol, su savia maldita, se había mezclado con la sangre inmortal del hombre original y regulaba desde adentro la vida y la muerte. Y nadie conocía el remedio para esa enfermedad. Navután, que carecía de padre humano, había nacido inmortal como los hombres originales, pero su inmortalidad era, por lo mismo, esencial, propia de su especial naturaleza espiritual; en consecuencia, su inmortalidad era incomunicable a los restantes hombres blancos, no servía para que ellos recuperasen la inmortalidad perdida. Por eso Navután, con el apoyo de su Divina Madre, la Virgen Ama, decide hacerse mortal y descubrir para los hombres el secreto de la inmortalidad.

Desde que los Grandes Antepasados comieron el Fruto del Árbol de la Muerte, nadie se atrevía a acercarse a él por temor a la Muerte. Pero Navután era inmortal como los grandes antepasados y pudo, como ellos, aproximarse sin



problemas. Una vez junto al Árbol, Navután cortó y comió el fruto prohibido, quedando inmediatamente hechizado por la ilusión de la vida: ahora solo le faltaba descubrir el secreto de la muerte sin morir, puesto que si perecía en el intento jamás podría comunicar la sabiduría a los hombres blancos. Es entonces cuando Navután se auto-crucifica en el Árbol del Terror, para vencer a la muerte y pende nueve noches de su tronco. Empero, mientras el tiempo transcurría, la muerte se acercaba sin que Navután consiguiese comprender su secreto. Al fin, ya agonizante, el Gran Jefe Blanco cerró su único ojo, que mantenía fijo en la ilusión del mundo, y miró hacia el fondo de sí mismo, en una última y desesperada reacción para salvar la vida que se apagaba sin remedio. Y en la cima de sí mismo, en medio de la negrura infinita de la muerte insinuada, vio surgir una figura resplandeciente, un ser que era pura gracia. Se trataba de Frya, la alegría del espíritu, su divina esposa del Origen que acudía en su auxilio.

Cuando Navután abre nuevamente su ojo, Frya sale por él y se interna en el mundo del gran engaño; va a buscar el secreto de la muerte para salvar a su esposo agonizante. Sin embargo, no logra conseguirlo y el tiempo se acaba inexorablemente. Al fin, sin desesperar, Frya se dirige a Hiperbórea para consultar a los Dioses Liberadores. Ellos le aconsejan buscar a un gigante bicéfalo que habita en un mundo situado bajo las raíces del Árbol del Terror y que ejerce el oficio de clavero. A ese gigante debe robarle la llave Kâlachakra, pues en ella los Dioses Traidores han grabado el secreto de la muerte. Frya, transformada en cuervo, desciende al mundo del gigante bifronte y le roba la llave Kâlachakra: mas, para conseguirla, ha tenido que convertirse en asesina y prostituta; Frya, en efecto, quiebra con un golpe de su hacha la llave Kâlachakra, pero el paletón, al caer, se transforma en siete gigantes de siete cabezas cada uno, quienes duermen para que las razas raíces vivan por ellos; acto seguido, y sin alternativas pues está urgida por el tiempo, Frya se viste con

el velo de la muerte que aquellos gigantes tienen sujeto con un lazo en cada cuello: luego los despierta sucesivamente y se entrega a ellos como amante, pero inexorablemente los va decapitando en la culminación del orgasmo; y las cabezas de los gigantes, ensartadas en una cuerda o sutrâtma, forman el collar de Frya Kâlibur, en el que cada cráneo representa un Signo del Alfabeto Sagrado de la Raza Blanca. Por fin el velo de la muerte queda suelto y Frya, nuevamente transformada en cuervo, regresa velozmente junto a Navután.

Al llegar, ya es tarde; justo en aquel momento, Navután exhala el último suspiro y su ojo se está cerrando para siempre. Frya comprende que será imposible revelarle a Navután el secreto de la muerte pues acaba de morir y ya no podrá leer la llave Kâlachakra. Y es así como, sin perder un instante, Frya toma la decisión que salvará a Navután y a la raza blanca: se transforma en perdiz y penetra nuevamente en Navután. La llave Kâlachakra debe dejarla afuera, puesto que solo ella puede existir en el fondo de sí mismo. Frya debe revelar a Navután el secreto de la muerte, no solo para lograr su resurrección, sino también para que su esposo lo comunique a los hombres; de otra manera su inmolación habría sido en vano. Mas ¿cómo exponer a Navután el secreto de la muerte sin la llave Kâlachakra, sin mostrarle ese instrumento del encadenamiento espiritual, para su comprensión? Y Frya lo decide en ese instante: como perdiz, danzará el secreto de la vida y de la muerte. Expresará, con la danza, la más alta sabiduría que le sea posible comprender al hombre mortal desde afuera de sí mismo.

Así Frya, danzando en el fondo de sí mismo, revela a Navután el secreto procedente de afuera de sí mismo y Navután lo comprende. Se corta el hechizo causado por el fruto del Árbol de la Vida y de la Muerte, y resucita nuevamente como inmortal. Al bajar de su crucifixión en el Árbol, repara que su cuerpo ha

trasmutado y ahora es de Piedra Pura; y que puede comprender y expresar la Lengua de los Pájaros. Entonces Navután enseña a los Atlantes blancos las trece «más tres» Vrunas mediante la Lengua de los Pájaros y los encamina a comprender el Signo del Origen, “con lo que obtendrán la Más Alta Sabiduría, serán inmortales mientras el Espíritu permanece encadenado al animal hombre, y conquistarán la Eternidad cuando ganen la Batalla contra las Potencias de la Materia y sean libres en el Origen”.

Rowena, Aldrick y sus alumnos habían descendido por recónditos espacios y galerías, surcando profundidades cada vez mayores. A medida que avanzaban notaron que unas sombras les seguían el paso muy de cerca, dejándolos nerviosos. Al cabo de varias horas, o varios días, no había forma de calcular el tiempo, encontraron una recámara subterránea, labrada en el basalto por alguna ingeniería misteriosa, definitivamente atlante. La monumental recámara central era tan inmensa que no había forma de ver sus paredes, las tinieblas las cubrían, del mismo modo que el techo. Cada diez metros aparecían gigantescas columnas de varios metros de radio que sostenían, posiblemente, el techo. Caminaron lenta pero constantemente hasta que vieron una pared frente a ellos, parecía el otro extremo de la recámara. Aldrick se puso de inmediato a examinar el muro.

—Debe haber algún túnel de un extremo o del otro —dijo mientras palpaba la pared.

—¿Nos habremos equivocado de camino? —preguntó Edwin.

—No, respondió Rowena —seguimos el sendero correcto.

Los guías debatían qué rumbo deberían seguir cuando Gabriel percibió un sonido inusual a su derecha, luego Rocío también lo percibió. Ambos, guiados por su instinto, siguieron el curso del sonido hasta que poco a poco fue haciéndose más claro. De pronto eran como murmullos ininteligibles y luego sonaban como algún idioma perdido, una lengua muerta dando sus advertencias a cualquier visitante.

—¡Rowena, Aldrick! —llamó Rocío, ella lo había encontrado primero, encontró el portal.

Cuando el resto de los expedicionarios dieron alcance a Gabriel y Rocío notaron que estaban parados frente a una gran puerta de piedra tallada con runas y situada bajo lo que parecía ser un dintel labrado en esmeralda. El cruzado leyó las inscripciones con mucha atención y luego abrió desmesuradamente los ojos.

—Lo que sospechaba, una puerta atlante —dijo y luego empezó a tocar la puerta con cuidado.

—Las runas —dijo Rowena, presintiendo algo—, son un mensaje —afirmó y empezó a leer en voz alta:

“Ajhir uthar lotaros, ajhir mudhas ethakum. Kal’ahlel m’taro il das lakum. Rhetum sefaras’hamanar utamus. Herleas humalas as had hafan-rakas ugüla. Delanorah mundanos menar imanulu’k deom uktalus deim deor mort”.

Los discípulos se miraron extrañados; pero Aldrick pareció entender perfectamente bien lo que Rowena había dicho, su rostro expresaba gran sorpresa.

—¿Alguien podría explicarnos qué fue todo eso? —pidió Edwin.

—Es una advertencia —respondió Aldrick.

—¿Qué clase de advertencia? —preguntó Jhoanna. Aldrick replicó las palabras de Rowena, pero en español:

—Abandone toda piedad o temor aquel que hasta aquí haya llegado. Los hilos del destino solo tejen los hilos de la muerte y a esta entrada solo ingresan aquellos que han aprendido a morir. Si el corazón lo tienen ardiente, sepan que

detrás de esta puerta conocerán el frío y que más allá de ella solo hay oscuridad.

Un escalofrío recorrió la médula de los expedicionarios. Los oscuros secretos de las entrañas de la Tierra eran mucho más espesos de lo que esperaban.

—Hay algo más —dijo Rowena aún con la vista fija a las runas—. Hay una runa que no encaja.

Aldrick la observó y entonces sonrió:

—Significa Frya, un arma forjada por Frya.

Ambos, Aldrick y Rowena se miraron y asintieron al unísono; luego observaron a sus pupilos:

—El Arco de Artemisa está tras esta puerta —concluyó Aldrick.

El júbilo estalló de inmediato, todos empezaron a abrazarse y felicitarse. Diana derramaba lágrimas de emoción, finalmente el Arco de Artemisa estaba a su alcance. Sin embargo los festejos no durarían mucho. Todos dejaron de reír cuando gritos escalofriantes llegaron a ellos desde la distancia. Luego el suelo empezó a retumbar, como si un ejército de miles de soldados estuviera caminando bajo sus pies. El aire se convirtió en una masa pestilente de muerte y sangre. Los gritos se convirtieron en maldiciones monstruosas y juramentos de muerte y sufrimiento. Eran alaridos espantosos, chirridos tan estridentes que hacían doler las muelas. Luego eran como risas de hiena, carcajadas neurasténicas que venían de las profundidades. Todos voltearon, mirando por todas partes y entonces, en la negrura sin fin en aquella recámara, vieron un ligero brillo. Aldrick elevó su espectro y lanzó una emanación de plasma al techo para tener luz. Lo que vieron era horripilante: criaturas blancas,

grasientas, miles de ellas colgándose de las paredes, emergiendo del suelo y de las grietas del techo. Eran húmedas, gelatinosas, como si sus cuerpos estuvieran empapados en aceites y fluidos. Carecían de ojos, pero sus orejas y bocas eran tan grandes que casi sobresalían de sus cabezas. Su tórax era muy pequeño en comparación a sus largos brazos y piernas que terminaban en garras. Sobre sus pieles se veían cicatrices monstruosas y sus alaridos hablaban de un sufrimiento mayor al que un ser vivo podría soportar. Eran criaturas atormentadas, enloquecidas y corrían como una manada asustada contra los expedicionarios.

—¡Deben entrar al portal! —ordenó Aldrick, desenfundó su espada y fue hacia las criaturas.

—Rowena, qué son esas cosas —dijo Diana, pálida por la impresión.

—Abisales atlantes —respondió la maestra y también desenvainó su espada.

Oscar y Edwin cargaron sus rifles, quitaron el seguro y empezaron a disparar a los blancos más seguros que se les aproximaban. Rodrigo y Jhoanna le quitaron espoleta a dos granadas y las lanzaron tan lejos como pudieron, hacia la masa de abisales que se les venía encima. Varios de ellos fueron catapultados por los aires, pero las bajas en sus hordas eran ínfimas. Durante breves, pero interminables minutos, los expedicionarios acabaron su munición contra los monstruos a pesar de su incalculable número y en desmedro que jamás podrían acabar con todos.

—No tiene caso —los detuvo Rowena—. Aldrick y yo nos encargaremos. Tienen que irse.

Inmediatamente la maestra empezó a conjurar extrañas invocaciones frente a la puerta de piedra mientras el fuego de las M4A1 y las emanaciones de plasma la cubrían. Entretanto Aldrick tenía un combate desesperado contra las miles de abominaciones que se abalanzaban contra él. Avanzaba blandiendo su espada y cortando cabezas, pero el número de abisales lo superaba. Obligado por la incisiva arremetida de las criaturas el cruzado saltó, elevándose varios metros sobre el suelo, y disparó una potente emanación de plasma que vaporizó a cientos de criaturas, pero no era suficiente. La espada que sostenía se prendió de un fuego azulado, sus ojos empezaron a resplandecer y entonces Aldrick entró en transe hiperbóreo. Su fuerza era muy superior y también su agilidad, pero aún así no le alcanzaban para poner a los incontables abisales a raya. Aniquilaba criaturas de veinte en veinte, con una sola estocada de espada, pero por cada abisal que mataba surgían dos o tres más, eran miles.

Luego de un par de minutos las runas de la entrada de piedra empezaron a brillar frente a Rowena y lentamente empezaron a abrirse. Los jóvenes guerreros estaban ansiosos por ver lo que había detrás, pero luchaban con su necesidad de ayudar a Aldrick. Cuando las puertas de piedra finalmente se abrieron, todas sus expectativas y necesidades se volcaron hacia el portal: era un fluido gelatinoso y brillante, reflejaba todo como un espejo y vibraba ocasionalmente como el bajo de un parlante a todo volumen.

—¡Crucen ahora! —ordenó Rowena.

—No maestra —respondió Rodrigo—, no nos iremos sin ti.

—¡Se irán o los mataré yo misma!

—Pero...

—¡Sin peros!, yo estaré bien. Aldrick y yo saldremos de ésta.

Los Centinelas se miraron y luego Edwin habló:

—Nos iremos, maestra Rowena. La veremos en Erks, a usted y al maestro Aldrick.

—Así será —dijo y sonrió—. Ustedes son poderosos, jamás olviden lo aprendido en estos meses. Ahora todo depende de ustedes.

Uno a uno, los muchachos ingresaron al portal, perdiéndose en esa gelatina que los absorbía. Cuando el último entró, Rowena conjuró otra invocación y las puertas de piedra se cerraron. Luego elevó su espectro y salto a varios metros. Aldrick estaba en apuros, los abisales lo estaban superando.

—El Arco de Artemisa los espera —pensó Rowena—. Ustedes son la última esperanza de los Espíritus encerrados en los cuerpos de los hombres. Peleen con honor y el Valhala les abrirá sus puertas. Adiós, mis tesoritos. Han sido y serán siempre mi orgullo.



Los aviones habían bombardeado gran parte de Erks antes de ser alcanzados por los jinetes de cóndor erkianos. Ellos no actuaban contra las máquinas sino que buscaban a sus pilotos, los gigantescos cóndores se enganchaban con sus garras al fuselaje de los aviones y con sus picos abrían la cabina del piloto para devorarlo. Las balas de metralla rebotaban en el plumaje de los cóndores, o en la armadura de sus jinetes, incluso los misiles y cohetes de los F18 y los IAI Lavi no hacían más que aturdir a los cóndores. Esa desventaja había sido el factor para que en poco tiempo no quedara avión o helicóptero en el cielo; entonces el combate aéreo se había convertido en una sangrienta masacre entre los jinetes de dragón de Tsadkiel y los jinetes de cóndor de Erks. Entre ellos se hacían un daño monstruoso, la lucha en los cielos se había tornado tan encarnizada que la sangre de los caídos descendía como una lluvia torrencial sobre los combatientes en tierra. Los ángeles *Hiwa Anakim* habían volcado todos sus esfuerzos en diezmar la resistencia de la infantería erkiana en la ciudadela. Todas las calles estaban regadas de muertos de ambos lados.

En medio de ese infierno de sangre, Rhupay yacía tendido en el suelo, herido de muerte y con las garras de Bálaham a punto de culminar su vida. Él estaba listo para la muerte, pensaba en Valya y que ella probablemente tampoco hubiera sobrevivido, la extrañaba. Pensaba en su abuelo y temía que



éste se hallase decepcionado de él por haber sido vencido por Bálaham, nuevamente. El demonio era muy poderoso, pero esa muerte en batalla le ganaría el favor de Odín, de Wiracocha, y pasaría a la sala de los guerreros caídos donde las valquirias y ondinas del Titicaca le curarían toda herida y llevarían al altar de los campeones caídos en guerra. Era una muerte con honor; aunque sabía que por ello les sería imposible a los demás Centinelas usar el Arco de Artemisa. Él era uno de los doce Centinelas y sin su presencia el Arco no estaría a toda su capacidad. Era una causa perdida.

—Peleas bien, erkiano —le habló Bálaham con su gutural voz infernal—. Me has causado mucho trabajo.

—Soy boliviano —dijo Rhupay; la sangre en la boca le dificultaba hablar—. ¡Me vengarán!

—No veo que alguien sea capaz, Rhupay Cóndor de Piedra. La victoria es mía y con tu muerte iniciará el tormento de tu Espíritu. No te dejaré marchar rumbo a Agartha, haré que tu alma sea tan pesada que no podrás irte de aquí, y de este mundo te llevaré a *Chang Shambalá* para tu legendario sufrimiento.

—Pi-pierdes t-tu tiempo —replicó el guerrero caído y empezó a elevar su espectro, listo para inmolarse junto a Bálaham—. Mo-moriremos juntos.

Bálaham, al presentir que el espectro de Rhupay se elevaba a su límite, supo que tenía que alejarse rápidamente y alzó vuelo; decidió que debía matarlo cuanto antes. Elevó el brazo con su gran garra dispuesta para cortarle la cabeza cuando una ráfaga de plasma muy poderosa estalló en su cara. La fuerza del disparo fue tan grande que Bálaham salió expulsado del campo de batalla, del valle y del perímetro a más 800 kilómetros por hora, estrellándose contra una montaña con la fuerza de un meteorito. El cerro, producto del impacto en su falda, se desplomó enterrando a Bálaham bajo miles de toneladas de roca.

Rhupay no podía comprender lo que acababa de suceder, él no había hecho nada; sin duda alguien más le había salvado la vida. Al sentir el espectro que lo rodeaba supo quien fue. Miró a un costado y vio a su abuelo, Qhawaq, aproximarse a él. Lo tomó en sus brazos y empezó a recorrer con su espectro todo el malogrado cuerpo de Rhupay, sanando sus heridas y aliviando su dolor.

—A-abuelo —murmuró Rhupay—, lo siento.

—Tranquilo, todo estará bien —le dijo el ciego anciano sin dejar de curarlo.

—Val-Valya... es.

—Ella está bien, la saqué de los escombros de la torre y la curé.

—Cómo es posible. Ellos están destruyendo nuestra ciudad.

Qhawaq fijó sus ojos blancos sobre el rostro de su nieto, carecían de expresión y aún así era visible una preocupación sumergida en el anciano.

—No nos están venciendo, Rhupay.

El joven guerrero no podía entender a su abuelo, miró a la ciudadela y sintió una pena profunda al ver sus calles destruidas y regadas de cadáveres y escombros.

—No lo comprendo —dijo al final Rhupay.

—Di la orden a nuestras fuerzas de evacuar la ciudad y el valle —respondió Qhawaq ante la sorpresa de su nieto.

—¿Pero por qué?

—Este ataque no tiene nada que ver con Erks, Rhupay. Ellos pretenden ganar tiempo, Moisés está buscando el Arco de Artemisa también y a los demás

Centinelas. Nosotros no podemos hacer nada desde aquí, a no ser retener tanto tiempo como podamos a Tsadkiel y sus demonios. Mientas ellos estén ocupados invadiéndonos, no irán a ninguna parte.

—Entonces esto es...

—Les estamos entregando Erks. Si nos hubiéramos defendido con todo nuestro poder habríamos exterminado en poco tiempo a todos los invasores, pero Tsadkiel es invulnerable y hubiera descargado su furia contra los demás Centinelas. Ellos aún no están listos para enfrentarlo. Tsadkiel piensa que nos hace perder el tiempo, que por esto no podremos acudir a nuestros camaradas, pero no sabe que en realidad nosotros lo estamos reteniendo a él.

—Pero ellos, el enemigo...

—Se irán ni bien sepan que los Centinelas han recuperado el Arco. Retomaremos Erks entonces.

Rhupay estaba prácticamente curado, su abuelo le ayudó a levantarse del piso. El guerrero no podía creer que sus heridas hubieran sanado tan rápido y que su poder pronto estuviera restableciéndose.

—Ahora, Rhupay —le dijo Qhawaq, con voz severa—. Tú y Valya llevarán a los refugiados a la Fortaleza de Oriccalco.

De inmediato ese nombre activó un recuerdo en Rhupay. La Fortaleza de Oriccalco era un castillo y su respectiva aldea, ambos labrados en el granito sólido de la gran montaña que cubría el paisaje del valle. Era un lugar diseñado para emergencias en cuyo plan estaba incluida la evacuación de Erks, los muros de la Fortaleza eran tan sólidos y altos que no había forma de invadirlos. Si la ciudadela caía, toda la gente se retiraría a la Fortaleza de Oriccalco, un lugar imposible de penetrar.

—¿Y tú, abuelo?

—Los distraeré un poco más.

Rhupay sabía que no era así.

—Déjame quedarme contigo, puedo pelear.

—Y no lo dudo. Eres poderoso, Rhupay. Pero si te pasa algo, o a Valya, jamás podremos usar el Arco de Artemisa y todos nuestros sacrificios serán vanos. Debes irte.

—Quiero pelear...

—Vamos, vete.

—Pero yo...

—¡Vete, Rhupay, es una orden!

Los ojos de Rhupay empezaban a llenarse de frustración en forma de lágrimas. Era un momento demasiado difícil para él. Abrazó a Qhawaq con todas sus fuerzas y lloró en su pecho.

—¿Volverás? —preguntó Rhupay.

—Lo intentaré, destruiré al menos a un dios traidor antes de irme a la Fortaleza de Oriccalco.

No, él ni siquiera lo intentaría y Rhupay lo sabía. Qhawaq estaba viejo y hacía mucho tiempo deseaba irse al Valhala junto a sus ancestros. Ya había vivido suficiente; 300 años son muchos en el mundo de la materia.

—Vamos, pequeño, vete.

La mirada de ambos, nieto y abuelo, se encontraron brevemente. Rhupay tenía los ojos arrasados por las lágrimas mientras que los ojos de Qhawaq solo



tenían un halo de inquietud. El joven guerrero se separó de él y empezó a irse. Pero antes de perderse tras los muros de la ciudadela volteó e hizo el saludo hiperbóreo con su mano hacia su abuelo.

—Fuerza y Honor, Qhawaq de Skiold, Qhawaq de Bolivia.

Qhawaq respondió el saludo haciendo el *bala mudra* con su izquierda:

—Fuerza y Honor, Rhupay de Erks.

Y Rhupay se fue sin voltear más, se fue con sus ojos desbordando de lágrimas pero con su pecho hinchado por el orgullo. El anciano era mucho más valiente que el mismo Rhupay y no podía imaginar qué clase de poder invadía sus venas como para hacer los prodigios que hacía. Ahora su misión era sobrevivir y llevar a las familias erkianas a la Fortaleza de Oriccalco, estaba ansioso por tener a Valya entre sus brazos, la necesitaba más que nunca.

En el campo de batalla casi había terminado la refriega. Los cadáveres estaban regados por todas partes y los sobrevivientes se habían retirado a la Fortaleza. No quedaban invasores a la vista, solo Héxabor sobre una colina a los lejos y Tsadkiel en el cielo. En la puerta principal de la ciudadela en ruinas, únicamente estaba Qhawaq. Los tres eran los únicos en el valle.

Tsadkiel empezó a descender lentamente hasta posar sus pies sobre el campo de muerte. Héxabor también avanzaba entre los cadáveres. Qhawaq no se movía, permanecía quieto mientras los tenebrosos invasores se le aproximaban.

—¡Has llegado muy lejos, anciano! —le dijo el arcángel a la distancia—. ¡No salvaste tu ciudad y ahora tampoco te salvarás tú!



El brazo de Tsadkiel, con la palma frente al anciano, empezó a brillar con un resplandor anaranjado, sus alas se tiñeron de escarlata y su armadura se tiñó de sangre. Un fuerte haz de luz salió emanado del cuerpo del arcángel y chocó contra una barrera que brilló de verde en cuanto el haz de luz la golpeó. Detrás de la barrera el anciano sostenía su cayado en dirección de Tsadkiel, desprendiendo un resplandor verdoso. Ambas luces empezaron a tomar formas nebuliformes conforme chocaban la una contra la otra. Repentinamente el arcángel saltó al cielo, desenfundó su espada y voló a toda velocidad contra Qhawaq. Este levantó su cayado y una luz verde le envolvió. Tsadkiel golpeó con su espada al anciano envuelto en el resplandor, pero el arma mortal chocó como si hubiera golpeado una piedra. Cuando el brillo cesó el anciano ya no estaba allí, en su lugar había un musculoso joven barbado con una espada de casi tres metros y una armadura cristalizada que parecía ser de esmeralda.

—Por fin muestras tu verdadera forma, Qhawaq —dijo el arcángel.

—*Auka chaska* —invocó el guerrero y un rayo verde envolvió su gigantesca espada.

En ese momento Héxabor, que había estado bajando de la colina al valle con tedio y tranquilidad, finalmente había alcanzado el lugar de la batalla. Cuando vio a Qhawaq convertido en un joven guerrero sonrió y empezó a aplaudir.

—Tus trucos nunca dejan de impresionarme, Qhawaq Yupanki —dijo Héxabor—. Esta no es la primera vez que haces algo como esto.

—Ambos van a morir —sentenció el guerrero, su voz era firme y ronca, como el rugir de un león.

—Estás siendo demasiado optimista —replicó Tsadkiel.

—Eso está por verse —concluyó Qhawaq y empezó a elevar su espectro.

Las rocas, escombros y cadáveres empezaron a flotar alrededor de Qhawaq, el guerrero estaba suprimiendo la fuerza de gravedad y poco a poco iba levitando los objetos. El cielo se llenó de nubes verdosas que desprendían rayos gigantescos. Los vientos se volvieron huracanados, soplando con más fuerza a cada segundo y desencadenando innumerables tornados sobre el valle. Tsadkiel y Hélixabor se envolvieron en barreras de plasma para que el mal tiempo no les afecte. Ambos observaban a Qhawaq elevar más y más su espectro hasta que los rayos empezaron a tronar sobre el valle, quebrando árboles y calcinando cadáveres. El poder de Qhawaq era tan inmenso que el Sol, afectado por la gravedad generada por el guerrero, empezó a sufrir catastróficas erupciones solares que comenzaron a abandonar la corona del astro con rumbo a la Tierra. La luna poco a poco empezó a acercarse más al planeta azul, totalmente afectada en su órbita por el poder de Qhawaq. En pocos segundos el guerrero había transformado el paisaje del valle y lo tornó en un páramo verde de luces siniestras que, como gases maliciosos, surcaban el suelo erosionado. Los árboles habían muerto, convertidos en raquíticos esqueletos. Toda la región del valle había sido encapsulada dentro un escudo de tiempo-espacio que Qhawaq creó en toda el área. Tsadkiel y Hélixabor miraron en derredor y notaron que estaban encerrados. Miraron al guerrero y se prepararon para embestir. El combate final iba a dar inicio.

Los expedicionarios habían sentido que el ambiente que les rodeaba era muy ajeno a ellos, a la propia naturaleza. Habían cruzado el portal luego de varias dificultades y una búsqueda en los abismos del planeta, pero el viaje entre su mundo y los otros no era lo que esperaban, no en ese momento. Todo cuanto los rodeaba parecía ser una sustancia gelatinosa, húmeda y cálida; pero contra toda lógica, el gel no los mojaba. No podían respirar y era eso lo que más les desesperaba, tenían que caminar y la falta de oxígeno había empezado a nublar su consciencia. El suelo parecía una gran almohadada, dificultando aún más su avance. Rodeando a los Centinelas, varias runas de brillante luz verdosa, emanaban extraños vapores. Poco a poco la gelatina se fue enfriando y endureciendo hasta que una luz blanca empezó a brillar, parecía una salida. Cuando los expedicionarios vieron la luz las fuerzas perdidas regresaron a su cuerpo y caminaron tan rápido como pudieron para alcanzar el otro extremo.

Una tundra helada rodeada de montañas recibió a los muchachos. La extensión de aquel páramo congelado era indeterminada, el horizonte se perdía a insondables distancias, cuyo relieve estaba cubierto por una tenebrosa aurora que tomaba formas de esqueletos. Una gruesa capa de hielo seco cubría el piso y el cielo, lo más impresionante que humano alguno hubiera visto, era como una ventana al espacio exterior. Varias galaxias, cúmulos de estrellas, nebulosas y toda clase de objetos celestres imbricaban aquel cielo extraterrestre con su brillo magistral. En el suelo, la única flora visible eran algunos extraños hongos azulados que brillaban de forma siniestra, como si estuvieran irradiados con alguna clase de contaminación nuclear; su brillo era tan fuerte que parecían faroles iluminando la oscuridad de una ciudad en la

noche. Algunos lugares del suelo, bajo el hielo seco, presentaban resplandores verdosos. Entre algunas colinas habían fisuras en la superficie desde las cuales eran emitidos vapores lumínicos en erupciones esporádicas, como geiseres radioactivos. Pero quizás lo más anormal de todo era la presencia de la Luna, o de alguna luna extraterrestre orbitando aquel mundo helado. Su tamaño era gigantesco y cubría gran parte del cielo, iluminando con su pálido brillo a un paisaje que no necesitaba más luz.

—¡Qué frío de mierda! —se quejó Rodrigo, rodeando su cuerpo con sus brazos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Jhoanna a su hermano.

Edwin miró su brújula y notó que daba vueltas alocadamente. En el cielo tampoco había ninguna estrella que le sirviera para orientarse. El termómetro de su traje marcaba $-46\text{ }^{\circ}\text{C}$ y una presión atmosférica de 2456m de altitud sobre el plano del mar. El aire que respiraban, según sus instrumentos, estaba hiperoxigenado; era como respirar de un tanque de oxígeno. Pero lo más curioso y peligroso era la radioactividad que sus instrumentos habían detectado, marcaban de forma constante 24 rads; si subía a más de 30 rads estarían en serio riesgo de irradiarse.

—Este lugar es extraño —dijo Edwin—, pero las condiciones definitivamente son peligrosas. Todos eleven su espectro y hagan una barrera al rededor de sus cuerpos, estamos a $-46\text{ }^{\circ}\text{C}$ y podríamos congelarnos.

Así lo hicieron, todos subieron su espectro y formaron una barrera, tal como Rowena y Aldrick les habían enseñado. Rodrigo, Diana y Rocío empezaron a reír y jugar con sus barreras de plasma, les encantaba que el color de sus

espectros fuese distinto. El de Rodrigo era azul, de Rocío verdeazulado y de Diana violeta. Gabriel tenía el espectro verde, casi amarillo, pero él no podía notarlo debido a su ceguera; su mundo se había quedado sin colores y eso le había cambiado profundamente el carácter, ya no disfrutaba como sus amigos. Oscar tenía el espectro rojizo al igual que Jhoanna, solo que el de ella se corría hacia el naranja mientras que el de Oscar, al rojo. El espectro más notable era el de Edwin, que era blanco. Aquella fue la primera vez que los muchachos veían el color de sus espectros de esa forma y les causada una profunda fascinación.

—Es increíble —comentó Oscar, mirando su cuerpo como si fuera ajeno.

—Chicos, no tenemos tiempo —interrumpió Edwin—. Tenemos una reliquia que encontrar.

—Bien. ¿Cómo sugieres que la encontremos? —cuestionó Jhoanna.

Edwin pensó y pensó y no hallaba una respuesta. Todos empezaron a sugerir formas de rastrear el objeto, pero ninguna podía dar solución a su problema, estaban en un lugar enorme y el Arco podría hallarse en cualquier sitio. Entonces Diana percibió algo, una voz, la voz de Morana hablándole directamente a la sangre:

—*El Hajime... el Hajime...*

Oyó Diana, entonces ella supo cómo encontrar el Arco.

—¡Rodrigo, dame tu mitad del Hajime! —pidió. Él se lo entregó, confundido—. Creo que sé cómo encontrar el Arco.

Diana unió ambas partes del Hajime por la hendidura que llevaba en el canto, pero nada ocurría. Todos observaban expectantes ante la incómoda quietud de la joya.

—No funcionará —dijo Rodrigo desilusionado.

—Hicimos algo mal, algo falta —respondió Diana y entonces recordó lo que la gitana que les dio el Hajime les dijo aquel día de Navidad: *“Solo recuerden que la joya mostrará su verdadero poder cuando su sangre esté pura y ambos estén juntos para poder unir ambas mitades”*.

“Juntos”, pensó Diana. Entonces separó de nuevo las piezas y colgó la mitad del Hajime en el cuello de Rodrigo. Luego ella se aproximó y junto su mitad con la de él, entonces la joya empezó a brillar ante el asombro de todos. Sin embargo, las miradas de Rodrigo y Diana no iban dirigidas a la joya, sino a los ojos el uno del otro. La proximidad de sus cuerpos y sus espectros había generado calor entre ambos, sus corazones latían con tanta fuerza que lastimaba sus pechos. Finalmente sintieron nostalgia del Origen que, en presencia de su Pareja Original, se hace más poderosa. Guiados por un impulso ardiente empezaron a besarse y entonces una luz rodeó a ambos. La luz siguió una trayectoria antinatural, formando triángulos a su paso y dejando una estela violeta tras de sí. Entonces el resplandor salió expulsado, dejando un sendero fosforescente que llevaba a un lugar entre los hongos brillantes. De forma tan súbita como apareció, la luz se atenuó hasta desaparecer. Cuando el brillo se detuvo Diana y Rodrigo, visibles otra vez, estaban abrazados y las partes del Hajime, separadas.

—Ya falta poco —le dijo Rodrigo al oído.

—Nada nos separará, ¡me oíste! —dijo ella, llorando sin razón aparente.

Pero Rodrigo nada dijo.

No hubo mayores explicaciones que dar ni recibir; nadie preguntó a Diana ni a Rodrigo sobre lo que ocurrió cuando juntaron las partes del Hajime, tampoco comentaron nada más respecto al asunto. Lo único que sabían era que el Hajime de Plata les había mostrado un camino e iban a seguirlo, los llevase al Arco o no.

Gracias al entrenamiento, los Centinelas podían avanzar varios metros de una sola zancada, y ese era el ritmo que llevaban. Se internaron en los hielos que cubrían la tundra a vertiginosa velocidad, siguiendo el tenue brillo que la estela les había dejado. Sin embargo, aquel mundo parecía rechazarlos a un nivel celular, las temperaturas descendían cada vez más, obligando a los muchachos a elevar más y más su espectro. Al avanzar, los vientos fueron encrudeciendo hasta convertirse en una repentina ventisca. Pequeños y filosos trozos de cristal impactaban contra las barreras de plasma que habían formado; sin ellas todos habrían muerto hace mucho.

El termómetro del traje de Edwin había bajado hasta los -90 Cº, un frío mortal para cualquier humano, pero Edwin no estaba dispuesto a dar tal información a sus amigos y hermanas, no quería que sintieran temor ante lo que les rodeaba. Mientras más avanzaban el viento se hacía más fuerte y las temperaturas descendían más aún.

El rastro de luz guió a los expedicionarios hasta la entrada de una cueva. Todos ingresaron rápidamente, el frío del exterior les estaba calando los huesos. El interior era de roca, una extraña y exótica roca azul cuyas recónditas resquebrajaduras se inmolaban de un fuego azul, pero helado.

—Fuego faérico —dijo Oscar mirando las flamas heladas que salían de las paredes, todos le miraron, esperando una explicación; él agregó—: Hace tiempo Aldrick me explicó que el fuego faérico es energía oscura en fusión en frío. Según Aldrick es de color azul, exactamente como éste. No se acerquen mucho a esas paredes o se quemarán, ese fuego debe estar a -273 C° .

Se internaron profundamente en el interior de esa cueva que, si bien no estaba tan fría como el exterior, la temperatura ambiente aún estaba por debajo del punto de congelación: -28 C° . En un punto avanzado la luz exterior ya no llegaba a romper las tinieblas y los muchachos dependían únicamente de la luz generada por su barrera de plasma para ver lo que tenían en frente. En ese momento de oscuridad Gabriel sintió que sus sentidos se agudizaban, de alguna manera podía “ver” el camino y guiar la expedición. Caminaron durante un par de horas en línea recta, sin descender o ascender. Entonces un tenue brillo se abrió paso entre las insondables tinieblas. Los Centinelas siguieron aquel resplandor, ciegos a los peligros que podría albergar. Pero Gabriel percibía una amenaza, algo frío, muy frío frente a ellos.

Al final del túnel los esperaba una soberbia recámara. Uno a uno fueron ingresando a aquel lugar y sintieron que allí el frío era menos intenso. Estaban a -3 C° , un frío perfectamente soportable sin barreras de plasma, aunque no por ello los muchachos las disiparon. Las rocas del lugar parecían brillar con resplandores verdes y azules; y del techo, a alturas difíciles de medir, varias líneas de luz penetraban en la recámara iluminándola delicadamente. No había un lugar que no estuviese iluminado. Pero, a pesar de la cantidad de luz que percibían todos los Centinelas, Gabriel, en sus ojos capaces de ver el magnetismo y la electricidad que le rodean, sentía que la recámara en realidad

era oscura, muy oscura. Aquella luz, aparentemente brillante que rodeaba la recámara, era una luz oscura y fría.

—Qué lugar tan raro —murmuró Jhoanna.

Dando vueltas en círculo, los exploradores empezaron a buscar alguna otra salida de la recámara, comprobaron que la entrada era también la única salida. Luego examinaron el ambiente, buscando algún indicio de lo que buscaban, pero nada allí sugería la presencia del Arco. Entonces Gabriel tuvo una visión, fue corta pero clara; él vio una sombra rodeando las paredes del lugar.

—No estamos solos —dijo Gabriel y se detuvo en seco.

Todos empezaron a mirar de un lado al otro pero no existía atisbo de amenaza alguna. Al menos no en ese mismo instante pues pocos segundos después los rodearon susurros que venían de todos los rincones de la recámara y la cueva. Eran voces diciendo cosas ininteligibles, turbias, pero nada amigables. Todos empezaron a reagruparse hacia el centro de la recámara, esperando ver el peligro que les acechaba. Entonces un misterioso vapor, brillantemente azul como fuego faérico, empezó a rodear todo el lugar. Dos grandes piedras pulidas como diamante cayeron sobre la única salida, tapando cualquier intento de escapar. Los vapores empezaron a tomar la evidente forma de serpientes que empezaron a zigzaguear hacia el centro del lugar, convirtiéndose en un enjambre sin forma de reptiles de fuego helado y vaporoso. Los muchachos elevaron aún más su espectro, a la expectativa de cualquier agresión del fenómeno, pero éste se mantenía estable, aumentando su volumen con cada serpiente faérica que se sumaba al enjambre.

Pasaron unos segundos que parecieron una eternidad. La inquietud en todos había exacerbado sus nervios hasta la insana ansiedad. Entonces el fenómeno cambió, el enjambre sin forma fue tomando una. Poco a poco las serpientes se aglomeraron alrededor de una figura antropomorfa. Pocos segundos después las serpientes dejaron de existir y, con una mutación lumínica, la figura humana se convirtió en una bella mujer. Todos los Centinelas estaban absolutamente asombrados, incluso Gabriel que sin ver nada lo percibido todo. Aquella mujer llevaba una armadura plateada y bruñida sobre su cuerpo, y ésta, a su vez, estaba bajo una gruesa capa azul con bordes plateados. Su cabellera era castaña, cubriendo los pechos bajo su peto. Las facciones de su rostro eran afiladas, pero lo más filo no eran sus facciones sino sus ojos, ámbar helados y acerados. La sorpresa mayor era que aquella desconocida tenía un parecido extraordinario con Diana, elemento que todos notaron de inmediato.

—¡Quiénes sois, de dónde habéis venido! —cuestionó la mujer en perfecto español y con una hostilidad única. Edwin titubeó un poco y respondió.

—Venimos de Erks y somos Centinelas de Artemisa. Yo soy Ninurtske, el Tauro de la Guerra. Mi compañía —señaló Edwin a Oscar y los demás varones—: Ellos son Hagal, Gorkhan y Lycanon —luego señaló a las chicas—: Y ellas, mis hermanas Dianara y Debla; y nuestra camarada Rit.

—¿De Erks, eh? —una mirada mordaz asesinó de inmediato la templanza de Edwin—. Vais a tener que demostrarlo, si estáis mintiendo moriréis aquí mismo; pero si decís la verdad vamos a tener una seria conversación.

La mujer extendió el brazo y, repentinamente, se le llenó de fuego azul; el fuego se convirtió en serpientes y éstas, en monstruos reptiliosos.



—¡Devoradlos! —ordenó la mujer y las serpientes se lanzaron contra los muchachos.

Los centinelas saltaron en todas direcciones, desenfundaron sus espadas y se alistaron para el combate. Esa sería su primera lucha real, antes solo habían peleado durante los entrenamientos pero aquella era la primera vez que tenían a un poderoso enemigo en frente sin disponer de la ayuda de sus mentores hiperbóreos. Esa sería su prueba definitiva y no podían fallar.

N

(Hagla)

Noveno Misterio, El Secreto de la Legía

Versión del Mito de Tharsis por Felipe Moyano; adaptación del Círculo de Amatasta

Los dos Inmortales aún se hallaban en aquella cueva, escenario de la masacre que habían propiciado. El lago rebosante de betún todavía burbujeaba, despidiendo nauseabundos olores. Todos los hombres que allí estaban se habían convertido en brea por medio de la magia más negra y maldita jamás imaginada. En primer lugar se destacaba la fiera figura de Bera, el Inmortal a quien los Golen denominaban Bafoel, e idealizaban como expresión del perfecto andrógino. Sin soltar el Dorché, dijo en excelente latín:

—Al fin se ha extinguido el linaje maldito de Tharsis. Ello alegrará al Supremo Sacerdote.

—Habéis contemplado un gran prodigio, habéis visto en acción el Poder de YHVH Sebaoth —afirmó Birsá en el mismo idioma.

—¿Es esa, por ventura, la Muerte del Cuerpo? —se atrevió a interrogar el Abad de Claraval.

—El asfalto, el betún, la Muerte, y la Peste, son la misma cosa —respondió Bera con seguridad.

—¿Reconocéis esta substancia? —interrogó a su vez Birsá, dirigiéndose al Rabino Nasi.

—Sí —afirmó éste—. Es “betún de Judea”, el mismo que contamina el lago Asfaltitis, al que nosotros denominamos Mar Muerto.

Los Golen y los Rabinos sabían que Bera y Birsá habían sido los últimos Reyes de Sodoma y Gomorra. Y sabían también cómo habían alcanzado tan alta jerarquía en la Fraternidad Blanca: durante su reinado, en un momento de



maravillosa iluminación, Ellos descubrieron el Secreto del Supremo Holocausto de Fuego. Después cayó el Fuego del Cielo que calcinó a aquellos pueblos y Bera y Birsa partieron hacia Chang Shambalá, una de las Mansiones de Jehová Satanás y sus Ministros, los Seraphim Nephilim. Así, pues, mucho antes que Israel existiese, cuando su simiente aún estaba en Abraham y nadie sacrificaba al Dios Uno, Ellos fueron capaces de ofrecer a sus respectivos pueblos en holocausto para la Gloria de Jehová Satanás. El betún de Judea, evidente residuo de la aniquilación de sus pueblos, advino por Ellos a la región del Mar Muerto. Pero tal Sacrificio les valió el ser recibidos por Melquisedec, el Supremo Sacerdote de la Fraternidad Blanca, quien los consagró en el Más Alto Grado de su Orden. ¿Qué Sacerdote del Pacto Cultural no querría imitar a Bera y Birsa? —Oh; pensaban los cuatro presentes, ¿qué no daría un Sacerdote por disponer algún día de un pueblo entero para sacrificar, como habían hecho sin dudar Bera y Birsa? ¡Ese sería un Holocausto digno de Jehová Satanás!

—¿Cuál es la Maldición de Jehová Satanás para quien no cumple la Ley? —preguntó ahora Bera al Rabino Benjamín.

—“Soltaré contra vosotros bestias salvajes. Os castigaré siete veces por vuestros pecados. Traeré sobre vosotros la espada; os refugiaréis en vuestras ciudades, pero Yo enviaré la Peste en medio de vosotros. Y os retiraré el sustento del pan”, —sintetizó Benjamín, repitiendo a Isaías.

—¡Así está Escrito! —confirmó con ferocidad Birsa—. ¡Ese sería el castigo para nuestra debilidad pero también puede ser nuestra Fuerza! Debéis reflexionar sobre ello como hicimos Bera y Yo hace milenios, cuando aún la Ley no estaba Escrita en la forma que la habéis expresado. Entonces fuimos capaces de comprender el Secreto del Supremo Holocausto y de llevarlo a cabo en Sodoma y Gomorra: por eso, y por la Voluntad de Jehová Dios, ahora Nosotros somos la Peste. Debéis reflexionar sobre la Maldición con serenidad, os aconsejamos. Porque solamente quienes tengan la calma para contemplar el Principio y el Fin del Tiempo podrán comprender el Secreto del Supremo

Holocausto de Fuego, el Final de la Humanidad. Mas el premio de ese conocimiento significa la inmortalidad del Alma, el Alto Sacerdocio, y los Poderes que nos habéis visto aplicar. Reflexionad sobre ello, Sacerdotes: Nosotros seis somos la Manifestación de Jehová y no debemos faltar a la Ley. ¡Pero podemos inducir a los Gentiles a que lo hagan para que la Maldición los alcance, para que la Peste se instale entre ellos: entonces será posible el Supremo Holocausto de Fuego!

—¿En qué consiste?! —rugió el Abad de Claraval sin poder contenerse.

—Allí está la respuesta —dijo Bera, señalando con el Dorché el lago de betún—. Pero esto solo lo comprenderá quien entienda que la nuestra es una guerra entre la Piedra y la Lejía. La Piedra, puesta al Principio del Tiempo, es el Enemigo; y la Humanidad, puesta al Final del Tiempo, es la Lejía, el Supremo Holocausto, la Purificación por el Fuego Caliente que exige el Sacerdocio de Melquisedec.

No obstante la insistencia de los Inmortales, ninguno de los cuatro comprendió que acababan de revelarles el Secreto del Supremo Holocausto. Lo de la guerra entre la Piedra y la Lejía se les antojaba hartamente misterioso. Solo Nasi atinó a preguntar:

—¿Os referís a la Muerte del Juicio Final, la Muerte Ardiente de los Condenados?

—¡No! Está Escrito que la carne no morirá realmente, aunque el cuerpo se desintegre en la tumba, pues todos los hombres resucitarán para ser juzgados de acuerdo a sus pecados. Ello será posible porque el hombre existe en muchos mundos a la vez, mundos que han sido y mundos que no han sido: en algunos de tales mundos aún está vivo y en otros puede que haya perecido; pero de esos mundos será extraído el cuerpo que vivirá nuevamente, quizá por mil años, quizá por mucho más; unos serán condenados, sí, y morirán definitivamente; pero otros vivirán de nuevo sobre la Tierra. No es, entonces, a esa Muerte a la



que nos referimos. En verdad hablamos de algo muy posterior y concluyente: de la extinción de la conciencia humana. El Final de la Humanidad llegará cuando el Fuego Caliente abraza todos los mundos donde existe el hombre, y el Alma del hombre, y solo quede la Lejía por testigo. En ese momento nosotros, la Manifestación de Jehová Satanás, habremos alcanzado la Perfección del Alma, la Divina Finalidad proyectada desde el Principio. Pero no así los Gentiles, que ya no tendrán razón para existir en los mundos, pues el objeto de su creación fue favorecer nuestra perfección: será la Voluntad del Altísimo que sus cenizas cubran la Tierra para que el Agua Salada del Cielo las convierta en ríos de Lejía. ¡Oíd bien, Sacerdotes del Altísimo: cuanto antes se calcine a la Humanidad, antes se acercará la Perfección para vosotros! ¡Convertid al hombre en Lejía y consumiréis el Supremo Holocausto que espera el Creador al Final del Tiempo! —explicó Bera, haciendo gala de notable paciencia.

Y continuó hablando, pues los cuatro Sacerdotes habían enmudecido.

— Es la Fe en la Perfección Final que alcanzarán los creyentes en Jehová Satanás mediante el Sacerdocio de Su Culto, la que obrará los milagros más grandes. Si sois capaces de ver el Final habréis adelantado el Final, la Perfección estará en vosotros y el momento del Supremo Holocausto habrá llegado: vuestra Fe inquebrantable en la Perfección Final, y la Comprensión del Final, traerá al Presente el Fuego Caliente del Final, que calcinará al hombre imperfecto; y sobre sus cenizas lloverá luego el Agua y la Sal del Creador; y el Signo Abominable que está en la Piedra de Fuego será lavado con Lejía. Así ocurrió en Sodoma, en Gomorra, y en otras diez ciudades del Valle de Sidim, cuando Birsa y Yo alcanzamos la Perfección Final y establecimos la diferencia con la imperfección de sus pueblos, logrando que exhibieran públicamente su propia degradación: entonces descendió la Shekhinah de Dios, y los Ángeles de Dios, y cayó el Fuego del Cielo que redujo a cenizas a aquellos pueblos insensatos; y cayó después el Agua y la Sal de Dios; y surgió el Lago Asfaltitis,

el Mar del Betún de Judea, el Mar Muerto; en verdad, el Mar de la Lejía. Aquel fue, Sacerdotes, nuestro Holocausto a Jehová Dios. Pero aquel Mar de Lejía no alcanzó para lavar el Signo de la Piedra: esa misión le está reservada al Pueblo Elegido de Jehová Satanás, a la Raza Sagrada de Él; cuando Ellos sean entronizados sobre todos los pueblos gentiles de la Tierra, cuando la Humanidad entera esté sujeta a su Gobierno Mundial, entonces habrá llegado el momento del Supremo Holocausto. ¡Para eso debéis trabajar sin descanso, con la Fe puesta en la Perfección Final, y el esfuerzo aplicado a conseguir la Sinarquía Universal del Pueblo Elegido! ¡Solo el Supremo Holocausto de toda la Humanidad por los Sacerdotes del Pueblo Elegido producirá la lejía que lavará el Signo Abominable en la Piedra de Fuego! ¡Los miembros del Pueblo Elegido untan sus cabezas con ceniza en señal de penitencia, pero los Sacerdotes del Cordero agregan agua bendita a la ceniza para crear la lejía del perdón de Jehová. Mas nada salvará al hombre del Holocausto de Fuego y de la Ceniza y la Lejía del Juicio Final! ¡Jehová advirtió hace milenios contra los falsos Sacerdotes que emplean la ceniza del incienso para otorgar un falso perdón: solo la ceniza humana constituye la lejía que lava la Señal Abominable. Y Jehová prometió convertir en ceniza a los falsos Sacerdotes que no respeten el necesario Holocausto de Fuego! ¡Repetid, Cohens de Israel, las palabras de Jehová!

El Rabino Benjamín repitió en el acto.

—“Un Profeta llegó de Judá a Betel, por mandato de Jehová, cuando Yeroboan estaba de pie junto al altar para quemar incienso, y empezó a gritar contra el altar, por mandato de Jehová, diciendo: ¡Altar! ¡altar! Así habla Jehová: Nacerá en la Casa de David un hijo que se llamará Yosías. Este sacrificará sobre ti a los falsos Sacerdotes de los lugares altos, a los que queman incienso sobre ti. Sobre ti, altar, quemará huesos humanos, y los huesos de los falsos Sacerdotes. Y dio aquel mismo día una señal, diciendo: Esta es la

señal de que es Jehová quien habla: el altar se romperá, y se derramará la ceniza que hay en él” [I Reyes, 13,1].

—¡Así está escrito! ¡Solo de ceniza humana se compone la lejía que reclama la Justicia de Jehová! ¡Y esa es la ceniza de la verdadera penitencia, la que emplea Job cuando confiesa sus culpas ante Jehová!

No necesitó más que un gesto, Benjamín para aclarar la cita:

—“Respondió entonces Job a Jehová: Reconozco que todo lo puedes y que nada te resulta irrealizable, Soy Yo el que oscurece tus planes con razones vacías de sentido. Sí; he hablado de lo que no entendía, de maravillas que me superan y que ignoro. Escúchame, permíteme que hable; Yo te preguntaré, y tú me enseñarás. Tan solo de oídas te conocía Yo, pero ahora mis ojos te ven. Por eso me reconozco culpable, me arrepiento en el polvo y la ceniza” [Job, 42].

—¡La Vaca Roja es el Símbolo de la Humanidad consagrada a Jehová para el Sacrificio Ritual de la ceniza y la lejía, para la elaboración del agua lustral! ¡Jehová habló a Moisés y al Supremo Sacerdote Aarón y les impuso el deber de sacrificar la Vaca Roja de la Humanidad para purificar al Pueblo Elegido, deber que sería ley perpetua de Israel! ¡Recordadlo, Cohen!

—“Habló Jehová a Moisés y Aarón diciéndoles: El que haya quemado la Vaca Roja lavará sus vestidos, bañará su cuerpo con agua y será impuro hasta la tarde. Un israelita puro recogerá las cenizas de la Vaca Roja y las depositará fuera del campamento en un lugar puro; y estarán a disposición de los hijos de Israel para preparar el agua lustral. Es un sacrificio por el pecado. El que recogió las cenizas de la Vaca Roja lavará sus vestidos y permanecerá impuro hasta la tarde. Será ésta una ley perpetua para los hijos de Israel y para el extranjero que mora entre ellos” [Números 19,9]. —Recordó sin error Benjamín.



—¡Y con esa agua lustral, lejía sagrada surgida de la ceniza de la Vaca Roja de la Humanidad, Jehová instituyó el Ritual de la Purificación del Pueblo Elegido! ¡Reproducid el Ritual, Cohen!

—“Habló Jehová a Moisés y Aarón diciéndoles: Para el israelita impuro se tomará ceniza de la víctima quemada en el sacrificio por el pecado, y se verterá sobre ella agua viva dentro de una vasija. Un israelita puro tomará un hisopo, lo sumergirá en el agua lustral y rociará el Santuario de Jehová y todos los muebles y personas que allí hubiere” [Números 19,11]. —Declamó Benjamín sin dudar.

—¿Y cómo se purifica luego Tamar, a quien había violado su hermano Amnón?

—“Tamar se echó ceniza sobre su cabeza” [II Samuel 13,19] —se apresuró a replicar Benjamín.

—¡Solo la lejía lavará el Signo Abominable! ¡Para ese pecado no hay perdón ni redención posible fuera de la lejía: no bastan el arrepentimiento y la penitencia o la mortificación del traje de cilicio! ¡Solo después de la aspersion con agua lustral, sobre la ceniza, se pondrá el penitente el traje de cilicio! ¡Tal como hizo el Pueblo Elegido al ser atacado por el asirio Holofernes, cuya cabeza fue cortada por la Divina Judit!

Benjamín refirió la cita:

—“Todos los israelitas invocaron con fervor a Jehová y se humillaron muy rendidamente ante él. Y todos los hombres de Israel y las mujeres y los niños, los que habitaban en Jerusalén, se postraron ante el santuario, cubrieron de ceniza sus cabezas, y se presentaron con cilicios ante el Señor. Incluso el Altar lo cubrieron de cenizas, y clamaron todos a una voz con fervor a Jehová” [Judit, 4,9].

—¡Ahora comprenderéis el significado de esta ley antigua! ¡Los Sabios de Sión, dijo Jeremías, han cubierto su cabeza de ceniza como signo de penitencia!



¡Y luego, el Profeta, con palabras de Jehová, habla a su Esposa, Israel Shekinah, y le advierte que no será fácil quitarse la mancha de la Infidelidad!

Muy presto, Benjamín recitó la metáfora de Jeremías:

—“La palabra de Jehová me fue dirigida en estos términos. Ve y grita a los oídos de Jerusalén lo siguiente: Desde antiguo quebraste tu yugo, tus coyundas has roto, diciendo: No quiero servir, cuando sobre toda colina elevada y bajo todo árbol frondoso te echabas como prostituta. Yo te había plantado como cepa escogida, toda ella de semilla genuina. ¿Cómo, pues, para mí te has cambiado en sarmientos silvestres de viña bastarda? Aunque te laves con nitro, y te eches cantidad de lejía, tu culpa sigue sucia ante mí —Oráculo de Jehová Sebahoth”— [Jeremías 2,20].

—¡El Cordero también ordenó al Pueblo Elegido arrepentirse en la ceniza y el cilicio, pero los Gentiles tomaron la prevención al pie de la letra y han supuesto que es sumamente sencillo quitarse la Señal Abominable; mas, para su impureza, no habrá otra purificación que convertir a esos pueblos en lejía, como hicimos nosotros para lavar la mancha de Sodoma y de Gomorra! ¡Eso también lo predijo el Cordero! ¡Repetid, Sacerdote del Cordero!:

—“¡Ay de ti, Corazaín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran realizado los mismos milagros que en vosotras, ya hace tiempo que, cubiertas de cilicio y en ceniza, se habrían convertido. Por eso, os digo: En el día del Juicio Final habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para ti” [Mateo,11,21].

—¡Pero una vez sacrificado el Cordero, sus mismos discípulos se arrepienten en el agua lustral!

—Sí —afirmó el Abad de Claraval—. Durante la Cuaresma, antes de la Resurrección, los penitentes reciben la ceniza y el agua bendita, y se arrepienten de sus pecados, se confiesan y esperan la salvación en el Juicio Final; pero ellos no entienden que el Signo Abominable no puede ser lavado de ese modo, a pesar

que el Sacerdote les dice “acuérdate de que eres polvo, y en polvo te vas a convertir”.

Aquí calló Bera, pero Birsá agregó:

—¡El momento del triunfo de lo Creado sobre lo Increado, del Ser sobre la Nada, de la Luz sobre las Tinieblas del Alma, está cerca! ¡Pronto la Sinarquía será una realidad y la Humanidad quedará de rodillas ante el Poder del Pueblo Elegido! Habrá llegado entonces el tiempo de ablandar al hombre para obligarlo a exhibir su imperfección y su bestialidad, aquella maldad primordial que atesora en el fondo de su Alma. Será el tiempo de reemplazar a la Serpiente del Paraíso por el Dragón de Sodoma. ¡Recordad Sacerdotes que la Tentación de la Serpiente hunde al hombre en el pecado pero deja intacta su función viril; y que el hombre viril siempre puede elevarse de la miseria moral mediante la guerra y el heroísmo, y caer en poder de los Enemigos de la Creación! El hombre viril, el Guerrero, el Héroe, retrasará la concreción del Holocausto Final: y no bastarán para impedirlo, la masificación e igualación de la Humanidad a que la someterá la Sinarquía del Pueblo Elegido, y los vicios y perversiones que en ella prosperarán por causa de la Tentación de la Serpiente, si el hombre conserva su virilidad y logra convertirse en Guerrero y en Héroe, si dispone de voluntad para rebelarse a los planes de la Fraternidad Blanca, que es la Jerarquía de Jehová Elohim.

¡La Tentación de la Serpiente del Paraíso nada puede contra esa luciférica determinación de Ser y Existir más allá de los Seres Creados por El Dios Uno: solo el Dragón de Sodoma tiene el Poder de quitar al hombre su virilidad; y solo Nosotros, la Peste, sabemos convocarlo! ¡Responded, Cohens: ¿cuál es el Emblema de Israel?!

Frente a la inesperada pregunta, Benjamín se apresuró a responder:

—Escrito está por los Profetas, que el Emblema de Israel es la Paloma. “En pos de Jehová marcharán los Hijos de Israel: El rugirá como un León, y ellos vendrán como una Paloma”, dijo Oseas [Os. 7 y 11] pues Jehová había ordenado, por boca de Jeremías: “Israel, sed como la Paloma que anida en el borde del abismo” [Jer. 48].

Prosiguió Birsá, satisfecho con la respuesta de Benjamín:

—¡No olvidéis jamás, Sacerdotes, que el Emblema de Israel es la Paloma, porque ese símbolo señalará el Final de los Tiempos! Dije antes que el momento del triunfo está cerca, que la Sinarquía del Pueblo Elegido pronto será instaurada: entonces el Emblema de Israel será impuesto a los hombres y habrá llegado la oportunidad de Nuestra intervención. Así se hará pues así lo ha decidido la Fraternidad Blanca y lo ha aprobado Melquisedec, el Supremo Sacerdote: en todo el mundo, miles y miles de Sacerdotes y partidarios de la Causa de Israel se embanderarán con su Emblema; solo los hombres viriles se resistirán y buscarán escapar a la masificación social por medio de la rebelión y la guerra: tratarán de fundar un Nuevo Orden Moral basado en la Aristocracia de la Sangre, pero serán ahogados en su propia sangre; y Nosotros responderemos al clamor de los que llevan por señal el Emblema de Israel; y soltaremos entre los hombres al Dragón de Sodoma; y el hombre perderá su virilidad y se ablandará; aún cuando pueda procrear, su voluntad de luchar será debilitada por un afeminamiento creciente que se extenderá a toda la Humanidad; perplejos, muchos confundirán la moral sodomita con un producto de la alta civilización, pero en verdad sucederá que el Corazón dominará a la Mente y enervará a la Voluntad; al Final, todos acabarán aceptando el modo de vida sinárquico; y el hombre sustituirá al Águila por la Paloma, a la Guerra por la Paz, al Riesgo heroico por la Comodidad pasiva. ¡Pero esa Paz de la Paloma que disfrutarán con la Sinarquía del Pueblo Elegido, será el camino más corto hacia el Holocausto Final en el que serán sacrificados a Jehová Satanás, hacia



el Océano de Lejía en el que serán convertidos para lavar la Señal Abominable en la Piedra de Fuego! ¡Esta es la “Peste” que la Maldición del Altísimo compromete para los que queden fuera de la Ley!

De inmediato, como si sus mentes estuviesen extrañamente sincronizadas, retomó la palabra Bera:

—¡Sí, Sacerdotes! ¡Que sobrevenga la Sinarquía del Pueblo Elegido, que la Humanidad se embandere con el Emblema de la Paloma, y Nosotros regresaremos a traer la Peste de la Muerte Final, el Fuego Caliente y el Agua y la Sal del Cielo! ¡Pero seremos precedidos por el Dragón de Sodoma, el Heraldito que anunciará nuestra llegada! Vosotros habéis visto los extremos del proceso en esta Cueva: la sangre, degradada con el agua, y el agua, transformada en sangre; y tras el lago de sangre, la Peste de la Muerte Final, el betún de Judea, la Lejía negra. ¡Decid, Sacerdotes de Israel!: ¿Cuál fue la primera plaga que Jehová envió a Egipto para imponer la Causa de Israel?

—¡El agua se transformó en sangre! —afirmó Benjamín.

—¿Y cuál fue la última plaga, con la que se aseguró el triunfo del Pueblo Elegido?

—¡La Peste en medio de los Gentiles! ¡La Peste ofrendó la vida de los Gentiles a Jehová como holocausto por la próxima Gloria de Israel! ¡Solo los que estaban manchados con la Sangre del Cordero no fueron tocados por la Peste!

—¡Y ahora responded vosotros, Sacerdotes del Cordero!: ¿Cuál será la plaga que traerá el Tercer Jinete, al Final de los Tiempos?

—¡El agua se transformará en Sangre! —respondió al instante el Abad de Claraval.

—¿Y cuál, la plaga del Cuarto Jinete?

—¡La Peste en medio de los Gentiles! ¡El Fuego Caliente los abrasará y la Peste ofrendará sus vidas como holocausto a Jehová por la próxima Gloria del

Nuevo Israel y el advenimiento de la Nueva Jerusalén! ¡Solo quienes tengan la sangre del Cordero y ostenten el símbolo de la Paloma no serán tocados por la Peste!

—¿Y qué vendrá después de la Peste, cuál será la última plaga?

—¡La destrucción completa y total de la Humanidad en un Mar de Azufre y Fuego! ¡Solo el Nuevo Israel y la Jerusalén Celeste sobrevivirán al Supremo Holocausto Final! —sostuvo categóricamente el Abad de Claraval, indudablemente inspirado por el discurso de los Inmortales.

Bera aclaró el significado que se debía atribuir a aquellas respuestas extraídas del Apocalipsis de San Juan.

—Reflexionad, Sacerdotes, sobre esas Profecías y lo que nos habéis visto hacer en esta Cueva: de allí surgirá el Secreto del Supremo Holocausto. El Agua, la Sangre, el Fuego Caliente, la Muerte, la Lejía, la Peste, Nosotros: he aquí el Misterio. De cómo la Maldición de Jehová Dios, que es nuestra debilidad, puede ser nuestra Fuerza. Así fue y así será. ¡Si nos habéis comprendido haréis Vuestras las palabras con que Jeremías condena a quienes se apartan de la Ley: ellas representan nuestra Fuerza sobre los Gentiles!

—“Dijo Jehová; a quienes queden fuera de la Ley les tocará: el cautiverio, el hambre, la espada, la Peste” [Jer. 15]. —El Rostro del Rabino Benjamín resplandecía al repetir las cuatro formas de la Maldición de Jehová, pues ahora encontraba llenas de nuevo sentido las palabras del Profeta.

—Y sabréis entonces —prosiguió imperturbable Bera—. Cuál es en verdad nuestra debilidad, Misterio que los Gentiles jamás deben comprender.

Y agregó Benjamín las palabras siguientes de Jeremías:

—“Advirtió Jehová al pueblo de Israel sobre cuatro clases de males, frente a los cuales serían débiles: Cuidaos de la Espada, porque Ella os puede Matar; Cuidaos de los Perros, porque Ellos os pueden despedazar; Cuidaos de las Aves

del Cielo, porque Ellas os pueden devorar; Cuidaos de las Fieras, porque Ellas os aniquilarán” [Jer. 15].

—¡Así está escrito! —aprobó Bera.

—Y contra esa debilidad poseemos cuatro remedios, que los Gentiles jamás deben conocer —completó Birsa:

*Contra la Espada, la Paz del Oro
Contra los Perros, la Ilusión de la Rabia
Contra las Aves, la Ilusión de la Tierra
Contra las Fieras, la Ilusión del Cielo.*

Tsadkiel apenas podía estar en pie, jamás en su vida lo habían herido de esa forma. Las alas de su lado derecho estaban rotas y sangrantes, una de ellas estaba brutalmente amputada. Había perdido tres de sus dedos de la mano derecha y su rostro manaba sangre como una hilera de perlas escarlata. No tenía un ojo, en su lugar había una cuenca vacía y sangrienta. Su armadura estaba terriblemente abollada y su pierna estaba casi rota. Estaba apoyado sobre su espada, resquebrajada y desportillada, y la usaba como muleta para no perder el equilibrio. No muy lejos de él, Héxabor yacía en el suelo, haciendo lastimeros esfuerzos por levantarse. Le habían amputado ambas piernas y la mitad de la piel de su cuerpo ya no existía, en su lugar tenía un montón de carne quemada y humeante. A pesar de los terribles dolores, el druida Héxabor se había anestesiado con magia maldita y ya estaba trabajando en la regeneración de sus piernas, en pocos minutos volvería a andar. Unos metros más allá, en un cráter aún humeante y gigantesco, el cuerpo de Qhawaq aún humeaba y se retorció. Toda su humanidad estaba quemada, los cartílagos de su cuerpo se habían fundido, dejándolo tieso como una estatua. Sin embargo, aquel pedazo de carne frita aún vivía. Tsadkiel, cojeando y haciendo muecas de dolor, empezó a avanzar hacia el cráter. Todo lo que había en derredor estaba convertido en cenizas, incluso las ruinas de Erks cuyos rastros vitrificados hablaban de un monstruoso combate nuclear entre fuerzas divinas.

El arcángel arrastró su cuerpo invocando innumerables maldiciones contra Qhawaq que, en el piso y agonizante, reía como si estuviera viviendo el mejor momento de su vida. Como no tenía cuerdas vocales, empezó a hablar usando su espectro para hacer vibrar el aire que le rodeaba.

—Jamás van a olvidar esta paliza —dijo el caído sin dejar de reír—. Le dirán a su gran jefe que aquí no hay espacio para Él.

—¡Calla, calla, malnacido! —gritó Tsadkiel, atormentado aún por el hielo hiperbóreo que corroía sus venas. Su sangre se había quemado en frío y poco a poco iba siendo conducido hacia la locura—. Tú, como el perro Nimrod, serán siempre recordados por su derrota.

—Yo hice lo mío, y ahora iré con mis ancestros —repitió Qhawaq, listo para morir.

—¡NO! —gritó el arcángel y dio una torcida y dolorosa zancada hacia el moribundo.

Tsadkiel invocó el poder del *Dorje* y le extendió la vida a Qhawaq, mas no por piedad, sino en busca de su sufrimiento. Tomó su espada y le cortó los brazos y las piernas, luego le abrió las costillas y empezó a sacarle las vísceras, pero sin arrancárselas. Qhawaq vivía, pero su mente ya no estaba en su cuerpo, ya no sentía ningún dolor. En su furia infinita, el arcángel castró al hombre, luego volteó su torso mutilado y empezó a sodomizarlo, pero el agonizante no sentía nada, y esa indiferencia a las monstruosidades que Tsadkiel le estaba practicando enfurecía aún más al arcángel.

—No te esfuerces tanto —murmuró Qhawaq, ya abandonando la vida—. Me he... liberado.

Finalmente el guerrero expiró, su alma cayó como un yunque sobre el espectro de Tsadkiel, destrozándole el hombro y aplastando aún más sus alas rotas. Luego el Espíritu salió del cuerpo de Qhawaq y antes de ir al Valhala clavó su mirada en el arcángel. Este entró en pánico casi de forma inmediata y



empezó a arrastrarse tan rápido como podía lejos del cadáver. Sin embargo Qhawaq tuvo tiempo para una última acción de guerra. Concentró todo el espectro que le quedaba e ingresó en el cuerpo maldito de Tsadkiel. Él empezó a retorcerse, dando vueltas sobre sí mismo como si se estuviera quemando. Entonces el cuerpo entero comenzó a congelársele, los gritos ahogados del arcángel hacían eco en todo el valle, y mientras más se helaba más agonizaba. De tanto retorcerse finalmente empezó a quebrarse y no tuvo más remedio que abandonar aquel cuerpo y huir desesperadamente a *Chang Shambalá*, pero el Espíritu de Qhawaq no lo dejaría ir; empezó a perseguirle y luego ambos se perdieron en el infinito.

El único que respiraba en aquel momento era Héxabor que, luego de conjurar a las Potencias de la Materia, ya había regenerado sus piernas, pero no podría hacer que sus quemaduras desaparecieran. Su piel había curado pero su cuerpo se había convertido en una monstruosidad. Entre tanto Bálaham, que apenas había logrado salir de la montaña que se le desplomó encima, ya se acercaba a su maestro. Tenía casi todos los huesos rotos y había regresado a su forma humana, pero aún podía caminar. Cuando subió por la colina y vio el valle chamuscado, comprendió que la batalla que ahí se había librado superaba incluso su propio poder. Bajó la mirada y vio a su maestro:

—¡Mi amo Héxabor! —gritó.

El druida volteó, miró a Bálaham y comenzó a caminar hacia él. Cuando el demonio lo vio aproximarse cayó al suelo, exhausto por el esfuerzo y el dolor. Al ser alcanzado por Héxabor y sentir los poderes curativos de su amo, Bálaham se abandonó a la seguridad de los brazos del druida que lo invocó.



—Mi amo, ¿qué ha ocurrido en este lugar maldito?

—Lo impensable, Bálaham. Ellos, los hiperbóreos, son más peligrosos de lo que pensábamos. Ahora mismo Tsadkiel ha caído y aunque uno de ellos también fue vencido, aún quedan doce y tal vez más. No le perdonaré a Golab haber permitido que estos malditos hayan huido. Dejó marcharse al enemigo y pagará por eso.



Mientras tanto, en la Fortaleza de Oricolco, Rhupay y Valya ya habían organizado a los refugiados y empezaron a distribuir los alimentos y agua disponibles. Los niños lloraban, se oía el quejido de los heridos y los gemidos de mujeres que debían enterrar a sus hijos, esposos o padres. “¿En verdad Qhawaq debía entregar la ciudad y permitir todo esto?”, pensó Rhupay; pero él jamás cuestionaba las decisiones de su abuelo, confiaba en ellas aunque no las comprendiera. Entonces tuvo un presentimiento que lo debilitó y le hizo perder el equilibrio. Al verlo, Valya se le aproximó y lo sostuvo del brazo.

—¿Te sientes bien? —le preguntó, preocupada.

Rhupay negó en silencio y dijo:

—Mi abuelo...

Valya sintió como un martillo oprimiendo su pecho.

—¿Ocurre algo con él?

—No lo sé, pero sentí su presencia. Algo, como una angustia.

Durante todo el trayecto a la Fortaleza habían sentido temblores, notando la inusual aproximación de la Luna y todo lo que aquello podía representar. Rhupay y Valya sabían que ello se debía a la batalla que Qhawaq estaba sosteniendo con el arcángel y el druida. Sin embargo, la quietud repentina había angustiado a los jóvenes guerreros.

—Debo ir —dijo Rhupay, Valya lo miró y le abrazó.

—No demores.

—No lo haré, tú sigue organizando a la gente, veré en qué estado quedaron las cosas.

Dando grandes zancadas, Rhupay llegó en poco tiempo al escenario del combate, pero allí no había quedado más que cenizas y arena vitrificada. El guerrero sintió un escalofrío recorrer su espalda y luego empezó a rastrear con su espectro la presencia de Qhawaq, pero no había rastro alguno del anciano. Entonces una pequeña chispa verdosa de fuego frío se posó sobre el hombro de Rhupay, cual si fuera un hada. La flama desprendió un mensaje que llegó directamente a la mente del guerrero:

—Rhupay, Valya. El ciclo de encarnaciones ha concluido para mí. Por fin estoy rumbo a la morada de mis ancestros, esta misma noche estaré cenando en el Valhala. Ustedes dos han sido mi mayor orgullo, verdaderos hijos para mí

y les aseguro que su poder pronto podrá desafiar las leyes del universo. Quiero que se cuiden entre ustedes, que se quieran y que luchen juntos. Ayuden a los demás Centinelas a vencer al enemigo que tenemos en frente, protejan nuestro patrimonio. Regresen a Bolivia y construyan una base de liberación en sus tierras, no dejen jamás que la flama de la verdad se extinga en ustedes. Yo los cuidaré desde mi Aldea de Origen y siempre voy a pedir a Wiracocha por ustedes dos. Ahora todo queda en sus manos, el Arco de Artemisa es el arma definitiva que les brindará la victoria. Úsenlo con sabiduría. Yo ya no tengo más que decir sino que siempre los llevaré en mi Espíritu, hijos míos, mis niños.

Eso era todo, el mensaje póstumo de Qhawaq Yupanki contenido en una pequeña flama de plasma que sobró de la monstruosa refriega. El anciano había hecho aquel mensaje antes de entrar en combate y es que él sabía perfectamente que iba a morir ese mismo día, su clarividencia le permitió saberlo largos años atrás. Rhupay no podía creerlo, finalmente se había ido y la soledad que experimentó arrasó con él; se sintió más huérfano que nunca. Miró al cielo y dio un grito que retumbó hasta los más recónditos rincones de la montaña. Se arrodilló al piso, cogiendo un puñado de cenizas en sus manos y lloró amargamente:

—Oh abuelo, qué se supone que haré ahora.

Destruído por el dolor, Rhupay empezó a recorrer el perímetro donde alguna vez estuvo Erks, pero nada había allí; todo cuanto quedó de la magnífica ciudadela era un montón de cenizas y arena. El valle fértil que alimentaba a su gente estaba totalmente carbonizado e irradiado por la catástrofe nuclear que allí ocurrió. Hasta la montaña parecía triste, con sus nieves escurriéndose hacia su falda cual lágrimas de la tierra. La destrucción total de Erks había cavado un



profundo hueco en la voluntad del joven Rhupay, pero entonces recordó algo realmente importante, una enseñanza de su abuelo que le transmitió de niño: *“Jamás olvides, Rhupay, que los pueblos hiperbóreos nunca deben olvidar el principio de la ocupación del territorio. La tierra y todo lo que extraemos de ella no nos pertenece. Nuestras casas, ropas, comida, ni siquiera nuestros propios cuerpos nos pertenecen. Creer en la propiedad de la tierra, en la propiedad de algo, cualquier cosa, significa perder el estado de alerta y sucumbir ante el poder de la ilusión de la vida”*.

Erks no era más que cenizas, todo lo que Rhupay amó en aquella ciudad ya no existía, pero las palabras de su abuelo consolaban su ser. Las rocas de Erks, sus vigas de madera, las piedras de sus calles, el vidrio de sus ventanas, los árboles que la rodeaban, nada era de los erkianos; todo aquello fue tomado por la fuerza al enemigo y Rhupay sabía que no debía entristecerse por haber perdido algo que jamás fue suyo. Lo único que le pertenecía en ese momento era su propio Espíritu y con eso le bastaba. Su abuelo lo querría así. Entonces Rhupay se frotó las lágrimas del rostro y sonrió, se alegró por Qhawaq pues él pronto estaría comiendo con los dioses; era un hombre afortunado.

Rhupay caminó otro poco más por las cenizas y entonces encontró una piedra que no había sido pulverizada durante el combate. De inmediato el muchacho supo que aquella piedra fue parte de la inmensa torre principal. Rhupay sopló el polvo y la limpió cuidadosamente. Luego se orientó con el cielo y la montaña para buscar la ubicación en la que la torre se encontraba. Cuando la halló colocó allí la piedra y suspiró profundamente:

—Tienes razón, abuelo —dijo en voz baja—; la tierra no nos pertenece, la ocupamos a la fuerza. Hoy yo colocaré esta piedra sobre la cual retomaremos el

lugar que el enemigo quiso quitarnos. Esta será la piedra fundamental para una nueva ciudad de Erks. Un día no muy lejano la refundaremos y la haremos más esplendorosa y fuerte que nunca. Nos prepararemos para una nueva invasión y jamás dejaremos de estar alerta. Te juro que tu leyenda será recordada mientras nuestra gente respire bajo el cielo. Ahora ve con Wiracocha, aquí no te olvidaremos. Fuerza y Honor, Qhawaq Yupanki.

En una de las muchas dimensiones en las que la Tierra existe, el planeta entero ha sido desolado por un cataclismo que lo sacó de su órbita. Ese planeta Tierra gira entre Marte y el cinturón de asteroides que está antes de Júpiter. Allí los hielos perpetuos se han apoderado del mundo y la radiación del gigantesco Júpiter irradió la Tierra por milenios hasta convertir el planeta en una roca radioactiva.

Su superficie es por lo general muy monótona, pero ocasionalmente es azotada por huracanes que arrasan con todo a su paso. Sin embargo rara vez la quietud del planeta es perturbada por otra cosa que no sean los vientos. La presencia de seres vivos ajenos a la naturaleza de esa Tierra irradiada era uno de esos raros eventos que perturbaban la paz. En las planicies y las colinas se estremecían los cimientos del mundo, fuertes temblores estaban sacudiendo el planeta. Voces de guerra se alzaban desde lugares recónditos en cuevas inhóspitas, en profundas grutas jamás surcadas por seres vivientes. Pero, aún así, la guerra había llegado a aquel mundo congelado. El choque de garras contra espadas podía oírse por todas partes, en los desiertos de hielo seco y en los mares congelados.

Rodrigo y los demás Centinelas estaban en una lucha desesperada contra gigantescas serpientes de energía, invocadas por una poderosa guerrera. La batalla había sido catastrófica para el planeta, las emanaciones de plasma de los Centinelas y la guerrera misteriosa habían movido el eje de rotación y las placas tectónicas estaban colapsando. Los jóvenes elegidos de Artemisa estaban cansados, cada vez que exterminaban a una serpiente otras dos

aparecían para tomar su lugar. Finalmente la fatiga pudo más y la lucha estaba siendo ganada por la guerrera extraña y sus bestias de energía. En un costado de la recámara que era escenario del combate, Oscar ayudaba a Jhoanna a levantarse. Gabriel y Rocío se habían escudado tras una fuerte barrera de plasma, rechazando los ataques de las serpientes pero sin poder contraatacar. Entre tanto Rodrigo, Diana y Edwin eran los únicos que aún luchaban con vehemencia. Entonces, de forma súbita, la mujer elevó el brazo y, como si hubiera dado alguna clase de orden, sus bestias dejaron de atacar a los exhaustos Centinelas.

—Peleáis bien, guerreros —dijo la mujer.

—¡Perra de mierda! —exclamó Rodrigo totalmente iracundo—, ahora vas a ver cuán bien peleamos.

Aprovechando que las serpientes habían dejado de atacar Rodrigo se lanzó con su espada hacia la desconocida gladiadora. Ella no tuvo más que extender el brazo y abrir la palma hacia su atacante para detener su arremetida. Era como si una barrera telequinética le impidiera acercarse a ella.

—Sois demasiado impetuosos y jóvenes.

Rodrigo estaba suspendido en el aire, pero en cuanto la mujer cerró la palma el muchacho cayó al suelo.

—Doy fe de que ustedes habéis superado esta prueba —sentenció la desconocida y agregó—: ¿Qué clase de evento os arrojó a este mundo, por qué habéis abandonado Erks en busca de este páramo?



—Somos... —Edwin empezó a levantarse del suelo ayudándose con su espada—, somos Centinelas, ya se lo dijimos. Estamos buscando un objeto en este lugar.

—¿Objeto?

—Sí —intervino Diana—. Es un Arco.

—Un arco —farfulló la guerrera, con expresión de profunda concentración—. Entonces han venido por...

Con el brazo extendido y la palma de la mano abierta, la mujer lanzó un haz de plasma hacia el centro de la recámara. Un breve temblor sacudió la cueva entera y luego, como si alguna clase de mecanismo arcano la estuviera empujando, una plataforma de roca empezó a emerger del suelo. Los ojos de todos brillaron ante la inminente presencia de aquella reliquia. El Arco era una magnífica pieza de hueso cuyo aspecto asimilaba más al marfil. En el diseño, en los puntos axiales intermedios, llevaba dos púas en cada extremo, en ellas se habían cincelado dos símbolos: uno era una letra “V” y el otro una media luna atravesada por una flecha. La cuerda del arco parecía ser de plata, como un hilo bruñido. El objeto se hallaba reposando en una especie de altar que lo sostenía junto a varias flechas dispuestas en el altar a manera de aljaba.

—¡Sí, es eso lo que buscamos! —dijo Diana casi con lágrimas de emoción.

—Habéis venido por el Arco de Artemisa entonces. ¿Quién de vosotros es el que hoza reclamarlo?

Diana se irguió, tomó firmemente su espada por el mango y dio un par de pasos al frente.

—Yo lo reclamo.

Era impresionante verla hablando con aquella mujer. Mientras Diana aún lucía un aspecto infantil, la mujer que tenía en frente, aunque exactamente igual, era de aspecto maduro.

—¿Y quién eres tú, niña?

—Dianara, la Osa de la Luna; hija de Morana.

La mujer la examinó con la mirada, la actitud retadora e insolente de Diana era algo que ella pocas veces había visto en los miles de años de vida que tenía. Pocos humanos tenían ese fuego helado en la mirada o esa entereza de Espíritu, pero para la guerrera Diana era aún demasiado inmadura.

—Muy bien, entonces ya que eres tú la que lo reclamas, sepas pues que antes debes ganarme en un duelo. Si me vences te llevarás el Arco a tu mundo y lo reclamarás como auténtica portadora. Pero si yo venzo te daré una muerte helada y rápida.

—Acepto el reto.

Todas las miradas se volcaron hacia Diana expresando sorpresa y preocupación. Si siete de ellos, peleando juntos, no habían podido vencer a esa mujer, Diana sola tenía aún menos oportunidades.

—Diana, no —intervino Rodrigo—. No tienes que hacer esto, si luchamos juntos podremos llevarnos el Arco.

—Rodrigo tiene razón —dijo Jhoanna—, tú sola no...

—¡Claro que puedo! —interrumpió Diana. Mostraba un aura de seguridad total, sin sombra de dudas. Ella, la Diana que estaba en ese momento en esa

recámara, reclamando el Arco de Artemisa y apunto de batirse a duelo por él, no era la misma chica que varios meses antes salió de La Paz.

La mujer sonrió, ella también percibía esa mutación en Diana. La Centinela retadora miró a su adversaria y casi por un acto inefable de suprema voluntad, Diana dejó de ser Diana, se convirtió directamente en Dianara, entrando así en trance hiperbóreo por su propia voluntad. Sus ojos empezaron a brillar con un resplandor violeta y su cabello estaba empezando a aclararse lentamente, flotando en el aire cual si estuviera sumergido bajo agua.

—*Tu nombre, guerrera* —exigió Dianara a la mujer, señalándole con la punta de su espada. Ésta la miró y respondió con firmeza y severidad, sin perder de vista los ojos de Diana.

—Yo soy Artemisa, diosa de la Luna y propietaria del Arco que reclamas.

La sensación del nombre había provocado escalofríos en todos los expedicionarios. Pero era imposible negar que en verdad estaban ante la mismísima diosa encarnada. Su poder, sus actos, la naturaleza de su espectro, todo indicaba que realmente era Artemisa. Entre Dianara y Artemisa solo había la aparente diferencia del tiempo, una era Diana joven y la otra, Diana vieja. Hace unos meses ninguno de ellos podría haberse imaginado siquiera que estarían ante algo así, ante una situación totalmente surrealista y sin ningún sentido. Pero en aquel momento cualquier duda con respecto a lo que hacían se disipó por completo. Rodrigo sonrió para sus adentros, un poco avergonzado y a la vez sorprendido de sí mismo, él había llamado “perra de mierda” a una diosa. Luego todas sus angustias se volcaron hacia Diana, quería confiar en que superaría el desafío, pero si fallaba significaría no solo que todo estaría perdido

y que el Arco jamás volvería al clan Kuklov, sino que él perdería a Diana irremediablemente; ese pensamiento lo atormentaba.

Las dos combatientes empezaron a examinarse la una a la otra. Unos minutos antes nadie hubiera sospechado que Diana podría tener alguna oportunidad ante una adversaria como Artemisa, pero luego que la vieron entrar en trance hiperbóreo por voluntad propia, había quedado demostrado que ella era la más cercana a derrotar a la diosa encarnada. Ninguno de ellos, ni siquiera el más fuerte, Edwin, hubiera podido medirse con Artemisa, pero en ese momento Diana volteaba cualquier pronóstico.

El combate empezó antes que los demás se dieran cuenta. Artemisa había arrollado a Dianara de tal forma que su cuerpo quedó estampado contra el techo de la recámara. El golpe la había aturcido y apenas pudo hacerse a un lado cuando la diosa dirigía su puño hacia ella. El golpe había sido tan poderoso que la recámara entera empezó a colapsar, luego de tan titánico combate finalmente estaba cediendo. Entonces Artemisa, al ver en riesgo el Arco, creó una barrera de plasma que contuvo el derrumbe de la bóveda. Todos habían quedado encapsulados dentro de la barrera. Dianara aprovechó la distracción y empezó a estocar su espada en busca del cuerpo de su adversaria. Pero ésta era más veloz; por mucho que Dianara blandiese su arma de muerte contra Artemisa, la diosa jamás sería alcanzada.

En el suelo, los Centinelas veían como ambas combatientes suspendidas en el aire luchaban a muerte. Rocío recordó a su mejor amiga, a la chica con la que había crecido y casi no podía creer que aquella guerrera fuese la misma persona. Gabriel, que en todo momento siguió con sus sentidos el rastro de electromagnetismo desprendido por todos los presentes, a la mejor forma de

un tiburón, sintió en Diana el mismo desconocimiento que todos; ella no era la misma que lo consoló aquel día de piscina tan solo un año atrás. A Edwin y Jhoanna también les costaba creer lo que veían, ellos siempre habían tenido a Diana como un ser frágil e indefenso, pero aquel combate demostraba que la pequeña Diana había dejado de ser una criatura inofensiva. Aún para Oscar era complicado aceptar que aquella que había sido como su pequeña hermana ahora tuviera la frialdad de intentar asesinar a una diosa.

El cuerpo de Artemisa se había rodeado de un potente escudo de plasma que la envolvía como una armadura. La espada de Dianara no podía penetrar ese escudo así que optó por los ataques de plasma. Un poderoso halo de luz con la forma de un oso la envolvió, luego elevó el brazo y un resplandor lo rodeó; ella arrojó su luz con todas sus fuerzas y la diosa solo se cubrió con los antebrazos, dejándose alcanzar. Una explosión terrible sobrevino al ataque, todos pensaron que Artemisa finalmente había sido vencida, pero cuando el vapor y el humo se disiparon la diosa seguía allí, suspendida en el aire e intacta. Dianara rugió, envolvió sus puños con plasma y empezó a atacar a Artemisa. La diosa no tenía más que hacerse a un lado y cubrirse solo de los golpes más certeros, era mucho más rápida que Dianara, tanto que durante casi todo el combate se había dejado alcanzar por los ataques de su adversaria para poder medir su poder. Cuando notó que no sería derrotada por ella, puso la palma de su mano sobre el abdomen de Dianara y esta salió expulsada. Perforó la barrera de plasma de Artemisa, perforó trescientos metros de basalto volcánico y perforó el hielo seco. Dianara trataba de agarrarse de cualquier cosa, pero seguía siendo empujada como si un agujero negro estuviese absorbiendo su humanidad. Finalmente perforó el aire, la atmósfera y terminó en algún lugar del espacio exterior.

Su cuerpo flotaba a la deriva, el silencio era total a su alrededor. En el espacio no existe aire por el cual puedan transmitirse las ondas acústicas, por lo tanto no hay ruido alguno. Su barrera de plasma se estaba debilitando. En cuanto su espectro desapareciese, su cuerpo quedaría a merced del frío, la falta de oxígeno, los rayos cósmicos y la radiación del espacio. Moriría en pocos segundos. El humor vítreo de sus ojos sería lo primero en congelarse, luego se le helarían los pulmones y antes que muriese asfixiada se le helaría el corazón y tendría un ataque cardíaco. Diana jamás esperó morir así, ella solo podía imaginar a Rodrigo, recordarlo, recordar todo aquello que había vivido en casi 4000 años de encarnaciones y muertes continuas. Pensó en Morana, su guardiana. No, ella no quería morir aún, no podía rendirse luego de estar tan cerca. Elevó su espectro tanto como pudo y volteó su mirada hacia un punto celeste en el cielo que era, inconfundiblemente, la Tierra de donde había sido expulsada. Se impulsó con un disparo de plasma y rápidamente empezó a acercarse al mundo helado.

En un llano congelado, la quietud total imperaba sin otro soberano. Entonces, como un cometa, una luz cayó del cielo y generó una explosión casi nuclear con su impacto. Era Dianara. Perforó el espacio exterior, perforó la atmósfera, perforo 75 kilómetros de basalto, roca, magma y fuego, y se adentró en el planeta hasta dar con la barrera de Artemisa. Cuando la diosa sintió el impacto exterior contra su barrera, envolvió su cuerpo en energía para protegerse del impacto. La campana de plasma que sostenía el techo se deshizo y el inminente derrumbe enterraría a los Centinelas restantes que aún yacían en la recámara. Pero aquello no ocurrió, una barrera de plasma violeta volvió a sostener el techo, Dianara la había generado. Cuando Artemisa vio todo aquello, solo atinó a sonreír.

—Tu fuerza de voluntad es inquebrantable, Dianara hija de Morana —dijo la diosa—. Conocí a otros como tú: Nimrod, Ninurta, Kora, Héctor, Alejandro de Macedonia, Gengis Khan, Napoleón, Hitler; pero ninguno de ellos ha hecho lo que tú has hecho hoy. No eres peor ni mejor que ellos, eres simplemente diferente. Me declaro vencida por ti.

La confusión reinó entre los Centinelas, una confusión mezclada con alegría. La propia Dianara no podía creer lo que había escuchado.

—Sin embargo —agregó Artemisa— aún tienes que entrenar y seguir fortaleciéndote. El enemigo que tienes es tan o más fuerte que yo. Yo pude destruir tu cuerpo con solo pensarlo y extinguir la existencia de tu Espíritu con un soplo de mi espectro, el enemigo te haría cosas mucho peores que borrar tu existencia y no podrías hacer nada para defenderte. Aún así vosotros estáis luchando contra el mismo demonio que yo, por lo tanto no sería capaz de lastimar a mis aliados. Dianara, llévate el Arco y prepárate para la lucha. Nos veremos pronto, Centinelas de Artemisa; mis poderosos Centinelas. *Honor et mortis*.

Dijo la diosa y desapareció de repente. Sin su adversaria, Diana bajó la guardia y perdió su estado de trance hiperbóreo, entonces su barrera de plasma se debilitó y se desvaneció, dejando a los Centinelas a merced del techo que se derrumbaba.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Edwin ante el ensordecedor ruido del derrumbe.

Diana no pudo siquiera conservar la consciencia, había gastado tanta energía que se desmayó y cayó al suelo. Rodrigo la cargó en hombros y se echó a correr. Jhoanna tomó el Arco, las flechas y junto a Oscar y los demás también empezaron a dejar el recinto, pero no había salida, la única que existía estaba bloqueada por rocas y escombros.

—¡Todos eleven sus espectros ahora! —ordenó Edwin y luego disparó una descomunal ráfaga de plasma al techo. Se elevó por los aires y empezó a avanzar a través de la roca como un taladro. Los demás le siguieron sin perder un segundo.

La red de túneles que llevaban a la recámara se habían llenado de magma: el planeta entero se estaba estremeciendo. La única razón por la cual la Tierra no se había convertido en asteroides era por la presencia de Artemisa, pero con su desaparición también desapareció la única fuente de gravedad que podía mantener unido al planeta. Erupciones cataclísmicas asolaban todo el mundo.

—¡Cómo volveremos! —preguntó Oscar, gritando.

—¡Debemos regresar al portal que nos trajo aquí! —respondió Rocío.

Los Centinelas corrieron dando enormes zancadas, sorteando bombas de lava y ríos de magma. Pero cuando llegaron al lugar donde estaba el portal, éste ya no existía, en su lugar había un lago de lava. Fue en aquel instante que los muchachos sintieron desesperación. El planeta iba a explotar en cualquier momento y su única vía de escape ya no existía. Tenían el Arco, pero de nada les serviría.



⇒ EL ARCO DE ARTEMISA ⇒



Σ

(Sig)

Décimo Misterio, La Leyenda de los Lobos Gemelos

Tomado de la Mitología Franco-Normanda, adaptación del Círculo de Amatista

En una era lejana existió un hombre-lobo nacido de un solo espíritu que fue partido. La madre de ambos, una mujer mortal llamada Ingwen, se compadeció del Fenrir (un lobo gigante) encadenado y lo alimentaba todos los días, entonces un día se entregó al gigantesco lobo y quedó preñada. Cuando Odín supo que Ingwen iba a dar a luz mandó que la llevaran a Agarth, un semi-dios conocido como Alberich fue llamado a cumplir la orden de Odín.

Alberich, convertido en cuervo, buscó a Ingwen por toda la Tierra, guiado únicamente por los gritos de dolor de la mujer parturienta. La encontró en una cueva de lobos bajo custodia de la matriarca de la manada, entonces Alberich se convirtió en lobo y advirtió a la manada sobre las órdenes de Odín. La matriarca se negó a dejar a Alberich llevarse a Ingwen y luchó con él hasta que finalmente el semi-dios venció a la loba mordiéndole la tráquea y provocándole la muerte. Los demás lobos, al ver esto, devoraron a Ingwen y dejaron únicamente la matriz con el bebé retorciéndose dentro. Alberich la extrajo de entre las vísceras molidas y se convirtió de nuevo en cuervo para tomar vuelo rumbo a Asgard. Pero mientras volaba fue alcanzado por Loki quien le arrebató la bolsa y se la llevó al pozo de Mimir, en la tierra de los gigantes. Allí, Loki le pidió Mimir, el vigilante del pozo y amo del tiempo, dividir al niño-lobo pues era hijo del Fenrir y su poder de lobo-hombre haría temblar los cimientos de la Tierra el día que Fenrir se liberase de sus cadenas. El gigante Mimir accedió a partir al niño pero a cambio pidió de Loki uno de sus ojos. El dios accedió al sacrificio a cambio del favor pedido a Mimir y éste, usando la magia del tiempo, dividió el espíritu del niño en dos mitades; luego creó un cuerpo gemelo usando la matriz del tiempo y depositó una de las mitades del niño en ese cuerpo. Loki,

con ambos niños en brazos, regresó al Midgard de los hombres y dejó a uno de ellos en el lado poniente del mundo y al otro en el lado naciente.

Entre tanto Alberich regresó al Valhala y le dijo a Odín que Loki le había arrebatado la matriz con el niño en su interior. Enfurecido, Odín buscó a Loki y le siguió la pista hasta llegar a la tierra de los gigantes donde interrogó a Mimir sobre el paradero de Loki, este le dijo lo que había hecho con el niño pero desconocía el destino de Loki. Odín abandonó la tierra de los gigantes maldiciendo a Mimir, pero como éste era amo del tiempo podía depositar la maldición de Odín en los Hados del Destino. Usó el ojo de Loki para contener su maldición y lo tiró al limbo del infinito, donde ningún gigante o dios lo encontraría, solo un mortal podría hallarlo. Cuando Odín se dio cuenta de ello decidió ir al Midgard para buscar guardianes.

Odín fue a la cueva de lobos donde Ingwen se refugió hasta el día de su muerte. Convertido en lobo pidió a la manada que le mostrara dónde estaban los restos de la matriarca asesinada. Los lobos, totalmente indefensos ante la inmensa voluntad de Odín, llevaron al dios hasta el cuerpo muerto de la gran loba. Odín dio un soplo sobre el cuerpo y la matriarca regresó a la vida. Entonces pidió a la manada que, a cambio de devolverles a la matriarca, estuvieran alertas para ver el ojo de Loki en algún lugar; en cuyo caso, de inmediato le llamasen y que jamás dejaran a ningún humano acercarse a él. La manada accedió a los deseos de Odín como un acto de agradecimiento.

Con su voluntad hecha en el Midgard, el mundo de los hombres, Odín regresó al Valhala. Durante varios días y noches pensó en la forma de encontrar a los gemelos perdidos que Loki ocultaba. Sin importar cuántas veces Odín llamara a Loki, éste hacía caso omiso a sus llamados. Entonces Odín decidió llamar a uno de sus hijos, Thor, y le pidió que encontrara a Loki,

dondequiera que estuviese, y lo trajera ante su presencia. De ese modo Thor, convertido en rayo y trueno, empezó a recorrer el universo en busca de Loki.

Luego Odín llamó a sus lobos, Gery y Freky:

Geri y Freki

nutre, el guerrero famoso,

el glorioso Heriaföðr.

y solo con vino,

el dios de las armas,

Odín, vive por siempre

Ambos lobos divinos acudieron al llamado de su amo y éste les habló de los niños perdidos, hijos del Fenrir. Les ordenó buscarlos y para reconocerlos, Odín escribió sobre las columnas que sostienen todo el Midgard, el nombre de los dos niños. A uno de los gemelos llamó Lycanon, el hombre hecho lobo. Y al otro niño llamó Vairon, el lobo hecho hombre. A Freky le ordenó buscar a Lycanon, guiarlo, protegerlo, instruirlo y prepararlo para el Ragnarok. A Gery le ordenó buscar a Vairon, guiarlo, protegerlo, instruirlo y prepararlo para el Ragnarok. Entonces ambos lobos, Gery y Freky, descendieron al Midgard y empezaron su búsqueda.

Cuando Freky llegó al lugar donde el Sol nacía, el naciente del mundo, encontró a Lycanon, le reconoció, y supo que aquel niño, que ya había crecido y era un hombre, fue un habitante del Asgard. Entonces Freky lloró por el cruel destino de Lycanon, y supo que de Asgard una mujer valiente había partido en busca de su esposo, aquel hombre dividido y encarnado en el Midgard por Mimir, el amo del tiempo, por orden de Loki. De ese modo, y durante cientos de eras y vidas, Freky custodió a Lycanon y trató a su esposa encarnada y víctima de la amnesia de la encarnación, como la única salida de Lycanon del mundo de



los hombres. Y llamó a la esposa de Lycanon por su nombre, Dianara; y la bendijo y oró a Odín por su bendición.

Cuando Gery llegó al lugar donde el Sol se ponía, el poniente del mundo, encontró a Vairon, también le reconoció, y supo que aquel niño, que ya había crecido y era un hombre, fue un habitante del Asgard. Entonces Gery lloró por el cruel destino de Vairon, y supo que de Asgard una mujer valiente había partido en busca de su esposo, aquel hombre dividido y encarnado en el Midgard por Mimir, el amo del tiempo, por orden de Loki. De ese modo, y durante cientos de eras y vidas, Gery custodió a Vairon y trató a su esposa encarnada y víctima de la amnesia de la encarnación, como la única salida de Vairon del mundo de los hombres. Y llamó a la esposa de Vairon por su nombre, Dianara; y la bendijo y oró a Odín por su bendición.

Y así, cuando ambos gemelos se reúnan en algún lugar del tiempo y del mundo, combatirán a muerte y el que pierda mezclará su Espíritu con el de su gemelo, poseerá carnalmente a su esposa y regresará al Asgard con ella. Solo entonces los dos lobos gemelos dejarán de ser gemelos, se convertirán en el poderoso Espíritu de un lobo superior, hijo del Fenrir. Cuando ese día llegue Odín volcará su mirada hacia el hijo del Fenrir y le dará un nuevo nombre, uno que solo Gery y Freky, y las manadas de lobos y lobos-hombres del Midgard podrán escuchar sin perderse del terror. Así, con el temple helado de su cánida condición, los gemelos convertidos en un lobo superior volverán para enfrentar a Loki y a Mimir, y para destruir el tiempo. Y los hombres y mujeres valientes del Midgard escucharán su llamado y morirán gloriosamente para vivir en el Valhala.



Ciudad de La Paz, zona de Miraflores, una casa abandonada que no mostraba nada extraordinario, al menos no por fuera, contenía en su interior el magma de los demonios que bullía con furia. Dentro, esa casa era una verdadera caverna del infierno. Allí, Golab yacía dormido, en su crisálida de magma. Estaba esperando que su cuerpo tomase su definitiva forma, pero el fuego trajo consigo una visión. Golab vio a Diana, desmayada, y mucha lava cerca de ella.

—Dianara —murmuró el demonio—. No, no quiero que esto te ocurra ahora.

La crisálida empezó a brillar con un resplandor rojizo y entonces Golab empezó a manipular el fuego, deseaba que Diana se salve. La deseaba, quería su cuerpo, quería estar con ella. Golab, demonio Señor del Foso, había perdido todo cuanto lo convertía en un demonio poderoso el día que se entregó a la pasión ardiente por una mujer hiperbórea. Fue en una de las muchas encarnaciones de ambos y él vio en Dianara algo que no había visto en nadie más. Pero siempre trataba de inducirse en la autoanmesia para no caer en pecado. Aún así no podía evitarlo, no podía olvidar. No podía olvidarla.

—Volverás, Dianara, volverás a mí. Y esta vez me darás más placer del que jamás nadie ha sentido. Tú eres mi placer, tú eres lo exquisito y dulce de la Creación. Ven a mí de nuevo.

Poco a poco la crisálida se fue rompiendo, dos alas vampíricas salieron de ella, luego se vieron garras y cuernos brotando del interior. El fuego rugió con



ira en esa cueva del infierno y la forma definitiva de Golab se iba estabilizando. Finalmente aquel terrible diablo, el terrorífico Señor del Foso, Golab, había despertado de su hibernación y la ciudad de La Paz estaba completamente indefensa a su presencia. El demonio esbozó una sonrisa en sus adentros y extendió las alas para que se secaran, pronto saldría de aquella casa y tomaría su lugar en el ataque definitivo contra los hiperbóreos en Bolivia.

BOLIVIANOS



Promediaban las 15 horas con 32 minutos del 7 de marzo de 1978. En predios del Estado Mayor del Ejército Boliviano, ubicado en la zona de Miraflores de la ciudad de La Paz, había inusual nerviosismo por la presencia de un objeto cuya temporal residencia en el cuartel militar había sido caracterizada por una serie de desgracias. Los soldados rasos, durante las largas noches de guardia, decían que el objeto estaba maldito y que por ello había caído la desgracia sobre toda la República de Bolivia. El país, sumido en una serie de golpes de Estado, represión y escándalos de corrupción, había decaído en una pobreza perene, patrocinada por la tensión política entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Con el mundo partido en dos mitades, todas las Naciones del Cono Sur habían entrado en una recesión y miseria sin precedentes. Bolivia no era una excepción y aquel año en particular fue nefasto para las protestas. El estallido de una guerra nuclear parecía más cercano que nunca y las dictaduras en América Latina habían sido garantizadas por la Sinarquía Judaica de Zion en Estados

Unidos para evitar que los Judeo-Comunistas Soviéticos se hicieran del continente y lo polarizaran en contra de los intereses norteamericanos. La máquina de poder de la Sinarquía estaba en marcha y los dos bandos en conflicto, pertenecientes a uno solo en realidad, tenían controlada la consciencia de especie de cada ser humano.

Ese día había sido programada la visita del Jefe de Estado a los laboratorios militares de observación. Varios científicos estadounidenses y europeos habían llegado al país trayendo consigo costosos equipos de última generación, desarrollados con tecnología secuestrada a los Nazis. El propósito de la junta científica era analizar y determinar las principales características del misterioso objeto, obtenido a la fuerza, de una familia burguesa de la ciudad de La Paz. Iván Kuklova, hijo de un súbdito ruso que llegó a principios del siglo XX a Bolivia, tenía el objeto en su poder como herencia de largas generaciones; y tras la intervención militar a su domicilio se le decomisó el mismo para estudiarlo. Durante el decomiso, Iván Kuklova fue acribillado por poner resistencia al arresto y su esposa, Briseida Kuklova, fue llevada como prisionera. La razón de la confiscación fue la directa orden de un estrato superior del Pentágono en Estados Unidos, instrucción que el Jefe del Estado Boliviano, patrocinado por la Casa Blanca, no podía desobedecer.

Durante los casi diez meses de estudio, el país, el continente, y casi el planeta entero, se vieron golpeados por terribles tragedias. Era fácil suponer para los supersticiosos que el objeto había vertido alguna clase de maldición a la humanidad por haber sido arrebatado de sus custodios originales.

Eran ya las 15 horas con 46 minutos y el vehículo del Jefe de Estado entraba por la puerta principal del Estado Mayor. En el estacionamiento varios oficiales

se le acercaron y le dieron una serie de reportes sobre los que había que tomar decisiones, sin embargo la mente del Jefe estaba totalmente distante a la toma de decisiones. La razón de su visita al Estado Mayor era una importante cita con un militar inglés que informaría a la Corte Inglesa, financiadora y responsable del proyecto, sobre los avances en sus experimentos. Al Jefe no le agradaba tener que rendirle cuentas a un inglés, pero sus resquemores hacia la reliquia eran mucho mayores que su orgullo.

Varios oficiales de alta graduación esperaban en el Patio de Honor, junto a ellos habían dos oficiales estadounidenses y un Coronel inglés. Todos hicieron el saludo militar al Jefe de Estado Boliviano, el oficial inglés se le aproximó.

—Es un gusto conocerle en persona, General Banzer —dijo el anglo—. Soy el Coronel Isaak Richards de la Segunda División de la Real Fuerza Aérea de Su Majestad —el castellano del militar británico tenía un muy marcado acento, Banzer sonrió; tratando de ser amable, aunque era solo un formalismo.

—Mucho gusto —estrecharon manos—, espero que le hayan tratado bien.

—Desde luego —respondió Richards,

Ambos militares encabezaron el pequeño grupo, seguidos por los estadounidenses y los bolivianos que no dejaban de debatir sobre temas de historia militar de sus respectivos países. Se detuvieron en proximidades de uno de los polígonos de tiro. Un Teniente-Coronel boliviano se agachó, batió la tierra con su mano y entonces una cerradura se hizo visible. El militar sacó una llave, la introdujo y le dio dos vueltas a la chapa; una pequeña placa metálica se abrió a manera de puerta, allí había un teclado de computadora y un monitor monocromo encendido. El General Banzer le dio un pequeño papelito a su oficial, luego uno de los estadounidenses le dio otro papel; ambos contenían

códigos que de inmediato el boliviano digitó en el teclado. Cuando oprimió la tecla “enter”, una ligera vibración pudo ser percibida por todos los que se hallaban en el polígono. Poco a poco la vibración fue aumentando hasta convertirse en un leve pero evidente temblor. El General Banzer dio la orden de retroceder y entonces una gran compuerta empezó a alzarse por encima del nivel del suelo. Tras esa compuerta, una serie reflectores iluminaban un largo pasillo totalmente metálico; el piso, el techo y las paredes estaban recubiertos de una gruesa capa de plomo.

Aquella era la primera vez que el Coronel Richards visitaba las instalaciones del proyecto “Artemis”. La información que recibió de Londres indicaba que el proyecto fue instalado en Bolivia para evitar las posibles consecuencias que trasladar el objeto podría tener. La información que tenían del mismo era, hasta ese momento, escasa; pero el Gobierno Inglés aprobó un crédito, por medio del Banco Mundial a favor del Estado Boliviano, para que consiguiese la tecnología necesaria y evaluara la reliquia. Entonces un equipo de científicos y militares estadounidenses fueron contratados por el Gobierno de Bolivia para construir instalaciones de investigación científica en predios del Estado Mayor.

Usando tecnología totalmente ajena a la que todos los bolivianos de su tiempo hubieran imaginado, el equipo estadounidense cavó una profundísima red de túneles y recámaras por debajo de toda la zona de Miraflores, a 5 kilómetros de profundidad. La entrada a esa red de túneles se hallaba en el Estado Mayor, lugar por el que Banzer, Richards y sus oficiales, accedieron. El largo pasillo metálico, lleno de cables y tubos durante todo su trayecto, llegó hasta un ascensor.

El descenso llevó al grupo de militares a través de un oscuro túnel. Luego se embarcaron en una cápsula cuyo interior era similar al de un lujoso vagón de tren. Ingresaron, la cápsula se presurizó y empezó a bajar a las entrañas de la tierra. Las ocho horas de trayecto de bajada se convirtieron en un incómodo silencio que era ocasionalmente interrumpido por la tos seca o los ronquidos de alguno de los pasajeros. Concluidas las ocho horas de traslado se encontraron con una recámara en la cual les esperaban varios hombres con trajes especiales. Hicieron una breve revisión a los recién llegados y luego los condujeron por un túnel igual al que encontraron en la superficie. Caminaron siguiendo la ruta de los reflectores, guiados por los sujetos de trajes antibacterianos, hasta una enorme compuerta metálica. El General Banzer oprimió un botón y un teclado se desplegó frente a él. Digitó unos números y la pesada puerta se abrió.

Detrás de esa compuerta los militares se encontraron con un ejército de hombres y mujeres de batas blancas caminando de un lado al otro. La recámara debía tener una altura de cuarenta metros en un perímetro de setecientos metros cuadrados. Rodeando las paredes, habían varias habitaciones, hechas de metal, de las que hombres y mujeres salían y entraban sin cesar. En el lugar varios monolitos tiwanacotas, arrancados de su sitio de origen, se hallaban erguidos y conectados a una serie de cables y artefactos mientras más hombres de batas blancas tomaban lecturas y realizaban experimentos con sus tubos de ensayo.

—Han construido unas instalaciones bastante impresionantes —elogió Richards.

—No las hicimos nosotros —replicó Banzer—. Todo este lugar fue hecho por ingenieros y obreros estadounidenses. Jamás nos compartieron el secreto de cómo lo lograron; aunque a estas alturas ya no nos importa saberlo.

—Existen tecnologías que huyen de nuestro entendimiento, General.

—Sí, sí, y todo ese asunto de Roswell y lo demás —respondió Banzer de mala gana—. Mire, en realidad no me importa que estos gringos hayan cavado una red de túneles debajo mi ciudad usando tecnología extraterrestre, lo único que me importa es que se vayan rápido y me dejen gobernar en paz.

—Sus motivaciones son demasiado terrenas —dijo Richards, sonriendo burlonamente—. En nuestros días existen hombres que acumulan armas, dinero y algo parecido al poder; pero el verdadero poder, General, está en entender el objetivo para el que este artefacto, el que estudian en estas instalaciones, fue hecho. No nos hallamos ante una simple pieza arqueológica, sino ante uno de los más fascinantes redescubrimientos de la historia. Olvídense de hallar la Atlántida o el Dorado. Este objeto, el Arco, General, lo es todo.

A Banzer nada de ello le importaba, él solo quería que aquella reliquia fuese devuelta a la persona que la custodiaba y hacer de cuenta que jamás existió. Cuando la vio por primera vez y fijó su vista en la gema verde que llevaba incrustada en medio, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Pudo presentir que se hallaba frente a un objeto de destrucción masiva, a un poder que no podía entender ni controlar.

Cuando el objeto fue confiscado, la portadora, Briseida Kuklova, fue llevada a la sala de interrogatorios del Régimen y luego torturada para que hablara; pero ella no decía nada de lo que los paramilitares deseaban oír. Solo afirmaba que ese objeto era una reliquia de Rusia. Con solo oír la palabra “Rusia”, los agentes de Gobierno volcaron todas sus sospechas en ella, creyéndola una espía soviética. Ella negó implicación alguna con los bolcheviques y no dejó de acusar al Gobierno Boliviano y las potencias de Occidente como hechas del mismo material que las potencias Comunistas. Tales afirmaciones eran sediciosas, pero

la existencia de la reliquia hacía pensar que la conducta de la mujer estaba mucho más allá de una conspiración política. Sobre el objeto, nada más dijo la mujer aparte que era un arma divina, un testimonio del pacto entre los hombres de Sangre y los Dioses Leales. Finalmente la encerraron en una celda dentro de las instalaciones del proyecto “Artemis”, nombre que se debió a la forma en que la mujer llamó a la reliquia desde un principio: “El Arco de Artemisa”.

La comitiva cruzó el gran ambiente cavernoso, artificialmente construido, hasta llegar a una inmensa cabina metálica cuya altura llegaba hasta la cúpula de la caverna y se empotraba en la pared rocosa. Los militares ingresaron en ella y se encontraron en un ambiente repleto de grandes máquinas y científicos. Uno de ellos se aproximó a los visitantes, tenía los ojos diminutos detrás de unos gruesos lentes de fondo de botella; sus labios eran apretados y las numerosas arrugas en su pálida piel, al igual que sus escasas canas, denotaban avanzada edad.

—Bienvenidos, caballeros —saludó el hombre en un español terriblemente forzado, totalmente matizado por un marcado acento italiano—. Estábamos esperando su visita.

—Por favor, doctor Cortilliari —intervino Banzer— haga rápidas sus explicaciones.

—Desde luego, síganme, síganme.

El viejo científico también lucía ansioso, casi excitado; y no solo él mostraba nerviosismo, todos los científicos de la cabina estaban emocionados. El grupo se aproximó a un gran cilindro de vidrio totalmente repleto de líquido. En su interior reposaba la reliquia. Estaba conectada a varios cables y cada cierto tiempo algunas burbujas ascendían desde la base del cilindro hacia la parte

superior. Era como si el Arco respirara aquel líquido y exhalara algún gas desde su superficie.

—Han llegado en un gran momento —dijo el doctor Cortillari—. Hace unas horas el objeto empezó a, cómo decirlo... a mostrar cambios.

—Háblenos del Arco desde un principio —exigió Richards con una frialdad que rayaba en la indiferencia—. Díganos todo lo que saben de él y luego comente las novedades.

—Bueno, en verdad es un objeto fascinante y casi incompresible —replicó el científico a tiempo que sacaba unos folios de un gavetero situado a un costado de la habitación—. El material del que está hecho el arco es hueso, pero no cualquier hueso, nuestros instrumentos y estudios le calculan 408,5 millones de años. Eso significa que el material corresponde al Devónico y sea probablemente de alguna clase de origen animal, de un artrópodo primitivo como el brontoescorpio o de un anomalocaris superviviente del Cámbrico.

Poco a poco, el interés de los presentes iba en aumento. Cortillari sacó unos dibujos de juncos gigantes y animales extintos que mostró a la comitiva.

—El arco, en sí, tiene una médula de quitina calcárea y está recubierta por una aleación natural de fibra de carbono. Encima del carbono lleva otro recubrimiento de alguna especie de fibra de amatista primitiva y, por último, un barniz mineral. Ese mineral en concreto es lo más fascinante, no corresponde a ningún elemento de la tabla periódica. Literalmente el Arco no fue hecho en la Tierra, o al menos no por manos humanas.

Hubo un leve silencio en el que los militares trataban de dar crédito a lo que oían, sin lograrlo.

—Esta reliquia... este fósil, tiene una resistencia increíble a las más duras condiciones de medio y ambiente. La resistencia y flexibilidad de este arco son magníficas, las pruebas de tensión y presión indican que es capaz de resistir presiones extremas de hasta 10.000 masas terrestres por centímetro cúbico. Eso es 80.000.000.000 de veces más que el titanio reforzado. También es resistente a la temperatura, puede someterse hasta a 5.000 Cº sin fundirse y congelarse hasta -260 Cº sin quebrarse. Sin duda la combinación de materiales del que está hecho el arco fue tratado por un arduo proceso de reingeniería alienígena que sale de nuestra comprensión —el asombro empezó a apoderarse de los militares quienes apenas podían creer las conclusiones de la ciencia—. Pero lo más impresionante no es el material del arco, sino la esmeralda que lleva incrustada.

—¿Es una esmeralda? —preguntó Richards.

—Así es, y si nuestros amigos Nazis han desarrollado bien la tecnología que les decomisamos, sus aparatos e instrumentos de datación nos indican que la gema es tan antigua como el universo. Las pruebas de espectrometría realizadas con los artefactos de uso nazi nos dicen que la piedra tiene entre 13.500 y 15.500 millones de años de antigüedad.

—Eso es imposible —intervino Richards—. No se ofenda, doctor, pero sus conclusiones son más alocadas que los libros de Julio Verne.

—Además —agregó Banzer—, está dando por hecho teorías, que a la actualidad, no han sido probadas.

—Caballeros, nuestros cálculos son precisos. Además que la antigüedad de la gema no es el enigma más insólito que encierra. Aún hay otros elementos increíbles que estamos tratando de comprender.

—Explíquese —dijo Banzer.

—La gema y el arco forman una sola unidad, ambos están fusionados; pero parece que no siempre lo estuvieron. Aparentemente la gema estuvo separada

del arco en algún momento del pasado histórico. Rastreamos entre los mitos y las leyendas más antiguas y, con ayuda del pobre testimonio de la señora Kuklova, hemos podido rastrear el arco hasta el segundo milenio antes de Cristo.

El científico empezó a sacar varias fotografías de otro cajón del gavetero, éstas contenían las imágenes de diversos jeroglífos, geoglífos y petroglífos.

—El arco estuvo separado de la gema durante la era del Rey Nimrod de Babilonia. De acuerdo a nuestros estudios de la estela asiria conocida como Kadurru de Kushusu, guardada en el Museo de Salta de la Argentina, la gema fue usada durante la construcción de la Torre de Babel y, luego de su destrucción en manos del dios hebreo Jehová, quedó definitivamente sellada al arco. Al parecer el Rey Nimrod recibió el arco de manos de una Princesa Kassita conocida como Isa. Ella, a su vez, lo obtuvo de un archimago de alguna tribu esclava perdida y ese mago pudo conseguirlo de alguna clase de alienígenas viajeros del tiempo. Por otro lado, la gema parece haber estado en manos de los kasitas babilonios desde que se convirtieron en un imperio. Quizás esa piedra sea también de origen alienígena, pero no podemos estar seguros.

—Debe ser un chiste —masculló Richards.

—Y eso no es todo —continuó exponiendo el doctor, usando las fotografías para ayudarse durante su exposición—. Esta gema es más de lo que parece. Desde que la secuestramos ha estado enviando alguna clase de señales de microondas, las señales se pierden en el interior del planeta y regresan totalmente distorsionadas. Recibimos señales de televisión del futuro o de alguna realidad paralela. Vimos imágenes de dos inmensos edificios de Nueva York derrumbándose, un terremoto en Japón que termina en un desastre nuclear, varias guerras en medio oriente, la caída de la Unión Soviética, la

colonización de Marte e incluso una imagen de un presidente indígena en la República de Bolivia que luego es asesinado grotescamente.

—¿Acaso insinúa que esa piedra nos manda imágenes del futuro? —dijo Banzer, evidentemente molesto por su comentario respecto al futuro político de Bolivia.

—Es más que eso, la gema no es una pantalla del futuro, tampoco realiza viajes en el tiempo. Lo que la gema parece hacer es un reacomodo del tiempo. Nos muestra una infinidad de posibilidades de mundos paralelos. Al parecer, con cada elección que hacemos, literalmente creamos un mundo y la historia se bifurca. Creamos una Tierra donde hicimos una elección y una segunda donde no la hicimos, ese es uno de los secretos del universo. Imagínense a millones de personas realizando millones de elecciones en miles de años y creando infinitas Tierras. Algunas son tan similares que llevaríamos toda una vida buscando una diferencia sin hallarla, otras tan diferentes que desafían la comprensión. Einstein, Neper y Plank nos dieron la Física y la Matemática que nos ayuda a comprender este entramado de situaciones y la reliquia, el Arco de Artemisa, nos da la prueba de que la Teoría de la Relatividad es en realidad una ley que reemplaza la Física newtoniana.

—Eso podría significar que la reliquia puede tener usos militares —intervino Richards.

—Es posible —respondió Cortilliari—, pero este Arco... esta magnífica arma no puede ser usada por nadie más que por sus custodios. La gema y el hueso tienen una extraña propiedad, reconocen al tacto a su portador y emiten una poderosa descarga eléctrica a quien trate de usarlo. Solo la Señora Kuklova pudo tocarlo sin sufrir los choques eléctricos. Tuvimos que sellar el arco en una solución aislante para poder estudiarlo.

—Deberá hallar el modo de darle uso, doctor —replicó Richards.

—Eso hemos estado tratando, pero es difícil estudiar este objeto; lo que me lleva a la novedad —se quitó los lentes, los limpió con su mandil blanco y se los colocó de nuevo—. Desde hace uno o dos días, el arco ha estado cambiando levemente de temperatura, incluso ha estado absorbiendo oxígeno y convirtiéndolo en hidrógeno.

—¿Esa cosa respira? —preguntó Banzer.

—No exactamente, General. Pero suponemos que realiza alguna clase de metabolismo. Es difícil explicarlo, pero el comportamiento del objeto pareciera el de un ser vivo.

—Suficiente —interrumpió el General—. Ya he oído todo lo que quería saber. No me interesa este objeto ni sus desfachatadas explicaciones, doctor. Esto no es más que una fantasía estúpida y no voy a perder más mi tiempo en ella. Caballeros, los dejo. Sigán discutiendo sobre todas sus tonterías todo lo que gusten, yo debo regresar a mis obligaciones.

El General Banzer empezaba a retirarse, pero Richards lo llamó.

—Espere, General. ¿Acaso no le interesa lo que hagamos con el objeto?

—Hagan lo que quieran, solo dejen a mi administración en paz.

Para el General Banzer era casi imposible concebir todo lo que el doctor Cortillari le había dicho, pero sabía que el arco tenía alguna clase de influencia sobre su Gobierno. Banzer no era un hombre supersticioso, pero los hechos que rodeaban a la reliquia empezaban a desafiar su entendimiento. Desde que el arco pasó a manos del Ejército su gestión empezó a enfrentar terribles tropiezos. Sin duda Banzer trataba de guiarse por un razonamiento lógico, pero los extraños traspiés suscitados a su Gobierno parecían ser producto de alguna maldición, más que de una serie de hechos colaterales y desafortunados.

En cuanto el General llegó a su residencia, tomó una ducha, cenó con su esposa y se propuso dormir, intentando olvidar todo. Las horas de la noche se consumían, la ciudad dormía y entonces un estruendo despertó a gran parte de la población. Eran casi las tres de la madrugada cuando el teléfono del Jefe de Estado empezó a sonar. Banzer despertó pesadamente y contestó.

—Habla Banzer.

—¡Mi General, lo necesitan urgente en el Estado Mayor!

—¿Quién habla?

—Coronel Damián Pacheco.

El nombre del Coronel era conocido para Banzer, se trataba del Oficial que había dejado a cargo del Estado Mayor desde que asumió la presidencia del país después del golpe de Estado.

—Coronel, son las tres de la madrugada, ¿podría explicarme qué ocurre?

—Hubo una explosión en el Estado Mayor, mi General. Tiene que venir a ver esto.

Una sospecha surcó la mente de Banzer, pensó en la reliquia y todo lo que le había dicho el doctor Cortiliari, y sintió temor. De inmediato su mente evocó el Arco de Artemisa y supuso que algo relacionado a él había acontecido.

Presa de la ansiedad, el General se cambió y salió de la residencia presidencial rumbo al Estado Mayor de Ejército. Cuando llegó notó que habían varias ambulancias trasladando heridos. La escena era horrorosa, en efecto, era evidente que había explotado algo pues varios soldados eran llevados en camillas, exhibiendo mortales hemorragias. Los militares habían empezado a sudar sangre desde el momento de la explosión y gran parte del suelo había quedado cubierto de una masa tumefacta y sanguinolenta.

El General buscó a los Oficiales de turno, pero ellos habían muerto desangrados. Apenas pudo encontrar a un policía militar que en el momento de la explosión estuvo lo bastante lejos para salvar su vida. El testimonio del soldado dejó impresionados a los agentes de Gobierno y al propio General Banzer. Dijo que un haz de luz violeta salió expulsada desde un polígono de tiro, el polígono donde se hallaba la entrada secreta a las instalaciones subterráneas de investigación, solo Banzer y sus más allegados colaboradores conocían de su existencia. De inmediato el General corrió al polígono. Un vapor violáceo con un fuerte olor a cobre y un frío inmensurable envolvían el perímetro. En efecto, la explosión había ocurrido en las instalaciones secretas, la entrada estaba completamente derrumbada por la erupción de luz violeta.

—¡Mi General, mi General! —llegó un soldado raso corriendo.

—Qué ocurre —interrogó Banzer.

—Permiso para hablar.

—¡Continuar!

—¡Hay una sobreviviente en las caballerizas!

Sin perder un segundo, el General, junto a un escuadrón de policías militares, siguieron al soldado raso. Los caballos de las caballerizas estaban todos muertos, ahogados en su propia sangre y con las patas congeladas. Sentada dentro de un establo, la sobreviviente se hallaba en posición fetal abrazando algo. Era el Arco de Artemisa lo que tenía entre sus brazos. Ella era Briseida Kuklova quien, de alguna manera, había logrado escapar de su celda.

—¡Qué significa esto! —bramó Banzer, la mujer lo miró por el rabillo del ojo, sin perder de vista el arco.

—El arco es la herencia de mi esposo —replicó Kuklova—. Él y sus ancestros eran sus custodios. Ahora mi hijita, Mary, a ella le corresponde cuidarlo —la mujer giró lentamente la cabeza y observó fijamente al General Banzer, su mirada era fiera como la de una bestia desencadenada—. Este arco es de la familia Kuklov, no de ustedes.

—Mi General, ¿la arrestamos? —preguntó uno de los policías militares que acompañaba a Banzer. El General miró a la mujer y tuvo una sensación de abandono que estremeció hasta lo más profundo de su espinazo.

—Fue un error traer ese objeto aquí —murmuró Banzer—. Esto jamás debe caer en manos de nadie más.

Los policías militares miraban desconcertados lo que ocurría. El caos en el Estado Mayor se había propagado como una plaga. El sonido de ambulancias y gente gritando instrucciones se oían por todas partes, como si fuera un sonido natural. El olor a sangre se había esparcido por toda el área y contaminaba las mentes de quienes acudían a los heridos. De forma instantánea el General pudo presentir el horror que habían vivido los soldados durante los desoladores momentos de la explosión. Casi pudo advertir la erupción de luz violeta y su malvado resplandor desangrando a todos los científicos y militares que se hallaban en las instalaciones subterráneas. No podía imaginar qué clase de poder contenía el arco ni qué tumbos enigmáticos lo habían llevado de vuelta a las manos de Briseida Kuklova; lo único que él sabía era que quería a aquel objeto fuera de su gestión, fuera de su Estado Mayor y fuera de su vida.

—Váyase, señora —dijo el General ante la sorpresa de todos los presentes—. Ese arco ya me ha dado demasiados dolores de cabeza. No quiero saber más de él.

Briseida Kuklova también estaba sorprendida. Su marido había muerto defendiendo el arco de los obsesivos militares, su hija había visto la tragedia familiar que la dictadura de Hugo Banzer Suarez llevó a su hogar; y de forma repentina, el General se arrepentía de decomisar el arco y le daba la libertad sin mayores condiciones. Ella no podía confiar en las palabras del dictador.

—Me iré, y si alguien se me acerca, usaré este arco.

—Nadie le va impedir el paso, señora Kuklova. Solo saque este arco de mi propiedad.

Lentamente Briseida empezó a retirarse, miró a los soldados que acompañaban al General con gran recelo, abrazado fuertemente el arco, y avanzó fuera de las caballerizas.

—Señora Kuklova —la retuvo Banzer—. Antes de que se vaya quiero saber una cosa —la mujer miró fijamente al General, casi esperando alguna imposición del dictador—. ¿De quién están cuidado ese arco?, ¿qué clase de maldición tiene?

—El arco no está maldito, General, los seres humanos lo están. Los Kuklov custodian el arco porque es la única esperanza que tenemos de ser libres del mundo de las Potencias de la Materia. Si lo protegemos es para que los sirvientes de Él no le pongan un solo dedo encima.

—¿Los sirvientes de quién, señora Kuklova?

Briseida agachó la cabeza y esbozó una sonrisa lastimera, casi burlona.

—De la Sinarquía, ustedes. Los sirvientes de Jehovah-Satanás.

Era temprano por la mañana del 19 de agosto del 2000. En el campamento de Sorata habían pasado varias semanas sin noticias de la expedición y el municipio ya estaba protestando por el perjuicio a su industria turística. Nadie había entrado o salido de la gruta de San Pedro en semanas. La noticia de la caída de Erks había puesto en estado de alerta a todos los soldados, pero la constante inercia de su situación los estaba fatigando intensamente. La tranquilidad estresaba cada día más a los militares, en especial al Mayor Orlando Cuellar.

En el campamento hubo un acto funerario simbólico por la muerte de Qhawaq Yupanki. Se izó la bandera, se tocó una marcha fúnebre, se cantó el Himno Nacional y se enterró una runa en la apacheta como símbolo de un guerrero y sabio boliviano, como lo fue Qhawaq. En el claustro de Santo Domingo, la Orden Dominica junto a Ursus de la Vega y los padres de los muchachos elevaron una oración por la liberación de Qhawaq del mundo. La noticia fue triste para todos.

Orlando Cuellar estaba rasurándose con su vieja navaja, su reflejo en el espejo le parecía distante, como si el hombre reflejado fuera otro. Tan solo un año antes él se sentía como un militar con futuro en las Fuerzas Armadas, pero cuando fue reclutado en el Escuadrón Inti se le dejó muy en claro que jamás sería Comandante General. Sin embargo, aquello ya no le importaba, había descubierto cosas mucho más grandes desde que se convirtió en Comandante del Escuadrón. Aún así, ninguna satisfacción apaciguaba la angustia por sus hijos. Él sabía que nadie que había entrado a la gruta de San Pedro, había

regresado. Si no llegaban esa semana, empezaría a enviar equipos de búsqueda.

—¡Mi Mayor! —entró un Sargento, se cuadró e hizo saludo militar.

—Qué ocurre —replicó Cuellar.

—Hay actividad en la gruta.

Cuellar salió disparado al puesto de vigilancia. Los instrumentos detectaban una fuerte fuente de estática y energía magnética que estaba siendo emanada de la gruta de San Pedro, lo que lo llevó a tomar la decisión de mandar un grupo de investigación.

El Mayor en persona encabezó el grupo de exploradores, internándose en la gruta hasta el punto de inserción, una piscina natural que era el máximo punto explorado. Revisaron varios túneles en busca de la anomalía, tratando de encontrar la fuente. Pero parecía que nada había allí; hasta que un soldado empezó a llamar a todos.

—¡Por aquí, por aquí!

El alivio y la alegría de Orlando Cuellar fueron incomparables cuando vio lo que su explorador encontró. ¡Eran los muchachos! Estaban sucios, llenos de hollín negro y con las ropas rasgadas, pero estaban bien. El rastro de espectro de Aldrick los había ayudado a encontrar la salida luego que un misterioso portal se abrió en aquel mundo que iba a explotar. Diana tenía el precioso Arco en sus manos.

Los hijos del Mayor corrieron directamente a sus brazos en cuanto lo encontraron y empezaron a relatar su aventura mientras dejaban atrás la gruta. Le hablaron del descenso y de las cosas que habían hallado en las profundidades de la tierra. Le contaron que Aldrick y Rowena se habían quedado para salvarles la vida, Cuellar sintió un gran pesar al saber de tales sacrificios. Luego le relataron todo lo vivido en aquella Tierra paralela, relato que costó excesivo trabajo al Mayor creer; él pensaba que todo aquello lo habían delirado los chicos debido al hambre y la sed. Estuvieron perdidos durante semanas en el laberintoso lecho cavernoso de Sorata. Pero el hecho tangible que daba fe de la veracidad de su relato era la omnipresente existencia del Arco de Artemisa. El objeto era mucho más impresionante de lo que Cuellar y sus hombres habían supuesto.

Cuando salieron de la gruta los chicos fueron de inmediato atendidos por los paramédicos del campamento. Tenían que ir a un hospital, pero los primeros auxilios eran indispensables. Los galenos se sorprendieron que lo único que tenían los pacientes era deshidratación y mucha hambre. Sin embargo, las ropas y armaduras testimoniaban la hecatombe sufrida. Hechos jirones, esos trapos estaban quemados, cortados, llenos de roca volcánica, irradiados por una potente fuente de radiación y totalmente descoloridos.

El Arco fue inmediatamente puesto a buen recaudo por los hombres de Cuellar. Mientras tanto los chicos comían como si no hubieran probado bocado en años. Se los veía actuar con normalidad, las entrañas oscuras del abismo no habían afectado en lo más mínimo su cordura. Reían, jugaban, se hacían bromas y se comportaban como adolescentes normales; solo que no eran normales. Habían bajado a cientos de metros bajo tierra, habían visto monstruosas criaturas de la litosfera, estuvieron en el fin de un planeta, casi

mueren por un cataclismo volcánico, conocieron personalmente a una diosa y sobrevivieron, no eran normales. Aún así se portaban como si lo fueran, como si jamás hubieran pasado por todo aquello. Eso desconcertaba profundamente a Cuellar.

—Es increíble —dijo el Mayor a tiempo que veía a sus hijos y sus amigos comer—, han perdido a dos excelentes mentores hiperbóreos pero no por eso se les quitó el apetito.

—Papá —intervino Diana, hablando con la boca llena—, luego de todo lo que vivimos, comer es una de las cosas más buenas que nos ha pasado.

—Creo que entiendo —en realidad Cuellar no entendía nada.

—Ahora que tenemos el Arco —agregó Rodrigo, sin dejar de comer— tenemos todo a nuestro favor.

—Qhawaq se pondrá feliz cuando lo vea —dijo Rocío—. Se sorprenderá de todo lo que le contaremos.

—Quiero llegar ya a Erks —dijo Jhoanna—. Quiero que todos vean lo que conseguimos.

Cuellar sintió un hondo pesar al oír a los muchachos, ellos no sabían la tragedia que había ocurrido y le costaba tener que darles las tristes noticias.

—Muchachos, con respecto a Erks...

Súbitamente la alarma del campamento empezó a sonar. El Mayor se levantó de inmediato.

—¡No salgan de aquí!

Los hombres de Cuellar ya habían ocupado sus posiciones de defensa y le apuntaban a un joven hombre rubio con todo el aspecto de un turista extraviado. El mayor se dirigió a él:

—¡El paso está cerrado a los turistas!

El hombre sonrió, evidentemente parecía no entender una palabra de español, el Mayor se sintió fatigado.

—“Pelotudo de mierda” —masculló Cuellar—, tal vez ni habla español... ¡Intérprete!

Un soldado le habló al desconocido en inglés, francés y alemán, pero éste parecía seguir sin entender.

—Tendremos que arrestarlo —dijo el soldado al Mayor.

—Estos turistas cojudos no respetan ni la autoridad —respondió Cuellar—. Sáquenlo de aquí, no hizo nada, así que sería tonto arrestarlo, pérdida de tiempo nomás.

—Señor Orlando Cuellar —dijo el desconocido—. ¿Acaso piensa que he venido aquí por turismo?

El Mayor volteó hacia el hombre y entonces una sospecha inminente surcó su mente:

—Identifíquese.

La expresión del desconocido había cambiado de confusión a sorna. La espalda del sujeto empezó a abultarse cada vez más, parecía que estaba mutando de alguna monstruosa manera y entonces varias alas salieron de su espalda, tres pares de alas. Se trataba de un arcángel cuyos cabellos se tiñeron de blanco y su cuerpo, cubierto con frágil ropa de explorador, se cubrió con una

armadura plateada luego que un resplandor de luz blanca lo envolviera. Cuellar sacó su pistola y apuntó directo a su cabeza.

—¡Dónde está el Arco de Artemisa! —exigió el arcángel.

—¡Cojudo de mierda, y todavía piensas que te lo voy a decir!—replicó Cuellar y le disparó. Pero la bala quedó a medio camino, fue perdiendo velocidad hasta que simplemente cayó al piso.

—No os lo repetiré, humanos. Dónde está el Arco de Artemisa.

—Váyase al carajo. ¡Fuego, fuego, fuego! —ordenó Cuellar. Pero cuando estaban por dispárale una serie de explosiones envolvieron al campamento.

Varios helicópteros estaban llegando, bombardeado al campamento. El fuego antiaéreo empezó de inmediato, derribando a dos de ellos. El arcángel también había tomado vuelo. La orden de disparar contra él se hizo inmediata y todos los hombres de Cuellar vaciaron sus cargadores sobre el volador, pero las balas rebotaban en sus alas. Le dispararon con munición antiaérea, pero el ser alado parecía invulnerable a cualquier ataque de los hombres.

—Jamás aprenderéis —sentenció el arcángel.

Con solo batir sus alas, un poderoso ciclón empujó a los hombres de Cuellar. Entonces el cielo empezó a cubrirse con helicópteros de transporte, llenos de marines con bandera estadounidense. Solo entonces el Mayor Cuellar comprendió que estaba ante la mayor invasión que Bolivia hubiera soportado. A velocidad de la luz resolvió su situación y le habló a uno de los soldados que tenía al costado.

—Vaya al Estado Mayor, informe y dígales que estamos en guerra.

El mensajero partió sin perder un segundo. Entre tanto, los soldados invasores empezaron a desembarcar. Cuellar ordenó a sus hombres atrincherarse y rechazar la avanzada. Pero cada vez que tenían a un estadounidense en su mira, el arcángel sobrevolaba generando más vientos. Los invasores empezaron a disparar arrasando con un buen tanto de soldados bolivianos. Por un momento Cuellar se preguntó dónde estaban sus hijos y sus amigos, en ese momento los necesitaban desesperadamente.

Los bolivianos atrincherados no podían contener a los invasores, tenían al arcángel y la infantería de marina estadounidense encima. Pero en ese momento, cuando perdían la posición, el agua del manantial que cubre la gruta de San Pedro empezó a moverse, a vibrar tomando diversas formas. Pronto las figuras se definieron en una clara silueta antropomorfa hecha de agua y luego siguió cambiando de tamaño hasta convertirse en las gigantes figuras de dos animales totalmente desconocidos en la fauna terrestre. Las dos bestias, mitad escamas y mitad agua, tenían en los ojos un brillo verdoso y emanaban de las articulaciones resplandores lapislázuli, sus gigantescas fauces emitían vapores verdeazulados. Su cuerpo entero parecía hecho de energía. Uno de ellos era parecido a una salamandra con aletas en la espalda mientras que el otro era como alguna especie de gorila. Sin duda lucían como bestias marinas cuya traslucidez denotaba su naturaleza energética.

El Mayor Cuellar apenas podía entender lo que ocurría, pero sintió que los elementales del agua habían venido en su rescate. Ordenó el repliegue de sus hombres a la trinchera del campamento y que no abrieran fuego contra los monstruos de agua. Quería salvar a sus hombres pues aquello ya había

sobrepasado su capacidad militar. No había forma de ayudar a las bestias de agua o defenderse de un enemigo como aquel.

Al ver a los elementales del agua, los estadounidenses les descargaron todo su armamento. Los helicópteros les lanzaron misiles y cohetes, pero las criaturas parecían completamente invulnerables. El que tenía forma de salamandra dio un coletazo a la superficie de la laguna de la gruta y una enorme ola arrasó con todos los marines invasores. La otra bestia, que parecía un gorila, dio un salto y derribó a los helicópteros que le disparaban. Luego embistió al arcángel blanco y de un tirón le arrancó un ala. La mutilación le impidió mantener el equilibrio en el aire y cayó en la jungla como un meteorito. La onda expansiva derribó árboles y carpas.

Cuando el polvo se disipó Cuellar vio que las bestias de agua habían desaparecido y en su lugar, suspendidos en el aire, había dos jóvenes muchachos, un varón y una mujer. Ambos vestían armaduras bruñidas de aspecto medieval, colocadas sobre lo que parecía un leotardo negro encima de sus cuerpos.

—¿Eh, *parientes*, están bien ahí abajo? —preguntó el varón, que era el más joven.

—Sí —respondió el Cuellar.

—Oiga Mayor —intervino la chica—. Lleve a sus hombres a un lugar seguro.

Al oírlos hablar Cuellar supo que ambos eran cambas, o al menos oriundos de alguna región del oriente boliviano. Aunque jamás supo de ningún Centinela que proviniese de Santa Cruz, Beni o Pando. Él siempre había pensado que deberían existir Centinelas de la Amazonía. La aparición de esos dos jóvenes



guerreros hiperbóreos corroboraba su sospecha. Aún así su mayor pregunta seguía sin respuesta: ¿Dónde estaban sus hijos y sus amigos?

Sin perder más tiempo, el Mayor fue a la carpa donde les había dejado. Era tonto pensar que luego de todo el ruido y los vientos ellos no se hubieran dado cuenta que algo grave ocurría. Pero cuando llegó a la carpa descubrió la razón por la que los Centinelas no le habían acudido, ni a sus hombres cuando estaban en aprietos. Tomó una pequeña pistola que ocultaba en la estuchera de su pecho y disparó sin pensarlo dos veces.





(Baar)

Onceavo Misterio, El Graal

Tomado de la Sabiduría Hiperbórea en versión de Felipe Moyano, adaptación del Círculo de Amatista

La Sabiduría Hiperbórea afirma que el Graal es una Piedra, un Cristal, una Gema; de esto no caben dudas. Pero no es una Piedra terrestre; de esto tampoco caben dudas. Si no es una Piedra terrestre cabe preguntarse cuál es su origen. La Sabiduría Hiperbórea dice que proviene de Venus pero no asegura que ése sea su origen. Se puede suponer, pues, a falta de otra precisión, que los Señores de Venus la trajeron a la Tierra desde ese planeta. Pero los "Señores de Venus" no son originarios de Venus sino de Hiperbórea, un "centro original" que no pertenece al Universo material y cuyo "Recuerdo de Sangre" ha llevado a muchos hombres dormidos a identificarlo erróneamente con un "continente nórdico" o "polar desaparecido". Según la Sabiduría Hiperbórea el Graal fue traído al Sistema Solar por los Dioses inmediatamente después de que irrumpieron por la Puerta de Venus para instalarse en K'Taagar, o sea en el Valhala. Sea como fuere, hay otro aspecto concreto que conviene tener en cuenta: el Graal es una Gema que reviste la mayor importancia para los Dioses, a tal punto que Ellos no están dispuestos a abandonarlo o perderlo. Por camaradería y solidaridad hacia los hombres dormidos lo han situado en el Mundo material; pero al final del Tiempo, el Graal será recuperado y devuelto a su lugar de Origen.

¿A qué se debe este interés sin medida por conservar la misteriosa Gema? A que la misma ha sido quitada momentáneamente de la más bella joya que se haya visto nunca en el universo de El Uno, de aquella alhaja que nadie sería capaz de imitar en éste ni en otros mundos; ni por los maestros orfebres ni los



Devas Constructores ni los Ángeles Planetarios, Solares o Galácticos, etc. Porque el Graal es una Gema de la Corona de Navután, aquél que es más puro que el más puro de los Dioses Leales, el único que puede hablar cara a cara con el incognoscible. Navután es quien estando en el infierno, está más allá del infierno. Pudiendo quedarse en Hiperbórea, a la luz del incognoscible, Navután ha querido acudir en rescate de los Espíritus cautivos protagonizando el incomprensible sacrificio de Su propia autocautividad. Él se ha instalado como Sol Negro del Espíritu, “iluminando” carismáticamente, desde “atrás” de Venus, por intermedio del Paráklito, directamente en la sangre de los hombres dormidos.

¿Cómo una Gema del gallardo Señor se ha mancillado cayendo aquí, a la Tierra, una de las cloacas más repugnantes de los Siete Infiernos? Porque Él así lo ha dispuesto. Navután ha entregado el Graal a los hombres como garantía de su compromiso, de su sacrificio, y como prueba material irrefutable del Origen Divino del Espíritu.

El Graal es, en este sentido, un reflejo del Origen Divino, el cual habrá de guiar como un faro el rumbo vacilante de los Espíritus Rebeldes que decidan abandonar la esclavitud de Jehová-Satanás.

Ante todo, el Graal se halla ligado a la encarnación de los Espíritus y su significado primero debe buscarse en relación con tal Misterio. Ello se explica si tenemos en cuenta que hace millones de años, cuando los Siddhas Traidores se aliaron al Demiurgo Jehová-Satanás para carnalizar a los Espíritus Hiperbóreos, Navután entregó su Gema para que la Verdad del Origen Divino pudiera ser vista con ojos mortales. Por eso el Graal, puesto en el Mundo como prueba del Origen Divino del Espíritu, da sentido a todos los linajes hiperbóreos de la Tierra.

Por él la sangre de los hombres, aún sumidos en la más tremenda confusión, reclamará siempre su herencia extraterrestre.

La presencia del Graal, en principio, impide al Enemigo negar los ancestros hiperbóreos. Pero así como el Graal da un sentido cósmico a la Historia del hombre, conectándolo con la raza eterna de los orígenes, y diviniza los linajes hiperbóreos de la Tierra, así también para el Demiurgo, por la presencia del Graal, dichos linajes pasan a ser “motivo de escándalo” y objeto de persecución y escarnio, del castigo y del dolor. Los Divinos linajes hiperbóreos serán, a partir del Graal, linajes heréticos “condenados para siempre” —un manvantara— por Jehová-Satanás. El Graal ha venido a despertar recuerdos indeseables, a valorizar el pasado del hombre. Será entonces el recuerdo y el pasado lo que más se atacará y a borrar su influencia apuntará, en gran medida, la Estrategia Sinárquica.

El principal crimen del hombre ha sido negar la supremacía de “Dios”, es decir, del Demiurgo terrestre Jehová-Satanás, y rebelarse a su esclavitud. Pero el hombre es un ser miserable, inmerso en un Infierno de ilusión en el que se siente insensatamente “a gusto”, sin posibilidades de romper el hechizo por sí mismo. Si ha negado al Demiurgo y se ha “rebelado” ha sido en virtud de un agente exterior, pero: ¿qué “cosa” en el Mundo puede ser capaz de despertar al hombre, de abrir sus ojos a la divinidad olvidada? “Si tal cosa existe, dirán los Demonios, es el objeto más abominable de la Creación material”. Pero esa “cosa”, ese “objeto abominable”, no es de este Mundo y de él ha “comido” el hombre-Espíritu-cautivo. Ese “fruto verde” que parece una esmeralda y que más tarde llamarán Graal, es un alimento que nutre con la gnosis primordial; es decir, con el conocimiento sobre la Verdad de los orígenes. Por el Graal, fruto prohibido por excelencia, el hombre sabrá que es eterno, que posee un Espíritu



Divino encadenado a la materia, que procede de un Mundo imposible de imaginar desde el Infierno terrestre; pero por el que siente nostalgia y al que desea regresar.

¡Por el Graal el hombre ha recordado!

He aquí su primer crimen. Recordar el Origen Divino será, en adelante, un terrible pecado y quienes lo han cometido deberán pagar por ello; esa es la Voluntad del Demiurgo, la “Ley de Jehová-Satanás”. Serán sus Ministros, los Demonios de Chang Shambalá, quienes se encarguen de ejecutar la condena, cobrando el castigo en una moneda que se llama: dolor y sufrimiento. El instrumento será, naturalmente, la encarnación, repetida mil veces en transmigraciones “controladas” por la “Ley” del Karma, declarando cínicamente que el dolor y el sufrimiento son “para bien” de los Espíritus, “para favorecer su evolución”. Si “el mal” radica en la sangre entonces se la debilitará y se la tornará impura envenenándola con el temor del pecado. El resultado será la confusión estratégica del Espíritu y la completa oscuridad sobre el pasado del hombre. “En el pasado no hay nada digno de ser rescatado”, afirmarán durante milenios las gentes sensatas, a coro con los Demonios de la Fraternidad. La Teología, y aún la Mitología, hablarán sobre el mal del hombre con el lenguaje del Demiurgo: el “pecado”, la “caída” y el “castigo”. La “Ciencia”, por otra parte, nos mostrará un panorama más desalentador: “probará”, echando mano de inmundicias fósiles, que el hombre desciende de un protosimio llamado “homínido”, o sea de ese mísero y despreciable animal hombre que fue el antepasado del hombre dormido. La “Ciencia” ha llevado el pasado del hombre a su degradación más dramática vinculándolo “evolutivamente” con los reptiles y gusanos. Para el hombre moderno ya no habrá ancestros Divinos, sino simios y trilobites. Realmente se necesita partir de un odio sobrehumano para desear que el hombre se humille de manera tan triste.

Pero hay que dejar de lado lo triste, hay que ser optimista, ¿para qué mirar el pasado, dirá la Sinarquía con la Voz de la Ciencia y la Teología, si el hombre es “algo proyectado hacia el futuro”? En el pasado no hay nada digno de respeto. Unos primitivos crustáceos marinos hundidos en el cieno tratando de ganar el medio terrestre, impulsados por la “evolución”; millones de años después, unos simios deciden hacerse hombres: impulsados nuevamente por la milagrosa “ley de evolución” se vuelven bípedos, fabrican herramientas, se comunican hablando, pierden el pelo y entran en la Historia; y luego viene la Historia del hombre: los documentos, la Civilización, la Cultura. Y en la Historia continúa implacable la “evolución”, convertida ahora en una ley más inflexible llamada dialéctica. Los desaciertos de la humanidad, las guerras, la intolerancia, el fascismo, son “errores”; los aciertos, la paz, la democracia, la O.N.U., la vacuna Sabín, son “éxitos”. De la puja entre éxitos y errores surge siempre un estadio superior, un beneficio para la Humanidad futura, confirmándose la tendencia evolutiva o progresista. ¿Acaso no es esa tendencia progresista de la Historia todo lo bueno que cabe esperarse del pasado?

Hay que ser optimista; se debe mirar al futuro; allí están todos los bienes, todas las realizaciones; el teólogo asegura que tras un juicio futuro a los buenos se les abrirán las puertas del paraíso. Los rosacruces, masones y otros teosofistas, sitúan en el futuro el momento en que, concluida parcialmente la “evolución espiritual”, el hombre se identifica con su mónada, o sea con su “Arquetipo Divino” y se incorpora a las Jerarquías Cósmicas dependientes del Demiurgo. Hasta los materialistas, ateos o científicistas, presentan una imagen venturosa del futuro: nos muestran una sociedad perfecta, sin hambre ni enfermedades, donde un hombre, tecnócrata y deshumanizado, reina feliz sobre legiones de androides y robots.

La Sabiduría Hiperbórea jamás ahonda en detalles sobre un hecho por demás evidente: se ha intentado borrar el pasado del hombre, desconectando a éste de sus raíces hiperbóreas. No se ha logrado borrar totalmente dicho pasado, pero, en compensación, se ha conseguido crear una fractura metafísica entre el hombre y sus ancestros Divinos, de modo tal que, en la actualidad, un abismo lo separa de los recuerdos primordiales; un abismo que tiene nombre: “confusión”. Paralelamente, con tan siniestro propósito, se ha “proyectado al hombre hacia el futuro”, eufemismo utilizado para calificar a la ilusión del progreso que padecen los miembros de las Civilizaciones modernas. Tal “ilusión” es generada culturalmente por poderosas “ideas fuerza”, empleadas hábilmente como arma estratégica. El “sentido de la Historia”, la “aceleración histórica”, el “progreso científico”, la “educación”, “civilización versus barbarie”, etc. Los hombres, condicionados de ese modo, creen ciegamente en el futuro, miran solo hacia él, y aún los fatalistas, que avizoran un “negro futuro”, admiten que si una excepción imprevisible o un milagro ofrece una “salida” a la Civilización, ella se encuentra, de todos modos, en el “futuro”. El pasado es en cualquier caso motivo de la indiferencia general.

Este “hecho evidente” representa, sin duda, un importante triunfo para la Sinarquía; pero un triunfo que no es definitivo. La máxima expresión de la Estrategia Sinárquica se aplica en borrar el pasado, en oscurecer el recuerdo del Origen Divino, y que tal ataque se produce como reacción a la acción gnóstica del Graal. Pero el Graal no es solo un fruto prohibido, consumido por el hombre en los tiempos remotos, inmediatos a su esclavización, el Graal es una realidad que permanecerá en el mundo mientras el último Espíritu Hiperbóreo continúe cautivo. Por el Graal siempre es posible que el hombre despierte y recuerde.

Mas, para gozar de su gnosis, es imprescindible comprender que el Graal, como reflejo del Origen, alumbra en la sangre desde el pasado. Su luz viene al revés del sentido del tiempo y por eso nadie que haya sucumbido a la Estrategia Sinárquica podrá recibir su influencia. Una poderosa Estrategia cultural “proyecta al hombre hacia el futuro” e intenta borrar su pasado y confundir sus recuerdos.

Por el Graal el hombre “comete el crimen” de despertar; ha pecado, y el castigo se cobra con la moneda del dolor y el sufrimiento, por la encarnación y la ley del Karma. Los encargados de velar por la Ley, y a quienes más ofende el recuerdo hiperbóreo de los hombres despiertos son los “ángeles guardianes”, es decir, los Demonios de Chang Shambalá y su Fraternidad Blanca.

Luego de organizar a los sobrevivientes de Erks en la Fortaleza de Oriccalco, Rhupay y Valya regresaron al valle para verificar si había algo qué rescatar; no encontraron nada, ni un guijarro. Finalmente, hicieron una tumba simbólica para Qhawaq Yupanki y dejaron a un nuevo Mariscal a cargo de Erks, su misión era reconstruir la ciudadela y mantener a las personas de la Fortaleza a salvo. Para esa importante misión, los guerreros del Primer Cultivo decidieron poner a un veterano guerrero a cargo, su nombre: Broud Zimer. Su liderazgo natural y experiencia en múltiples guerras ayudaría mucho a los erkianos a levantarse. Luego, ambos salieron del mundo de Erks y, por el Camino de los Dioses, tomaron rumbo a la Tierra de la Cuarta Vertical, lugar donde Rodrigo Lycanon y los demás estarían buscando el Arco de Artemisa.

Lo primero que encontraron al salir del Camino de los Dioses fue el campamento de vigilancia permanente que montaba el Escuadrón Inti. La noticia de la caída de Erks fue rápidamente difundida a las instancias pertinentes por los soldados que vigilaban la entrada. Luego Rhupay y Valya, que se anoticiaron de la ubicación donde Rodrigo y los demás se encontraban, partieron rumbo a Sorata.

Mientras viajaban, se encontraron con otros viajeros que, al igual que ellos, también se dirigían al mismo sitio. Eran los miembros del misterioso Cuarto Cultivo, entrenado por Arika de Turdes. Sus integrantes, Berkana, Akinos y Vairon, no les eran ajenos a Rhupay y a Valya; pero durante su viaje fue la primera vez que pudieron hablar extensamente. El grupo de Arika casi nunca salía de su área de entrenamiento y jamás se dejaban ver, tanto así que los

miembros del Tercer Cultivo y del Segundo Cultivo ni siquiera sabían de la existencia de un cuarto. Para Rodrigo y los demás, los otros tres Centinelas que faltaban para completar los doce serían personas que aún no habían descubierto su rol en el mundo; por lo tanto, no sospechaban que esos tres Centinelas restantes no solo estaban despiertos, sino que también estaban entrenados. Para Rhupay y Valya fue grato encontrarse con Vairon y los guerreros de su compañía. Les relataron los terribles hechos acontecidos en Erks y los cinco concluyeron en que solo podrían vencer al enemigo luchando juntos.

Conforme viajaban, Berkana y Akinos relataban su historia a Rhupay y Valya. En efecto, ambos hermanos habían nacido en Santa Cruz de la Sierra y se habían criado tanto en Beni como en Santa Cruz. En aquel entonces Akinos era conocido como Marco Suarez Petrakys mientras que a Berkana la llamaban Silvana Suarez Petrakys. Por parte de madre, ambos estaban emparentados con un viejísimo linaje de guerreros griegos, célebres por sus victorias navales, quienes se hicieron a la mar en busca de vestigios de la Atlántida. Si bien no hallaron la isla hundida de los atlantes, aseguraban que al menos habían hallado el Tridente de Poseidón; afirmaban que el dios de los mares les había entregado la reliquia en persona con la premisa de protegerlo de la Sinarquía fenicia. Ese linaje se emparentó con los griegos pelasgos y más tarde con los habitantes de la isla Egina, en el golfo Sarónico. Fueron llamados los Mirmidones de Poseidón por los guerreros de Esparta y admirados por su habilidad para la guerra naval, la pesca y la actividad en el mar.

Luego de la caída de Grecia en manos romanas en el año 146 a.C., los Mirmidones de Poseidón, también llamados Mirmidones de Neptuno por los romanos, volvieron a abandonar el continente y esta vez con rumbo al sur.



Hacia el primer siglo después de Cristo los Mirmidones habían comerciado con toda clase objetos y habían hecho guerra en lugares extraños y distantes. Como hombres del mar, jamás se quedaban en un lugar mucho tiempo y siempre izaban velas cuando la situación ya no les favorecía. En su buque insignia viajaba con ellos su más importante reliquia: el Tridente de Poseidón. Para los Mirmidones el Tridente tenía un poder tal que la victoria les estaba garantizada mientras tuvieran la gracia de Poseidón y de los mares.

Durante el siglo XVI, los Mirmidones de Poseidón se habían emparentado con importantes flotas piratas del Atlántico hasta convertirse ellos mismos en piratas. Uno de sus más importantes almirantes, Stelion Sokratis, se convirtió en amante de la célebre pirata Mary Read. Sin embargo, aquel amor apasionado se convirtió en un odio sin resquemores cuando la osada pirata le robó el Tridente de Poseidón a los Mirmidones. Esto causó una guerra sin cuartel entre los corsarios de Read y los Mirmidones. Cuando Read murió, el Tridente de Poseidón había desaparecido. Por ello el dios del mar maldijo a los Mirmidones privándoles del mar. Ni ellos ni sus descendientes volverían a los océanos hasta que el Tridente fuese recuperado. De ese modo los Mirmidones fueron vencidos por tropas de la Flota Francesa y luego llevados a las mazmorras parisinas. Allí los Reveillere de París abogaron por los Mirmidones y los llevaron a su país de origen: Grecia. Pero los griegos, conscientes del peligro que representaban los Mirmidones en el mar, los relegaron a vivir en la parte más profunda del continente, lejos de las costas, en la ciudad de Yiannitsá. Años más tarde, durante inicios del siglo XX fueron llevados a Hungría por órdenes del conquistador italiano, Benito Mussolini; pero allí no duraron mucho. Llevados por avión y transportándolos lo más lejos posible del mar, los Mirmidones fueron trasladados por tropas norteamericanas, al término de la Segunda Guerra Mundial, a Estados Unidos. Allí vivieron casi como prisioneros

en el estado de Misisipi hasta que, huyendo de los abusos estadounidenses, viajaron como polizones en un avión hasta la ciudad de La Paz. Una vez más mediterráneos, los pocos sobrevivientes de los Mirmidones obtuvieron, misteriosamente, la ciudadanía y un salvoconducto por órdenes del Estado Mayor. Luego fueron llevados a Santa Cruz bajo el apellido Petrakys y desde entonces los Mirmidones trabajaron como granjeros en los departamentos de la Amazonía boliviana.

Durante todo el tiempo que los Mirmidones Petrakys habían vivido en el Amazonas, sus vidas habían sido relativamente tranquilas hasta que recordaron, mediante memorias de sangre, la razón de su maldición. Entonces la Misión Familiar se actualizó en la sangre de los Petrakys y empezaron a buscar las costas para averiguar qué pudo ocurrirle al Tridente de Poseidón. Los padres de Berkana y Akinos estaban totalmente enfocados en ello cuando el terrible sacerdote Moisés apareció y sacrificó a sus padres durante un ritual. Arika de Turdes salvó a los hijos de la pareja sacrificada, ambos eran muy pequeños todavía, pero la sabia gitana Gorgona sabía que su sangre era pura y que venían de un linaje hiperbóreo. Los crió y entrenó aún sin saber que los dos hermanos eran parte de los doce elegidos, los Centinelas de Artemisa.

—Y es así como llegamos aquí —concluyó Akinos.

—Qué curioso —dijo Valya—. Me llama la atención que un Reveillere de París haya salvado la vida a tu gente, aún más considerando que ahora ustedes luchan junto a un Reveillere.

—*Puej* pariente —intervino Berkana—; es bueno tenerlo al *kollinga* cabeza dura del Alan Vairon con nosotros.

—Y por cierto —interrumpió Rhupay—, ustedes dos, sus nombres hiperbóreos...

—Yo soy Akinos el Kraken —dijo el joven guerrero, de antemano él ya sabía lo que Rhupay quería preguntar.

—Y yo soy Berkana el Leviatán de Piedra —dijo la chica.

—Mmm, Kraken y Leviatán, dos bestias Hiperbóreas. Es evidente que ustedes son Centinelas.

—¿Y qué hay de ti, Vairon? —preguntó Valya. Alan la miró de reojo, frío como un témpano.

—Yo tengo una cuenta con Rodrigo, y esta vez no lo salvará la campana del recreo.

Estaban por llegar a su destino, Sorata, cuando escucharon estruendosas explosiones venir de la Gruta de San Pedro. Los viajeros aumentaron la velocidad y cuando llegaron, vieron a un arcángel. Era Metratón Arcángel quien estaba atacando a un grupo de soldados indefensos. Con él también venían soldados norteamericanos. Berkana y Akinos se ofrecieron ayudar a los soldados y deshacerse del arcángel mientras que Rhupay y Valya iban en busca de los demás Centinelas. Entre tanto Alan Vairon se separó del grupo sin decir una palabra y desapareció, a pesar de las protestas de los demás.



(Tyr)

Doceavo Misterio, El Secreto del Sol de Noche

Tomado de la Mitología Andina; adaptación del Círculo de Amatista

En los perdidos aquelarres andinos aún conservados por miembros de los pueblos Pukina y Urus existe una leyenda de olvido, calamidad y aprendizaje.

Erase los inicios de los tiempos cuando los Dioses vivían en la Tierra junto a los humanos y les enseñaban a dominar el mundo. En tal convivencia pacífica, era difícil imaginar que algún día habría de terminar la armonía. Mas ésta es esquiva y la Tierra fue asediada por conflictos. Los Dioses entraron en guerra entre ellos y el resultado habría de destruir al mundo. Por piedad a sus hijos, Wiracocha les ordenó retirarse a la parte más occidental del lago Titicaca en cinco gigantescas barcas de totora que él mismo les hizo construir. Les dijo que pronto las aguas cubrirían la Tierra, el Sol se escondería tras las nubes y la lluvia recorrería el mundo entero. Por instrucción de Wiracocha, los hombres deberían navegar rumbo a la orilla oriental, solo cuando los primeros rayos del Sol fuesen visibles. Entonces desembarcarían para reconstruir todo lo que habría sido destruido por las aguas.

Los días oscuros llegaron con temblores y terremotos. La gran ciudad de piedra de los Dioses en el Lago Titicaca se hundió ante la mirada de espanto de los hombres que navegaban. Grandes fracturas destruyeron sus muros, las torres cayeron al agua provocando inmensas olas y la tierra se abrió tragando grandes pedazos de la ciudad lítica. Luego la lluvia empezó a caer y no cesó durante varios años. Los habitantes de las barcas de totora sobrevivieron gracias a su dieta de pescado y juncos del lago Titicaca que los mantuvo vivos durante sus años de peregrinación sobre las aguas y bajo la lluvia incesante.



A los primeros rayos del Sol el júbilo estalló entre los hombres que, siguiendo las instrucciones de Wiracocha, se hicieron a la orilla oriental del lago. Tal cual fue la promesa, la tierra firme era visible y la gente de las barcas atracó en una orilla llena de juncos y delicada arena blanca. Hicieron chozas de totora y empezaron a examinar la tierra para saber si sería posible cultivarla. Sin embargo, su vida acuática había afectado de tal forma su memoria que ya casi no recordaban nada de lo aprendido de los Dioses. No recordaban cómo cultivar, cómo construir ciudades de piedra y, lo más importante, no recordaban el objeto de su existencia.

Debido a la amnesia irresistible que sufrían, los hombres no tuvieron más remedio que hacer islas flotantes y regresar a las aguas para vivir como lo habían hecho desde el día que inició la inundación; pero los peces eran cada vez más escasos. El hambre empezó a asolar a los hombres que poco o nada recordaban de su vida sobre tierra firme. Entonces, una noche, una serie de luces en el cielo iluminaron las tinieblas insondables e imbricadas de estrellas pálidas. Una de esas luces, brillante como la más esplendorosa estrella que jamás hubieran visto, empezó a aproximarse a la aldea de la playa que los hombres habían levantado. Pronto aquella luz empezó a tomar formas más claras y definidas hasta proyectar la inconfundible silueta de un círculo sobre otro, en forma de disco. Cuando el resplandor estuvo finalmente en tierra los hombres vieron una figura con forma humana emerger de él. Era una mujer inmensa, desnuda, de grandes pechos y largos pabellones en las orejas. Por su tamaño, forma del cuerpo y color de piel los habitantes de la aldea supieron que ella participaba de la raza de los Dioses y se sintieron nuevamente rescatados de la desolación que los rodeaba.

“La Orejona”, como llamaron los hombres a la Diosa, les enseñó nuevamente a hacer dar fruto a la tierra, a trabajar con la piedra, a manejar el fuego y los metales y a dominar a la naturaleza. Les instruyó que jamás debían olvidar el Origen de su Existencia, que eran hijos de los dioses y que por mandato de éstos, tenían que volver al sendero de retorno a su Aldea de Origen. Les explicó con infinita paciencia que su hogar estaba más allá de las estrellas y que algún día ellos debían hallar la forma de partir hacia allí algún día. Les ordenó no olvidar que la tierra que habían dominado no les pertenecía, sino que esa tierra era propiedad del tiempo, de Pacha, y que solo la habían tomado prestada. Les mandó construir enormes monolitos de piedra, en varias regiones del altiplano conquistado. Esas piedras llamadas “Hatun Runas” cumplirían la función de comunicadores con los Dioses y señaladores del espacio prestado por Pacha.

Faltaban pocas lunas para la partida de la Orejona. Ella ya les había explicado casi todo lo que debían saber así que solo le faltaba la explicación final. La Diosa les dijo a los hombres que el Sol no solo es un Sol. Existiese entonces el Sol de Inti y el Sol de Noche. El Sol de Noche siempre aparecería cuando el lucero del alba se hiciese visible, antes de cada amanecer y mostraría la dirección en la cual estaba la Aldea de Origen del hombre; mientras que el Sol de Inti era un reflejo de la luz del universo y su calor formador, era una luz prestada. No habrían los hombres de olvidar jamás esa enseñanza pues era su única vía de retorno al Origen anhelado. Antes de irse les dejó una piedra triangular en cuyo interior se hallaba labrada la figura de la cabeza de una mujer con serpientes en lugar de cabellos. La Orejona les dijo que jamás le temieran a la mujer con cabellos de serpiente, pues era ella misma que quedaba plasmada en la piedra como testimonio de su visita a los hombres. Ellos, por instrucción de la Orejona, fueron a una de las playas del lago Titicaca y pusieron

la piedra negra dentro de una estructura cavernosa natural en el interior de una montaña, cerca de una vertiente natural subterránea. Como la recámara era alta, por una de sus paredes era visible una extensa área de la playa que había por debajo. El techo, al tener varios agujeros, permitía tanto el ingreso de la luz del Sol como de la luz de Luna. Ese lugar, que luego llamaron la Pakarina, fue dispuesto como templo y era visitado por toda la comunidad.

Así, con su misión cumplida, la Orejona partió de la Tierra y regresó a su Aldea. Gracias a ella, entre los hombres había aparecido una casta de viejos hombres sabios cuya misión era no olvidar todo lo aprendido de la Orejona y de ese modo siguieron cumpliendo su misión. Construyeron grandes Hatun Runas de piedra, se adentraron al altiplano e hicieron apachetas. Pero la memoria es demasiado frágil.

Un día Inti se apareció ante los hombres con su deslumbrante luz y cubrió en la mente de éstos el recuerdo del Sol de Noche. Fue así que olvidaron de nuevo la Orientación hacia el Origen que se refleja en cada aparición del lucero del alba. Habían olvidado su única manera de regresar a su Aldea Original. La luz del sol fue tal que los pobladores se entregaron de lleno a ella y llenaron sus corazones del calor de aquel sol. Manó entonces de Inti la aparición de dos figuras en el lago Titicaca a quienes los llamó Manco Kapac y Mama Okllo. Los dos soberanos, hijos de los Dioses, se elevaron a los cielos y señalaron un lugar distante al Titicaca y al altiplano, mostrando el lugar donde una ciudad de piedra debía ser construida.

Llamóse Cuzco a aquella ciudad, donde el Inca Maco Kapac enseñaba a los hombres a conquistar nuevas tierras; pero en él no se perdió el recuerdo del Sol de Noche y, cubierto a la luz de Luna, diseñó y construyó un templo dedicado a

ella. Llevó entonces al sur a una casta de hombres sabios que debían resguardar el secreto del Sol de Noche y no permitir a extranjero alguno revelar su significado. Solo de ese modo podría soportar el Imperio las tribulaciones que se alzarían contra él. Quedaba así, entonces, la élite de sabios al Norte y su conocimiento del Sol de Inti, y la élite de sabios al Sur y su secreto del Sol de Noche y del templo edificado a la luz de Plata; el templo de la Luna Fría.

Cuando Moisés sintió la bala a sus espaldas, elevó su espectro para detenerla. Había puesto a Diana y los demás Centinelas en estado de animación suspendida y ya estaba a punto de ejecutar a Rocío, directa descendiente de los generales al servicio del Faraón Ramsés, cuando Orlando Cuellar le interrumpió. El Mayor estaba francamente impresionado, aquel sujeto había detenido una bala directamente yendo a su cráneo sin tener que mover un dedo. Ni siquiera volteó para ver al que intentó asesinarlo.

—¿Cuándo aprenderéis, estúpidos mortales, que la gracia del gran Dios de Israel nos protege en estos mundos de abominación? —dijo Moisés.

—Te vas a la mierda —respondió el mayor Cuellar y vació las doce balas restantes de su arma sobre la nuca de Moisés. Sin embargo, las balas se detenían a pocos centímetros de su objetivo.

Cuando se quedó sin balas, Cuellar sacó un enorme cuchillo de su bota y *tacleó* a Moisés con todas sus fueras. El inesperado acto del Mayor hizo que el sacerdote de Israel perdiera su concentración y los Centinelas volvieran en sí.

—¡Suéltalo! ¡Papá! —advirtió Jhoanna, pero no a tiempo.

Utilizando su poder telequinético el israelita hizo que el Mayor saliera expulsado por los aires. Ver aquello provocó la furia de Edwin y sus hermanas que de inmediato lanzaron una poderosa emanación de plasma contra el israelita; pero éste no tuvo que hacer más que levantar su cayado dorado para detener el plasma. De algún modo Rocío, al ver el cayado, sintió en sus venas hervir las maldiciones contra su gente. El dolor la hizo retorcer, Gabriel quiso sostenerla pero en ese momento Moisés respondió con otra emanación de

plasma que catapultó a los siete Centinelas en todas direcciones. Rhupay y Valya vieron la explosión y de inmediato acudieron.

Estaba Moisés listo para rechazar el ataque de sus dos nuevos atacantes cuando un mensaje de San Miguel le llegó telepáticamente.

—Vete de ahí, Moisés. Toma a Metratón y largaos. En este momento los doce Centinelas están reunidos en el mismo lugar y en el mismo tiempo. No nos podemos arriesgar a que despierten por causa de una imprudencia nuestra. No provoquéis su furia.

—¿Pero y el Arco?

—Luego resolveremos eso, pero ahora es más peligroso despertar a los Centinelas que perder la oportunidad de tomar el Arco.

El israelita, no conforme, pero sin poder hacer nada al respecto, se resignó y se envolvió en un resplandor dorado. Rhupay y Valya quedaron temporalmente cegados por la luz y cuando recuperaron la visual, Moisés ya no estaba allí.

Entre tanto, Berkana y Akinos habían emprendido vuelo y estaban masacrando a los invasores estadounidenses. Llevando sus espadas en mano, habían repartido muerte y horror, decapitado a la mayoría de los infantes de marina y con disparos de plasma habían derribado a los helicópteros. Con ayuda de los soldados bolivianos, ambos Centinelas terminaron de exterminar hasta el último invasor, no hubo prisioneros. Los hombres de Cuellar, que aún no podían comprender qué clase de seres eran aquellos que les habían salvado, lucharon junto a ellos y acataron sus órdenes durante el transcurso de la batalla. Metratón vio todo desde el lugar en el que había caído y a pesar de sus deseos de volver al combate, se envolvió en sus alas y se retiró, obedeciendo la orden de San Miguel.

Al terminar el combate, Berkana y Akinos se sumaron a Rhupay y Valya para buscar a los Centinelas que se habían desperdigado por el poder de Moisés. Los encontraron en diferentes lugares del bosque, desmayados, pero ninguno tenía heridas graves, solo se habían desvanecido por el plasma que Moisés les había lanzado.

Tan rápido como pudieron, los hombres de Cuellar rehabilitaron las instalaciones de sanidad y la enfermería, y rápidamente empezaron a llevar a sus heridos; que eran muchos. Los Centinelas recuperados también fueron llevados a la enfermería. Cuando despertaron se encontraron muy sorprendidos al ver a Rhupay y Valya allí, pero mayor fue su sorpresa cuando al fin conocieron a Berkana y Akinos. Éstos relataron su historia a Rodrigo y los demás, y viceversa. Mientras los soldados reconstruían el campamento, los Centinelas trataban de conocer a los nuevos miembros. Edwin estaba encantadamente sorprendido, Berkana era la hermosa chica que había visto la primera vez que entró a Erks; aquella cambia que había turbado sus días. Siempre quiso volver a verla, pero jamás se imaginó que ella sería también una Centinela.

Luego llegaron las noticias tristes. La destrucción de Erks y la muerte de Qhawaq lo cual provocó profunda tristeza entre los Centinelas, pero no había tiempo para el luto.

—Ahora somos once —dijo Rodrigo, esbozando una sonrisa algo forzada al ver cómo había aumentado su número—. Están Diana, Rocío, Oscar, Jhoanna, Gabriel y Edwin. Por su parte ahora también están Rhupay, Valya, Berkana y Akinos. Incluyéndome, somos once. Uno más y el equipo estará completo.

—Y además ya tenemos el Arco de Artemisa con nosotros. Todo irá bien — agregó Diana, con expresión de resignación. Si bien las cosas se habían puesto en su favor, la destrucción de Erks y el deceso de Qhawaq les pesaban profundamente.

—Sí, pero... —Berkana estaba por hablar de Vairon, pero se detuvo. Ella sabía que un odio oscuro había crecido en el corazón de Alan hacia Rodrigo.

La tarde pronto se convirtió en alba. La carpa de enfermería estaba llena de soldados heridos y se habían consumido las horas en salvar a los desahuciados. Rhupay y Valya enfocaron todo su poder en salvar vidas y al caer la noche estaban tan agotados que apenas podían seguir en pie; sin embargo, las acciones de los Centinelas habían salvado a más de 30 soldados sin esperanzas. Este acto generó un agradecimiento y admiración sin límites hacia los chicos que lo dieron todo para rescatar a los heridos de la muerte. El propio Orlando Cuellar sintió algo más que orgullo cuando vio como sus hijos se esforzaban por curar a sus hombres, ello impregnó su corazón de respeto hacia ellos, hacia cada uno de los Centinelas que por horas lucharon por sus hombres.

Eran casi las ocho de la noche. Los heridos dormían y se recuperaban mientras los demás soldados montaban guardia. Otros se habían quedado despiertos para arreglar su armamento y darle mantenimiento. En el centro del campamento el brillo de una hoguera le daba calor a los Centinelas que, exhaustos, habían formado un círculo alrededor del fuego. Descansaban, conversaban y trataban de combatir la creciente pena de las pérdidas.

El cumpleaños de Rodrigo era al día siguiente, ese 21 de agosto, cumpliría 14 años. El comentario salió de boca de Diana quien empezó a contar a Rhupay, Valya, Berkana y Akinos todo lo que habían hecho en esa misma fecha el año

anterior. Les habló de la fiesta, el baile, los desencuentros y la pelea con Gabriel. El chico ciego atinó a sonreír levemente cuando rememoró aquellos eventos que parecían tan lejanos, tan prehistóricos. Rocío lo abrazó y empezó a acariciar sus manos mientras Diana relataba todo aquello. Oscar y Edwin también sonrieron para sus adentros, el relato de Diana les recordaba sus propias vivencias. Jhoanna también estaba embargada por la nostalgia, pero un abrazo de Oscar la reconfortó. La melancolía reinó entre los muchachos. Empezaron a hablar de sus padres, sus familias, sobre aquellos a los que jamás volvieron a ver, pero que aún extrañaban.

Promediaban las once de la noche y los Centinelas continuaban en vela, pero la conversación casi había terminado. Todos miraban el fuego de la hoguera y perdían su mente en las formas que tomaban las llamas. El silencio impregnado por el crepitar de la fogata era casi ritual, fúnebre. El viento soplabá, silbaba entre los árboles. En silencio, sin expresión en los rostros, algunos de los chicos empezaron a derramar lágrimas. Existía una tristeza insondable entre ellos pues recién empezaban a caer en cuenta de todo lo que se había consumido en aquella guerra. Qhawaq, Rowena y Aldrick ya no existían. Erks había desaparecido. El padre de Gabriel había sido asesinado y el destino de todos ellos era incierto. La muerte era lo único innegable, pero todos tenían el deseo de no morir aún, antes debían resolver todas las cosas que dejaron pendientes, en vida. Finalmente los gimoteos dejaron de ser silenciosos, Rocío fue la primera en quebrarse y luego la siguió Gabriel. Así, sucesivamente, cada uno de ellos, los once Centinelas que estaban sentados alrededor del fuego, se quebraron y se abandonaron al llanto y al dolor.



20 de agosto del 2000

No se me ocurren palabras para decir cómo me siento, o tal vez cómo no me siento. Yo ya no soy la que se ve en el espejo y únicamente reconoce una silueta vacía, la cara plástica que congeló una sonrisa para no ser descubierta. Si en verdad hubiera alguna manera de ser convincente y decirle al mundo que vive en un mal sueño, tal vez podría justificar algunas cosas que he hecho.

Cuando todo empezó no tenía idea, ni ganas de tenerla, sobre nada que amenazara aquello que conocía como mi "estabilidad". Me duelen las muelas de solo imaginar que por un instante estuve cerca de convertirme en todo y nada a la

vez; terminar el colegio, estudiar una carrera, convertirme en una gran pianista, casarme con mi dulce Rodrigo y darle muchos hijos. De eso se trataba "todo", ser una pianista y estar con él hasta el último día de nuestras vidas. Estar sin él no es una idea a la que me pueda acostumbrar y aún así los meses parecen cada vez más cortos, como si nuestra muerte, luego de una ancianidad, nos hubiera alcanzado antes de tiempo.

Posiblemente si ningún código genético se hubiera actualizado en mi ser, seguiría ignorando por completo todo lo que hasta ahora he aprendido. Ya no tiene sentido vivir en un mundo así, el único sentido reside en luchar sin rendirse jamás. Yo no era de las chicas que pensaba en grandiosidades, en nada que no fuese musical; ni siquiera en una fama irresistible que tarde o temprano nos envolvería a todos. En verdad anhelaba ser esposa, madre y artista, mas nada; ¿qué he hecho? Renuncié a todo porque mis sueños carecían de sentido o justificación. Ahora sé que no podré sentir más remordimientos, culpa o dolor; dejaré de sentir. No me incomoda renunciar a todo aquello que me hace un ser humano sensitivo, lo que me incomoda es no haberlo hecho antes.

Hoy lloré, y lloraré más todavía; no sé porqué. Me entregué a los brazos de quien más amo en la vida y lo único que atino a hacer, a estas horas de la noche, mientras todos enjugan sus lágrimas a la luz de esta hoguera, es escribir lo que quizás sean las últimas páginas de este diario. No digo que me siento engañada, solo que no me siento conforme, eso es todo.

Han pasado ya demasiadas cosas increíbles, eventos que desafían la ciencia y la razón. Posiblemente si le contara todo lo que he vivido a alguien, no me

creería una sola palabra. Estoy aislada junto a mis amigos en una vida que nadie sospecha ni siquiera un poco. Estoy diezmada a lo que me corresponde hacer en esta vida y aún no me cuadra saber que soy un arma de destrucción masiva, que tengo un Arco cuyas flechas podrían pulverizar este Sistema Solar. ¿Y todo para qué? ¿Venganza contra Dios? Nadie ha visto a Dios como yo, su maldad, su crueldad, sus deseos despiadados por beber el dolor de la gente. Y yo estoy aquí, convertida en un arma y arrastrada por las corrientes del destino.

Si al menos pudiera cumplir un deseo antes del Apocalipsis que se avecina; sería entregar mi primera vez a mi amado Rodrigo. Me gustaría estar con él al menos una sola vez, recibirlo con amor en mi interior y ser los dos el resultado de todo lo que nos hemos amado. Es que él, en verdad me recuerda todo lo que alguna vez viví en aldeas y tiempos lejanos, y aún así, amándolo tanto como lo amo, hasta la certeza de ese amor se ha perdido en algún lugar del camino. No sé si Rodrigo es uno o dos, hijo único o gemelo de alguien más, lo único que sé es que en mi corazón no me conformo con dejarlo partir y ahogar nuestra historia sin haberla culminado. Si estas son las últimas páginas de este diario, que todos sepan que Rodrigo es para mí y yo soy para él, y lo que venga después sea solo la resulta de los designios que ambos hemos elegido en el Origen.

Doce de la noche del 20 de agosto del año 2000. En el campamento del Escuadrón Inti en Sorata deambula una sombra que se mimetizó entre las tinieblas para acercarse sin ser notado. Su corazón se contrajo hasta el tormento cuando la vio; ella, su imponente belleza, su presencia absoluta, sus manos escribiendo mientras los demás, aún entre gimoteos, conversan para quitarse la amargura. Era curioso verlos, aún lagrimeaban y a la vez reían, como si una batalla sin cuartel entre la tristeza y el consuelo se librara frente a ese fuego insolente.

La sombra se acercó un poco más, camuflando incluso su espectro, y empezó a escuchar lo que decían. Los Centinelas estaban sentados sobre unos troncos. Hablaban sobre la gloria de Erks, el honor de los caídos y los recuerdos de días más normales. Berkana hablaba a los demás sobre Arika de Turdes, su mentora hiperbórea. A medida que la joven guerrera hablaba, Diana retiraba, cada vez más, su atención a lo que escribía y se dejaba capturar por el relato de su camarada. Entonces, en un momento sin determinar, Diana abrió mucho los ojos, con su rostro iluminado por alguna idea repentina.

—¡Yo conozco a su mentora! —dijo Diana.

—¡Nyeee! —exclamó Akinos totalmente incrédulo y exagerando un poco la expresión, a pesar que le costaba hablar con normalidad por el llanto que aún fluía de sus ojos—, de dónde la *vaj* a... a conocer *vaj* a Arika.

—De qué estás hablando —replicó Rodrigo mientras miraba a su enamorada con los ojos hinchados, adormilados.

—Rodri, tú también la conoces.

—¡Yo!

—Sí, ¿no la recuerdas?

—Pues yo...

Entonces el rostro de Rodrigo se dibujó con una sonrisa a medio, camino entre resignación y sorpresa.

—A la mierda, es cierto —dijo en voz muy baja.

—Alguien podría explicar para los demás, por favor —exigió Oscar.

—La pasada Navidad —continuó Diana— fuimos a la feria del Coliseo Cerrado, ¿se acuerdan?

Asintieron.

—Bueno, esa vez una gitana que leía la suerte nos dio el Hajime de plata.

Y lo demás surgía por mera deducción.

—A ver, a ver —interrumpió Edwin—. ¿Están queriendo decir que la mentora de Berkana y Akinos es la misma gitana que les dio a ustedes el Hajime de Plata?

Diana y Rodrigo asintieron.

—El mundo es un pañuelo —murmuró Jhoanna.

El silencio se hizo de nuevo entre los Centinelas hasta que Akinos decidió confesar algo que venía callando desde que se encontró con Diana y los demás.

—Oigan, no les dijimos algo —toda la atención se volcó sobre él—. Mi hermana y yo no somos los únicos miembros del Cuarto Cultivo. Hay uno más, uno que no está aquí.

—Qué estás diciendo —increpó Rocío, frotándose las lágrimas.

—Lo que quiero decir es que...

En aquel momento la sombra que los había estado observando salió a la luz del fuego. Las miradas se voltearon y entonces le vieron. Era una sorpresa para



la que no estaban listos, no solo porque el momento era complicado, sino porque su propia presencia significaba recuerdos que los muchachos deseaban enterrar, en especial Diana y Rodrigo que intuían el nefasto significado de su aparición. Sin embargo, no todos los Centinelas le conocían, Edwin, por ejemplo, quien al verlo llegar se sintió confundido y lo interrogó:

—¿Y tú de dónde saliste?

Desde luego, él jamás en su vida había visto a aquel personaje. Ese chico de dormilones ojos plomos que, a todas luces, tenía la misma edad de Rodrigo, Diana y sus amigos. Era un estudiante del Instituto de Educación Bancaria; pero hace largo tiempo que Edwin ya no sabía de nadie de aquel lugar. Sin embargo, Diana, sus amigos y Jhoanna, que sí eran estudiantes de aquel colegio por aquel entonces, lo reconocieron. Nadie quiso decir nada, dejaron que Edwin siguiera indagando por sí mismo.

—Tú debes ser el hermano mayor de la Diana —respondió el personaje.

—¿Perdón, nos conocemos?

—Tú no a mí, pero yo sí a ti. La Di siempre hablaba mucho de ti en el colegio.

—¿Vairon, dónde te *habej* metido? —lo increpó Berkana.

“¿Vairon?”, pensó Rodrigo.

—Tenía cosas que hacer antes de venir aquí —respondió y miró directamente a Rodrigo—. Oh, Rodri, feliz cumpleaños, falta poco, ¿no?

—¡Por todos los dioses! —exclamó Rodrigo, despabilándose de la depresión, y se acercó a él... a él—. Alan, no sabes el gusto que me da verte, no sabía que...

—Si me tocas haré que esa mano entre por tu culo y salga por tu boca.

Ambos se miraron. La confusión era casi total, una desgracia anunciada. Berkana y Akinos lo sabían, Rhupay y Valya lo sospechaban. Diana lo intuía, Gabriel lo negaba. No hubo más remedio, Berkana se los diría.

—Camaradas, les presento al doceavo Centinela de Artemisa. Él es Vairon, el Hombre Hecho Lobo. Antes le decían Alan pero ahora...

La cara de Diana había quedado con el rostro petrificado de espanto. Rocío no entendía, pero tuvo deseos de no entender. Gabriel agachó la cabeza, su clarividencia le decía lo que iba a suceder. Oscar, Jhoanna y Edwin, poco a poco, iban comprendiendo lo que estaba pasando, pero no en toda su magnitud. Rhupay y Valya ya se alistaban para separarlos; pero aún estaban débiles.

—A... Alan —murmuró apenas Rodrigo.

—¿No esperabas verme? Te equivocaste siempre conmigo, Rodrigo. Te dije que yo sabía algo de ti, algo muy oscuro. Aquel día de Carnavales que te salvé y cuidé de ti en la enfermería casi podía saborear este momento y después, cuando Diana casi se nos va por tu culpa, miserable malparido hijo de puta, no veía la hora de tenerte frente a mí y decirte lo que pienso.

—Pero... ¿qué pasa contigo?, ¿no estás feliz de vernos? Somos tus amigos.

—¡Yo no soy tu amigo, cabrón de mierda! Tenía razón cuando sentí que exponías a la Diana a mucho peligro, al saber que no la mereces. Hasta hace poco yo tampoco sabía que era un Centinela como ustedes, que tenía este fantástico poder corriendo por mis venas. No sabía las verdades del mundo y estaba tan perdido en la ilusión de la vida como cualquiera de ustedes. Pero un día vinieron esos monstruos, Héxabor, se llevó todo lo que me importaba y casi me asesina. Si Arika no hubiera venido en mi ayuda ahora no estaría aquí.

—Para qué has vuelto —increpó Gabriel, notando la gravedad de la situación—. Estás lleno de odio, Alan. Estás hasta el cuello en esa porquería.

—¿Perdiste la vista? Mírame de frente.

—Sí, Alan, estoy más ciego que un topo. Veo, ah, no veo un carajo. Pero veo todo lo que viene contigo. Estás siendo injusto con el Rodrigo, él jamás quiso exponer a la Diana a nada.

—Vamos Gabo —replicó Alan—, no seas barato. Hasta yo sé reconocer mis errores, y uno de los más grandes fue no haber peleado por la Diana. Debí hacerlo.

—¡Basta! —gritó Diana, incorporándose—. Estás diciendo tonterías, Alan.

—No le veo lo tonto a lo que digo. Sí, Diana, te amo, siempre te amé y tú lo sabías. ¿Y sabes qué más?, yo sé que tú sientes algo por mí.

Aquellas últimas palabras de Alan habían congelado a Diana y Rodrigo que, con los ojos desmesuradamente abiertos, no dejaban de ver a su amigo recién llegado.

—Me negué —agregó Alan— demasiado a este sentimiento, me negué la oportunidad de amarte, Diana. ¿Acaso no sientes en tu pecho lo mismo que yo? ¿Acaso no se acelera tu corazón al verme?

Poco a poco Diana iba cayendo en cuenta que Alan no se equivocaba. Desde el año de la víspera a su viaje a Erks ella notó que un creciente recuerdo se iba alimentando en su interior. Ver a Alan, estar cerca de él, se había convertido en algo angustiante, incluso en el más remoto pasado. ¡Claro que sí! Cómo olvidarlo, cómo borrar todos los siglos que habían pasado juntos, ella y él, Alan y Diana, amándose a la sombra del otro lobo. ¿El Otro Lobo? ¿Cuál de ellos era el Otro? ¿Rodrigo? ¿Alan? Todos los recuerdos acudían a la mente de Diana

como una vorágine turbia que parecía surgir de la nada. Finalmente el recuerdo empezó a doler, a lastimar, a desangrar y desgarrar todos los sentimientos que Diana sentía hacia Rodrigo. Su corazón estaba siendo estrujado por las cadenas del pasado, y apretaban con tal fuerza que, segundos más tarde, se estaba haciendo añicos.

Rodrigo volteó lentamente hacia su enamorada, la vio con el rostro enrojecido y los ojos desbordados de lágrimas. Tenía una expresión de dolor indescriptible y oprimía con fuerza la ropa a la altura de su pecho, de su corazón.

—Pri... princesa —le dijo Rodrigo, Diana parecía sorda a su voz—. ¿Es cierto lo que él dice?

—¡Díselo Diana! —interrumpió Alan— ¡Dile de una vez quien soy en realidad! ¡Dile cuánto nos hemos amado en el pasado! Háblale de nuestras promesas, de todos los juramentos de amor que nos hicimos bajo el mismo cielo. ¡Dile quién es el impostor!

—¡Cállate! —gritó Rodrigo—. ¡Qué le estás diciendo a mi Diana!

—¡La verdad! Tú lo deberías recordar también, Rodrigo. ¿Acaso has olvidado quién soy? ¿Quién fui?

Poco a poco, todos los recuerdos de otras eras volvían a la mente de Rodrigo, evocados desde su memoria de sangre. Todo volvía a su memoria y entonces, finalmente, sintió la misma desolación que estaba arrasando a Diana en aquel momento. Su corazón también se partió en miles de pedazos. Aquella fractura cuántica, metafísica, finalmente entró en la misma frecuencia que las vibraciones del odio de Alan y el corazón de él también se destrozó. Los tres

cayeron arrodillados al piso. Sus amigos estaban por aproximarse a los dolientes para tratar de comprender qué les ocurría, pero Gabriel los detuvo.

—No, no intervengan.

—Pero algo malo les pasa —protestó Rocío—. Debemos hacer algo.

—No hay nada que podamos hacer —respondió Gabriel—. Esto iba a ocurrir. Los lobos gemelos se han reunido.

Entonces, de forma repentina, el espectro de Alan se encendió y empezó a elevarse. Casi al unísono el espectro de Rodrigo también se encendió, no por voluntad propia, sino que Freky lo estaba incitando. En breves segundos Rodrigo recordó una profecía que su guardián le había dado, el otro lobo: *“No te preguntes cosas cuyas respuestas aún no puedes comprender. Solo sé consciente que no estás solo. Cuando ellos vengan, yo estaré a tu lado para ayudarte. La Diosa vendrá en tu auxilio y te signará con la runa increada que fue apartada solo para ti, desde el Origen hasta el final de este mundo de engaño. Recuérdalo, Lycanon; y cuando el día llegue, cumple con el Otro Lobo”*. Alan, él y los rumores de que estaba enamorado de Diana. Él y sus incisivas insinuaciones. En verdad aquello todo ya había ocurrido en colegio y era como un *déjà vu* que no dejaba de perseguir a Rodrigo. Y el pasado, los siglos de guerra entre él y Alan se iban aclarando en su memoria. Él no era sólo su rival, su enemigo; sino también su hermano gemelo.

—Eras tú —dijo Rodrigo, casi poseído. Alan lo miró con una mueca de dolor, aún el piso—. Freky dijo que cumpla con el otro lobo, y ese lobo eres tú; hermano.

—Esto ya pasó antes —contestó Alan—. Nos pasó muchas veces, desde que fuimos separados. Uno de nosotros es un impostor.

- Yo no soy ningún impostor.
- ¡Lo eres! Me has usurpado a mi dulce Diana, lo que más amaba.
- Olvidas que la Diana es mi Pareja del Origen.
- ¡Y también mía!
- ¡NO!
- ¡Vamos Rodrigo! ¡Resolvamos esto una vez por todas!

Eso fue suficiente, ambos embriagados por sus espectros inolados, estaban totalmente fuera de control. El poder que por siglos había estado encerrado finalmente rompió su sello. Los ojos de Rodrigo empezaron a brillar de azul; mientras que los de Alan tenían un resplandor turquesa. Rodrigo entró involuntariamente en trance hiperbóreo, se convirtió en Lycanon. Alan tampoco pudo mantener más la voluntad de sus actos y se convirtió en Vairon. El cielo sobre ellos se nubló, una tormenta eléctrica empezó a azotar la atmósfera. Los soldados del campamento se pusieron en posición de defensa de inmediato, la alarma empezó a sonar y el rugido del viento se tornaba ensordecedor.

—¡Deténganse, basta! —gritaba Diana. Pero ya no había nada más qué hacer.

El poder generado por ambos era tan intenso que ni siquiera eran capaces de mantener su forma humana. Empezaron a mutar, les salió mucho pelaje en todo el cuerpo, les creció un horrible hocico con colmillos y sus garras sobresalían de sus dedos. Se transformaron hasta quedar como auténticos hombres lobo, licántropos. Los lobos géminis al fin se habían encontrado y el mecanismo del Apocalipsis se había abierto. ¿Quién sería capaz de detenerlos? Al final, la única certidumbre que tiene el hombre es administrar



incertidumbres, y en aquel momento sombrío, los trozos del corazón roto de Diana se disparaban como esquirlas contra las mentes de Alan y Rodrigo. Ella amaba a Rodrigo, pero la presencia de Alan, su espectro, le había hecho recordar todo cuanto había ocurrido en el pasado; ella también amaba a Alan. Los amaba a los dos porque fueron uno solo en el pasado; finalmente el dolor terminó destrozando a Diana, sus ojos empezaron a derramar lágrimas de sangre y cayó desvanecida al suelo. Entre tanto, Alan y Rodrigo, convertidos en bestias, se alistaban para el combate santo de los lobos. El resto sería cosa de una pelea encarnizada cuyas reverberancias harían temblar varios mundos; un combate santo, Hiperbóreo, entre los lobos gemelos, entre Vairon y Lycanon.

Fin del Segundo Episodio

Continuará...

Nadie te puede traicionar, sólo tu propia boca...

Nadie te puede someter, sólo tu propio corazón...

Nadie puede lastimarte, sólo tus propias manos...

Y nadie puede liberarte, sólo tú mismo...

¿Cómo? ¿Que ya se acabó el Segundo Episodio? ¡Coño!, me voy a la tienda a comprar trago tan solo unos momentos y cuando vuelvo resulta que me perdí de lo mejor.

Y la pregunta del millón es: ¿puedes distinguir entre lo que ocurrió y no ocurrió? ¿Y qué si te dijera que lo que has leído no es tan solo una novela? ¿Y si te sugiriese que las cosas ocurrieron realmente así? No me creerías, ¿cierto? Yo tampoco lo creería, al menos no... al principio.

Ya nos estamos acercando al gran final. Pronto vas a descubrir toda la verdad detrás de esta extraña historia. Mientras tanto yo me voy a tomar unos tragos. Ron y Cola, tres litros de ella, mañana tendré una resaca del diablo. ¡Salud!

Gaburah L. Michel

Agradecimientos Especiales:

A Aleksandra Kisterskaya, por su paciencia y toda la inspiración brindada con su sola e insólita existencia en mi vida.

A mi madre, mi editora de primer manuscrito.

A Daniel Averanga, mi editor.

Y a Pablo Santa Cruz de la Vega, mi productor, colega en la gnosis, amigo y principalmente camarada.

**PRÓXIMAMENTE LA ÚLTIMA ENTEGA DE LA SAGA. ¡EL
GRAN FINAL SE APROXIMA!**

